

NARCISO ALONSO CORTÉS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

*Bosquejo de Historia
General de la Literatura*



Librería Santarén, fundada en 1800 - Fuente Dorada, 28 y 29 - Valladolid



Vicenta Bouse

DGCL

A

Bosquejo de Historia General de la Literatura

af. 34563

c. 103 8788



NARCISO ALONSO CORTÉS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

**BOSQUEJO DE HISTORIA GENERAL
DE LA LITERATURA**

(Sexta edición)



Librería Santarén, fundada en 1800 - Valladolid

R. 29145

ES PROPIEDAD

IMPRESA CASTELLANA - VALLADOLID

LITERATURAS ANTIGUAS

LITERATURAS ORIENTALES

CAPÍTULO PRIMERO

LITERATURAS ORIENTALES

En dos secciones hemos de dividir esta exposición compendiada de historia literaria: la primera, correspondiente a las *Literaturas antiguas*; la segunda, a las *Literaturas modernas*.

Literaturas antiguas son, de una parte, las desarrolladas en los pueblos de Oriente (Literaturas orientales); de otra, las desarrolladas en Grecia y Roma (Literaturas clásicas).

Literaturas modernas son las pertenecientes a las naciones que se formaron después de caer el imperio romano.

Inician, pues, estas páginas, breves indicaciones sobre las Literaturas orientales.

Literatura china.—La lengua china es el prototipo de las monosilábicas. Consta, pues, de un corto número de monosílabos primitivos, que representan todas las palabras; su diferente significado se conoce, ante todo, por la entonación de la voz. Este idioma, sin embargo, se subdivide en dos: el antiguo, en que están escritos los libros clásicos, y el moderno, que se habla en la actualidad.

Los monumentos más antiguos de la China son los cinco *King* o libros sagrados, compuestos unos mil quinientos años a. de J. C. Hoy se conservan tal como los ordenó Confucio en el siglo vi antes de nuestra era.

El mismo Confucio, juntamente con Lao-tseu y algún otro,

representa la llamada *época de los filósofos*. Confucio fué el gran ordenador de las costumbres, instituciones e ideas de su país: su doctrina filosófica, recogida por sus discípulos en los libros llamados *Sse-chu*, tendía al materialismo. Lao-tseu es autor del *Tao-Te-King* o libro de la razón suprema y de la virtud, en que enseña que esta última es sólo resultado de la razón frente a las pasiones.

En los siglos siguientes florecieron varios historiadores, de los cuales el más notable es Ssé-ma-thsian, llamado *el Heródoto de la China*, que vivió en el II a. de J. C.

Hasta la dinastía de los Thang (del VII al IX siglo de nuestra era), no alcanza la Literatura china otro período de brillantez. Entonces aparecen muchos y muy importantes poetas.

La poesía lírica china se distingue por el acicalamiento y la parsimonia; suele buscar sus asuntos en los placeres de la mesa, en el amor, la amistad, la naturaleza, pero con verdadera originalidad. El teatro, que tiene mucha importancia, comenzó por danzas y pantomimas; después se representaron alegorías mitológicas inspiradas en los *King*, análogas a nuestros *misterios*, y, últimamente, aparecieron obras de todo género, unas históricas y maravillosas, otras inspiradas en crímenes célebres, otras de costumbres, de intriga o de carácter, etc.

La novela es también género muy cultivado en China. Las hay de diversas épocas, anónimas en su mayoría, de argumento sencillo y no exentas de interés, aunque un tanto pesadas por la minuciosidad en los detalles.

En la actualidad ofrece la China cierto movimiento literario. La Academia de los Ham-lin, que subsiste desde el siglo VI, ha editado cuidadosamente las más famosas obras clásicas.

Literatura india.—LIBROS SAGRADOS.—En la India se desarrolló una Literatura notable por diversos conceptos. Los monumentos primitivos de ella son los *Vedas*, libros sagrados cuya antigüedad, según algunos orientalistas, va más allá del siglo XV a. de J. C. Están escritos en una lengua que no es todavía el sánscrito propiamente dicho; a su formación contribuyeron más de trescientos poetas, aunque se dicen compilados por Vyasa, y son cuatro: el *Rig-Veda*, el *Sama-Veda*, el *Yadjur-Veda* y el *Atharva-Veda*.

Colección de himnos, máximas y fórmulas rituales, en estos

libros está contenida la religión primitiva de la India. De los Vedas se hicieron ciertos comentarios filosóficos llamados *bramhanas* y *sutras*.

Muy posteriores a los *Vedas* y a las epopeyas de que ahora hablaremos, son los *Puranas* y el *Código de Manú* o *Manava-Darmha-Sastra*, escritos ya en puro sánscrito. Los *Puranas*, es decir, *antigüedades*, son una especie de poemas cosmogónicos destinados a las castas inferiores, a quienes la lectura de los *Vedas* estaba prohibida, y se refieren especialmente al culto y encarnaciones de Vichnú y Siva. El *Manava-Darmha-Sastra* es una colección de leyes y doctrinas filosóficas.

LAS EPOPEYAS INDIAS.—La India tiene dos poemas verdaderamente epopéyicos: el *Ramayana* y el *Mahabharata*. El primero, que según algunos es un poema *cíclico*, formado por agregaciones de diversas épocas y autores, se dice compuesto en su forma actual por Valmiki, hacia el siglo xv antes de nuestra era, antigüedad tal vez exagerada. En él se refieren los hechos de Rama, hijo del rey de Ayodhya, que desterrado de la corte por su padre, se retiró a los bosques con su esposa la bella Sita; Rávana, rey de los *raxasas* o malos genios, gigante de las diez cabezas y de los veinte brazos, roba a ésta y la conduce en un carro aéreo a su ciudad de Lanka, en Ceilán, donde la pone bajo la guarda de varios monstruos; hasta que Rama, auxiliado por Sugriva, rey de los monos, tiende un puente sobre el mar, llega a Lanka, da muerte a Rávana, y en unión de su mujer regresa a Ayodhya, para hacerse cargo del reino.

El *Mahabharata* se dice escrito por Vyasa, pero este nombre es muy vago, pues sólo significa *el Compilador*. Tiene carácter más humano que el *Ramayana*, y no guarda tanta unidad en el plan, pues abunda en leyendas y tradiciones diversas. Su asunto es la lucha entre dos familias reales: la de los *coravas*, representada por los cien hijos de Dhritrarachtra, y la de los *pandavas*, a que pertenecían los cinco de Pandu, su hermano. Estos últimos, perseguidos por sus primos, se ven obligados a vivir en la soledad; consiguen participación en el reino, gracias a uno de ellos, vencedor en el torneo que el rey de Pantchala organiza para conceder la mano de su hija Draupadi, pero nuevamente tienen que desterrarse por haber jugado el mayor sus posesiones a los dados; con el auxilio del rey Virata logran más tarde

vencer y matar a los cien coravas; y después de alcanzar la soberanía y de renunciarla, mueren en un viaje al Himalaya, suben al cielo del dios Indra y disfrutan de él en unión de sus rivales.

LA POESÍA.—Los indios tuvieron también poesía lírica, de asuntos amorosos y lascivos casi siempre; y en cuanto a la dramática, llegó a alcanzar cierta perfección. Famoso es el nombre del poeta KALIDASA, de quien se conocen, a más de diversas composiciones líricas muy sentidas, dos obras teatrales: el Urvasi, notable por sus bellas descripciones de la naturaleza, y el Sakuntala, en que la protagonista, víctima de una maldición, es al fin reconocida por el rey, gracias a su anillo, que se encuentra en el cuerpo de un pez.

EL APÓLOGO.—Abundaron en la India producciones didácticas, de Gramática, Astronomía, Medicina, etc.; no faltó el género novelesco, como lo demuestra, entre otras, una colección llamada Vrithtakatha; y, sobre todo, alcanzó desusada brillantez el apólogo, con obras como el Pañchatantra, atribuido a VICHNÚ-SARMA, más conocido por el nombre de Pilpai o Bidpai. Esta obra, que luego se refundió en el Hitopadesa, es una colección de apólogos o fábulas contadas por animales, que extendidas por Europa durante la Edad Media, llegaron a popularizarse, como lo demuestra la muy conocida de La Lechera, que allí tiene su origen.

Literatura persa.—Los más antiguos monumentos de esta literatura son los libros Zendos o Zend-Avesta, escritos en idioma zendo, en que se contiene la doctrina religiosa de Zoroastro, llamada mazdeismo o magismo. Sólo uno de estos libros, titulado Vendidad, se conserva entero; otro, llamado Bundehesh, en lengua pehlvi, es de época posterior.

Los árabes, al invadir la Persia en el siglo VII de nuestra era, destruyeron otras obras literarias de la antigüedad; por lo cual, para encontrar nuevas producciones, es preciso venir hasta el siglo X, en que ambas literaturas aparecen ya confundidas. En esta misma centuria florece FIRDUSI (940-1020), el más famoso de los poetas persas, autor del poema titulado Chah-Nameh, interesante relato de los sucesos ocurridos hasta la caída de los Sasánidas. En los tiempos sucesivos, hasta la actualidad, no han faltado los escritores de todo género.

Los persas cultivan con preferencia el cuento y la novela;

Pero
Petro Alfonso
nos hizo los
Bicentales
disciplina
vencidos
que nos
ante su con
do con la
literatura
en la

también tienen composiciones dramáticas que recuerdan a nuestros antiguos *misterios* religiosos y alegóricos. Las obras históricas, notables por cierto sentido crítico, revisten proporciones desmesuradas.

Literatura caldea.—El pueblo turanio que primitivamente habitó la Caldeo-Asiria, parece que tuvo tan sólo una literatura de obras de magia. Consérvanse, grabados en caracteres cuneiformes sobre tablillas de arcilla, importantes fragmentos de algunas obras, entre ellas el poema de *Gilgamesch*, en que el héroe de este nombre realiza portentosas hazañas. A la llamada «dinastía caldea» corresponde el *Código de Hammurabi*, notable libro legislativo escrito hacia el año 2000 a. de J. C.

Los babilonios tuvieron ya más adelantada civilización, y de su época se conocen los restos de varios poemas cosmogónicos.

Como, después de la destrucción de Jerusalén, Babilonia fué el principal refugio de los hebreos, más de una vez emplearon éstos en sus obras la lengua caldea, según luego veremos.

Literatura hebrea.—Los hebreos, que hablaron una lengua de la familia semítica, tienen abundantes monumentos literarios, uno de los cuales, la *Biblia*, ofrece además para nosotros el interés de encerrar los fundamentos de nuestra religión.

Las primitivas tradiciones israelitas, relativas especialmente a la biografía anecdótica de los Patriarcas, se consignaron en un libro anterior a la Biblia; también se escribieron narraciones de carácter heroico, como el *Libro de las Guerras de Iahveh* y el *Libro del Jasar*. Pero la verdadera literatura hebrea nace en la época de David y Salomón (1070-965 a. de J. C.).

La literatura hebrea tiene, pues, dos manifestaciones: 1.º La Biblia. 2.º Obras rabínicas.

La Biblia se compone a su vez de dos partes, llamadas *Antiguo* y *Nuevo Testamento*, y aunque este último no está escrito en hebreo, sino casi totalmente en griego, por razón de método hemos de hablar aquí de él.

ANTIGUO TESTAMENTO.—La redacción del Antiguo Testamento, tal como hoy se conoce, refiérese al siglo VIII a. de J. C., si bien casi todos sus libros estaban escritos desde tiempo muy anterior. Es, literariamente considerado, un conjunto de bellezas; su poesía alcanza los más finos matices de la sublimidad y la

hacia de la
unidades
a Babilonia
que Hammurabi

delicadeza. La versificación de los hebreos era el *paralelismo*, que se reducía a presentar los pensamientos simétricamente unidos.

Todos estos libros, según su asunto, pueden dividirse en cuatro grupos: 1.º Libros históricos. 2.º Libros poéticos. 3.º Libros filosófico-morales. 4.º Libros proféticos.

De los libros históricos, el Pentateuco constituye la base de la narración bíblica, y fué escrito, salvo pequeños fragmentos, por MOISÉS, en lengua hebrea con algunas palabras egipcias. Consta de cinco libros: el Génesis, en que se cuenta la creación del mundo y estado del hombre antes y después del pecado de Adán, el diluvio y distribución de la tierra, episodio de la torre de Babel y sucesión de los patriarcas hasta la muerte de José; el Éxodo, relativo a la vida de Moisés, declaración que Dios le hace en la cima del monte Horeb, paso del Mar Rojo y marcha de los israelitas a través del desierto; el Levítico, que contiene la descripción de sacrificios y ceremonias, así como numerosas leyendas referentes a los matrimonios, a la observancia del sábado y a otros asuntos muy variados; el de los Números, que refiere el recuento de los israelitas, su llegada a la tierra de Canaán, la muerte de los rebeldes en el desierto, las luchas con Sehon, con Og y con los madianitas, y últimamente el reparto de la tierra prometida; y el Deuteronomio o Segunda ley, que es una recapitulación de los anteriores, y en el cual se expone también la convocatoria que hace Moisés al pueblo hebreo para resignar el mando en Josué, la presentación de ambos en el Tabernáculo, y el cántico que Moisés escribe por orden de Dios. Estos son los cinco libros del Pentateuco y lo más saliente de su contenido.

Hay, además de estos libros, otros varios de carácter histórico. Tales son el libro de Josué, en que se continúa la historia del pueblo de Dios hasta dominar en toda la tierra de Canaán; el de los Jueces, que habla de esta institución teocrática y comprende desde la muerte de Josué hasta los últimos tiempos de Sansón; los cuatro de los Reyes, que encierran la historia de la monarquía hebrea; los dos Paralipómenos, atribuidos a ESDRÁS, y de menor valor literario que los anteriores; los dos de Esdrás, uno de ellos escrito por este autor y referente al regreso de los judíos a Jerusalén en tiempo de Ciro, con los sucesos subsiguientes, titulado el otro de NEHEMIAS, por haberle redactado cierto personaje de este nombre; y, por último, otros puramente bio-

gráficos, como el de *Tobías*, que sólo se conoce por una traducción y contiene en ameno relato la historia del viejo Tobías y de su hijo; el de *Judit*, que encierra el conocido episodio de la muerte de Holofernes, y el de *Ester*, comprensivo de los hechos acaecidos en tiempo de Asuero. A éstos hay que añadir los dos de los Macabeos, escrito uno en lengua siríaca y otro en griego, sobre las persecuciones sufridas por el pueblo hebreo y hazañas guerreras de los sucesores de Matatías.

Entre los *libros poéticos*, que por su belleza e inspiración merecen este calificativo, los hay muy notables. El libro de *Ruth*, atribuído a JEREMÍAS, es una verdadera narración bucólica de encanto indecible: cuenta cómo Ruth, nuera de Noemi, anduvo por los campos de Belén, recogiendo espigas, y se casó con Booz. El *Salterio* o *Libro de los Salmos*, dechado de inspiración y sentimiento, reconoce por principal autor a DAVID, si bien no es suyo en totalidad; los *salmos* que le constituyen son composiciones delicadísimas, por lo general de tinte elegíaco, en que resplandece un estilo sublime y un ferviente entusiasmo religioso. El *Cantar de los Cantares*, atribuído a SALOMÓN, es obra tan hermosa, que en opinión de algunos no tiene rival en ninguna literatura como expresión de una pasión vehemente. Bajo forma simbólica representa los amores de un Pastor y de una joven Sulamita, que, según las rectas interpretaciones, son representación de Jesucristo y la Iglesia. Bellísimo es también el libro de los *Trenos* o *Lamentaciones* de JEREMÍAS, colección de elegías que el poeta dictó a su discípulo Baruch, plañendo lastimeramente la soledad de Sión.

Los libros *filosófico-morales* del Antiguo Testamento se caracterizan por su alteza de ideas. El *Libro de Job*, que aunque se llama así no fué escrito por el varón cuyo nombre lleva, se remonta a una época antiquísima; refiere cómo Job, sometido a toda clase de pruebas, pobre y miserable, privado de sus hijos, abandonado de su mujer y de sus amigos, soporta con paciencia esta situación, hasta que Dios, apareciéndose en una nube, le devuelve sus hijos, su salud y sus riquezas. A Salomón se deben también dos libros de este género, el de los *Proverbios* y el *Eclesiastés*, que contienen exhortaciones para someterse a la ley de Dios y seguir el camino de la virtud. Muy posterior es el libro de la *Sabiduría*, escrito en griego, que encarece las ventajas de

la sabiduría, incluyendo en ella el amor a Dios. Otro libro hay, el *Eclesiástico*, escrito en hebreo por JESÚS, HIJO DE SIRACH, y traducido después al griego.

Libros proféticos son los compuestos por los Profetas, tanto por los cuatro llamados *mayores* (ISAÍAS, JEREMÍAS, EZEQUIEL y DANIEL), como por los doce *menores*. Contienen, no sólo los vaticinios, sino fragmentos filosóficos, históricos y morales. Nada más admirable que los vehementes discursos de Isaías, o las sublimes visiones de Daniel, o la elegante dicción de Joel y Amós, o los valientes apóstrofes de Habacuc.

NUEVO TESTAMENTO. — Pasemos ahora a hablar del Nuevo Testamento, que se halla compuesto por las siguientes obras: los *Evangelios*, los *Hechos* y las *Cartas de los Apóstoles* y el *Apocalipsis*. Estas obras fueron escritas en griego, con la sola excepción del Evangelio de San Mateo, que, redactado primitivamente en siro-caldaico, se tradujo después a la lengua griega; pero por formar parte de la Literatura bíblica, nos parece conveniente hablar de ellas en este lugar.

Los Evangelios son cuatro: el de SAN MATEO, el de SAN MARCOS, el de SAN LUCAS y el de SAN JUAN.

El Evangelio de San Mateo, escrito en estilo muy conciso y con abundancia en la parte anecdótica, se dirige a probar que Cristo es el verdadero Mesías. El de San Marcos es un extracto del anterior, y se distingue por lo pintoresco de la narración. El de San Lucas es más minucioso e histórico, y de composición muy artística. El de San Juan es cronológicamente el último, y el más elocuente y grandioso. Su tono propende más al misticismo, y parece que su autor, iluminado del resplandor divino, quiere desarrollar la persuasión de un apologista.

Los *Hechos de los Apóstoles*, escritos por San Lucas, se refieren al asunto expresado en su título, y en especial a la vida de San Pablo. Las *Cartas de los Apóstoles*, son de un lado las escritas por San Pablo para explicar a las *gentes* la doctrina de Cristo, y de otro las compuestas por Santiago el Menor, San Pedro, San Juan y San Judas Tadeo, que forman el libro llamado *Apostolón*.

El último libro del Nuevo Testamento es el *Apocalipsis*, maravillosa muestra de inspiración y de elocuencia que se atribuye a San Juan, y en que, bajo forma alegórica, se predice la difu-



sión del cristianismo y se refiere lo que debe ocurrir en la consumación de los siglos.

OBRAS RABÍNICAS. — Todas las obras citadas hasta ahora constituyen lo que propiamente se llama *Literatura sagrada*. Disuelta la nacionalidad del pueblo hebreo, sus descendientes continuaron cultivando las letras en los siglos sucesivos, y al conjunto de obras que produjeron se denomina *Literatura rabínica*, por contener la interpretación que de la Sagrada Escritura hicieron los *rabinos* o maestros hebreos.

Estas interpretaciones y comentarios dieron origen al *Thargum* y al *Talmud*. El *Thargum*, o, en plural, *Thargumin*, comprende la serie de paráfrasis al Antiguo Testamento que en lengua caldaica se hicieron hasta el siglo v de nuestra era; el *Thargum* más antiguo es el de Onkelos. El *Talmud*, palabra que significa *enseñanza*, es una colección de tradiciones judaicas y de comentarios sobre las leyes civiles y religiosas de aquel pueblo. Hay el Talmud de Jerusalén y el Talmud de Babilonia, divididos en dos partes llamadas *Mischna* y *Ghemara*, y escritos en idioma caldeo con escasa brillantez literaria. Por esta época se escribieron también las obras *cabalísticas* o *cábala*, por las que se quería encontrar el sentido secreto de las palabras.

Desde el siglo vi hasta el x se coleccionaron multitud de observaciones críticas para conservar la pureza del Antiguo Testamento, formando el llamado *Massorá*. Los autores del *Massorá* o *massorebas*, si bien descendieron a pesados e inútiles detalles, no dejaron de aportar importantes noticias sobre los libros sagrados.

Con la dominación de los árabes en Oriente, desaparecieron las escuelas judaicas en Babilonia, y muchos judíos se establecieron en otros países, donde produjeron una literatura que se ha extendido hasta nuestros días. Prescindiendo de los escritores hebreos en España nacidos, de que hablaremos más adelante, baste citar algunos nombres. Al siglo xv corresponden ISAAC ABARBANEL y DAVID BEN SELAMOH, nacidos en Lisboa, comentaristas notables de libros sagrados; al siglo xvi, ABRAHAM HUSQUE y DAVID BEN JOSEPH BEN JACHILA, también portugueses, jurista y teólogo el primero y poeta el segundo muy celebrado; al siglo xvii, MENASCH BEN ISRAEL, portugués, retórico y lingüista, y BENJAMÍN MUSSAPHIA, ale-

mán, médico, químico y gramático; al XVIII, MENDELSSOHN y WERELY, nacidos igualmente en Alemania.

Literatura egipcia.—La lengua egipcia, según los orientalistas, era monosilábica y sin relaciones con ninguna otra, aunque más próxima a las semíticas. Muchas de sus palabras están formadas por onomatopeya. Los egipcios tuvieron tres clases de escritura, llamadas *geroglífica*, *hierática* y *demótica*, que en el fondo no diferían.

Escasos son los monumentos literarios que se conservan de Egipto. El más importante es el *Libro de los muertos* o *Ritual funerario*, serie de fragmentos coleccionados en su mayor parte bajo los reyes Tebanos del nuevo imperio. Estos textos considerábanse sagrados, y se encerraban en los sarcófagos o se grababan en la piedra para conjurar a los genios enemigos del muerto.

Se conservan otros textos parecidos al *Libro de los muertos*, como el *Libro de los soplos de vida*, y diversos himnos consagrados a los dioses, que son sin duda de las más antiguas producciones de Egipto.

Los escritores griegos hicieron referencia a la Literatura egipcia, y atribuyeron a un autor que llamaban Hermes o Thoth, y que debe considerarse como una personificación del sacerdocio egipcio, numerosos libros de himnos, de astronomía, de religión, de filosofía, etc.

Código de Pentau

entre Roseta y Dameta
geroglíficos demóticos y hieráticos

Coronación de Harapup

Cánticos en honor de las campañas de Ramsés II

Sátira de los af
pápiros de Ruud

LITERATURAS CLÁSICAS

CAPÍTULO II

LITERATURAS CLÁSICAS.—LITERATURA GRIEGA.—HIMNOS PRIMITIVOS.—HOMERO Y HESÍODO

Literatura clásica.—Las Literaturas desarrolladas en Grecia y Roma cuando estas naciones ejercieron la dominación sucesiva del mundo antiguo, se conocen bajo la dominación de *clásicas*. Conviene advertir, sin embargo, que en este punto suele ampliarse la materia de estudio, abarcando no sólo los tiempos y obras que rigurosamente pueden llamarse clásicos, sino sus derivaciones inmediatas.

La literatura griega es una de las más importantes del mundo. El pueblo griego, artista por naturaleza, poseedor de un idioma hermoso y parecido al sánscrito, produjo obras que se inmortalizaron. Y merece observarse que mientras los pueblos orientales se pierden en un símbolo variado y abstruso, las concepciones griegas son eminentemente humanas, hasta el punto de que los mismos dioses figura y pensamiento de hombres tienen. Esto es lo que se ha llamado *antropomorfismo*.

El estudio de las literaturas antiguas suele dividirse en tres épocas: *anteclásica*, *clásica* y *postclásica*. Hubo en ellas, efectivamente, un tiempo de formación y perfeccionamiento; se siguió otro de brillantez, en que los géneros literarios llegaron a su apogeo; y últimamente, tras éste vino inevitablemente el tercero, de decadencia en los primeros momentos, tal vez de reacción algo más tarde.

Época anteclásica de la poesía griega.—*Orígenes*.—La primera época, *anteclásica*, comprende desde los primeros tiempos de la cultura griega hasta la batalla de Salamina (480 a. de J. C.).

Las primitivas manifestaciones de la poesía griega corresponden a un período fabuloso. Hubo por entonces ciertos himnos religiosos, como el *lino*, que se cantaba al terminar la primavera, en señal de duelo; el *peán*, que servía, por el contrario, para celebrar la llegada de la estación florida; el *himeneo*, canto de

bodas; el *treno*, que se entonaba en los funerales a manera de lamentación.

Los poetas de estos tiempos místicos se llamaban *aedas* y *rapsodas*. Los primeros cantaban sus poesías acompañándose de la *citara*, la *forminge* y la *lira*. La tradición señala como *aedas* a Orfeo, a Museo, a Oleno, a Tamiris, a Femio, a Demodoco y varios más. Los *rapsodas* se limitaban, por lo general, a recoger y ordenar los cantos populares, y a recitarlos después públicamente.

Período heroico.—HOMERO.—En el período heroico que a continuación se sigue, encontramos el nombre más famoso de la Literatura griega: HOMERO. La existencia de Homero ha sido puesta en duda por algunos críticos, como Wolf y sus discípulos, quienes afirman que los dos grandiosos poemas que se le atribuyen no son obra de un solo autor, sino elaboración sucesiva de distintas personas. La tradición, en cambio, señala a Homero una existencia real y efectiva. Siete ciudades griegas se disputaban la gloria de haber sido su cuna, aunque la cuestión reduciase realmente a Chíos y Smirna, y de éstas, la última ofrece más probabilidades. Según esa tradición, Homero vivió hacia el siglo X a. de J. C.; tuvo por maestro a Femio y viajó por Egipto, Libia, España, Italia y las costas de Peloponeso; regresó a su patria, donde, por haber perdido la vista, se le llamó *Homero*, que significa *ciego*; abrió más tarde una escuela de poetas en Chíos, y cuando se disponía a recorrer la Grecia para recitar sus poemas, murió en la isla de Ios.

A Homero se atribuyen las dos grandes epopeyas griegas: la *Iliada* y la *Odisea*.

El asunto de la *Iliada*, en muy pocas palabras, es el siguiente: Griegos y troyanos se encuentran en lucha, suscitada porque el príncipe Paris, hijo del rey de Troya, había huído con Elena, esposa de Menelao, hermano del rey Agamenón, y refugiándose en aquella ciudad. Al empezar el poema, el héroe griego Aquiles, enojado con Agamenón por el raptó de su cautiva Briseida, retira su concurso. Desde entonces los troyanos, mandados por Héctor, consiguen la mejor parte: persiguen a sus enemigos hasta las trincheras e incendian un buque. Aquiles, aun no aplacado, consiente en que su amigo Patroclo vaya a pelear en su lugar, y para ello le presta sus propias armas; pero Patroclo es

muerto por Héctor. Entonces el héroe, lleno de dolor y de ira, ciñese otras armas que forja Vulcano, marcha a la lucha, y después de una mortandad espantosa, el mismo Héctor cae bajo la mano de Aquiles. Príamo, padre de Héctor, va a la tienda de Aquiles para rescatar el cadáver de su hijo, y conseguido su deseo, no sin mediación de los dioses, conduce los restos a Troya, donde se celebran solemnes exequias.

Los caracteres de la *Ilíada* son admirables. Aquiles, valiente y esforzado, pero noble, patriota, sensible a la amistad, es un personaje semidivino. Ajax Telamón es la representación de la fuerza física, que sólo ante las intimaciones de Júpiter retrocede; Ulises, el rey de Ítaca, protagonista después de la *Odisea*, se caracteriza por la prudencia y la astucia; Héctor, jefe de los troyanos, por la decisión y talento militar; Príamo, por el cariño paternal; Paris, por su elegancia y atildamiento, aun en los momentos más graves. Y junto a estos caracteres, vigorosamente trazados, hay otros que son modelo de delicadeza, como el de Elena, rodeada de cierta simpatía, no obstante su liviandad, y el de Andrómaca, la mujer de Héctor, prototipo de esposas amantes y resignadas.

El desarrollo de la acción es tan delicado como majestuoso. La intervención de los dioses, ayudando unos a los griegos y otros a los troyanos, despierta singular interés.

La *Odisea* no es, desde luego, obra tan grandiosa como la *Ilíada*, pero sí más apacible, más sentida. En ella se refiere cómo Ulises, muchos años después de tomada Troya, se esfuerza en vano por llegar a Ítaca su patria, mientras su mujer Penélope se ve asediada de pretendientes, y su hijo Telémaco sale en su busca. En la isla Ogigia permanece Ulises siete años, retenido por la ninfa Calipso; huye de allí en una balsa por él fabricada, y después de naufragar, arriba a la isla de los feacios. El rey Alcínoo le recibe benignamente, y entonces Ulises le cuenta sus maravillosas aventuras. Dícele, pues, que había estado en el país de los cicones, de los lotófagos y de los cíclopes, donde el gigante Polifemo le tuvo cautivo; que de allí pasó al palacio de Eolo, a la región de los lestrigones, gigantes antropófagos, y a la isla en que la encantadora Circe convertía a los hombres en cerdos; que fué luego al país de las tinieblas, y después de evitar varios obstáculos, la tempestad estrelló su nave y le arrojó a las costas

de Oigia. Compadecido Alcínoo de tantas desgracias, le proporciona un barco con el cual regresa a Ítaca, cuando Penélope, no sabiendo cómo librarse de sus perseguidores, había prometido su mano a quien con el arco de Ulises venciera en un torneo a todos los demás. Pero aunque lo intentan, ninguno puede tender el arco de Ulises. Llega éste disfrazado de mendigo, dispara el arma sin esfuerzo, y da en el blanco. En seguida castiga la osadía de sus rivales, quienes más tarde le suscitan una lucha, que termina por intervención de los dioses.

Para formar el mérito de la *Odisea*, bastaran las figuras de Ulises, vencedor del destino con su abnegación y su prudencia; de Penélope, que en amor a su esposo imagina los más curiosos ardidés, y de Telémaco, hijo cariñoso y obediente. Hasta en los personajes y episodios secundarios, ofrece el poema detalles de mano maestra.

Hoy se admite generalmente que la *Iliada* y la *Odisea*, por lo menos cada una de ellas, fueron escritas por un solo autor y no por varios, como supone la teoría *cíclica*.

Además de la *Iliada* y la *Odisea*, se han atribuído a Homero varios himnos, llamados por esta razón *homéricos*, como los dedicados a Apolo Delio, Apolo Pitio, Mercurio, Venus, Ceres y Baco, en que se invoca y celebra a cada uno de estos dioses. La atribución parece infundada.

EL CICLO POÉTICO.—La *Iliada* y la *Odisea* fueron seguidas de otros poemas sobre las tradiciones heroicas de los griegos, y así se constituyó lo que se llama el *ciclo poético*. Aretino de Mileto continuó la *Iliada* en un poema titulado *Etiópica*; Lesques de Lesbos escribió la *Pequeña Iliada*; Eugamón compuso la *Telegonia*, como complemento de la *Odisea*, etc.

HESÍODO.—Si Homero fué un poeta heroico en el total sentido de la palabra, HESÍODO debe considerarse como poeta épico-didáctico. Según la tradición, Hesíodo vivió algunos años después que el cantor de Aquiles; nació probablemente en Ascra, en la Beocia; sostuvo querellas con su hermano Persa, acerca de su patrimonio, y murió de edad muy avanzada.

Los escritos que de Hesíodo se conocen son dos: los *Trabajos y días* y la *Teogonia*.

Trabajos y días es un poema dirigido a su hermano Persa. Después de dos pequeños pasajes épicos sobre la fábula de Pro-

meteo y la degeneración de la raza humana, se distinguen en el poema tres trozos didácticos: uno moral, dirigido a inculcar el amor a la virtud y al trabajo; otro sobre el modo de enriquecerse con la agricultura y la industria; el tercero, señalando los días fastos y nefastos para los negocios. El poema de *Trabajos y días*, si bien no tiene la grandeza de los de Homero, por sus tendencias y briosa sencillez del lenguaje debe considerarse como uno de los más importantes de la poesía naturalista.

La *Teogonía* es un poema religioso, en que Hesíodo presenta la genealogía de los dioses, empezando por el Caos y la Tierra, en cuyas profundidades pone al Tártaro, y acabando por las numerosas divinidades mitológicas. En ocasiones, más que una creación poética es un árido catálogo de nombres. Tiene trozos muy bellos, como la descripción de la batalla sostenida entre Júpiter y los Titanes.

Hacia el final de la *Teogonía* hay un fragmento en que se canta a las madres de los personajes heroicos y que se conoce con el nombre de *Las Eeas*. También se atribuye a Hesíodo, por la sola razón de ir unido al anterior, otro fragmento en que se describe el *Escudo de Hércules*.

La lírica.—LA ELEGÍA.—Pasado el período heroico de la Literatura griega, sigue otro de mayor fijeza histórica en que los gustos se van depurando.

La poesía lírica, que entonces predomina, ofrece sus primeras manifestaciones en la elegía. Pero es de advertir que esta palabra no tenía entre los griegos el sentido que ahora le damos: toda composición poética en que el verso pentámetro alternaba con el hexámetro, cualesquiera que fuesen su asunto y dimensiones, se llamaba *elegía*.

Entre los más antiguos poetas elegíacos conocidos, figura CALINO de ÉFESO (siglo VII a. de J. C.), que con sus versos reanimó a sus paisanos los efesios en la guerra contra los troyanos y cimerianos, y, como más famoso, TIRTEO. La tradición afirma que Tirteo era maestro de escuela y cojo; lo probable es que con el primer calificativo se quisiera expresar tan sólo que era un maestro en el estilo, y con el segundo se designase el carácter especial de su versificación en versos de desigual medida. Lo cierto es que de él se conservan tres notabilísimas composiciones en que, exaltando el valor militar, expresa con bellos colores

lo glorioso que es para el guerrero morir en la batalla, y el deshonor de una vergonzosa huída.

Después toma la elegía diferentes tendencias. En unos poetas, como MIMNERMO DE COLOFÓN, es erótica; en otros, como ARQUÍLOGO DE PAROS, a quien se supone inventor del yambo, satírica; en otros, como TEOGNIS DE MEGARA, FOCÍLIDES y los *Siete Sabios de Grecia*, especialmente SOLÓN, reviste un carácter moral y se manifiesta en sentencias y máximas, constituyendo lo que se llama *poesía gnómica*.

PARODIA Y APÓLOGO.—Mucha importancia tienen también dos géneros que aparecen hacia el siglo VI a. de J. C.: la *parodia*, o sea lo que hoy llamamos poema *heroicómico*, y el *apólogo*.

Célebre es el poema heroicómico titulado *La Batracomiomaquia*, parodia de la *Iliada*, en que se cuenta cómo por la muerte de la rata Robamigas comienza una lucha entre los ratones y las ranas, en la cual estas últimas, no obstante la intervención de los dioses, están a punto de ser exterminadas, hasta que otros feroces guerreros, los cangrejos, acuden en su ayuda y hacen huir al enemigo.

El apólogo se cultivó mucho en Grecia. Los poetas fabulistas fueron numerosos, pero todos ellos se personificaron en ESOPPO, esclavo frigio que vivió en el siglo VI, y a quien los griegos reputaban como autor de cuantos apólogos corrían por el mundo. Lo probable es que Esopo no hiciera otra cosa que recitarlos. Sea como quiera, las llamadas *fábulas de Esopo* fueron copiadas e imitadas por el latino Fedro y por los fabulistas de todas las épocas.

POETAS EÓLICOS, DÓRICOS Y JÓNICOS.—Sucesivamente florecieron notables poetas líricos, que por el lugar de su nacimiento y dialecto en que escribieron, eran *eólicos*, *dóricos* y *jónicos*. Los principales poetas eólicos son TERPANDRO, que se dice inventó la lira de siete cuerdas; ALCEO, autor de bellísimas odas políticas, eróticas y religiosas, y la poetisa SAFO, que sobresalió en los epitalamios o cantos de himeneo. Según la tradición, probablemente falsa, enamorada Safo de cierto Faón, y despreciada por él, se suicidó arrojándose al mar desde el promontorio de Léucade.

Entre los poetas dóricos sobresalen ALCMÁN, cuyas poesías se destinaban en su mayor parte a cantarse en coros de donce-

llas, y ESTESÍCORO, que compuso también coros de asunto heroico y mitológico.

Los grandes poetas jónicos son ANACREONTE, SIMÓNIDES DE CEOS y PÍNDARO, que vinieron en el siglo VI a. de J. C. Anacreonte nació en Teos; estuvo algún tiempo en Samos, protegido por Polícrates, y después de vivir en Atenas y en Tesalia, se retiró a su ciudad natal, donde probablemente murió. Anacreonte es considerado como el creador de un género de poesía ligera, alegre, dedicada a cantar los placeres del amor, del vino y de la mesá. No todas las composiciones de este estilo que en Grecia se escribieron son debidas a Anacreonte; pero es lo cierto que, imitada en épocas posteriores, vino a tener gran importancia la poesía anacreóntica.

Simónides de Ceos forma con Anacreonte un marcado contraste. Sus escritos se caracterizan por la gravedad y la reflexión; es ante todo un poeta filósofo. Sus poesías más preciadas son los *trenos* o cantos de dolor; el que se titula *Las quejas de Dánae* es un prodigio de delicadeza y sentimiento. Escribió también epigramas, tal como estas composiciones se entendían entre los griegos, de tonos serios y carácter de inscripciones; escribió himnos, cantos de victoria, etc.

Pero el príncipe de los poetas griegos es Píndaro. Nació Píndaro en Cinocéfalos, cerca de Tebas, y su prolongada vida—murió a los ochenta años—fué un triunfo continuo. Protegiéronle los hombres más ilustres y poderosos, toda la Grecia le aclamó con entusiasmo, y al morir se erigieron monumentos en su memoria.

Píndaro escribió poesías de distintos géneros, a las que alude Horacio; pero las que han inmortalizado su nombre son las *odas triunfales*, compuestas en honor de los vencedores en los concursos públicos o *agones*. Se celebraban éstos en Olimpia, en Delfos, en el Istmo de Poseidón y en Nemea, por lo cual tiene Píndaro odas *olímpicas*, *píticas*, *istmicas* y *nemeas*. Estas odas se distinguen por la grandeza y el entusiasmo; su abundancia de metáforas y expresiones brillantes, hace que sean el modelo por excelencia del *lenguaje lírico*, con tanto abuso empleado más tarde.

CAPÍTULO III

ÉPOCA CLÁSICA DE LA LITERATURA GRIEGA.—EL TEATRO

Época clásica.—El segundo período que admitimos en la Literatura griega, comprende desde la batalla de Salamina hasta la muerte de Alejandro (480-323 a. de J. C.).

En este período, llamado *siglo de Pericles*, aparece el genio griego en toda su grandeza. En poesía, el género dramático se sobrepuso a todos, con obras de fama imperecedera. La prosa adquiere toda la consistencia y galanura necesarias, con variadas manifestaciones.

El Teatro.—**ORÍGENES.**—El origen del teatro griego es confuso, pero indudablemente se relaciona con las fiestas religiosas. En ciertas épocas del año era costumbre rendir culto al dios Baco o Dionisos, danzando en derredor de su altar y entonando un canto que se llamó *tragodia*, bien porque se inmolase un macho cabrío (de *tragos*, macho cabrío, y *ode*, canto), bien porque los coristas se disfrazasen de sátiros, con piernas y barbas de cabra. Parece que TESPIS dió más movimiento escénico a estas danzas, haciendo que con ellas alternase la representación, por medio de varios personajes que declamaban uno a uno, y tomando por asunto episodios particulares de la leyenda de Baco y de la tradición heroica. Este primer impulso dado por Tespis, fué continuado por otros como FRÍNICO, PRATINAS y QUE-RILO, de quienes ninguna obra se conserva. Poco a poco la primitiva tragedia se fué perfeccionando, y a ello contribuyeron especialmente los certámenes públicos, que al igual de los que existían para las composiciones líricas, se establecieron para las dramáticas.

Los poetas debían presentar cada uno tres tragedias y un drama satírico, a lo cual se llamó *tetralogía*; si las tragedias versaban sobre el mismo asunto, y eran continuación una de otra, se denominaban *trilogía*. El arconte epónimo elegía las tres mejores tetralogías, que se representaban públicamente, y a la terminación, el público mismo en los primeros tiempos, un jurado de cinco jueces más tarde, dictaban el fallo.

Los primeros teatros en Grecia eran de madera y de una ca-

pacidad inmensa; en tiempos de Pericles se construyeron de piedra. No tenían techo, y las representaciones se verificaban de día. La decoración puede decirse que era siempre la misma: solía representar la fachada de un palacio o de un templo, y a lo lejos se veían las torres de alguna ciudad, o una campiña, o el mar.

Las tragedias griegas llegaron a tener una distribución en partes invariables. Su acción era sencilla, los personajes héroes o semidioses. El coro tenía una singular importancia; vino a ser un personaje colectivo, que personificaba la conciencia pública. Al frente de los *coreutas* estaba el *corifeo*, que en ocasiones llevaba solo la palabra. Desde los primeros tiempos del arte dramático usaron los actores la *máscara*, con la que representaban al héroe o dios correspondiente y robustecían la voz, y el *coturno*, especie de borceguí de suelas muy gruesas que servía para levantar la estatura del personaje y darle cierto aire de majestad.

ESQUILO.—El primer autor trágico propiamente tal, es ESQUILO. Nacido en Eleusis, pequeña aldea del Atica, en 525 a. de J. C., siendo joven luchó en Maratón, Salamina y Platea contra los persas. Con sus tragedias obtuvo numerosos premios en los certámenes. Por causas no bien determinadas pasó de Atenas a Sicilia, y allí murió rodeado de la admiración general, cuando contaba sesenta y nueve años.

Escribió Esquilo más de sesenta obras dramáticas; pero sólo se conservan siete tragedias: *Los Suplicantes*, *Los Persas*, *Los Siete contra Tebas*, *Prometeo encadenado*, y la trilogía que se titula *La Orestíada*, compuesta del *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*. Esta trilogía es considerada como la obra maestra de Esquilo. Su asunto es la infidelidad de Clitemnestra y muerte que da a su marido Agamenón; la venganza que toma Orestes, hijo de ambos, matando a su madre y al adúltero Egisto; y últimamente, los remordimientos del parricida, perseguido por las Furias, y su perdón por intervención de la diosa Minerva.

La nota distintiva del teatro de Esquilo es la sencillez, pero una sencillez suplime, que produce inevitablemente el terror. Impelidos del resorte que mueve toda la acción, la *fatalidad*, los personajes de Esquilo muestran una grandeza que espanta, lo mismo si realizan terribles venganzas que si soportan sufrimientos atroces.

SÓFOCLES.—**SÓFOCLES**, nacido en Colono hacia el año 497 a. de J. C., continuó y modificó la obra de Esquilo. Vencedor en diversos certámenes, su tranquila y reposada vida se vió amargada en la ancianidad por un hijo ingrato, Iofón, que le acusó de demencia para obtener la libre administración de sus bienes. Cuéntase que Sófocles, para demostrar su capacidad, recitó ante los jueces algunos pasajes del *Edipo en Colono*, que acababa de componer, y fué absuelto.

Más de cien tragedias se atribuyeron a Sófocles, pero sólo existen siete: *Edipo rey*, *Edipo en Colono*, *Antígona*, *Filoctetes*, *Ajax*, *Electra* y las *Traquinianas*.

Sófocles no tiene la imponente grandeza de Esquilo, pero en cambio pone más en juego las pasiones para lograr los efectos de lo trágico. Excita más la compasión que el terror. Sus personajes, sin dejar de ser héroes, no son titánicos ni gigantescos, ni están sometidos de modo inexorable a la fatalidad. El coro, si bien tiene mucha importancia, no es ya el personaje principal, y en la parte que le está encomendada suele predominar lo patético. En suma: Sófocles coloca la tragedia en un terreno propio, de grandza, sí, pero más humana que sobrenatural.

EURÍPIDES.—Otro de los grandes trágicos griegos es EURÍPIDES. Nacido en Salamina, al decir de los biógrafos, el mismo día de la famosa batalla, fué primero atleta, después estudió filosofía, y últimamente se decidió por la poesía dramática. De las diez y ocho tragedias que de Eurípides nos quedan, las más famosas son *Alceste*, en que la esposa de Admeto consiente en morir por su esposo y es salvada por Hércules; *Medea*, basada en los celos y desesperación de la mujer de Jasón, que hace perecer a su rival y mata a sus propios hijos; *Hipólito*, en la cual el protagonista resiste al amor de su madrastra Fedra, y muere víctima de las imprecaciones de su padre; *Ifigenia en Táuride*, cuyo asunto es la presentación de Pílates y Orestes, para ser sacrificados, a la sacerdotisa de Diana, Ifigenia, quien, al reconocerlos como su hermano y un amigo, huye en su compañía.

Eurípides convierte la tragedia en verdadero drama. Su principal recurso es el estudio de las pasiones, hasta el punto de que nadie como él, entre los clásicos, ha profundizado en el corazón humano. Por eso en sus obras los dioses no obran directamente sobre los peronajes, sino imbuyendo en su alma los sentimien-

tos más opuestos; por eso el coro, que era un obstáculo para esa lucha moral, tiene un papel puramente decorativo.

Pero encaminada la tragedia griega por rumbos que la alejaban de su origen, perdidos el brío y el nervio que la fortalecían, entra ya en la decadencia. Después de Eurípides, sólo hubo algunos trágicos sin importancia.

La comedia.—El origen de la comedia griega es parecido al de la tragedia. Ya naciera de los cantos entonados en los banquetes (de *comos*, festín), ya de la rondas de los campesinos (de *come*, aldea), las primitivas canciones groseras y licenciosas fueron perfeccionándose hasta formar un nuevo género dramático. Parece que SUSARIÓN DE MEGARA llevó a sus actores en carros de pueblo en pueblo, cosa que Horacio atribuye a Tespis; EPICARMO DE COS, al decir de los antiguos, fué el primero que escribió comedias con verdaderos argumentos, mientras que SOFRÓN DE SIRACUSA compuso ciertas obras llamadas *mimos*, semejantes a nuestros sainetes.

ARISTÓFANES.—Pero éstos sólo hubieron de ser ensayos, más o menos perfectos. El gran autor cómico de Grecia es ARISTÓFANES, nacido en Atenas o en Egina hacia 445 y muerto hacia el 386. Cincuenta y cuatro comedias de Aristófanes se representaron, de las cuales sólo conocemos once, y todas ellas son inimitables piezas satíricas, en que se ridiculizan las costumbres, las instituciones y los hombres de la época. Entre estas comedias, unas hay de sátira política, encaminadas a defender la paz, contra los que sostenían la campaña del Peloponeso: tales son *Los Acarnienses*, en que se burla de los partidarios de la guerra; *Los Caballeros*, que es un durísimo ataque contra el agitador Cleón, por lo cual nadie se atrevió a representar el papel correspondiente, y tuvo que encargarse de ello el propio Aristófanes; *La Paz*, de carácter alegórico, y *Lisistrata*, en que las mujeres de Grecia se conjuran para rechazar a sus maridos mientras la paz no se haga. Otras comedias son de sátira social, como *Las Nubes*, contra los sofistas; *Las Avispas*, contra los jueces de Atenas; *La junta de mujeres* y el *Pluto*, en que se satiriza la utopía comunista. Otras, por último, son de sátira literaria, como *Las fiestas de Deméter* y *Las Ranas*, donde zahiere a Eurípides y su escuela, y *Las Aves*, caprichosa burla de diversas clases sociales y hasta de los dioses mitológicos.

OTROS AUTORES.—Hasta Aristófanes alcanzó la llamada en Grecia *Comedia antigua*, que se caracteriza, como ha podido observarse, por su índole fuertemente satírica, que degeneraba frecuentemente en diatriba personal. Una Ley de los Treinta Tiranos prohibió que los poetas cómicos designasen por su nombre a ningún personaje efectivo, y esta ley, que alcanzó en parte a Aristófanes, vino a iniciar la *Comedia media*. ANTÍFANES y ALEJO, apenas conocidos por insignificantes fragmentos, fueron los principales representantes de la Comedia media, que buscó asuntos cómicos en las escuelas filosóficas y literarias, y quitó al coro su antigua importancia. Finalmente, en el último tercio del siglo IV aparece la *Comedia nueva*, que inspirándose en los definitivos y más exactos caracteres del género, busca sus asuntos en los lances y peripecias de la vida humana, suprimiendo a la vez de un modo absoluto la intervención del coro. El más notable de sus poetas fué MENANDRO (342-290), de cuyas obras sólo se conservan algunos títulos y escasos fragmentos; pero por ellos y por las limitaciones que el poeta latino Terencio hizo de Menandro, se deduce que éste poseyó excelentes dotés de observación y notable vis cómica.

Alude que termina por el anagnórisis o reconocimiento al final; cuando se van a matar reconocen que son hermanos por un lunar en la espalda o algo así

CAPÍTULO IV

LA PROSA EN LA ÉPOCA CLÁSICA DE LA LITERATURA GRIEGA.
LA HISTORIA.—LA FILOSOFÍA.—LA ORATORIA

La prosa.—ORÍGENES.—La prosa se desarrolla en Grecia más tardíamente que la poesía. Hasta el siglo v a. de J. C., se hace de ella en literatura uso muy escaso.

Los legisladores primitivos escribieron algunas obras que no se conservan; de modo que las primeras muestras de la prosa griega son los fragmentos de varios filósofos como ANAXIMANDRO y HERÁCLITO, y los de ciertas narraciones en que algún *logógrafo*, como HECATEO DE MILETO, reunía noticias medio históricas, medio fabulosas.

HISTORIADORES.—Pero bien pronto, en las obras históricas, aparece la prosa plenamente desarrollada. Los historiadores de esta época con más justicia celebrados, son HERÓDOTO, TUCÍDIDES y JENOFONTE.

Heródoto nació en Halicarnaso hacia el año 480 a. de J. C. y murió el 425. Viajó mucho, visitando, entre otros países, Egipto, Libia, Fenicia y Babilonia; pasó sus últimos años en la ciudad de Turies.

Se ha llamado con razón a Heródoto el *padre de la historia*, por ser autor de la primera obra ordenada con cierto método histórico. Esta obra se encuentra dividida en nueve libros, a los cuales los antiguos dieron el nombre de las nueve musas; según la tradición, Heródoto la leyó públicamente en los Juegos Olímpicos, y produjo tal entusiasmo en el auditorio, que se le concedió la corona de los vencedores. Comprende esta obra todo el mundo entonces conocido, pero el asunto principal, en derredor del cual se agrupan todos los demás, es la guerra del Asia con la Grecia. Admite Heródoto, como no podía menos, todo género de tradiciones fabulosas, pero sólo aquello que ha visto lo afirma de modo terminante. La narración, hecha en un lenguaje ingenuo y sencillo, lleno de gracia y vivacidad, no decae nunca en interés: nada de mayor atractivo que sus gráficas descripciones o sus amenos relatos, como el de los tesoros de Cresos, el del anillo de Polícrates, etc.

TUCÍDIDES, contemporáneo de Heródoto; nació en Halimunta, demo o barrio de Atenas. Cuentan los antiguos que cuando tenía quince años oyó leer a Heródoto su Historia, y esto determinó su vocación. En las guerras del Peloponeso desempeñó cargos importantes; pero siendo poco afortunado en la defensa de Anfípolis, se le desterró de su patria. Durante los veinte años que vivió en el destierro, se consagró a escribir la *Historia de la guerra del Peloponeso*.

La *Historia* de Tucídides, que hoy conocemos dividida en ocho libros, es una sencilla narración cronológica en que los sucesos se cuentan por veranos e inviernos. Tucídides revela cierto espíritu crítico; a diferencia de Heródoto, descarta las ficciones para dar sólo cabida a la verdad. Maestro en la pintura de caracteres, uno de los recursos que utiliza para ello es el de poner en boca de los personajes *arengas* o discursos, que han sido imitados muchas veces. Militar entendido, da frecuentes muestras de conocer la estrategia. Y en cuanto al lenguaje, que es el ático puro, abunda en hipébaton y en giros poéticos, que imprimen en él un sello de elegancia y energía.

JENOFONTE no sólo es historiador: es un polígrafo. Nació en Erquia, aldea de Atica; fué discípulo de Sócrates y viajó mucho; púsose al servicio de Ciro el Joven, y después de la batalla de Cunaxa, dirigió la famosa *retirada de los diez mil*, evitando su destrucción; desterrado de Atenas por su inclinación a los de Esparta, se trasladó a este país y murió en Corinto de edad muy avanzada, al mediar el siglo IV a. de J. C.

Sus obras históricas más salientes, son: la *Anábasis*, relativa a la campaña de Ciro el Joven en Asia y retirada de los diez mil; las *Helénicas*, en que continuó la historia de Tucídides, y la *Ciropeia*, especie de novela moral y política sobre la educación de Ciro. De las demás obras, unas son filosóficas, como los *Memorables* y la *Apología de Sócrates*, en que defiende la doctrina y memoria de su maestro; otras son políticas y económicas, como el *Gobierno de Esparta*, en que da preferencia a ésta sobre Atenas, y la *Economía*, que es el primer libro escrito sobre la administración familiar; otras, en fin, son militares, como el *Hiparco*, la *Equitación* y la *Caza*.

Todas estas obras están escritas en forma tan elegante, tan delicada, que los antiguos llamaron a Jenofonte la *Abeja ática*.

Cicerón decía que su estilo era más dulce que la miel, y que las Musas habían hablado por su boca.

LA FILOSOFÍA.—La literatura filosófica, después de sus primeros ensayos, tomó un impulso extraordinario. A mediados del siglo V cayeron sobre Atenas, procedentes de toda Grecia, los llamados *sofistas*, que se jactaban de poseer la ciencia universal, y discutían capciosamente sobre las cuestiones más opuestas. Un hombre insigne, Sócrates, se encargó de rebatir a los sofistas, demostrando lo falso de sus doctrinas con los principios de una filosofía sólida y fundamentada. Pero como Sócrates no consignó sus teorías por escrito, serían desconocidas a no haberlas conservado alguno de sus discípulos, como Jenofonte, y sobre todo Platón.

PLATÓN (428-347 a. de J. C.) nació en Atenas. Dícese que primero llevó el nombre de Aristocles, pero luego se le dió el de Platón, que significa *ancho*, por su robusta complexión. Fué discípulo de Sócrates, y por hacer su defensa al verle perseguido y condenado, tuvo que salir de Atenas; viajó mucho y en Siracusa le mandó vender como esclavo Dionisio el Viejo; regresó a su patria, y en los jardines de Academo fundó una escuela que por esto se llamó *Academia*, a la que asistieron numerosos discípulos.

Platón escribió casi todas sus obras en forma de diálogo. A treinta próximamente ascienden los *Diálogos* de Platón, y en ellos está contenido todo un sistema filosófico y artístico. Hay unos *metafísicos*, como el *Teetetes*, que trata de la ciencia en general, y el *Timeo*, sobre el origen y naturaleza de los hombres y del mundo; otros *morales* y *políticos*, como la *República* y las *Leyes*, referentes a la organización del Estado; otros *estéticos*, como el *Banquete*, sobre el amor, el *Fedro*, sobre la belleza, el *Ion*, sobre la poesía, etc., etc.

El lenguaje y estilo de los diálogos platónicos son tan variados como su asunto, y siempre bellos y elocuentes. Tanto participan de la elegancia como de la sublimidad: no en vano Platón ha sido llamado el *Divino*.

Si las de Platón son teorías esencialmente idealistas, las de su discípulo ARISTÓTELES conceden gran parte al análisis y a la experiencia, sin que por eso exista en el fondo de unas y otras la radical separación que generalmente se cree. Aristóteles

(384-322 a .de J. C.) nació en Estagira, en la Macedonia. Discípulo de Platón, vivió largo tiempo en la corte de Filipo, encargado de la educación de Alejandro; pasó luego a Atenas, donde abrió una escuela de Filosofía, llamada *Liceo* por el lugar en que estaba situada, y *peripatética* porque los discípulos oían las explicaciones al tiempo que paseaban; y últimamente, acusado de impiedad, hubo de huír a Calcis, y allí murió.

Aristóteles realizó una labor enciclopédica que durante mucho tiempo fijó el límite del saber humano. Entre sus obras figuran la *Lógica u Organon*, colección de distintos tratados; la *Metafísica* o *Filosofía* fundamental; la *Poética*, que sirvió de norma literaria aun en tiempos modernos, y la *Retórica*, dividida en tres partes sobre el orador y la oratoria; los libros de *Física*, en que, entendiendo esta palabra en sentido diferente al que hoy tiene, como «estudio de los fenómenos del Universo», se trataba de la naturaleza y movimiento de los animales, del alma y de otros asuntos; varios *Diálogos* a la manera de Platón, alguna poesía, etcétera.

Nadie ha ejercido la influencia que Aristóteles en la cultura humana. En Grecia y en Roma, como en el mundo de la Edad Media, sus obras tuvieron inapelable autoridad; los mismos filósofos modernos le han concedido sus elogios. Y en cuanto a las condiciones literarias, los libros de Aristóteles son un modelo de lenguaje didáctico, claro y conveniente.

OTROS DIDÁCTICOS.—Otros dos escritores didácticos merecen citarse. Uno de ellos es HIPÓCRATES DE COS (n. 460 antes de J. C.), el más célebre médico de la antigüedad, autor de varias obras de Medicina e Historia Natural y de los famosos *Aforismos*, que contienen los más esenciales principios de higiene y medicina. El otro es TEOFRASTO, a quien se dió este nombre, que significa *parlador divino*, por su elocuente palabra, pues el suyo propio era Tirtano. Se conservan de Teofrasto dos tratados sobre *las plantas*, varios fragmentos sobre ciencias naturales, y una colección de bocetos morales que se conoce con el título de *Los Caracteres*, y es su producción más notable.

LA ORATORIA. — ORÍGENES. — «La elocuencia—dice un autor—es tan antigua como la Grecia misma. Existía ya en los consejos que nos describe Homero, donde los jefes reunidos discutían grandes intereses políticos o militares.» Sin remontarse a

tiempos tan lejanos, es positivo que los grandes capitanes griegos, Temístocles, Aristides y Pericles, fueron excelentes oradores, pero sólo puede juzgarse de ellos por los discursos, poco merecedores de crédito, que los historiadores ponen en su boca.

Los sofistas, a que antes hemos aludido, practicaron una oratoria falsa y de apariencia, encaminada sólo a probar sus engañosas teorías. Regida Atenas por un un gobierno democrático, existiendo amplia libertad para discutir todo género de opiniones, bien pronto hicieron uso, y aun abuso, de la oratoria, cuantos hombres de alguna importancia intervenían directamente en la gestión pública; y como ésta revestía un carácter de lucha constante, y originaba frecuentes acusaciones, todos ellos hubieron de ser oradores entre políticos y forenses. Baste citar los nombres de ANTIFÓN, que tiene algunos discursos divididos en *tetralogías* o series de cuatro; de ANDÓCIDES, hombre despreciable, pero orador elocuentísimo; de LISIAS, que escribió más de doscientos discursos en puro estilo ático; de ISÓCRATES, cuyo *Panegírico de Atenas*, aunque notable, es un tanto afectado; y de ISEO, a quien se tiene por maestro de Demóstenes.

DEMÓSTENES.—Las dos grandes figuras de la oratoria griega son DEMÓSTENES y ESQUINES.

Demóstenes nació en Peania, demo del Atica, hacia el año 384 a. de J. C. Siendo niño perdió a su padre, que era un rico armero, y los tutores malversaron su hacienda; al llegar a su mayor edad pleiteó contra ellos, pronunciando cinco notables alegatos, y consiguió que los condenaran. Luego quiso dos veces hablar desde la tribuna pública, pero el auditorio le rechazó por su difícil pronunciación y poca soltura. Lejos de desalentarse por este fracaso, practicó en la soledad repetidos ejercicios, copiando varias veces a Tucídides, y cuando nuevamente se presentó en la tribuna para hablar contra la Ley de Leptino, obtuvo un triunfo completo. Se dedicó desde entonces Demóstenes a combatir la política de Filipo, que quería incorporar el pueblo ateniense a Macedonia, su patria. Contra él peleó en la batalla de Queronea, donde parece que no fué tan buen soldado como orador. Muerto Filipo, Demóstenes intentó levantar la Grecia contra Alejandro, su sucesor; pero sometido a un proceso, fué encerrado en la cárcel. Logró fugarse de ella, y pasó varios años en un destierro. De nuevo volvió a su patria al morir Alejandro,

con ánimo de promover la rebelión; pero Antípater, apoderándose de Atenas, condenó a muerte a Demóstenes y demás jefes del partido democrático. Huyó el gran orador a la isla de Calauria, y se refugió en el templo de Neptuno; alcanzado por los soldados que le perseguían, tomó un veneno y cayó muerto ante el altar del dios.

Entre los discursos más célebres de Demóstenes figuran las *Filípicas*, que se llaman así por haber sido pronunciadas en contra de Filipo, y las *Olintianas*, en que el insigne orador defendió a los habitantes de Olinto, ciudad sitiada por aquel rey. También es famoso el *Discurso de la corona*, que pronunció contra su constante rival Esquines sobre un asunto que directamente le afectaba. Un ciudadano llamado Ctesifonte propuso que se confiriera a Demóstenes, en recompensa a sus servicios, una corona de oro; opúsose Esquines en una enérgica acusación, y entonces Demóstenes contestó con el aludido *Discurso de la corona*, que, según frase de Cicerón, es «el tipo más perfecto de la elocuencia humana». Esquines no consiguió su propósito de que fuese condenado Ctesifonte, porque sólo obtuvo la quinta parte de los votos, y se retiró de Atenas avergonzado.

Demóstenes es el orador más grande de Grecia. Sin conceder gran parte al elemento poético del discurso, camina derechamente a la persuasión, con abundante copia de argumentos. Su palabra recorre todos los tonos; unas veces hace uso de la más fina e intencionada ironía, otras veces se eleva hasta tocar en la sublimidad.

ESQUINES.—El rival que tuvo siempre Demóstenes en la oratoria y en la política, fué ESQUINES. Nacido en Cotocia (Atica) en el año 393, hijo de un maestro de escuela y de una tacadora de tímpano, comenzó siendo atleta y acabó por ocupar cargos importantes en Atenas. Después de regresar Esquines de una Embajada cerca de Filipo, quiso Demóstenes, auxiliado por un ciudadano llamado Timarco, acusarle de estar vendido al rey de Macedonia; pero Esquines se adelantó, y en el violentísimo discurso *contra Timarco* acusó a éste de infamia, y consiguió que le condenaran. Poco después se reprodujo la cuestión. Demóstenes le culpó de prevaricaciones políticas y pidió contra él la pena de muerte, lo que originó el llamado *proceso de la Embajada*. Esquines probó lo infundado de la impugnación, en un discurs-

so, si no tan vehemente como el de su adversario, razonado, metódico y sumamente hábil. Después de esto sobrevino el proceso de la Corona, en que Esquines fué derrotado. Retiróse a Rodas, donde abrió una escuela de Retórica, y murió al año 314 en Samos.

Esquines no publicó más que los tres discursos que hoy conocemos, llamados por los antiguos *las tres Gracias*, y son los ya aludidos *contra Timarco*, sobre *la Embajada* y *contra Ctesifonte*. «Esquines—ha dicho un autor—es un artista y un hombre de imaginación, mucho más que un lógico poderoso. Dispone muy hábilmente el plan general de un discurso; mas no sabe trabar estrechamente las partes, ni condensar los argumentos, ni producir aquella unidad de impresión que es el triunfo de la elocuencia. Dista mucho de ser un orador perfecto; pero es de los más perfectos que ha habido en el mundo.»

CAPÍTULO V

ÉPOCA POSTCLÁSICA DE LA LITERATURA GIEGA.—
SUS TRES PERIODOS

Período alejandrino.—La época postclásica de la Literatura griega abraza tres períodos: el *alejandrino*, el *romano* y el *bizantino*. En estos dos últimos puede decirse en rigor que no hay literatura griega, porque Grecia había perdido su nacionalidad; pero esto no impidió que el lenguaje del que fué poderoso pueblo, tuviese cultivadores.

El período alejandrino comprende desde la muerte de Alejandro al imperio de Augusto (323-28 a. de J. C.), y se llama así porque Alejandría, en Egipto, fué el centro de la cultura literaria. Los caracteres de la literatura alejandrina son la frialdad y languidez, así como cierto espíritu reflexivo y afectadamente erudito. Las letras griegas, en suma, entraban en plena decadencia.

LA POESÍA ÉPICA.—Esto se observa sobre todo en la poesía, cuyos representantes son pocos y de escasa valía. **APOLONIO DE RODAS** (s. III a. de J. C.) es autor de un poema, tal vez el mejor del período alejandrino, titulado *La Argonáutica*; **ARATO** (s. III a. de J. C.), compuso otro titulado *Los Fenómenos*, que es más bien un manual científico; **LICOFRÓN** (s. II antes de J. C.), escribió la *Alejandra*, obra conceptuosa y enigmática, que lo mismo puede ser tragedia que poema épico; **NICANDRO** dió a luz otros dos, titulados *Triacas* y *Alexifármacas*, que se refieren a los venenos, y según frase de un historiador, son medicina versificada y no poesía.

LA LÍRICA.—Algo más brilló la poesía lírica con las elegías y epigramas de **CALÍMACO** (s. III a. de J. C.), y sobre todo con los poetas de la escuela siciliana. **TEÓCRITO** (s. III antes de J. C.), natural de Sirácusa, es el verdadero creador de la poesía bucólica, y el que ha sabido expresarla con mayor verdad y belleza. De los treinta idilios que bajo su nombre se conservan, sólo diez pertenecen propiamente al género pastoril; pero bastan y sobran como modelos de gracia, ligereza y gallardía. De los demás idilios, unos tienen cierto carácter dramático, como

Los Pescadores y Las Siracusanas; otros son mitológicos, como el *Polifemo* y el *Epitalamio de Elena*; otros revisten la forma de epístolas, como *La rueda*.

A la literatura siciliana pertenecen igualmente BIÓN Y MOSCO (s. III a. de J. C.), cuyas obras, aunque llamadas también idilios, nada tienen que ver con la poesía bucólica. Entre las composiciones de Bión se distinguen una elegía a Adonis, notable por la expresión del sentimiento, y la que se titula *El niño cazador*. Entre las de Mosco, son notables otra elegía a la muerte de Bión, y la titulada *El amor fugitivo*.

LA DIDÁCTICA.—La prosa no deja de tener importante cultivo. Hay algún orador, como DEMETRIO FALEREO (s. IV-III antes de J. C.), de verdadero mérito, al decir de Cicerón; pero con más ahinco se cultiva la didáctica.

En los comienzos del período continúan en auge los sistemas filosóficos; pero ni de Zenón, fundador de la escuela estoica, ni de Pirrón, que predicó la *escéptica*, se conserva ningún escrito. Sólo de EPICURO (341-270), iniciador de la *epicúrea* o *sensualista*, existen cuatro cartas científicas y varios fragmentos de un tratado sobre la *Naturaleza*.

Las ciencias matemáticas y físicas tuvieron cultivadores tan ilustres como EUCLIDES, que a fines del siglo IV escribió sus famosos *Elementos de Matemáticas*, y el siracusano ARQUÍMEDES (287-212), cuyas obras, en parte, están escritas en dialecto dórico.

De gramática y crítica hubo también escritores. ARISTARCO (s. II a. de J. C.), natural de Samotracia, revisor del texto de Homero, es considerado como el crítico más recto y concienzudo de la antigüedad, en oposición al envidioso Zoilo, que en sus escritos, hoy perdidos, atacó las reputaciones mejor cimentadas. APOLODORO (s. II a. de J. C.), discípulo de Aristarco, produjo numerosas obras, pero sólo se conoce la *Biblioteca*, colección de noticias y anécdotas sobre mitología.

LA HISTORIA.—Hay un historiador, POLIBIO (205-122 antes de J. C.), nacido en Megalópolis, que goza de renombre, por haber dado a la historia cierto carácter crítico. Escribió una *Historia* dividida en cuarenta libros. Consérvanse cinco íntegros y considerables fragmentos de los restantes. Él la llamó *pragmática*, para dar a entender con este título que el historiador

no debe ser tan sólo un narrador verídico, sino que necesita deducir de los hechos un tratado de política y moral. Era esta obra una historia universal, escrita en cierto lenguaje afectado y poco clásico.

DIÓGENES LAERCIO (s. III a. de J. C.), escribió las *Vidas y opiniones de los más ilustres filósofos*, que han suministrado importantes noticias.

Período romano.—El período *romano*, segundo de la época postclásica, comprende desde el reinado de Augusto (28 a. de J. C.) al de Justiniano (565 a. de J. C.). Llámanse *romano*, porque Grecia, perdida su independencia, era ya tan sólo una provincia de Roma. En este período continúa la decadencia; sólo cuando la literatura, siguiendo la marcha de los acontecimientos, deja de ser pagana, experimenta un nuevo impulso por parte de los escritores cristianos.

LA POESÍA.—La poesía reviste tan poca importancia, que desde **MELEAGRO**, que en el siglo anterior a nuestra era escribe sus graciosas composiciones eróticas y descriptivas, hasta la aparición de otros poetas algo notorios, pasan largos años de esterilidad. **OPPIANO**, que vivió en la segunda mitad del siglo II, escribió un poema sobre la caza (las *Cinegéticas*), florido y exuberante, tal vez con exceso. **BABRIO**, de época no bien determinada, hízose famoso por sus fábulas, a la manera de las de Esopo.

LA HISTORIA.—La época de Augusto y de sus sucesores inmediatos es fecunda en historiadores. Desenvuelto el espíritu de curiosidad e investigación, aparecen, entre otras, las obras de **DIONISIO DE HALICARNASO**, **DIODORO DE SICILIA** y **FLAVIO JOSEFO**, a todos los cuales aventaja **PLUTARCO**. Nacido en Queronea hacia el año 50 de J. C., estuvo varias veces en Roma y allí dió lecciones de filosofía, literatura y erudición, a las cuales asistieron los personajes más ilustres. Aparte de los *Morales*, colección de tratados de buena y saludable enseñanza, Plutarco escribió una obra que le ha inmortalizado: las *Vidas paralelas*. En ella, con una verdad de tintas inimitable, con un profundo conocimiento del corazón humano, presenta rasgos biográficos de veintidós ilustres personajes griegos, en comparación con los de otros tantos romanos.

OTROS DIDÁCTICOS.—De otras ciencias hay muy apreciables

muestras. ESTRABÓN (66-24) escribió una magnífica *Geografía* dividida en diecisiete libros, en los cuales, con un estilo casi siempre sencillo, claro y ameno, se estudian las regiones de la tierra habitada. PTOLOMEO, en el siglo II, compuso varias obras de *Astronomía*, entre otras la *Composición matemática*, más conocida por el nombre de *Almagesto*, que contiene el *sistema de Ptolomeo*. GALENO, médico del mismo siglo II, se hizo famoso con varios escritos, entre ellos la *Terapéutica*.

Entre los filósofos merecen citarse EPICTETO (s. I) y el emperador MARCO AURELIO (121-180), pertenecientes a la escuela estoica, así como PLOTINO (s. III), que en las *Enéadas* expone como en una enciclopedia el platonismo amplificado, y LONGINO (s. III), autor del excelente tratado sobre lo *Sublime*, muy comentado en tiempos modernos.

LA NOVELA.—En este período puede decirse que nace un género literario: la novela. Ya desde tiempos anteriores el gusto por lo maravilloso se manifiesta en obras históricas y de otros géneros; y ARÍSTIDES DE MILETO, a quien muchos consideran como el inventor de la novela, compone en el siglo II antes de J. C. las llamadas *Fábulas milesias*, divididas en seis libros de carácter licencioso. Pero durante la época romana menudean ya las obras con apariencia verdadera de novela. Tales son la *Eubea*, en que DION CRISÓSTOMO (s. I) pinta las delicias de la vida campestre, y *El asno*, atribuido a LUCIO DE PATRAS (s. II), donde se cuenta la ficción del hombre convertido en burro por una maga. Figura de más cuenta en este punto es la de LUCIANO DE SAMOSATA, que vivió por los años 120-200 de nuestra era, y a quien se mira como el primer *humorista* en literatura. Luciano se burló de las preocupaciones de su siglo con gracia irónica incomparable. Los *Diálogos de los muertos*, así como los dirigidos contra la mitología y los filósofos; la *Historia verdadera*, que tiene todos los caracteres de una novela satírica; el *Elogio de la mosca*, y, en suma, todas las numerosas obras de Luciano, son deliciosas muestras de un risueño escepticismo.

Los ensayos de novela continúan en los siglos sucesivos. JÁMBLICO EL SIRIO (s. II?) en las *Babilónicas*, JENOFONTE DE ÉFESO (si. II?) en las *Efesiacas*, AQUILES TACIO (s. III) en los *Amores de Leucipe y Clitofonte*, y sobre todo, HELIODORO (s. IV), y LONGO (s. V), en la *Histoia de Teágenes y*

Clariquea y en *Dafnis y Cloe*, respectivamente, sientan las bases del nuevo género, con sus episodios de aventuras y amores, no exentos muchas veces de obscenidad.

PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA.—La oratoria, que en los comienzos del período cuenta con algún cultivador como el citado **DION CRISÓSTOMO**, se eleva sobremanera con la predicación del cristianismo. Llámense *Padres de la Iglesia* los varones cristianos que desde el siglo II hasta el IV, o, según otras opiniones, hasta época posterior, defendieron la nueva fe contra el paganismo, o desarrollaron sus doctrinas. Según esta doble misión que desempeñaron, se dividen en *apologistas* y *dogmáticos*; y de acuerdo con las dos grandes divisiones del imperio romano y el idioma que hablaron, hay *Padres de la Iglesia griega* y *Padres de la Iglesia latina*.

Entre los padres de la Iglesia griega son los principales apologistas **SAN JUSTINO** (103-168), **SAN CLEMENTE DE ALEXANDRÍA** (n. hacia 160) y **ORÍGENES** (n. hacia 186). Como dogmáticos se distinguieron: **SAN BASILIO** (329-279), que en sus *Homilias* desplegó un estilo puro y elegante; **SAN GREGORIO NACIANCENO** (328-389), orador y poeta; **SAN GREGORIO NICENO** (n. hacia 321), conocedor como nadie de la filosofía antigua, y **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (347-407), llamado de este modo, es decir, *boca de oro*, por su elocuencia.

Período bizantino.—El período *bizantino*, tercero de la época postclásica, comprende desde el reinado de Justiniano hasta la toma de Constantinopla. Es este período, más que de decadencia, de agonía. Puede decirse que toda la literatura se reduce a las obras anecdóticas de varios cronistas, a los estudios de bastantes gramáticos, y a los comentarios e interpretaciones de no pocos investigadores. Los griegos modernos han logrado notable florecimiento en su literatura; pero terreno es éste a donde no puede llegar nuestro elemental estudio.

CAPÍTULO VI

LITERATURA LATINA.—ÉPOCA ANTECLÁSICA.—ANTIGUOS
MONUMENTOS.—LA POESÍA.—LA PROSA

Época anteclásica.—La Literatura latina comprende todas las obras escritas en latín durante la dominación romana. La belleza de la lengua latina, perteneciente al grupo llamado *itálico*, unida a la considerable extensión que alcanzaron los dominios de Roma, explica la gran importancia de esta literatura. En ella hay también *época anteclásica, clásica y postclásica*.

ORÍGENES.—ANTIGUOS MONUMENTOS.—La época anteclásica comprende desde los orígenes hasta la muerte de Sila (78 antes de J. C.). Los más antiguos monumentos que se conservan son cantos e himnos religiosos, escritos en una lengua todavía ruda y grosera. Tales son el himno de los *hermanos Aruales*, que este colegio de sacerdotes cantaba todos los años para que los dioses fertilizasen los campos, y el de los *Salios*, que en el mes de marzo iban por las calles saltando y danzando, al compás de los golpes que daban con una vara sobre el *ancile* que decían caído del cielo.

Por escasos fragmentos se conocen algunos tratados del tiempo de los primeros reyes, así como la llamada *Ley de las Doce Tablas*, promulgada por los decenviros hacia el 450 a. de J. C. Existen igualmente varias inscripciones lapidarias, como la grabada en la *columna rostrata*, por el Cónsul C. Duilio, en memoria de su triunfo sobre los cartagineses.

PRIMERAS REPRESENTACIONES.—Hubo en la antigua Roma ciertos cantos satíricos y obscenos, llamados *fescenninos*, de Fescennia, ciudad de Etruria, que en las fiestas siguientes a la cosecha, en las bodas y en los triunfos guerreros, entonaban campesinos y soldados. Ellos dieron sin duda origen a las representaciones dramáticas, que, al decir de Tito Livio, tuvieron dos especies: una importada de Etruria, consistente en bailes y cánti-

cos, cuyos actores recibían el nombre de *ludiones* o *histriones*, que los declaraba infames; otra que observaba mayor regularidad y que sólo podían desempeñar los jóvenes nobles de Roma, con el nombre de *farsas atelanas*.

Poetas.—Después de la primera guerra púnica pudieron dejar los romanos por algún tiempo las fatigas de la guerra; estrecharon sus relaciones con los griegos, y la influencia de la cultura helénica les permitió dar mayor impulso a la suya.

No logra la poesía romper sus ataduras, pero al cabo hay quien la cultiva en el siglo III a. de J. C. **LIVIO ANDRÓNICO**, griego de origen, hecho esclavo en la toma de Tarento, traduce en forma ruda la *Odisea* y algunas tragedias griegas; CNEO NEVIO adapta al gusto romano la antigua comedia de los griegos; **QUINTO ENNIO**, a quien se ha llamado el *príncipe de los poetas antiguos de Roma*, escribe tragedias, comedias, sátiras, epigramas y otras obras, entre las cuales la más nombrada es cierto poema en hexámetros sobre los *Anales Romanos*.

Pero ni estos poetas habían deschado la primitiva tosquedad del idioma, ni de ellos se conocen más que fragmentos. Entonces surgen dos autores cómicos de primera fila: Plauto y Terencio.

PLAUTO.—**TITO MACCIO PLAUTO** nació en Sarsinia, ciudad de la Umbría, hacia el año 254 a. de J. C. En Roma, con una compañía de cómicos, ganó algún dinero; pero habiéndole perdido, hubo de ser entregado como esclavo a sus acreedores. Murió hacia el 184.

Parece que Plauto escribió numerosas comedias; de las veintuna que se conservan, citaremos las más notorias. En *Anfitrión* refiere burlescamente las aventuras que Júpiter, bajo la figura de Anfitrión, Príncipe de Tebas, emprende en compañía de Mercurio. En *La Aulularia* presenta el tipo del avaro, personificado en el viejo Euclión, que ha encontrado una ollita (*aulula*) llena de oro, y no sabe dónde guardarla. *Los Cautivos* se basa en el reconocimiento que de dos hijos perdidos hace su padre. *El Soldado fanfarrón* (*Miles gloriosus*), ofrece ya el tipo caricaturesco que pasó luego a otros teatros, especialmente al italiano. *Mos-tellaria* es una comedia de aparecidos.

Aunque Plauto se inspiró en la comedia griega, no hay que ver en él un imitador servil. Sus caracteres, su lenguaje ligero y festivo, sus chistes, son enteramente romanos. Se le acusa de exa-

gerar la pintura y degenerar en lo chocarrero y grotesco; pero, si se deja a un lado la inmoralidad en que abundan sus obras, precisamente son esas circunstancias las que dan un sello típico a su teatro.

TERENCIO.—**PUBLIO TERENCIO AFER** nació en Cartago hacia el año 185 de J. C. Robado de niño, según se dice, por unos piratas, fué en Roma esclavo del senador Terencio, que le dió la libertad y el nombre. Estuvo en Atenas, y cuando se disponía a regresar a Roma murió en la Arcadia.

Seis comedias se conservan de Terencio: *Andria*, *Heautontimorumenos*, *Eunuco*, los *Adelfos*, el *Formión* y la *Hecyra*. Los críticos consideran como más notables la *Andria* y los *Adelfos*. La primera tiene por asunto el amor del ateniense Pánfilo hacia Glicería, joven venida de Andros a Atenas, y los incidentes a que dan lugar sus relaciones. En los *Adelfos* se presentan los dos extremos de la educación paternal: Demea niega a su hijo Ctesifón cuanto pide, mientras que Mición concede todos los gustos a su sobrino Esquines.

El arte de Terencio es muy diferente al de Plauto. Este lo fia todo al chiste y no repara en medios para provocar la risa en la plebe. Terencio es un escritor más fino, más cortesano; busca el interés en la complicación de los asuntos.

(**OTROS AUTORES.**—Otros autores cómicos hubo por esta época, como **CECILIO**, **AFRANIO**, **TURPILIO** y **ATTA**, no faltando tampoco quien escribiera tragedias, como **PACUVIO** y **ACCIO**; pero de ellos se conserva, cuando más, alguno que otro fragmento. Cultivaron la sátira algunos de los autores citados, y más que ellos, **CAYO LUCILIO**, elogiado por Cicerón y por Quintiliano.)

La Prosa.—Escasos son los prosistas de esta época. La principal figura es **MARCO PORCIO CATÓN**, orador sobrio y enérgico, hábil didáctico en un tratado agrícola *De re rustica*, autor de un libro histórico, *Los Orígenes*, sobre la historia romana, y de otras obras perdidas. Precedióle en el género histórico **Q. FABIO PICTOR**, y le siguieron otros varios, alguno de los cuales escribió *autobiografías*. En filosofía y gramática puede decirse que los romanos, durante esta época, se contentaron con imitar a los griegos.

La oratoria cuenta con figuras como PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN (185-129), los hermanos GRACOS (168-121), MARCO ANTONIO (143-87), LUCIO LICINIO CRASO (140-91) y otros que cita Cicerón en su libro *Bruto o de los ilustres oradores*. El que más, sólo es conocido por escasos fragmentos.

CAPÍTULO VII

ÉPOCA CLÁSICA DE LA LITERATURA LATINA.—LA POESÍA

Poesía.—La época clásica de la Literatura latina comprende desde la muerte de Sila (78 a. de J. C.) hasta la de Augusto (14 de J. C.). Esta época es de suma brillantéz, merced, en primer término, a la creciente influencia de las letras griegas sobre las romanas.

Prescindiendo de varios poetas de segunda fila, hablemos de los más importantes, insignes algunos, que florecieron en Roma por este tiempo.

LUCRECIO.—TITO LUCRECIO CARO (99-55), poeta didáctico de talla, nació en Roma. Hay pocas noticias de su vida; dícese que estudió en Atenas la filosofía epicúrea, y lo que parece indudable es que padecía frecuentes raptos de furor. Se suicidó a los 44 años.

Escribió Lucrecio un poema titulado *De rerum natura* (De la naturaleza de las cosas), que tiene por asunto la explicación del origen y formación del mundo, así como de los fenómenos que en él ocurren, según las doctrinas de Epicuro. Dice cómo los átomos, que son eternos, dan la vida a los seres; habla de la tierra y del cielo, explica de qué modo obran las fuerzas de la naturaleza, y burlándose de los dioses mitológicos, viene a proclamar el triunfo de la razón.

Poco nos importa el sistema filosófico que Lucrecio defendía; lo indudable es que su poema, no obstante las dificultades del asunto, ofrece un modelo de lenguaje didáctico, y contiene fragmentos tan notables como la invocación a Venus, las descripciones de la vida campestre y del amor, y sobre todo la de la peste, al fin del libro VI.

Algo posteriores a Lucrecio son los dos grandes poetas latinos: Virgilio y Horacio.

VIRGILIO.—PUBLIO VIRGILIO MARÓN nació en Andes, cerca de Mantua, el día 15 de Octubre del año 70 a. de J. C. Educado con esmero, se trasladó a Roma y obtuvo la protección de Mecenas y de Augusto; vivió también en la Campania, cerca de Nápoles. En sus últimos años hizo un viaje a Grecia, y cuan-

do se disponía a regresar, murió en Brindis el 22 de septiembre del 19 a. de J. C.

Virgilio escribió tres obras inmortales: las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*. Son las *Bucólicas* diez composiciones de asunto pastoril y campestre, en que Virgilio imitó al griego Teócrito. Cinco de ellas están escritas en diálogo, en que intervienen pastores como Tíro y Melibeo, Mopso y Menalcas, etc.; las otras cinco tienen forma enunciativa. Estas composiciones, que también se conocen con la denominación de *églogas*, no encierran tanta verdad como los idilios de Teócrito, porque sus pastores, más que tales, son personas de otra clase cualquiera; pero esto no obsta para que sean grandes su mérito y belleza.

Las *Geórgicas* son un hermoso poema didáctico, en el cual Virgilio, imitando al griego Hesíodo, canta la tranquilidad y placeres de los trabajos agrícolas. Está dividido en cuatro libros, que tratan: 1.º, de las tierras; 2.º, de los árboles; 3.º, de los ganados; 4.º, de las abejas. Virgilio tenía las *Geórgicas* como su obra maestra, y ciertamente nadie ha pintado con tanta brillantez el noble trabajo del hombre en contacto con la naturaleza.

La obra más famosa de Virgilio es la *Eneida*, poema épico relativo a los orígenes de Roma. Está dividido en doce libros. Cuéntase en ellos cómo Eneas, después de la guerra de Troya, sale de Sicilia, y víctima de los odios de Juno, naufraga y arriba con algunos compañeros a las costas de Africa; acógelos benigneamente la reina Dido, a quien Eneas refiere la destrucción de Troya, su huída de esta ciudad, y aventuras que le sucedieron después; Dido, enamorada de Eneas, le ruega que no se marche, pero él, para cumplir el destino, parte en dirección a Italia, y la desesperada reina se suicida; penetra Eneas en la cueva de Sibila, y visita luego el Infierno y los Campos Elíseos; llega a la embocadura del Tíber; el rey Latino ofrécele la mano de su hija Lavinia, sin contar con que la reina Amata la tenía prometida a Turno, rey de los títulos; surge la guerra, y después de varios encuentros, en que los dioses intervienen, la reina Amata se ahorca y Turno muere a manos de Eneas. Los seis primeros cantos recuerdan a la *Odisea*; los otros seis a la *Iliada*. Por su conjunto, por sus episodios, por su versificación, es la *Eneida* una de las obras maestras de la Literatura.

HORACIO.—QUINTO HORACIO FLACO nació en Venusia

decurran
Res. Sibila en
no deambor

el 8 de diciembre del año 65 a. de J. C. Estudió en Atenas, tomó parte en la batalla de Filipos, obtuvo la protección de Mecenas, que le proporcionó una rica hacienda en el país de los Sabinos, y murió el día 27 de noviembre del año 8 a. de J. C.

Las obras que positivamente pertenecen a Horacio, son las siguientes: las *Sátiras*, las *Odas*, los *Epodos*, las *Epístolas* y el *Carmen seculare*.

Las sátiras, que en número de dieciocho compuso Horacio en su juventud, tienen los menores elementos satíricos posibles. Rara vez son personales; atacan más al hombre en general que a los individuos, y se dirigen más a censurar las ridiculeces que los vicios. Horacio las llamó *sermones*, así como a las *Epístolas*, porque más que nada son conversaciones en tono familiar y sencillo.

Las *Odas* y los *Epodos* se colocan tradicionalmente juntos, formando cinco libros, cuatro de las primeras y uno de los últimos. En las *Odas*, que son 123, aparece de lleno la personalidad de Horacio como poeta. Las hay heroicas, morales, eróticas, sentimentales, satíricas, y, en suma, de género muy variado. Ya imitando a los griegos, ya dejándose llevar de su originalidad, expresa Horacio los afectos con verdad y eficacia singulares, más todavía los delicados y morales que los heroicos y elevados. Parecidos a las odas son los *Epodos*, si bien predomina en ellos el carácter satírico, en forma más enérgica que en las propias sátiras.

Las *Epístolas*, escritas por Horacio en sus últimos años, forman dos libros, el primero de los cuales contiene veinte y el segundo tres. Distínguelas su carácter reflexivo y tranquilo. Por sus numerosas confidencias íntimas, encierran el retrato físico y moral de Horacio, así como curiosas noticias sobre las costumbres romanas. En el segundo libro figura la famosa *Epístola ad Pisones*, conocida generalmente por *Arte Poética*, que tanta influencia ha ejercido en la Preceptiva literaria.

El *Carmen seculare* o *Canto secular*, es un himno que por encargo de Augusto compuso Horacio para unas fiestas solemnes en honor de Febo y Diana.

Las obras de Horacio encierran una filosofía que proclama, en último término, la unión inseparable del bien y la virtud. En

Mecenas ministro
de paz de
Augusto y
Campesino
no de guerra

cuanto a la forma externa, nadie como Horacio comunicó a la versificación latina delicadeza, flexibilidad y armonía.

POETAS ERÓTICOS. — La poesía amorosa y elegíaca tienen en este período notables representantes.

CAYO VALERIO CATULO, nacido en Verona el año 87 antes de J. C., cultivó diversos géneros de poesía. De las ciento y tantas composiciones que de él se conservan, unas, como *El Pájaro de Lesbía*, son verdaderos madrigales amorosos; otras, como *La Cabellera de Berenice*, sentidas elegías; otras, como el epitalamio *A las Bodas de Tetis y Peleo*, parecen cantos épicos; la mayor parte, en fin, son epigramas, ya en el sentido que griegos y romanos dieron a este género, ya en el que actualmente tiene. Y no dejó Catulo de esgrimir valientemente la sátira, aun contra personas como el mismo César.

ALBIO TIBULO nació en Roma hacia el año 54 a. de J. C. Se conservan de Tibulo cuatro libros de elegías—tal como sabemos que se entendía esta palabra en la poesía clásica—, aunque la autenticidad del tercero ha sido discutida. En ellas canta el amor de varias mujeres, especialmente el de Delia, con una ternura y un sentimiento difíciles de igualar. De diferente género es el *Panegirico de Mesala*, escrito en elogio de este protector suyo e incluido en el libro cuarto.

SEXTO AURELIO PROPERCIO, nacido en la Umbría, hacia el año 51 a. de J. C., compuso otros cuatro libros de elegías, de los cuales los tres primeros están dedicados casi en totalidad a cantar su amor a Cintia, y el último se refiere en gran parte a las leyendas e historias de Roma. Aparte de la obscenidad, que se observa en éste como en todos los poetas eróticos romanos, Propertio no muestra, ni mucho menos, la naturalidad que Tibulo, por su exagerada imitación de los griegos.

OVIDIO.—Superior a los citados poetas eróticos es PUBLIO OVIDIO NASÓN, que a la circunstancia de tal, unió la suficiente flexibilidad de aptitudes para acomodarse a otros géneros. Nacido en *Sulmona*, de familia ilustre, el año 43 a. de J. C., vivió en Roma durante largo tiempo, hasta que, inesperadamente, un edicto imperial le desterró al Ponto Euxino, donde murió nueve años más tarde, en el 18 después de J. C. El pretexto del destierro fué la libertad licenciosa de su obra *Ars amandi*; pero parece que había algún motivo oculto.

Las obras de Ovidio, sin incluir algunas poco importantes y otras de dudosa autenticidad, se suelen dividir en tres grupos: Poemas épico-didácticos, poemas amorosos y elegías.

Son poemas épico-didácticos las *Metamorfosis* y los *Fastos*. En las *Metamorfosis* refiere, por el estilo de Hesíodo, la genealogía y hechos de los dioses mitológicos, desde el Caos a las primitivas tradiciones de Roma. Cada fábula termina con una transformación o metamorfosis, y en todas resplandece, con la brillantez de estilo, la exuberancia de imaginación. Más árido y monótono, por la índole del asunto, es el poema titulado *Los Fastos*, resumen en verso de las tradiciones y fiestas religiosas.

Entre los poemas amorosos se cuentan *Los amores*, en que canta su pasión hacia Corina; el *Arte de amar*, que en sus tres libros comprende lo relativo a la elección de la persona amada, a los recursos para conservar ese amor y al modo cómo las mujeres han de servirse de sus atractivos; los *Remedios de amor*, que encierran también observaciones muy curiosas sobre el corazón humano; y, últimamente, las *Heroidas*, que son epístolas en que personajes de la antigüedad heroica, como Penélope, Fedra, Elena, Safo, etc., expresan sus sentimientos de amor. Ovidio es por excelencia el poeta amatorio.

En las *Elegías*, esto es, en las poesías de sentimiento y lamentación (porque también las composiciones amorosas están escritas en *verso elegíaco*), se incluyen los *Tristes* y las denominadas *Desde el Ponto*. Unas y otras tienen por objeto expresar la pena que le aquejaba por verse en el destierro. Son, sin duda alguna, las obras de menos mérito que escribió Ovidio, porque el exagerado decaimiento de ánimo le llevaba a los más lamentables extravíos, y aun la versificación se resentía.

Ovidio tuvo una facilidad extraordinaria para versificar, como él mismo lo dijo en un famoso verso:

Et quod tentabam dicere versus erat.

Esta misma facilidad le perjudicó, porque con frecuencia se perdía en prolijas digresiones; pero poseyó imaginación fecunda, sensibilidad exquisita y profunda erudición, no menos que un perfecto dominio del lenguaje.

El teatro.—La poesía dramática, lejos de adelantar en este

El punto
de clamaban
los romanos
al mar
negro

período, parece que experimenta un retroceso. Se citan algunas tragedias; pero más en boga estuvieron las *pantomimas*, que se reducían a gestos y bailes, y los *mimos*, en que siempre figuraba un personaje principal que representaba soezmente algún tipo tomado de las clases bajas. Como autores de mimos sobresalieron DECIMO LABERIO y PUBLIO SIRO.

CAPITULO VIII

LA ORATORIA Y LA DIDÁCTICA EN LA ÉPOCA CLÁSICA
DE LA LITERATURA LATINA

La prosa.—LA ORATORIA.—La prosa latina, en manos de oradores y didácticos de nota, llega también a su perfección durante el período clásico.

La oratoria, a medida que se enardecen las pasiones políticas y aumentan los asuntos judiciales, ensancha considerablemente su esfera de acción. Como antecesor de Cicerón debe citarse a HORTENSIO (114-50), que durante largo tiempo ocupó el puesto preminente en la tribuna. Cicerón oscureció su gloria y le tuvo muchas veces de adversario; pero, no obstante, elogió su estilo oratorio, que pertenecía al llamado *asiático*.

CICERÓN. — Tan ilustre orador como escritor didáctico, MARCO TULIO CICERÓN es una de las primeras figuras de la literatura latina. Nacido en Arpino el día 3 de enero del año 106 a. de J. C., recibió en Roma esmerada educación. En su juventud escribió poesías y estuvo en la guerra contra los marsos; viajó por Grecia, y de regreso en Roma, dedicóse de lleno al foro; ejerció sucesivamente la cuestura en Sicilia, la pretura y el consulado, desde donde destruyó la conjuración de Catilina; desterrado arbitrariamente, volvió al poco tiempo lleno de aplausos; después fué nombrado augur y procónsul en Cilicia. En la guerra contra César y Pompeyo, mostróse partidario de este último; mas después de la batalla de Farsalia, en que venció César, reconcilióse con él y se retiró a Brindis. Muerto César, Cicerón se puso al lado de Octavio y atacó a Marco Antonio en los discursos que, a imitación de Demóstenes, llamó *Filípicas*. La formación del segundo triunvirato, constituido por Marco Antonio, Octavio y Lépido, puso fin a las rivalidades de los dos primeros, y el gran orador fué condenado a muerte y degollado el día 7 de diciembre del año 43. Su cabeza y su mano derecha fueron expuestas en la tribuna pública, por orden de Antonio.

Grande es la fama de Cicerón como orador, aunque no la merezca más pequeña como escritor didáctico. La oratoria de Cicerón

fué menos concisa que la de Demóstenes, pero más elegante, más profusa en adornos. Son sus discursos, según el asunto, políticos y forenses, si bien ambos conceptos se mezclaban frecuentemente en Roma, como en Grecia; entre ellos se distinguen los que pronunció en favor de Milón, de Ligario, de Arquias, y para defender la ley Manilia, así como las *verrinas*, oraciones contra Verres, y las *filípicas*, especialmente la segunda.

Los tratados didácticos de Cicerón, libres por lo general de la magnificencia oratoria, revelan su sagacidad, su recto y concienzudo juicio y su vasta ilustración. Entre las obras retóricas citaremos los diálogos *Del Orador*, donde Mucio Scévola, Craso, Marco Antonio, César y otros, conversan sobre las cualidades de la oratoria, y el *Bruto o de los ilustres oradores*, que es también un diálogo entre Cicerón, Atico y Bruto, en que traza magistralmente la historia de la elocuencia romana. Entre las numerosas obras filosóficas, deben mencionarse las tituladas *De los deberes*, tratado sobre lo honesto y lo útil; *Cuestiones Tusculanas*, exposición de los más trascendentales puntos de psicología, de acuerdo con el estoicismo, y *De la naturaleza de los dioses*, en que se rechazan las doctrinas ateístas. A las obras políticas pertenecen dos diálogos, titulados *La República* y *Las Leyes*. El primero, conocido sólo por fragmentos, se dirige a determinar la mejor forma de gobierno; el segundo trata de la justicia y organismo de la legislación. A las obras retóricas, filosóficas y políticas de Cicerón, es preciso añadir una interesante colección de cartas y varias poesías.

LA HISTORIA.—El género histórico ofrece en esta época varios nombres, gloria de las letras latinas. El primero es el del propio JULIO CÉSAR (100-44 a. de J. C.), el gran dictador que fué dueño de los destinos del mundo. Los *Comentarios* de César son siete libros *de las guerras de las Galias*, referentes a su campaña en esta comarca, y tres *de la guerra civil*, en que relata sus luchas con Pompeyo. Los *Comentarios* fueron añadidos por Hircio y Oppio.

Los *Comentarios* de César, que en el aspecto militar han sido muy elogiados, aunque tienen algunas inexactitudes geográficas, se distinguen literariamente por su enérgica concisión. Su imparcialidad no es tan grande como se ha dicho, pues siempre procura narrar los hechos en favor suyo.

Cierto mérito tiene CORNELIO NEPOTE, contemporáneo de Julio César, en su obra *De los hombres ilustres*, que contiene veinte biografías de otros tantos generales griegos, más las de los cartagineses Amílcar y Aníbal y de los romanos Catón y Atico; pero es mayor la importancia de CAYO SALUSTIO CRISPO (86-34), que, nacido de familia plebeya, fué amigo de César y reunió grandes riquezas, no muy bien adquiridas. Se conservan de Salustio dos obras de poca extensión—la *Conjuración de Catilina* y la *Guerra de Yugurta*—y varios fragmentos de la *Historia de Roma*. Fué él quien antes que nadie dió en su nación a la historia carácter artístico, pues en medio de una vigorosa sobriedad, presenta un cuadro animado e interesante de la sociedad romana, con sus personajes, sus luchas y sus pasiones.

El mejor historiador latino es TITO LIVIO (59 a. de J. C.—17 de J. C.), que nació probablemente en Padua y fué protegido de Augusto. Escribió varias obras, pero sólo existen fragmentos de la *Historia Romana*, conocida también con el nombre de *Décadas* porque los copistas dividieron la narración en períodos de diez en diez años. La claridad y elocuencia de TITO LIVIO son admirables; sus famosas *arengas* se han imitado hasta el abuso. Cierta es que el célebre *Patavino*, crédulo y bondadoso, se hace eco de tradiciones fabulosas y exagera los elogios a los buenos, mientras omite las censuras a los malos; pero estos defectos, sin importancia para su época, pueden perdonarse en gracia a la belleza de la narración.

OTROS DIDÁCTICOS.—Entre los escritores didácticos no hay que olvidar a MARCO TERENCE VARRÓN (116-27), notorio por sus conocimientos enciclopédicos. Además de las sátiras que, por imitar a Menipo, cínico griego, llamó *menipeas*, escribió obras de filosofía, de gramática, de agricultura, de historia, de astrología, de matemáticas, de náutica, etc. Sólo se conserva completo el tratado *De re rustica*. Su obra más elogiada es la que comprende las *Antigüedades humanas y divinas*, conocida sólo por fragmentos.

No estará de más citar a VITRUVIO, autor de un precioso tratado *De architectura*, y al médico CELSE, que escribió muy acertadamente sobre su ciencia.

CAPÍTULO IX

ÉPOCA POSTCLÁSICA DE LA LITERATURA LATINA.—
SUS DOS PERIODOS

Primer período.—La época postclásica de la Literatura latina comprende desde la muerte de Augusto (14 de J. C.) hasta la destrucción del imperio romano de Occidente (476). Puede dividirse en dos etapas, separadas por la muerte de Trajano (117).

En esta época, las letras, como todo el poderío de Roma, decaen marcadamente. Sin embargo, en la primera etapa no faltan escritores de nota, como vamos a ver por un ligero examen.

La poesía. FEDRO.—La poesía ofrece ante todo un nombre famoso en los anales de la fábula: FEDRO. Nació Fedro en el monte Pierio; fué esclavo y liberto por Augusto. No todas las fábulas que bajo su nombre corren le pertenecen, ni en otras hizo más que dar forma a las de Esopo y a diversos cuentos orientales; pero es lo cierto que sus cualidades de fabulista han sido pocas veces igualadas.

LOS SÉNECAS.—Una ilustre familia de españoles florece en este tiempo, que llega a producir un gran poeta: la familia de los Sénecas. MARCO ANNEO SÉNECA, llamado *Séneca el Retórico*, nació en Córdoba, y después de ser profesor en Roma, murió hacia el año 37 de J. C. Se conocen de él dos colecciones retóricas, las *Controversias* y las *Suasorias*, Hijo del anterior fué LUCIO ANNEO SÉNECA (3-65), nacido igualmente en Córdoba, y a quien se llama *Séneca el Filósofo* y también el *Trágico*. Traído a Roma, fué preceptor de Nerón y obtuvo grandes riquezas; acusado luego por el emperador de haber intervenido en la conjuración de Pisón, y condenado a morir en la forma que quisiera, optó por ser desangrado en un baño.

De las diez tragedias que se le atribuyen, las tituladas *Medea* e *Hipólito* reúnen más probabilidades de autenticidad. Se distinguen por el lenguaje hiperbólico y fastuoso, que algunos señalan como iniciación de la decadencia y que parece haber sido patrimonio de los poetas cordobeses en distintas épocas. Las obras filosóficas que de él se conservan, muestran un espíritu elevadí-

des de la austeridad
de la in-
del odio
de la desmucha

involucion de Helvia
la providencia
la brevedad de la vida

simo que sólo en la moral y en el bien cifraba la norma de conducta. En este sentido, es un antecesor de los Padres de la Iglesia.

[LUCANO.—El poeta de la familia fué MARCO ANNEO LUCANO, nieto de Séneca el Retórico y sobrino de Séneca el Filósofo. Nació en Córdoba en el año 39 de J. C., y llevado de niño a Roma cerca de su tío, obtuvo honores y distinciones. Ofendido Nerón porque en las lecturas públicas los versos de Lucano alcanzaran más aplausos que los suyos, le demostró su disgusto; entonces el poeta cordobés tomó parte en la fracasada conjuración de Pisón, y como consecuencia fué condenado a muerte, que soportó con gran valor a los 27 años, recitando en los últimos momentos algunos versos de su *Farsalia*.

Este poema, la *Farsalia*, que tiene por asunto la guerra civil entre César y Pompeyo, es la obra que de Lucano se conserva. No obstante lo limitado del asunto y el tono un tanto declamatorio del lenguaje, encierra la *Farsalia* grandes bellezas. Algunos caracteres, como el de César y el de Pompeyo, y sobre todo el de Catón, están pintados de mano maestra; no pocos episodios, entre ellos el de Anteo y el de la maga tésala Ericto, son por todo extremo interesantes.

OTROS ÉPICOS.—Otros tres épicos hay que, sin llegar a la categoría de grandes poetas, son dignos de estima. Uno de ellos es VALERIO FLACO, autor del poema *Los Argonautas*, en que, imitando a Apolonio de Rodas, refiere la expedición de Jasón y los suyos en busca del vellocino de oro; otro es SILIO ITALICO, que en un poema sobre *La segunda guerra púnica*, relató la lucha de romanos y cartagineses; otro, últimamente, es ESTACIO, que escribió *La Tebaida*, referente a la guerra entre los hijos de Edipo.

POETAS SATÍRICOS.—La poesía satírica alcanzó gran brillantez con Persio, Marcial y Juvenal. AULO PERSIO FLACO (34-62), nació en Volaterra, y estudió la filosofía estoica; murió a los 28 años. Quedan de él seis sátiras, en que austera y gravemente condena los vicios de sus contemporáneos.

MARCO VALERIO MARCIAL fué español; nació en Calatayud el año 41 de J. C. De joven pasó a Roma, donde obtuvo fama como poeta, pero sin conseguir crearse una posición independiente. De vuelta en su patria y casado con una mujer rica

elaudis que le puso curvado en calabaza
 Epicoquintosis satirico
 cucubones naturales

Hayes

llamada Marcela, pasó allí los últimos años de su vida. Se conocen de Marcial catorce libros de *Epigramas*, en que con mucha gracia, pródiga en obscenidades, busca el punto flaco de las figuras y costumbres romanas.

DÉCIMO JUNIO JUVENAL nació en Aquino. Las dieciséis sátiras que de Juvenal se conservan—una de ellas, sobre la *milicia*, incompleta—, rebosan indignación y energía; pero el mismo cuidado que se observa en todos los detalles, la estudiada perfección del conjunto, hacen creer a veces que se trata, más que de la ingenua protesta de un hombre austero, de la obra meditada de un artista.

LA HISTORIA.—En esta primera etapa de la decadencia, aún conserva la prosa latina mucho de su vigor y hermosura, gracias, sobre todo, a los historiadores.

Prescindiendo de otros menos importantes, citaremos en primer lugar a **CAYO CORNELIO TÁCITO**, nacido en Interamna hacia el año 55, el cual sobrepuja a todos los demás. De sus numerosas obras históricas sólo ha llegado hasta nosotros lo siguiente: *La Vida de Agrícola*, en que traza la biografía de este ilustre personaje romano, que fué su suegro; *De las costumbres de los germanos*, en que se ve el propósito de poner en parangón los usos nobles y virtuosos de este pueblo con la corrupción de Roma; varios libros de las *Historias* y algunos más de los *Anales*, referentes a la historia romana.

En Tácito se ve al historiador moralista y filósofo, que investiga las causas y las consecuencias de los hechos. Con un estilo sumamente conciso y pintoresco, envuelto en cierta gravedad melancólica, sabe penetrar aún las ocultas intenciones de los personajes históricos.

QUINTO CURCIO, de quien se conservan muy escasas noticias, es conocido por su *Historia de Alejandro Magno*, que despierta interés, pero que por su lenguaje declamatorio y artificioso, por sus errores geográficos e históricos, no puede compararse con los grandes monumentos de la historia romana.

CAYO SÜETONIO, nacido hacia el año 70, es un historiador ingenuo que en sus *Vidas de los doce Césares* cuenta hasta la vida íntima de los primeros emperadores, en un lenguaje apacible y natural, y se acredita de maestro en la pintura de caracteres.

OTROS DIDÁCTICOS.—Entre los varios nombres de retóricos que aparecen por esta época, a más de Séneca, debe darse preferencia a MARCO FABIO QUINTILIANO. Fué español, de Calahorra, donde nació hacia el año 42. Llevado a Roma por Galva, alcanzó con la protección de los emperadores toda clase de distinciones, y fué el primer profesor oficial de Retórica. Murió en tiempo de Adriano.

La fama de Quintiliano se debe a su obra *De institutione oratoria*, tratado de Retórica en que, si bien utiliza ideas de escritores anteriores, lo hace con verdadera originalidad, y sobre todo con un criterio y un orden inmejorables. Para ello toma al orador desde niño, desde que está en brazos de la nodriza, hasta que llega a ser perfecto en su arte. Poco importa que las *Instituciones* se resientan algo en su lenguaje de los defectos de la época, si han pasado a ser obra clásica en la historia de la Preceptiva literaria.

Entre los escritores de otras ciencias, es preciso mencionar algunos. CAYO PLINIO, llamado *el Naturalista* o *el Mayor*, muerto el año 79 en la erupción del Vesubio, víctima de su curiosidad científica, escribió varias obras, entre ellas una *Historia natural* muy amena, aunque abundante en los errores propios de la época. COLUMELA, español, natural de Cádiz, es autor de un notable libro de agricultura titulado *De re rustica*. Otro español, POMPONIO MELA, nacido también cerca de Cádiz, compuso un tratado de Geografía llamado *De la situación del mundo*. Y, de los restantes, contentémonos con citar a PLINIO EL JOVEN, autor de una colección de cartas muy interesantes, por las noticias que contienen, y del *Panegírico de Trajano*, discurso bastante hinchado y artificioso.

Segundo período.—En la segunda etapa de la decadencia, se precipita la literatura romana hacia su ruina. Los críticos convienen en que, a partir del emperador Adriano, se extingue el buen gusto, y sólo a impulso de los escritores cristianos se observa cierta reacción pasajera. De los numerosos autores de esta época, será preciso citar únicamente, y con toda rapidez, a los más distinguidos.

POETAS.—Entre los poetas será bastante recordar a AUSONIO, nacido en Burdeos hacia el año 309, y autor de notables elegías, idilios y epigramas; a SAN AMBROSIO (340-397), que

escribió himnos inspiradísimos, y a dos españoles: JUVENCO y PRUDENCIO (s. iv). El primero escribió varios poemas, entre ellos la *Historia Evangélica*, donde refiere la vida de Cristo en versos rudos y enérgicos. El segundo es celebrado, ante todo, por sus *himnos*, muestras valientes de inspiración religiosa.

LA NOVELA.—Es preciso notar que por esta época se encuentran en la literatura latina dos obras con carácter de novelas. Una de ellas, titulada el *Satyricón*, y debida a PETRONIO, es acaso anterior, pues debió de escribirse en el primer siglo del Imperio; de los fragmentos que se conservan puede deducirse toda la desvergonzada obscenidad de sus páginas. La otra, escrita por APULEYO hacia mediados del siglo II, se titula *El Asno de Oro*, y está basada en otra novela griega, ya citada, sobre la ficción del hombre que, convertido en jumento mediante un unto mágico, recobra la forma humana después de muchas cuitas. Ambas están escritas en forma autobiográfica.

LA HISTORIA.—El género histórico cuenta con numerosos cultivadores. Llámase *escritores de la historia augusta* a los historiadores—seis en total—que escribieron las biografías de los Augustos, emperadores o Césares, importantes como documentos históricos por los pormenores que contienen, pero sin valor alguno desde el punto de vista literario.

Hay además historiadores independientes, tanto gentiles como cristianos. Baste citar, de estos últimos, a SULPICIO SEVERO (s. iv), natural de Aquitania, autor de una *Historia Sagrada* y de otras obras, y a PAULO OROSIO (s. v), nacido en Braga o en Tarragona, que además del *Apologético contra Pelagio*, escribió las *Histoias*, para favorecer a los cristianos.

OTROS DIDÁCTICOS.—Hubo también escritores de gramática, de agricultura, de arte militar, etc.; pero donde se alcanzó mayor brillantez fué en la ciencia del Derecho, con jurisconsultos como GAYO, PANINIANO, ULPIANO, MODESTINO y otros.

PADRES DE LA IGLESIA LATINA.—Desde fines del siglo II aparecen los Padres de la Iglesia latina, que son, como los de la griega, apologistas y dogmáticos. Entre los primeros figuran TER-TULIANO, escritor de grande ingenio y vehemencia, nacido en Cartago hacia el año 160; SAN CIPRIANO († 258), probablemente también cartaginés y muy erudito en los textos sagrados, y LACTANCIO (s. III), profesor de Retórica en Nicomedia, elo-

cuentísimo en sus escritos. Todos ellos atacan con energía las doctrinas paganas y defienden el cristianismo.

Entre los dogmáticos, uno de los más antiguos es SAN AMBROSIO (340-397), nacido en Tréveris, cuyas obras son de cinco clases: exposiciones de la Escritura; obras morales y teológicas; oraciones fúnebres; cartas; poesías. Más que teólogo y hombre de ciencia, San Ambrosio es un moralista. Su lenguaje es diáfano y sencillo.

SAN JERÓNIMO (342-420) nació en Estridonia, en la Dalmacia; viajó por Oriente y vivió durante varios años en la soledad, entregado a la meditación y el estudio. Las obras doctrinales de San Jerónimo son de dos clases: interpretaciones de la Escritura y polémicas. Mayor interés ofrecen las primeras, pues en ellas restituyó el texto bíblico traduciéndole al latín, versión que forma en gran parte el texto de la *Biblia Vulgata*, única usada en la liturgia católica. También tiene San Jerónimo notables *cartas* dirigidas a varias matronas romanas, en que pinta con vivos colores la sociedad de su época.

SAN AGUSTÍN (354-439) nació en Tagaste, ciudad del África, donde su padre Patricio, que se hizo cristiano al morir, y su madre Santa Mónica, gozaban de regular fortuna. Pasó una juventud borrascosa, pero bautizado por San Ambrosio, llegó a ser obispo de Hipona, e hizo una vida de caridad y penitencia.

Las obras de San Agustín ascienden a un número considerable, por lo cual bastará con citar las principales, que son las siguientes: *La Ciudad de Dios*, libro escrito para demostrar que la toma de Roma por Alarico no era efecto de la cólera de los dioses irritados por el triunfo del cristianismo; las *Confesiones*, en que refiere la historia de su juventud y sobre todo la lucha que sostuvo antes de abandonar el maniqueísmo por la religión cristiana; las *Retractaciones*, que contienen un examen de sus propias obras y motivos que le indujeron a escribirlas; los *Sermones*, por lo general muy cortos y en tono familiar, y las *Cartas*, que arrojan mucha luz sobre el carácter de su autor.

Es San Agustín uno de los escritores de comprensión más vasta. Sus conocimientos, no menores que su elocuencia, abarcan las materias más opuestas.

Estudio solo
los libros esen-
cials en griego

Julio Antonio Villacañas Berenguer

LITERATURAS MODERNAS

LA EDAD MEDIA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS LETRAS LATINAS.—LAS LENGUAS MODERNAS.—POEMAS
ÉPICOS.—LA ÉPICA EN ESPAÑA.—LA POESÍA LÍRICA.—
LA POESÍA DRAMÁTICA.—LA PROSA

Las letras latinas.—La Edad Media (476-1453) se desenvuelve en un escenario de luchas y agitaciones; pero ello no fué totalmente obstáculo para que la cultura procurase abrirse horizontes, en especial a partir del siglo XI. La creación de estudios y universidades contribuyó poderosamente a ello:

En los primeros siglos de este período, la lengua latina sigue utilizándose para los usos literarios. La Iglesia tomó sobre sí la misión de mantener vivo el amor a las letras, y en los conventos florecen multitud de hombres ilustrados que incansablemente se entregan al estudio. La Teología, la Filosofía, la Historia, la Astronomía, absorben doquiera las actividades.

En Italia, CASIODORO fundó en el siglo V un centro donde los religiosos cultivaban las ciencias sacras y profanas, y estableció para el estudio de las artes liberales un plan que vino a constituir los llamados *trivium* y *quadrivium*: el primero comprendía la gramática, la lógica y la retórica; el segundo, la aritmética, la geometría, la música y la astronomía. Escribió Casiodoro varias obras de filosofía, historia y gramática. Por los mismos años vivió también en Italia BOECIO, cuya obra más famosa es la titulada *De consolazione philosophiae*. Fué Boecio buen poeta latino. *En Italia bajo los ostrogodos con Boecio*

En Francia sobresale GREGORIO DE TOURS (544-595), arzobispo de la ciudad que le da nombre, autor de la *Historia*

Francorum, donde, en forma ruda e ingenua, se refieren los hechos de los francos hasta la muerte de Clodoveo.

En España, entre otros ilustres cultivadores de las letras latinas, sobresale la gran figura de SAN ISIDORO DE SEVILLA (570?-636). De sus obras históricas, exegéticas y científicas, la más importante es la titulada *Etimologías*, vasta enciclopedia donde, sobre la base del *trivium* y el *quadrivium*, se explana todo el saber de la época, con observaciones sobre la medicina y las leyes, la teología y la disciplina eclesiástica, los idiomas y el origen de las palabras, el mundo y sus partes, las piedras y los metales, la agricultura, la arquitectura, la navegación y mil cosas más. Entre los discípulos y continuadores de San Isidoro, figuran SAN EUGENIO, SAN ILDEFONSO y SAN JULIÁN, obispos los tres de Toledo, grandes prosistas y poetas.

El más ilustre representante de las letras latinas entre los anglosajones es BEDA (672-735), conocido con el sobrenombre de *el Venerable*, autor de notables tratados teológicos, gramaticales y científicos, y de una magistral *Historia eclesiástica*. Poco después floreció ALCUINO (735?-804), nacido igualmente en Inglaterra, pero que vivió casi siempre en Francia junto a Carlomagno, y fué principal impulsor de la cultura en la corte de aquel rey.

Numerosos fueron los escritores que en los siglos IX al XII produjeron obras en lengua latina; pero bastará citar a algunos de los españoles. SAN EULOGIO, nacido en Córdoba a principios del siglo IX, compuso obras doctrinales y poesías; y ÁLVARO CORDOBÉS (m. hacia 861) hizo en su *Indiculus luminosus* una enérgica impugnación del korán.

La historia cuenta en España con varias crónicas latinas. Tales son, entre otras, el *Chronicon* que se llama, sin sólido fundamento, de SEBASTIÁN DE SALAMANCA, correspondiente al reinado de Alfonso III el Magno; el *Chronicon* de SAMPIRO, obispo de Astorga, escrito en el siglo XI; y, compuestos al comenzar el XII, los de PELAYO DE OVIEDO y de cierto MONJE DE SILOS, cuyo nombre se desconoce. Todos ellos se refieren a los primeros monarcas de la Reconquista y están escritos, por lo general, en un latín rudo y escueto. Mayor importancia tienen, ya en el siglo XIII, las obras de DON RODRIGO JIMÉNEZ DE

RADA (¿1170-1247) y DON LUCAS DE TUY († 1249). El primero, arzobispo de Toledo, compuso varias obras históricas en latín, de la cuales la más notable es la *Historia Gothica*, que comprende desde la invasión goda hasta su tiempo. El segundo, inferior en mérito, escribió, entre otras cosas, el *Chronicon mundi*, no muy depurado en cuanto a los datos.

Es necesario hacer mención aquí de un notable escritor hispano-latino del siglo XII: el judío de Huesca Moséh Sephardi, que después de convertido se llamó PEDRO ALFONSO. No son sus obras de filosofía y religión las que le hacen acreedor a ello, sino la titulada *Disciplina clericalis*, por la cual se le considera como introductor del apólogo oriental en España. Es, en efecto, una serie de fábulas y cuentos con enseñanza moral, inspirados en las colecciones indias del *Pantchatantra* y el *Hitopadesa*, que los árabes habían transmitido a Occidente. Su influencia en la literatura fué muy grande.

Las lenguas modernas.—A medida que la Edad Media avanzaba, íbanse formando los distintos idiomas europeos. Del latín se formaron, entre otros, el español, el italiano, el francés, el portugués y el rumano; de diferentes lenguas indo-europeas, se originaron el alemán, el inglés, el danés, el ruso y otros.

Llegó un momento en que estos idiomas vulgares se utilizaron ya para los usos literarios. A fines del siglo VIII, próximamente, se escribió el anglo-sajón *Poema de Beowulf*, relativo a la lucha del héroe de este nombre con el demonio Grendel y otros enemigos sobrenaturales, y en Alemania el *Canto de Hildebrando*, referente a la lucha del viejo guerrero Hildebrando con su hijo Hudebrando. Otros poemas aparecieron poco después en ambas literaturas.

Es, sin embargo, en los siglos XI al XIII cuando los poemas épicos en lengua vulgar alcanzan desarrollo en toda Europa, como veremos a continuación.

Poemas épicos.—En Francia hubo ciertos poemas relativos a los héroes populares, que se llamaron *cantares de gesta* (del latín *gesta*, en el sentido de *relato histórico*). El más antiguo de los que se conservan es el *Cantar de Roldán* (*Chanson de Roland*), compuesto hacia fines del siglo XI o principios del XII.

Aunque es histórico el hecho principal que dió origen al *Cantar de Roldán*—la expedición de Carlomagno a España y su derrota

en Roncesvalles—, todos los episodios y pormenores del poema son obra de la tradición legendaria. En los comienzos del poema, Carlomagno, por consejo de Roldán, comisiona a Ganelón para tratar en Zaragoza la paz con el rey moro Marsil; éste finge someterse, mas, de acuerdo con el traidor Ganelón, prepara la destrucción de las tropas francesas mandadas por Roldán; el cuerpo del ejército atraviesa los Pirineos, mas cuando la retaguardia, compuesta de 20.000 caballeros, llega al desfiladero de Roncesvalles, los sarracenos caen sobre ella y la destruyen; sólo a última hora, próximo ya a expirar, Roldán toca su *olifante* o cuerno de guerra para avisar al emperador; regresa éste al lugar del suceso, derrota al rey Marsil y a su aliado Baligán, emir de Babilonia, y hace castigar a Ganelón.

A fines del siglo XII parecen pertenecer los dos grandes poemas épicos populares de Alemania: los *Nibelungos* y el *Gudrun*. El primero, atribuido al señor de Kürenberg, consta de dos partes. El héroe del poema, Sigfrido, se ha hecho invulnerable, excepto en cierto punto de la espalda, bañándose con la sangre de un dragón. Cásase con Crimhilda, hermana de Gunther, rey de los borgoñeses, y presta a éste su ayuda, mediante un manto mágico que le hace invisible, para luchar con Brunhilda, mujer de una fuerza extraordinaria, que había prometido su mano a quien la venciera en un torneo. Crimhilda, que conocía la única parte vulnerable en el cuerpo de su marido, lo revela incantamente, y Brunhilda, a raíz de ciertas discordias, hace que su servidor el horrible Hagen asesine al héroe. Hagen roba después a Crimhilda el *tesoro de los Nibelungos* y le arroja al Rhin. La venganza de Crimhilda ocupa la segunda parte del poema. Para llevarla a efecto, Crimhilda se casa con Atila o *Hetzel*, rey de los hunos, quien invita a los príncipes de Worms a una fiesta. A la terminación se entabla espantosa lucha, en que caen multitud de víctimas. Crimhilda hace prender fuego a la habitación; después manda matar a su hermano Gunther, y por su propia mano corta la cabeza a Hagen. El viejo guerrero Hildebrando, indignado de tantos horrores, da muerte a Crimhilda.

Así como de ordinario se llama a los *Nibelungos* «la Ilíada alemana», el poema *Gudrun* es como la Odisea de aquella literatura. El principal asunto del *Gudrun* es la fidelidad que la pro-

tagonista del poema, Gudrun, guarda a su prometido Herwic a través de sufrimientos y desventuras, como su cautividad en Normandía.

Aproximadamente a la misma época pertenecen, aunque anteriormente se hubieran transmitido por la tradición oral, los textos escritos de *Los Eddas*, leyendas escandinavas de asunto mitológico, y del *Poema de Igor*, monumento nacional primitivo, en prosa, de la literatura eslava, relativo a la expedición de Igor, príncipe de Novgorod, y de su hijo Wladimiro, contra los Polovtsi.

La épica en España.—En España hubo también poemas populares sobre los héroes nacionales, y que se llamaron, como en Francia, *gestas* o *cantares de gesta*.

En el siglo XI circulaban ya, indudablemente, algunas narraciones poéticas; pero se han perdido, y el *Mío Cid*, cantar de gesta que ha llegado hasta nosotros, corresponde ya a mediados del siglo XII. Eran en un principio relatos cortos, de unos 600 versos; pero más tarde debió de haberlos hasta de 6.000 versos o más. Estaban compuestos en versos asonantados, no sometidos al ritmo silábico, sino al musical. Como en las demás naciones de Europa, se difundían entre el pueblo por medio de los juglares, cantores ambulantes que en las plazas de villas y ciudades, en los palacios de los magnates y aun en los campos de batalla, entonaban sus versos al compás de instrumentos varios. Asunto de estos relatos eran los hechos y episodios más famosos en la tradición legendaria castellana; y así los hubo relativos a la hija del conde don Julián, a Fernán González, a Garci Fernández, al infante don García, al Cid Campeador, a los Infantes de Lara, a Bernardo del Carpio, etc., etc.

Consérvase, como ya se ha dicho, el *Cantar del Mío Cid*, compuesto hacia el año 1140 por un juglar anónimo, y relativo a las hazañas de Rodrigo Díaz de Vivar. El fondo de este cantar es histórico, tanto en lo que se refiere al protagonista como a los personajes principales; pero tiene muchos episodios y pormenores agregados por la fantasía popular, y de gran colorido poético. En algunas circunstancias revela la influencia de los cantares de gesta franceses.

También ha llegado a nosotros un corto fragmento de un cantar de gesta sobre *Roncesvalles*, correspondiente a la misma época. Y tenemos, por último, otro cantar muy posterior—fines

Blanca Guzmán con Sancho III

del siglo XIV o principios del XV—, sobre las *Mocedades de Rodrigo*, referente a las hazañas del Cid en su juventud, y que indudablemente es versión muy adulterada de otro anterior.

Otros poemas.—A la vez que los cantares de gesta se cultivaba en Europa otra clase de poemas, de carácter erudito, relativos especialmente a ciertos héroes o episodios de la antigüedad clásica (Alejandro, guerra de Troya, etc.), y a otros de las tradiciones bretonas (el rey Arturo, Tristán e Iseo, etc.).

También estuvieron muy en boga los relatos piadosos y morales, en verso, y muy especialmente los referentes a milagros de la Virgen. El poeta francés Gautier o Gualtero de Coinci terminó hacia 1220 sus *Miracles de la Sainte Vierge*, sacados de una compilación latina, y que ejercieron general influencia.

En España estos relatos piadosos de vidas de Santos y milagros de la Virgen, así como los relativos a héroes de la antigüedad, sirvieron de asunto a los poemas llamados del *mester de clerecía*. Estos poemas, obra de poetas cultos, estaban compuestos en estrofas de cuatro versos alejandrinos y de un solo consonante, como la siguiente:

Madre, dixo la fija, en la noche primera
non entré en el palacio, non sé por qual manera.
Otro día manñana abrió me la portera;
rescibieron me, madre, todas por compañnera.

El principal poeta de esta escuela fué GONZALO DE BERCEO, clérigo de San Millán de la Cogolla, y que vivió a fines del siglo XII y principios del siguiente. Las obras poéticas de Gonzalo de Berceo son doce, que pueden agruparse del siguiente modo: cuatro vidas de santos (*la Vida de Santo Domingo de Silos*, *la Estoria de San Millán*, *la Vida de Santa Oria* y el *Martirio de Sant Laurencio*); tres poemas dedicados a la Virgen (*Loores de Nuestra Señora*, *Milagros de Nuestra Señora*, *Duelo que fizo la Virgen María el día de la pasión de su fijo*); dos de asunto religioso vario (el *Sacrificio de la Misa* y *De los signos que aparecerán antes del juicio*) y tres himnos (*Veni Creator*, *Ave Sancta María* y *Tu Christe*).

Entre los poemas del *mester de clerecía* tubo también alguno relativo a los héroes nacionales, como el *Poema del Conde Fernán González*, y otros de asunto filosófico-moral.

Origen de la lírica medieval
La poesía lírica.—La poesía de los trovadores provenzales señaló una corriente general en la lírica europea de la Edad Media. En la Provenza, situada al mediodía de Francia, se hablaba la lengua de *oc*, una de las neolatinas, llamada de aquel modo por tener como adverbio afirmativo la partícula *oc* (del demostrativo latino *hoc*). En la segunda mitad del siglo XII ya estaba en todo su apogeo la poesía de los trovadores provenzales, que, repartidos por varios países a raíz de la cruzada contra los albigenses, dejaron sentir doquiera su influencia. Decaída después la lengua provenzal, fué preciso que, para reanimarla, se instituyera en siglo XIV el Consistorio de los Juegos florales de Tolosa.

Esta poesía trovadoresca se distinguía por su soltura y corte musical; adoptaba multitud de formas, complaciéndose en jugar con el metro. Entre sus géneros figuraban la *chansó*, cuyo objeto era cantar al amor; la *tensó*, destinada a la discusión vehemente; el *sirventés*, en que se contenían sátiras o cantos de guerra; la *pastorela*, especie de égloga entre pastores, etc. Los asuntos, que eran por lo general religiosos, amorosos o satíricos, tocaban muchas veces en la incredulidad, la obscenidad o la diatriba. Entre los trovadores provenzales hubo gentes de todas las clases y condiciones, desde reyes y príncipes hasta siervos o aventureros.

Hay quien supone que en la formación de la poesía provenzal, y sobre todo en la obra de Guillermo de Poitiers, que es el trovador más antiguo de quien se conservan canciones, entraron algunos elementos de la poesía arábigo-andaluza.

En Alemania, de los siglos XII al XIV, florecieron los *minnesinger*, trovadores delicados y sentimentales que cantaron el amor, la religión y la moral en forma un tanto diferente a la de los provenzales. A los *minnesinger* sucedieron los *meistersinger* o *maestros cantores*, que alternaban el ejercicio de sus oficios mecánicos con la composición de versos. Estos poetas menestrales no se dejaban llevar de la fantasía, como los *minnesinger*, sino que para versificar se sometían a ciertas reglas llamadas *tabulaturas*; por eso su poesía es más falsa y de menos mérito.

También la poesía didáctica y alegórica alcanzan cultivo en estos siglos. El *Roman de Renart*, formado en Francia por fragmentos compuestos en los siglos XII y XIII, y en que se hace la parodia de la sociedad feudal bajo dos personajes principales, *Renart* (el Zorro) e *Isengrin* (el Lobo), fué imitado en todas las

*Trovadores cantaban sus propias obras
 Juglars solo recitaban*

literaturas. Satíricos también, y muchas veces indecorosos, fueron en Francia los *fabliaux*, cuentos cortos en verso.

La lírica en España.—Hubo en España durante la Edad Media una lírica popular, abundante en lindos cantarillos que corrían de boca en boca. Los poetas cultos, por su parte, tenían a gala escribir sus composiciones, no ya en castellano, sino en gallego-portugués. Estas composiciones eran de tres clases principales: las *cantigas de amor*, en que se suponía que un galán dirigía a su amada frases apasionadas y lamentaba sus esquivances; las *de amigo*, en que era, por el contrario, una doncella enamorada la que se dolía de la ingratitud de su amado; y las *de escarnio y de maldecir*, de índole fuertemente satírica contra toda clase de personas. También había otras relativas a pastores, barqueros, romeros, etc. Abundaban, por último, las poesías religiosas, dedicadas especialmente a la Virgen, de las que son preciosa muestra las *Cantigas* de don Alfonso el Sabio. Aunque esta lírica respondía sobre todo a imitación de la provenzal, tenía indudablemente muchos elementos populares y acaso algunos procedentes de la poesía árabe española.

En lengua castellana fué ya muy cultivado este género de lírica en el siglo xiv. JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA, insertó en su *Libra de Buen Amor* muchas poesías de esta clase, en especial *cantigas y loores de Nuestra Señora*, de íntimo y acendrado sentimiento, y cantigas de serrana y villanescas, notables por su gracia y sabor rústico.

origen de **La poesía dramática.**—La ^{medieval} poesía dramática tenía en Europa una manifestación de carácter religioso, mediante ciertas obras, como los misterios, moralidades y autos, relativas al Nacimiento de Cristo, Adoración de los Reyes Magos, la Pasión, etc., y que se representaban en las iglesias en las fiestas respectivas. Después se llevaron estas representaciones a la plaza pública, y compartieron el gusto del pueblo con otras de asunto profano, fecundas en rasgos cómicos.

De esta clase de obras dramático-religiosas, sólo se conserva una en castellano, aunque, naturalmente, tuvo que haber más. Es el llamado *Auto de los Reyes Magos*, correspondiente a los últimos años del siglo xii, aproximadamente, y que tiene por argumento el viaje de los Magos para adorar a Dios, y su encuentro en el camino con Herodes.

*Los contenidos: la moralidad de carácter simbólico a los autos y acontecimientos
el misterio de carácter realista de los autos a los hechos de autos*

La prosa.—La prosa de los siglos XII y XIII tiene sus principales manifestaciones en algunas obras didácticas (colecciones de proverbios, tratados científicos y morales), y en ciertas crónicas relativas tanto a sucesos contemporáneos como a la historia antigua. Estas crónicas, de notable sencillez e ingenuidad, aprovechaban toda clase de fuentes, incluso los cantares de gesta, y aun daban cabida a fabulosos relatos; pero no por eso dejan de tener su importancia literaria e histórica. Los más notables cronistas de esta clase son en Francia **VILLEHARDOUIN** (¿1155--1213), **JOINVILLE** (1224-1319) y **FROISSART** (1337-1410); en Italia, **COMPAGNI** († 1324) y **VILLANI** († 1348).

La prosa castellana alcanza singular florecimiento gracias a **DON ALFONSO EL SABIO** (1221-1284). Este ilustre monarca reunió en Toledo a los hombres más sabios de su tiempo, los cuales, bajo su dirección, dieron cima a varias e importantes obras. El propio don Alfonso corregía los originales.

De estas obras, unas son científicas, como los *Libros del saber de Astronomía*, el *Lapidario*, el *Libro de las Cruces*, etc., ya dedicadas a la exposición de la ciencia astronómica y sus derivaciones, ya a cuestiones de astrología, y se basaban por lo general en autores árabes. Otras son jurídicas, y entre ellas figura el inmortal código de las *Siete Partidas*, inspirado en los más altos principios de moral y justicia. Otras son históricas, como la *General e Grand Estoria*, que comprende desde la creación del mundo hasta San Joaquín y Santa Ana, y la *Estoria de Espanna*, conocida hoy con el nombre de *Primera Crónica General*, y que contiene un relato de los hechos patrios lleno de animación y vida. Otras, por último, son morales y de recreación, como el *Libro de Calila e Dimna*, colección de fábulas indias traídas al castellano por conducto del árabe, y el *Libro del ajedrez, dados y tablas*, relativo a estos juegos y procedente también del árabe. Todas estas obras del Rey Sabio hicieron adelantar un paso gigantesco a la prosa literaria castellana.

Algunos manuscritos en Alcalá de Henares. Esta influencia por el Rey Sabio de Ovidio
Don Gil de Albornoz lo emendó por criticas a los obispos de Salamanca.

CAPÍTULO II

LA EDAD MEDIA. — LITERATURA ÁRABE. — LOS ESCRITORES ARÁBIGO-ESPAÑOLES.—LA POESÍA. — LA PROSA.—INFLUENCIA DE LA LITERATURA ÁRABE.—ESCRITORES HISPANO-JUDÍOS.— POETAS Y PROSISTAS

La literatura árabe.—Los más antiguos monumentos de la Literatura árabe anterior a Mahoma, son ciertos poemas llamados *moalaca*. En ellos se cantaba el amor, las luchas sangrientas entre las tribus, las hazañas de los guerreros, con minuciosa descripción de sus caballos, sus armas, etc. Consérvanse también varios *divanes* (colección de poesías dispuestas según el orden alfabético de la rima), así como otras compilaciones poéticas. Era muy característica la *casida*, poemita escrito en una sola rima y con una extensión de veinte a cien versos.

A la venida de Mahoma (569-632) decae la poesía de este pueblo, porque toda su Literatura se reconcentra en el *Korán*, el libro sagrado de los árabes; pero después sobreviene nuevo florecimiento, que se extiende hasta el siglo XIII. Al mismo tiempo que la poesía, se desarrolla la didáctica, con obras de astronomía, filosofía, medicina, etc. En este punto se distinguen ALFARABÍ, gran matemático y médico del siglo X, AVICENA (980-1037), que por su talento enciclopédico ejerció desusada influencia en la Edad Media, y ALGACEL (1058-1112), profundo filósofo y teólogo. El género novelesco se cultivó en obras que recuerdan a nuestros libros de caballerías, como el *Antar* y el *Abu-Zeyd*, y sobre todo en cuentos como los famosos de *Las mil y una noches*, que, según las más autorizadas opiniones, fueron traducidos del persa. A LOKMAN se atribuyen unas fábulas muy popularizadas, cuyo origen está en las de Esopo.

Los árabes españoles tuvieron una civilización floreciente. Abderrahmen, fundador del califato de Córdoba, y sus sucesores, fomentaron las ciencias y las artes; y seguido este ejemplo por los reyes de Taifas y por los almohades, el movimiento intelectual de la raza árabe en España se sostuvo hasta el fin de su dominación.

La poesía árabe ofrece en España los mismos caracteres que tenía desde su origen. Igual abundancia de palabras rebuscadas y altisonantes; igual amontonamiento de retruécanos y conceptos alambicados; igual artificio, en fin, de combinaciones que pueden resultar armoniosas al oído, pero cuya rima se repite monótonamente. Muchos fueron los poetas arábigo-españoles. Entre los más notables figuran ABENHÁZAN (994-1063), que expresó con gran sentimiento sus amores juveniles; ABENZAI-DÚN (1003-1070), llamado por Dozy *Tibulo de Alandalus*, que dirigió notables poesías a Ualada, también poetisa; el rey AL-MOTÁMID (1040-1095) de Sevilla, que escribió principalmente versos amorosos y elegíacos; y ABULBECA, de Ronda, poeta y filósofo, que en una tierna composición deploró la inminente caída del Islam en España.

El género histórico parece que empezó a cultivarse entre los árabes españoles por los tiempos de Abderrahmen I, pero hasta mediados del siglo IX no aparece la primera crónica, que es la de ABENHÁBIB. Muchos de los historiadores arábigo-españoles son también geógrafos; ostentan gran erudición, pero falta en ellos el juicio histórico y se hacen eco de supersticiones y fábulas. Beben en toda clase de fuentes, sin distinguir su pureza, y unidos muchas veces por vínculos estrechos a los príncipes reinantes, se hacen sospechosos en la veracidad. Son, sin embargo, amenos, y no deja de haber algunos con cierto espíritu crítico. Los dos más famosos son ABENHAYÁN (987-1070), autor del *Almoctabís*, historia de la Andalucía árabe, y el citado Abenházan, no ya sólo historiador, sino polígrafo, porque escribió obras de filosofía, derecho, teología y literatura. Hubo también notables biógrafos.

En la didáctica, los árabes prestaron principalmente el notable servicio de transmitir a España la ciencia griega, más o menos bastardeada. La filosofía era mal vista por los teólogos y por el vulgo, que la tenían como ocupación herética, pero aun así encontró cultivadores excelentes. Abubéquer Mohámed Benyahya, conocido por AVEMPACE, nacido en Zaragoza a fines del siglo XI, escribió libros de diversas ciencias, entre los cuales el más importante es el *Régimen del solitario*. Es éste un tratado de filosofía platónica, en que se expone la teoría de la ciudad ideal y perfecta.

*Estimad es
la poesia a
la que con
tata Almotamid*

ABENTOFÁIL, nacido en Guadix en los primeros años del siglo XII, escribió, entre otras obras de ciencia, una muy curiosa titulada *El Filósofo autodidacto*. En ella presenta a un joven llamado Hay ben Yacdán, que vive solo en una isla, y adquiere con la luz de su razón varios conocimientos, que luego puede comparar con los de otros hombres, por la llegada de cierto teólogo llamado Asal.

Más famoso que todos los filósofos árabes es Abul-guadil Mo-háméd Benrodx, conocido por AVERROES (1126-1199). Nacido en Córdoba, sufrió persecuciones y destierros, y murió en Marruecos. Escribió numerosos tratados filosóficos, en su mayor parte traducciones y comentarios de Aristóteles, y llegó a formar una escuela filosófica que se llamó *averroísmo*.

Influencia de esta literatura.—La influencia que la Literatura árabe ejerció en Europa, fué considerable. Fueron los árabes quienes trajeron el apólogo y el cuento orientales, que introducidos primeramente, como ya hemos visto, en la *Disciplina clericalis*, de Pedro Alfonso, circularon por toda Europa y dieron origen a otros muchos libros, entre ellos el de *Calila e Dimna*, ya citado, y el de *El Conde Lucanor*, de don Juan Manuel. Ya hemos visto también que don Alfonso el Sabio utilizó fuentes árabes para sus obras científicas.

Fué general la influencia árabe dentro de la filosofía y las ciencias, y se observa aun en autores como Raimundo Lulio. La *Divina Comedia*, de Dante, encierra muchos elementos que tienen su precedente en algunos pensadores islámicos.

En cuanto a la poesía, hay especialmente una circunstancia digna de atención. El poeta árabe Mocádem de Cabra, que vivió a fines del siglo IX, inventó una estrofa llamada *moaxaha*, cuya forma vulgar recibió el nombre de *zéjel*. El *zéjel*, en su tipo más sencillo, estaba formado de este modo: servía de tema un estribillo inicial, de dos versos pareados; después seguía una serie de estrofas de cuatro versos, el último de los cuales llevaba en todas ellas la misma rima del estribillo, mientras que los otros tres eran monorrimos y variables. O, lo que es igual: A A b b b a.—c c c a.—d d d a; etc. Como los poetas provenzales y sus imitadores usaron muy a menudo una combinación métrica igual a ésta, críticos muy autorizados dan este hecho como prueba de la influencia que en aquéllos ejerció la poesía árabe.

Escritores hispano-judíos.—Los judíos españoles tuvieron una cultura muy adelantada. Algunos de ellos escribieron en castellano, pero no faltó quien cultivara las letras hebreas, y abundaron las obras de poesía, filosofía, retórica, gramática, etc. Bastará citar aquí los nombres más famosos.

Salomón ben Gabirol, conocido por AVICEBRÓN (1021-1070), nació en Málaga. Como poeta se le ha llamado el *maestro de los cánticos*. Su obra filosófica *La fuente de la vida*, inspirada en libros griegos, se discutió mucho durante la Edad Media.

Notable poeta fué también YEHUDA HALEVÍ, que, además de otras obras, escribió en arábigo el famoso *Libro del Cuzary*, traducido más tarde al hebreo y al castellano.

Moseh ben Maimún, más conocido por MAIMÓNIDES (1135-1204) escribió numerosas obras sobre todos los ramos de la ciencia, la mayor parte en árabe, algunas en hebreo. La titulada *Guía de los descarriados* es un tratado de teología y filosofía que alcanzó gran resonancia.

CAPÍTULO III

LA EDAD MEDIA. — SIGLOS XIV Y XV. — LOS GRANDES AUTORES ITALIANOS.—DANTE, PETRARCA Y BOCCACCIO.—SU INFLUENCIA EN EUROPA.—LIBROS DE CABALLERÍAS.—LOS ROMANCES ESPAÑOLES

Los grandes autores italianos.—En la Literatura europea de los siglos XIV y XV ejercen influencia desusada dos poetas y un prosista italianos: Dante, Petrarca y Boccaccio.

DANTE.—DANTE ALIGHIERI nació en Florencia en mayo de 1265, y, huérfano en temprana edad, se educó bajo la dirección de Brunetto Latini. Cuando contaba nueve años, según refiere él mismo en la *Vita nuova*, conoció a la niña Bice o Beatriz Portinari, cuya imagen quedó grabada para siempre en su corazón. Bice casó años después con Simón de Bardi, y Dante eligió por esposa a Gemma Donati. Intervino Dante en las luchas que sostenían por entonces güelfos y gibelinos, y a consecuencia de ello tuvo que salir de su patria y peregrinar por varios lugares. Cuando se encontraba en Rávena, después de haber rehusado una humillante amnistía ofrecida por los florentinos, murió el día 14 de septiembre de 1321.

Dante escribió en latín, a más de algunos trabajos breves, el libro *De monarchia mundi*, que es una apología entusiasta del imperio romano con aplicaciones de orden político, y el *De vulgari eloquio*, donde hacía la rehabilitación de la lengua vulgar; y en italiano *El Convite*, diálogo a la manera platónica, las *Rimas*, poesías de asunto amoroso, y la *Vida nueva* (*Vita nuova*), donde cantó su amor a Beatriz. Pero la obra que le inmortalizó, colocándole entre los grandes genios de la poesía, es la *Divina Comedia*, epopeya de concepción grandiosa.

La *Divina Comedia* consta de tres partes: el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraiso*. El poeta aparece perdido en una selva intrincada, rodeado de peligros; Virgilio se presenta a él, y se ofrece a servirle de guía. Después de pasar el Aqueronte, penetran en el Infierno y recorren los nueve círculos donde están los condenados sufriendo penas terribles. La imaginación de Dante al-

canza en los episodios del Infierno una grandeza imponderable. Al salir de aquella mansión de dolor, se encamina al Purgatorio, abrupta montaña con siete divisiones, y allí ven, como en el Infierno, a muchos personajes conocidos en la historia. Llegan al Paraíso, preséntase Beatriz, y entonces Virgilio desaparece. Recorren varias esferas, donde están los bienaventurados, hasta llegar al Empíreo. Beatriz ocupa su trono celestial, y, a ruegos de San Bernardo, consigue el poeta vislumbrar la esencia divina en el abismo de la luz eterna.

La *Divina Comedia*, escrita en tercetos de singular belleza, es una de las creaciones señaladas con piedra blanca en la literatura universal.

En España tuvo muchas imitaciones. Iniciólas Micer Francisco Imperial con su *Decir a las syete virtudes*, y siguiéronlas los más famosos poetas del siglo xv, como Juan de Mena (*El Laberinto*), el Marqués de Santillana (*El infierno de los enamorados* y otras), Juan de Padilla (*Los doce triunfos de los doce Apóstoles*), etc.

PETRARCA.—Francisco PETRARCA (1304-1374) nació en Arezzo. Estando en Aviñón concibió hacia Laura un amor sin esperanzas, pues aquella hermosa joven estaba ya casada, y esto tal vez le indujo a abrazar la carrera eclesiástica. La musa de Petrarca cantó entonces aquella pasión vehemente, y al morir Laura, su sentimiento se desbordó en estrofas sublimes. Hombre de vastísima cultura clásica, desenterró antiguos monumentos literarios, como las *Instituciones oratorias*, de Quintiliano, y parte de las cartas y discursos de Cicerón; escribió, en latín, obras en prosa de diversos asuntos, y el extenso poema *Africa*, cuyo protagonista es Escipión el Africano; y con todo ello adquirió tal renombre entre sus contemporáneos, que fué solemnemente coronado en Roma.

Hoy la gloria de Petrarca descansa en las *Rimas* o versos italianos, y sobre todo en las canciones y sonetos destinados a celebrar la belleza de Laura. La expresión de los afectos amorosos toma en ellos los tonos más delicados, y bajo una forma en que la lengua italiana aparece ya con toda su flexibilidad y dulzura. El poema titulado *Los Triunfos*, obra de la ancianidad de Petrarca, decae bastante.

La imitación de Petrarca se difundió por toda Europa como

una verdadera manía. En España, durante el siglo xv, se basó por lo general en las obras latinas tan sólo; pero desde que Boscán, ya en el siglo xvi, tomó las *Rimas* por modelo, siguiéronle con el mismo entusiasmo otros poetas, como Fernando de Herrera, Gutierre de Cetina, etc. Hubo, en cambio, un poeta catalán AUSIAS MARCH († 1458?), que en el siglo xv imitó ya a Petrarca con profundo sentimiento lírico. *Garuloso de la Vega*

BOCCACCIO.—Mientras Dante y Petrarca perfeccionaban el verso italiano, JUAN BOCCACCIO (1313-1375) daba consistencia a la prosa, que hasta entonces había tenido escasos cultivadores. Boccaccio nació en París, de padre italiano, que le dedicó al comercio; pero él, que no tenía tal vocación, permaneció en Nápoles haciendo vida de sociedad y cortejando a la princesa María, hija natural del rey Roberto, a la cual llamó en sus obras *Fiammeta*.

Hombre de gran erudición, escribió Boccaccio varias obras en verso y en prosa, en latín y en italiano, alguna de las cuales, como el *Corbaccio* o *Laberinto de amor*, tuvieron largas derivaciones; pero ninguna tan famosa como el *Decamerón*.

Es el *Decamerón* una colección de cien cuentos que Boccaccio supone referidos por diez personas que por espacio de otros tantos días se reunieron en Florencia, mientras la peste asolaba la ciudad. Estos cuentos, con pocas excepciones, son sumamente licenciosos, cosa que hay que achacar a la misma libertad de la época; pero están llenos de interés y de gracia. La prosa italiana adelantó con el *Decamerón* un paso considerable.

Extraordinaria fué también la influencia de Boccaccio en España durante el siglo xv. Su novela *Fiammeta* inspiró obras como *El siervo libre de amor*, de Juan Rodríguez de la Cámara, y la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro. El citado *Corbaccio*, violenta sátira contra las mujeres, y el tratado latino *De claris mulieribus*, elogio de distintas mujeres famosas en la historia, dieron origen a otros libros españoles, ya en defensa, ya en vituperio del sexo femenino, entre los cuales son los más célebres el *Libro de las claras e virtuosas mujeres*, del condestable don Alvaro de Luna, el *Torunfo de las Donas*, de Juan Rodríguez de la Cámara, y el *Corbacho* o *Reprobación del amor mundano*, de Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera.

El *Decamerón* no tuvo influencia inmediata en España, si

bien fué muy grande la que ejerció en los siglos XVI y XVII. Una notable imitación tuvo fuera de Italia el *Decamerón* en el mismo siglo XVI, y es la de los *Cuentos de Cantorbery*, del inglés GODFREDO CHAUCER (1340?-1400). En este libro, los cuentos se suponen referidos por treinta peregrinos que van a Cantorbery para visitar la tumba de Santo Tomás Becket.

LIBROS DE CABALLERÍAS.—Por el siglo XVI se desarrollan ciertos relatos en prosa de asunto caballeresco, como derivación de los poemas del mismo género. Un mismo tema caballeresco se expandía en varios relatos que formaban grupo, y de ello se originaron algunos como los siguientes:

Ciclo carolingio.—Relativo a las hazañas de Carlomagno y de los Doce Pares de Francia, con sus derivaciones. Entre estos relatos figuran: el de *Pipino y Berta* (Berta, madre de Carlomagno, es suplantada por una sierva y reconocida al fin por su marido gracias a un defecto de conformación que tenía en los pies); el de *Mainete* (Carlomagno, de joven, viene a Toledo, ayuda al rey moro Galafre contra sus enemigos, y se casa con la hija de aquel rey, Galiana); el de *Reinaldos de Montalván* (los cuatro hijos de Aimon de Dordonne, entre ellos Reinaldos de Montalván—Renaud de Montauban—, injustamente perseguidos por Carlomagno, viven durante siete años en una selva, hasta conseguir el indulto del emperador). Etc., etc.

Ciclo bretón.—Relativo al rey Artus o Arturo y caballeros de la Tabla Redonda. Los principales relatos de este ciclo, son: la *Demanda del Santo Grial* (el *Grial*, vaso sagrado en que Jesucristo bebió durante la cena de Pascua, y en que más tarde José de Arimatea recogió al pie de la cruz la sangre del Redentor, es trasladado a Inglaterra, donde los caballeros de la Tabla Redonda, y especialmente Perceval, tratan de recuperarle); *Tristán e Iseo* (ardientemente enamorados Tristán e Iseo, merced a un filtro mágico que irresistiblemente habían bebido, pasan por duras pruebas y sucumben a su dolor). Etc., etc.

Ciclo de la antigüedad.—Contiene relatos sobre la guerra de Troya (procedentes en parte de la *Iliada*, pero con muchas aventuras añadidas), y sobre Alejandro el Magno (llenos igualmente de episodios maravillosos y fantásticos).

Ciclo de las Cruzadas.—Referente a Godofredo de Bouillon, conquista de Jerusalén, etc., y en que hay relatos como el del



Caballero del Cisne (el héroe que se presenta a ser campeón de la condesa de Bouillon en una barquilla tirada por un cisne, o bien, según otras versiones, que es convertido en cisne con otros seis hermanos suyos).

Hubo además otros relatos independientes, entre ellos el de *Flores y Blancaflor* (el mutuo amor que se profesan Flores, hijo de un rey sarraceno, y Blancaflor, hija de una esclava cristiana, y la astucia con que él, para arrancar a su amada de manos del emir de Babilonia, logra llegar hasta ella escondido en una cesta de rosas).

Con todos estos relatos, y otros que a su imitación aparecieron, tomaron forma cabal los *libros de caballerías*. Fueron estos libros extensas novelas destinadas a contar las hazañas de fabulosos caballeros, que recorrían países imaginarios, luchaban con ejércitos enteros, vencían a gigantes, vestiglos y endriagos, sufrían encantamientos, rescataban princesas cautivas, que en recompensa les daban su mano, y, en suma, llevaban a cabo las más estupendas empresas. Florecieron principalmente estos libros en España y Portugal, pero fueron traducidos a otros idiomas y siguieron triunfantes en los siglos xv y xvi. El más famoso de todos ellos fué el *Amadís de Gaula*, que circulaba ya en el siglo xiv, y que a fines del xv fué refundido por GARCÍ RODRÍGUEZ DE MONTALVO, regidor de Medina del Campo.

Los romances.—La poesía épica tuvo en España otra derivación, y fué la de los *romances*. Son los romances unos poemitas compuestos, aunque no con todo rigor, en versos octosílabos, rimados entre sí los pares, y relativos a los héroes nacionales y a otros asuntos caballerescos o novelescos.

En el siglo xiv ya circulaban romances; pero se desarrollaron principalmente en el xv y xvi. Los más antiguos—esto es, los compuestos hasta principios del siglo xvi—, se llaman *romances viejos*.

Por su asunto, había romances de las siguientes clases:

I. **Históricos.**—Refiérense al rey don Rodrigo, a Bernardo del Carpio, al conde Fernán González, a los Infantes de Lara, al Cid, al rey don Pedro, a las luchas entre cristianos y moros (llamados *fronterizos*) y a otros varios asuntos históricos.

II. **Caballerescos.**—a) *Del ciclo carolingio*. Los hay del marqués de Mantua, de Valdovinos, de Gaiferos, etc., etc.—b) *Del*

ciclo bretón. Los escasos romances viejos de este ciclo se refieren a Lanzarote y Tristán.

III. Romances novelescos y caballerescos sueltos.—Se basan en leyendas mitológicas o de la historia clásica, y en anécdotas de varia procedencia. A ellos pueden añadirse los *romances líricos*, que son poco abundantes.

EL RENACIMIENTO

CAPÍTULO IV

EL RENACIMIENTO. — LOS HUMANISTAS. — EL RENACIMIENTO EN ITALIA. — EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA Y PORTUGAL.— EL RENACIMIENTO EN OTRAS NACIONES

Se entiende por *Renacimiento* el gran movimiento literario y artístico que durante los siglos xv y xvi restableció la tradición clásica, mediante el profundo estudio que se hizo de griegos y latinos. En sentido más amplio se llama *Renacimiento* al período literario que empieza con este hecho y se prolonga hasta que las literaturas europeas adquieren caracteres diferenciales.

No habían sido totalmente olvidados durante la Edad Media los autores clásicos; pero la poesía heroica y cortesana, juntamente con la escueta exposición didáctica de teólogos, filósofos y cronistas, habían oscurecido el espíritu clásico. Precursores del Renacimiento fueron, en el siglo xiv, algunos humanistas italianos que se dedicaron al estudio e imitación de las letras latinas, como Petrarca y Boccaccio.

Los humanistas—consagrados a las *letras humanas*, o sea a las lenguas griega y latina, gramática, poesía y retórica—, aumentaron considerablemente en Italia. Marsilio Ficino, Pico de la Mirandola, Lorenzo Valla, el cardenal Bembo y otros muchos, realizaron en este punto una labor admirable. Los príncipes protegen espléndidamente las letras y las artes, y a su lado florecen meritísimos poetas y prosistas. En Bélgica y Holanda surgen también insignes humanistas, uno de los cuales, Erasmo de Rotterdam, ejerció doquiera influencia, no ya sólo por la orientación que dió a los estudios de erudición clásica, sino por la agitación que produjo en las ideas. El Renacimiento, sustancialmente italiano, arraiga prontamente en España y Portugal, aclimatado al ambiente nacional. En otros países es más tardío, y acaso más

convencional. Doquiera origina el refinamiento en la forma, con la creación de neologismos, giros y expresiones que conducen indefectiblemente a la afectación.

El Renacimiento en Italia.—Fué en Italia, como queda dicho, donde el Renacimiento se inició y desarrolló. Comenzó este movimiento en Florencia, y de allí pasó a Mantua, Ferrara y Nápoles. El siglo xv pertenece de lleno a la erudición. Cosme de Médicis aprovecha sus relaciones comerciales con Oriente para reunir manuscritos preciosos y establece una Academia Platónica, sostenida luego por su hijo Lorenzo el Magnífico, de la cual resultó el estudio atento de Platón y Aristóteles en sus propios textos. Los historiadores, por su parte, escriben sus obras en latín. En la lírica, como luego veremos, predomina primeramente la influencia de Petrarca, mas luego se oyen también ecos renacentistas; y en la novela, la admiración hacia Virgilio y el fino espíritu artístico engendraron el género pastoril.

El llamado *siglo de León X*—este Papa, perteneciente a la familia de los Médicis, ocupó el solio pontificio de 1512 a 1521—, vió florecer a escritores como Maquiavelo, Castiglione y Guicciardini. NICOLÁS MAQUIAVELO (1469-1527), nacido en Florencia, secretario de la República, desterrado durante algunos años por causas políticas, elevó la prosa italiana a su mayor perfección. Entre sus numerosas obras, la más conocida es *El Príncipe* (1531), donde sostiene el principio de que los gobernantes, para conseguir sus fines, deben sin reparo acudir al engaño, al perjurio y la traición; de aquí el nombre de *política maquiavélica*, dada a la que sigue tales procedimientos. BALTASAR CASTIGLIONE (1478-1529) escribió varios libros, entre ellos *El Cortesano* (1528), en que, mediante unas conversaciones que se suponen sostenidas en el palacio de los duques de Urbino, traza el retrato del caballero ideal. FRANCISCO GUICCIARDINI (1483-1540) es famoso por su *Historia de Italia*, muy bien informada y desenvuelta, aunque a veces difusa, y que fué traducida al castellano por el rey don Felipe IV. El mérito principal de estos tres escritores es la estudiada elegancia dle estilo.

El Renacimiento en España y Portugal.—Las relaciones de España con Italia eran continuas. Un acontecimiento de trascendencia, el establecimiento de la dinastía aragonesa de Nápoles en 1443, las estrechó aún más, y a esto se añadieron nuevos moti-

vos con el triunfo de las armas españolas en Italia y los frecuentes viajes de escritores y artistas españoles a la península italiana. Se explica, pues, que las ideas renacentistas cundieran rápidamente en España.

Algunos humanistas italianos vinieron a España en tiempo de los Reyes Católicos, y dejaron prolífica semilla. Lucio Marineo Sículo vino traído por don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, y enseñó doce años en la Universidad de Salamanca; Pedro Mártir de Anghiera o de Angleria, instruyó en las artes liberales a los jóvenes de la nobleza castellana; otros sabios italianos, como Crisolora, los hermanos Geraldini, etc., estuvieron más o menos tiempo en nuestro suelo.

Pero bien pronto hubo humanistas españoles y portugueses que rivalizaron en estudio y saber con los extranjeros. Entre ellos figuraron ANTONIO DE NEBRIJA (1441-1522), gran latinista, autor de la primera *Gramática* (1492) castellana y de varias obras de Retórica, Historia, Derecho, etc.; HERNÁN NÚÑEZ *Pinciano*, llamado también el *Comendador griego*, catedrático en Alcalá y Salamanca, editor y comentarista de Séneca, Plinio y Pomponio Mela; JUAN LUIS VIVES (1492-1540), insigne filósofo y gramático, profesor en la Universidad de Lovaina y en Inglaterra; JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA (1490-1573?), el primero de los ciceronianos españoles, traductor de Aristóteles; el portugués ARIAS BARBOSA († 1538?), primer catedrático de griego en Salamanca, maestro de Hernán Núñez; y, en fin, otros muchos.

Erasmo ejerció en España gran influencia. De los numerosos erasmistas españoles, la mayor parte lo fueron únicamente en orden a las doctrinas humanistas o gramaticales, y los menos en otra clase de tendencias.

No sólo los humanistas españoles, sino otros muchos prosistas, se movieron a impulso del Renacimiento. El poeta Juan Boscán tradujo en 1534 *El Cortesano*, de Castiglione. En el género histórico, la imitación de los clásicos—Salustio, Tácito, Tito Livio—, preside también las páginas de la *Guerra de Granada*, de don DIEGO HURTADO DE MENDOZA (1503-1575), del *Comentario a la Guerra de Alemania* (1548), de don LUIS DE ÁVILA Y ZÚÑIGA († 1574) y de otras obras análogas.

El Renacimiento en otras naciones.—La influencia italiana determinó también en Francia el movimiento renacentista. El rey

Francisco I, a más de proteger espléndidamente a los escritores y artistas italianos, fundó en 1531 el *Colegio de Francia*, que produjo sabios maestros. Al impulso renacentista contribuyeron humanistas como LEFEVRE D'ÉTAPLES (1450-1537), GUILLERMO BUDÉ (1468-1540) y otros muchos.

Los dos más ilustres prosistas franceses de este período son Rabelais y Montaigne. FRANCISCO RABELAIS (1495-1553?), nacido en Chinon (Turena), fraile, clérigo secular y médico, escribió la *Vida inestimable del gran Gargantúa* y la de su hijo *Pantagrúel*, especie de novela formada por varios libros. Las inverosímiles hazañas del gigante Gargantúa y las de su hijo, en unión de otros personajes como el hermano Juan y Panurgo, constituyen la trama de esta novela; pero en el fondo se trata de un libro eminentemente satírico, rebosante de jovialidad e ironía, mezcla enigmática de mordaces alusiones, reflexiones filosóficas y regocijantes bufonadas. Rabelais se firmó en ocasiones con el pseudónimo-anagrama *Alcofribas Nasier*.

MIGUEL DE MONTAIGNE (1533-1592), nacido en Périgord, perteneciente a la magistratura, reunió en sus *Ensayos*, con marcada tendencia escéptica, una miscelánea notabilísima, en que, sin escatimar las citas de Plutarco, Séneca, Virgilio, Horacio, etcétera, trata de la amistad, de la gloria, de la ociosidad, de la soledad, de la cólera, de la virtud y de mil cosas más. Los *Ensayos* de Montaigne, a la vez que influyeron grandemente en las ideas, hicieron avanzar un gran paso a la prosa francesa.

Humanistas como el alemán JUAN REUCHLIN (1455-1522), maestro extraordinario en las lenguas sabias, y el inglés TOMÁS MORO (1478-1535), famoso sobre todo por su libro *Utopía*, especie de novela latina relativa a la organización social, contribuyeron en sus respectivos países a la restauración de las letras.

Se pudo inspirar en estos dos autores

Duques (hijo del Papa Alejandro VI) malísimo que fue enterrado en una Iglesia y fue sacado a la calle para ser pisado por todos
 Luis XI de Francia no cumplió nunca lo pactado. *quintus Augustus de Walla*
 Duque de Occidente luchó contra Luis XI y fue derrotado por el Duque de Borgoña
 luego se mató en una batalla
 Luis era un asesino que mataba a todos los nobles (por su pueblo) después de
 haberlo; era hijo de Carlos VII Duque de Guisa de Arica
 Fernando el católico

CAPÍTULO V

LA LÍRICA Y LA ÉPICA EN EL RENACIMIENTO.—LOS POETAS ITALIANOS.—ARIOSTO Y TASSO.—LOS POETAS ESPAÑOLES.—BOSCÁN, GARCILASO Y OTROS.—FRAY LUIS DE LEÓN.—HERRERA.—LOS ÉPICOS.—LA POESÍA RENACENTISTA EN OTRAS LITERATURAS.—CAMÕES

La lírica y la épica del Renacimiento.—*Italia.*—Durante largo tiempo la lírica italiana fué un eco del Petrarca. Todos, o casi todos los poetas, se limitaron a imitarle pálidamente. Hubo al fin algunos que mostraron cierta originalidad y se acomodaron más a las tendencias de la época; cosa que dió origen a determinada clase de composiciones, como las églogas, imitadas de Virgilio, y los poemas mitológicos, que recordaban a Ovidio y otros poetas clásicos. Sirvan de ejemplo respectivo las églogas de JACOBO SANNAZARO (1458-1530), insertas en su novela la *Arcadia* (1599), y la *Fábula de Leandro*, de BERNARDO TASSO (1493-1569). También son dignos de nota los *Capitoli* (1538), de FRANCISCO BERNI (1490-1536), ingeniosas poesías de tono satírico y burlesco.

La épica tiene su principal manifestación en los poemas caballerescos. Las leyendas poéticas carolingias, que durante la Edad Media habían circulado por Italia en narraciones populares, impresionaron ahora la imaginación de los poetas cultos y dieron origen, caprichosamente transformadas y aumentadas, a bastantes poemas. Ya en el siglo xv aparecen varios, entre ellos el *Orlando enamorado* (1495), de MATEO BOIARDO (1434-1494), relativo a las hazañas de Roldán durante el sitio de París por los sarracenos, y el *Morgante* (1483), de LUIS PULCI (1432-1484), que es un verdadero poema burlesco. Pero fué en el siglo xvi cuando aparecieron los mejores poemas de este género.

Fueron no pocos los que en este siglo se escribieron, tanto basados en las aventuras de Roldán como en otros temas caballerescos; pero los que han alcanzado más justa fama, son dos: el *Ordando furioso* (1516-1546), de Ludovico Ariosto, y la *Jerusalén libertada* (1575-1581), de Torcuato Tasso.

LUDOVICO ARIOSTO (1474-1533) nació en Reggio; pro-

tegado tibiamente por el duque de Ferrara, ejerció el gobierno en una provincia infestada de bandidos; pasó sus últimos años en la corte, rodeado, a lo que parece, de la general admiración. Escribió Ariosto elegías, sonetos, sátiras, comedias, etc., pero su celebridad se debe al *Orlando furioso*. Este poema, inspirado en el de Boiardo, pero de mucha mayor elevación poética, está compuesto en hermosas octavas reales, y gira en rededor de la locura que acomete a Orlando al ver que Angélica, a quien adora, concede preferencia al sarraceno Medoro. Llevado por su furia, Orlando comete toda clase de tropelías y viaja desatentadamente por España y Africa, hasta que el aventurero Astolfo va en el hipogrifo a la Luna, encuentra la razón de Orlando metida en un frasco, y se la devuelve. A este asunto principal se une la guerra de Carlomagno con los sarracenos y los amores de Rugiero y Bradamante. Con todo ello se mezclan variadísimos episodios, escenas de magia, desfile de numerosos héroes y heroínas, y tal derroche, en suma, de galas imaginativas, que llegan a producir la ofuscación.

TORCUATO TASSO (1544-1595), nacido en Sorrento, e hijo de Bernardo Tasso, ya citado, alcanzó primero la protección y después el odio de los duques de Ferrara, que le tuvieron siete años recluído; y cuando, ya en libertad, el Papa Clemente VIII dispuso que se le coronase como se había hecho con Petrarca, la muerte le sorprendió. Tasso escribió varias obras, entre ellas la tragedia *Torrismondo* y el drama pastoril *Aminta*, traducido éste al castellano por don Juan de Jáuregui; pero más celebridad que ninguna otra le dió el poema *La Jerusalén libertada*. Este poema, compuesto también en octavas reales, tiene por asunto la expedición de los Cruzados a los Santos Lugares, mandados por Godofredo de Bouillon. El verdadero héroe del poema, no obstante, es Tancredo. Del partido infiel, los paladines principales son Aladino, Solimán y Argante. Juegan en la tragedia varias acciones: de una parte, la intervención de la guerrera sarracena Clorinda en contra de los Cruzados, y sus combates con Tancredo, que al fin la mata, no sin bautizarla antes; de otra, el amor que Herminia, también sarracena, siente hacia Tancredo, al cual cura sus heridas; de otra, en fin, los portentosos recursos de que la maga Armida se vale para retener a Reinaldo y desconcertar a los Cruzados, tales como los famosos *encantos de*

la selva. Esto sin contar los episodios de los primeros cantos, en que intervienen Aladino, sultán de Jerusalén, el encantador Ismeno, los cristianos Olindo y Sofronia, etc. Cuando los Cruzados alcanzan la victoria, Armida quiere suicidarse; pero Reinaldo lo impide y obtiene su conversión al cristianismo.

Los poetas españoles.—El caballero catalán JUAN BOSCÁN ALMOGÁVER († 1542) fué el poeta que primero importó a España los elementos con que la poesía italiana se había enriquecido. Ya los poetas españoles del siglo xv habían usado el endecasílabo, y el marqués de Santillana llegó a escribir sonetos; pero Boscán empleó por primera vez la *octava rima* u octava real (invención de Boccaccio, perfeccionada por Bembo), los *tercetos* (empleados por Dante en la *Divina Comedia*), las *estancias* (muy usadas por Petrarca en sus canciones) y el verso *suelto* o *libre* (el verso *sciolto* de los italianos, cuya invención se atribuye a Brunetto Latini). Por otra parte, adoptó los mismos géneros poéticos usuales en Italia, y así, además de sonetos, escribió canciones, *capítulos* y poemas alegóricos y mitológicos. De esta última clase es la *Historia de Hero y Leandro*, la más extensa de sus obras. Como ya se ha dicho, Boscán tradujo al castellano, en prosa elegantísima, *El Cortesano*, de Castiglione.

Pero el verdadero triunfo de la escuela italiana en España se debió a GARCILASO DE LA VEGA (1501? 1536), toledano, poeta y militar ilustre, muerto en la guerra contra Francisco I de Francia. Las obras de Garcilaso se reducen a una epístola (dirigida a Boscán), dos elegías, tres églogas, cinco canciones, treinta y ocho sonetos y algunas poesías sueltas. En las églogas, que son las más famosas, imitó a Virgilio y a Sannazaro. Válese en ellas, como el género lo requería, de supuestos pastores que sostienen diálogos; pero como pretexto para describir amores propios o ajenos y para enaltecer las glorias de los duques de Alba. Las canciones son de asunto amoroso, así como la mayor parte de los sonetos, imitados del Petrarca. En una parte de la égloga segunda empleó Garcilaso la *rima interior* de los italianos (*rima al mezzo*), y en la canción *A la flor de Gnido* se valió de la *lira*, estrofa imitada de Bernardo Tasso y compuesta de cinco versos.

Entre los demás poetas españoles que siguieron, con Boscán y Garcilaso, la escuela italiana, son dignos de nota el granadino DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA (1503-1575), por mu-

chos conceptos ilustre, el vallisoletano DON HERNANDO DE ACUÑA (1520-1580?) y el sevillano GUTIERRE DE CETINA (1520-1557?), que se immortalizó por el madrigal *Ojos claros, serenos*, inspirado en otro de la poesía italiana Verónica Gámbara.

En cambio, otros poetas se mostraron contrarios al uso de los metros y géneros italianos, y lucharon a favor de la tradición poética española, representada especialmente por el verso octosílabo. El principal de estos poetas fué CRISTÓBAL DE CASTILLEJO (1490?-1550), que, a más de otras notables composiciones religiosas, amorosas y festivas, compuso una ingeniosa sátira *Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos*. No obstante, la escuela italiana triunfó al fin, sin que por eso se abandonase el cultivo de las formas poéticas netamente españolas.

Entre los demás poetas españoles del siglo XVI, hay dos que merecen especial mención: Fray Luis de León y Fernando de Herrera.

Adá a Salinas, vida de Job, noche serena
FRAY LUIS DE LEÓN (1527-1591) nació en Belmonte, en la Mancha; perteneció a la orden agustiniana y fué catedrático en la Universidad de Salamanca. Si bien en algunas de sus poesías siguió Fray Luis la escuela italiana, en otras fué un eco poderoso de la poesía bíblica o bien reflejó la austera inspiración de los clásicos. La mayor parte de sus poesías originales son odas, por lo general compuestas en liras. Famosísimas son la tituladas *En la Ascensión, Vida retirada, Profecía del Tajo*, etc. Supo Fray Luis juntar el espíritu de Horacio con el de la poesía hebrea, y diluyó todo ello en la apacibilidad y dulzura de su temperamento poético. Hizo también traducciones de autores religiosos, como David y Salomón, y de otros profanos, como Virgilio, Horacio, Tibulo, Petrarca, etc. Tiene, por último, obras en prosa que le dan lugar preferente entre los insignes místicos y ascéticos españoles.

Se imprimen en
FERNANDO DE HERRERA (1534?-1597) nació en Sevilla y fué sacerdote. De sus poesías, unas son heroicas, como las canciones *A la batalla de Lepanto, Por la pérdida del rey Don Sebastián* y *A Don Juan de Austria*; otras son amorosas, como las canciones, elegías y sonetos dedicados, bajo los nombres de *Luz, Lumbre, Estrella*, etc., a la condesa de Gelves. En estas composiciones, y especialmente en las heroicas, Herrera despliega una

cuando publicó
 perfecta como
 le dijeron que
 un sacerdote
 no debía de
 escribir en
 el dijo que
 que del filo-
 sofo y del teo-
 logo es me-
 mor a los de-
 más la ma-
 nera de un
 se imprimen en
 figuras cla-
 ricas como
 Penélope
 Le metieron
 en la cárcel

*Vida del campo
 vida del cielo*

por traducir la Vulgata y de San Agustín; también porque hizo una copia en lengua vulgar y se la dio a una religiosa del cantón de los cantares que estaba prohibido hacerlo; aunque también fué el odio a sus días de los demás.

ampulosidad que contrasta con la sencillez de Garcilaso y Fray Luis de León, efecto de un lenguaje cuajado de figuras retóricas, neologismos y expresiones enfáticas. Por otra parte Herrera, que fué siempre gran poeta, supo mostrarse más natural y sentido en muchas de sus poesías amorosas, grandemente influídas por Petrarca y Ausias March.

Los poetas épicos españoles tomaron principalmente por modelos el *Orlando furioso*, de Ariosto, y la *Jerusalén libertada*, del Tasso. Hubo algunos que en sus poemas continuaron a capricho el relato de las aventuras de Orlando, mientras otros eligieron asuntos de la historia nacional legendaria. Tampoco faltaron poemas religiosos, mitológicos y de la historia antigua. El mérito de todos estos poemas es por lo general escaso.

El más famoso de todos ellos es *La Araucana* (1569-1589), cuyo autor, DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA (1533-1594), nació en Madrid y estuvo como militar en América durante siete años, así como también viajó por Italia y Alemania. El asunto de *La Araucana* es la lucha de los indios araucanos, mandados por Caupolicán, con los conquistadores españoles, cuyo jefe era el marqués de Cañete. Insertos en la acción principal hay varios episodios, referentes por lo general a hechos contemporáneos, como la batalla de San Quintín, la de Lepanto y la guerra de Felipe II contra Portugal. Sobresale Ercilla en la pintura de caracteres y en la variada descripción de batallas; pero se resiente, en cambio, de frecuente desaliño y prosaísmo en la versificación. Consta *La Araucana* de treinta y siete cantos, compuestos en octavas reales.

Entre los demás poemas épicos españoles, numerosísimos, son dignos de mención los siguientes, que pertenecen ya a los comienzos del siglo XVII: *La Cristiada* (1611), poema religioso de FRAY DIEGO DE HOJEDA (1570-1615), que tiene por asunto la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, desde la última Cena; el *Bernardo* (1624, aunque escrito mucho antes), de DON BERNARDO DE BALBUENA (1562-1627), relativo a las hazañas de Bernardo del Carpio, pero aumentadas con muchos detalles fantásticos y caballerescos, al modo de Ariosto; *Las lágrimas de Angélica* (1586) y *La hermosura de Angélica* (1602), de LUIS BARAHONA DE SOTO (1548-1595) y LOPE DE VE-

GA (1562-1635), respectivamente, inspirados, como se supondrá, en el *Orlando furioso*.

La poesía en otras literaturas.—En Francia, el impulso del Renacimiento dió origen a la poesía de Ronsard y su escuela. PEDRO DE RONSARD (1524-1585), conocedor de las literaturas italiana e inglesa, así como de los clásicos griegos y latinos, formó con seis amigos suyos la famosa *Pléyade* francesa, cuyo credo poético se cifraba en la imitación de los modelos clásicos. Pusieron en juego la mitología, introdujeron helenismos e italianismos, y escribieron odas pindáricas, himnos, epitalamios y todo género de composiciones a la manera de griegos y romanos. Ciertamente Ronsard y los suyos enriquecieron la versificación francesa y dieron mayor flexibilidad al idioma, pero no sin caer en la afectación y el énfasis. Ronsard cantó sobre todo el amor, en muchos sonetos y odas, y escribió los cuatro primeros cantos de *La Franciada* (1572), poema épico sobre los orígenes de la nación francesa. De los demás poetas de la Pléyade, el mejor fué JOAQUÍN DU BELLAY (1525-1560), singularmente notable como sonetista. Nuestro Quevedo inspiró dos de sus poesías en otras de Du Bellay. Después de la Pléyade, FRANCISCO MALHERBE (1555-1628) perfeccionó aún más la forma poética, mediante la elegante selección de los vocablos y el culto a la armonía y el ritmo. Malherbe, opuesto a las exageraciones de la Pléyade en la imitación de clásicos e italianos, proclamó la unidad del idioma nacional y dictó nuevas reglas para la versificación.

En Portugal, el lírico más importante del Renacimiento fué FRANCISCO DE SÁ DE MIRANDA (1495-1558), amigo de Garcilaso, introductor en su patria de la poesía al modo italiano. Fué, pues, el primero que escribió en Portugal sonetos, tercetos y octavas reales. Sus églogas están inspiradas en las de Boscán y Garcilaso.

Pero el más insigne poeta portugués de este siglo es LUIS DE CAMOES (1524-1580). Nació Camões en Lisboa, y su vida fué una serie de contrariedades y desdichas. Por asuntos de amor abandonó su patria, y luchando con los árabes delante de Ceuta quedó privado de un ojo; estuvo en la India y en la China, y en un naufragio perdió sus escasos bienes, aunque pudo salvar el manuscrito del poema que había de inmortalizarle; después de verse encerrado en una prisión, y de pasar en Mozambique por la

mayor indigencia, murió en Lisboa. Escribió Camões obras dramáticas y líricas; pero su gloria descansa en *Os Lusíadas*, poema épico que es el primero escrito en Europa sobre asunto moderno. Forma, pues, el asunto de esta obra genial la expedición de los portugueses a la India, mandados por Váscó de Gama. La flota portuguesa emprende el viaje, ayudada de Venus y Marte, combatida de Baco; llega al África y al reino de Melinde, a cuyo rey cuenta Vasco de Gama la historia de la raza lusitana, en un relato extensísimo que contiene episodios tan notables como el de los amores de doña Inés de Castro, y después los pormenores de su propio viaje; hasta que, después de correr otros peligros, los expedicionarios pisan el suelo de la India y pueden regresar a su patria, no sin que antes Venus, en recompensa de su esfuerzo, los lleve a una isla deliciosa. Por la grandeza del conjunto, por la hermosura de los episodios y de la versificación en octavas reales, *Os Lusíadas* es el más brillante poema ibérico.

En Inglaterra, EDMUNDO SPENSER (1522-1599) publicó en 1579 su poema pastoril *Calendario del pastor*, dividido en doce églogas, y en 1590 los primeros libros de su poema alegórico *La reina de las hadas*, influido por el *Orlando furioso*. El soneto y las canciones líricas tuvieron también muchos cultivadores entre los poetas ingleses, que tomaban por lo general de modelo a Petrarca y a los poetas de la Pléyade francesa. La época de la reina Isabel (1558-1603) se considera de florecimiento para las letras inglesas.

Toda la literatura alemana del siglo XVI gira en rededor de la reforma. Entre los defensores de ésta merece citarse, por lo que hace a su mérito literario, JUAN FISCHART (1550?-1590?), llamado *el Rabelais de Alemania*, que escribió, entre otras cosas, un *Gargantúa* (1575) acomodado a su país y a su tiempo, y un poema muy popular titulado *El barco afortunado* (1576). Entre los adversarios de Lutero, ocupa lugar principal el franciscano TOMÁS MURNER (1470-1536?), autor de ingeniosas y violentas sátiras, como las tituladas *Conjuración de los locos* y *Sociedad de los pícaros* (1512).

CAPÍTULO VI

LA DRAMÁTICA EN EL RENACIMIENTO.—ITALIA.—LA TRAGEDIA Y LA COMEDIA AL MODO CLÁSICO. — ESPAÑA. — AUTORES PRINCIPALES. — LA DRAMÁTICA EN OTRAS LITERATURAS. — LA NOVELA EN EL RENACIMIENTO.—LA NOVELA PASTORIL.—IMITADORES DE BOCCACCIO.—LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA.—MÍSTICOS Y ASCÉTICOS ESPAÑOLES

La dramática en el Renacimiento.—*Italia.*—Las *rappresentazione*, obras religiosas tomadas de la Biblia o de la vida de los santos, muy extendidas en Italia desde tiempo anterior, siguen en boga al comenzar el siglo XVI. Pero bien pronto, como natural manifestación del gusto renacentista, surgió la tragedia a la manera clásica. La *Sofonisba* (1515), de JUAN JORGE TRISSINO (1478-1550) fue la primera tragedia de este género, y a ella siguieron la *Rosmunda* (1525), de JUAN RUCCELAI (1475-1525) y otras varias. Estas tragedias, compuestas en verso *sciolto*, tuvieron en un principio coros, como la griega y la romana, que luego fueron sustituidos por canciones o intermedios líricos.

También la comedia al modo de Plauto y Terencio, ya anteriormente cultivada en las comedias latinas llamadas *humanísticas*, tuvo en italiano muy notables muestras. Escribió Ariosto cinco de las más celebradas, entre ellas la *Cassaria* (1508)—comedia de la *caja* o *el cofre*, como la *Aulularia* de Plauto es comedia de la *ollita*—, y los *Suppositi* (1509)—esto es, *los suplantados*, por la sustitución efectuada entre tres personajes de la comedia—. A más de este género de comedia, hubo otro ajeno a la imitación latina, y que procedía directamente de los cuentos de Boccaccio. Estas comedias, escritas en prosa, no tenían más objeto que producir la hilaridad, y eran por lo general muy obscenas. Entre ellas figuran la *Calandra* (1513), del cardenal Bibbiena (1470-1520) y la *Mandrágora* (1513) de Maquiavelo, el cual, en otras de sus comedias, imitó a Plauto y Terencio. Años más tarde, como secuela de la de la novela pastoril, a que luego nos referiremos, surgió en Italia el *poema dramático pastoril*. Era una obra sentimental, en verso, desempeñada por pastores ideales y

provista de coros. Las más notables obras de este género son el *Aminta* (1573), de Torcuato Tasso, y el *Pastor fido* (1590), de BAUTISTA GUARINI (1537-1612).

La poesía dramática en España.—Suele llamarse a JUAN DEL ENZINA (1468-1530) «padre del teatro español», y no sin fundamento, pues si propiamente no inició este teatro, le sistematizó e impulsó. Nacido en Salamanca, estuvo al servicio del segundo duque de Alba y permaneció largos años en Roma. Dió Juan del Enzina a la mayor parte de sus obras el nombre de *églogas*, por ser sus personajes pastores, y casi todas terminan con un villancico. De estas obras, unas son de asunto religioso —de Navidad, de la Pasión, de la Resurrección, etc.—, y otras de asunto profano. En estas últimas se observa la influencia italiana. Compuso también Juan del Enzina bastantes poesías líricas, escribió un *Arte de la poesía castellana* y fué notable compositor musical. *trunfo del amor, auto del repeton, cantina y febea*

Parecido a Juan del Enzina fué LUCAS FERNÁNDEZ (1474-1542), también salmantino y autor igualmente de obras religiosas y profanas. GIL VICENTE (1465?-1536), nacido en Portugal, escribió parte de sus obras en portugués y parte en castellano. Muchas de ellas revelan la influencia de Juan del Enzina; pero otras encierran ficciones de carácter alegórico, cuadros de costumbres o episodios procedentes de los libros caballerescos. Tanto las obras de Juan del Enzina como las de Lucas Fernández y Gil Vicente, están compuestas en verso.

Obra capital en la historia de nuestro teatro es *La Celestina*, llamada también *Comedia y Tragicomedia de Calisto y Melibea* (1499). Es ésta una comedia humanística, por el estilo de las que se escribían en latín durante los siglos xiv y xv. Su autor fué FERNANDO DE ROJAS († 1541), abogado, natural de la Puebla de Montalván, bien que en una de las primeras ediciones se dijera que Rojas había encontrado ya escrito el primer acto. El asunto de *La Celestina* se basa en los amores de Calisto y Melibea, trágicamente terminados, pues Calisto se mata al caer de una escala y Melibea se suicida arrojándose del terrado de su casa. A esto se agregan los episodios en que interviene la vieja Celestina, los criados de Calisto, etc. Tal como está después de reformada—pues en un principio fué más corta—, *La Celestina* consta de veintidós actos, más el llamado de *Traso*.

*libela
Carandru
las 3 barcas
a imitación
de Dante*

*Parecido y Victoriano
Gil y Pascual*

*Juan de Inca
Rodrigo de Cota
se le atribuye
el primer acto
de Calisto y Meli-
bea*

Dicen que Fernando de Rojas no quiso que se supiera que esta obra era suya porque como era conserje y la obra era un poco escabrosa no quería que se llamara figurase como autor. Pero al hacer el inventario de sus bienes cuando murió un testigo dijo: "Fernando de Rojas que dicen que escribió La Celestina"

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO († 1524?) señaló un gran avance a nuestro teatro, y en alguna de sus comedias sentó el precedente de las de *capa y espada*. Seis son sus comedias, y están contenidas, así como sus poesías líricas, en un libro titulado *Propalladia* (1517). En el prólogo de este libro, Torres Naharro expone sus teorías sobre preceptiva dramática, que en lo sustancial pueden reducirse a lo siguiente: hay comedias «a noticia» (esto es, realistas), y comedias «a fantasía» (de pura imaginación); las comedias están divididas en cinco actos, a los que llama *jornadas*; el número de personajes debe ser de seis a doce.

Algunos autores españoles hicieron arreglos e imitaciones de la tragedia y del teatro de Plauto y Terencio, como el maestro FERNÁN PÉREZ DE OLIVA († 1531), el doctor FRANCISCO LÓPEZ DE VILLALOBOS (1473?-1549), etc.

Mención aparte merece LOPE DE RUEDA († 1565), sevillano, de oficio batihoja o batidor de oro, y también cómico. En sus cinco comedias imitó el teatro italiano, no sin cierta originalidad; pero en sus *pasos* o *pasos de risa*, obritas breves en un solo acto, de carácter popular, desplegó el mayor ingenio. En ellas el asunto, sencillísimo, gira alrededor del *simple* o *bobo*. Entre los pasos de Lope de Rueda figuran *La carátula*, *La ciudad de Jauja*, *Las aceitunas*, etc. *pagar y no pagar*

Otros autores posteriores, como Juan de la Cueva, Andrés Rey de Artieda, Cervantes, los Argensolas, etc., prepararon el advenimiento del gran Lope de Vega.

La dramática en otras literaturas.—En Francia, Inglaterra y Alemania siguiéronse representando misterios religiosos, moralidades y farsas. Se cultivó también la comedia de Plauto y Terencio y la tragedia de Séneca, imitadas unas veces de sus propios originales y otras a través de los autores italianos.

La novela en el Renacimiento.—En 1504 publicó Sannazaro su *Arcadia*, y el éxito de esta novela pastoril superó a cuanto puede imaginarse. El género triunfó plenamente, y durante largos años la novela pastoril tuvo cultivadores en todas las literaturas. Tanto la *Arcadia* como las muchas novelas que a su imitación se escribieron, basábanse en fingidos episodios de la vida pastoril, totalmente convencionales, así en la pintura de los pastores que desarrollaban la acción, como en los sentimientos amó-

Los encañados
medora.
sufre
armelina

Las castañeras pica
das
El rastro por la ma-
ñana.
Amor de la Cruz

Encañados con
sus encañados.
trías.
Escritos de Lira
una con sus
valles

Songo con Defun-
y eloc y luego
Virgilio con sus buelcan
Sannazaro con su Arcadia

rosos que la animaban. Bajo aquellos supuestos pastores se encubrían algunos personajes efectivos, amigos del autor o individuos de la nobleza, y aun el autor mismo; y los hechos que se desenvolvían tenían cierto fundamento histórico, aunque estuvieran grandemente idealizados. En la *Arcadia*, de Sannazaro, éste desempeña el principal papel, bajo el nombre de *Sincero*; desdénado por su amada, Sincero se va a vivir con los pastores de la Arcadia, cuyas costumbres describe; y al regresar a su país natal, halla con pena que su amada había muerto. La *Arcadia*, y todas las novelas pastoriles escritas a su imitación, llevaban numerosas poesías intercaladas.

Fuera de Italia, las mejores imitaciones de la *Arcadia*, fueron: en España, *La Diana* (1559?), de JORGE DE MONTEMAYOR († 1561); en Inglaterra, la *Arcadia* (1584), de FELIPE SIDNEY (1554-1586); en Francia, la *Astrea* (1610-1625), de HONORATO D'URFÉ (1568-1625).

Los libros de caballerías seguían teniendo cultivadores, así como también los cuentos al modo de Boccaccio. Entre estos últimos, los más notables en Italia fueron FIERENZUOLA (1493-1545) y BANDELLO (1480-1560). En Francia apareció una obra muy notable de este género, el *Heptamerón* (1558), original de MARGARITA DE VALOIS (1492-1549), reina de Navarra. En este libro, directamente imitado del *Decamerón*, los cuentos se suponen referidos por varias personas que vuelven de los baños de Cauterets y se ven detenidas por la crecida de un río. En España escribieron cuentos de esta clase, más o menos originales, JUAN DE TIMONEDA († 1583), ANTONIO DE ESLAVA, etc.

Nace en España, antes de mediar el siglo XVI, la *novela picaresca*, así llamada por referir las hazañas o correrías de los *pícaros*, o sea de aquellos individuos maleantes y desaprensivos que se buscaban la vida al azar, hoy sirviendo a toda clase de amos, mañana dedicándose al hurto o pidiendo limosna, otro día recorriendo comarcas diversas o embarcándose para las Indias. Era una novela por todo extremo realista, en que salían a la superficie todas las corruptelas y lacras de una sociedad muy relajada en punto a moral. Estas novelas revestían forma autobiográfica. La más antigua de ellas es el *Lazarillo de Tormes* (1554, pero escrita bastante antes), de autor anónimo, cuyo protago-

El título es "Lazarillo de Tormes" porque en los países bajos vivió la mendicidad aunque dicen que no podía conocer la vida de ellos porque era de la nobleza. Fray Ortega antes de ser religioso fue diversor de ellos y se encontró en su vida que los otros parecían serlo. Fray Ortega porque también en otra obra se encuentra otros iguales. Lazarillo fue abandonado en su madre y luego se recogió una mujer.

La mujer de Enrique IV de Carbon

Escrito en los países bajos contra un protestante vivió un año

Felipe II

nista, Lázaro, nacido en una aceña del Tormes, empieza por servir a un ciego y pasa luego por toda clase de cuitas. Entre las demás novelas picarescas, las mejores son el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604), de MATEO ALEMÁN (1547-1614?), la *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618), de VICENTE ESPINEL (1550-1624), la *Vida del Buscón llamado don Pablos* (1626, escrita mucho antes), de QUEVEDO (1580-1645), etc. Las novelas picarescas españolas fueron traducidas e imitadas en otros países, especialmente en Alemania y Holanda.

Místicos y ascéticos españoles.—Una de las más notables manifestaciones de la prosa didáctica en el siglo xvi, que tiene en España su representación más característica y casi exclusiva, es la de los *místicos* y *ascéticos*. Son éstos los escritores consagrados a enaltecer el amor a Dios y la práctica de las virtudes, tanto mediante la penitencia, la oración y los sacrificios (*ascética*), como en virtud de las impresiones, revelaciones y transportes que unen al alma con Dios (*mística*).

EL BEATO JUAN DE ÁVILA (1500-1569), natural de Almodóvar del Campo, llamado *el Apóstol de Andalucía*, predicó muchos sermones y escribió una paráfrasis del salmo 44, una colección de cartas y varios tratados. Se distingue por su sencillez y naturalidad.

FRAY LUIS DE GRANADA (1504-1588), natural de la ciudad cuyo nombre tomó, y perteneciente a la orden dominicana, escribió numerosas obras, de las cuales son las más celebradas el *Libro de la oración y meditación* (1554), la *Guía de pecadores* (1556) y la *Introducción al símbolo de la fe* (1554). La primera de ellas, según algunos autores, es sólo una ampliación de otra obra de San Pedro Alcántara. En todos sus escritos Fray Luis de Granada desarrolla una gran elocuencia persuasiva, que toca en los linderos de lo sublime, y sistematiza admirablemente la doctrina, que se hace grata y amena a los más indoctos.

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582), llamada en el mundo Teresa de Cepeda y Ahumada, nació en Avila, fué religiosa del Carmen y fundó numerosos conventos. Además de sentidas poesías religiosas, Santa Teresa escribió varias obras místicas, entre ellas los *Conceptos del amor de Dios* y el *Castillo interior o las Moradas*. Esta última, que es la más notable, presenta simbólicamente las estancias del alma, hasta llegar a la

Libro de su vida.

para que quisiera decir hablar con calma. También parece que viene de picardía que es una región de Francia en donde se dicen mal y tenían que arreglárselas como podían para poder vivir.

del amor divino. El estilo de Santa Teresa es llano y familiar, exento de galas retóricas, acomodado al habla del pueblo, pero no por ello menos gráfico y expresivo.

SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591), o sea Juan de Yepes, nacido en Fontiveros, carmelita y discípulo de Santa Teresa, tiene, entre otras, las siguientes obras: *Cántico espiritual*, *Noche oscura del alma*, *Subida del Monte Carmelo*, *Llama de amor viva*. El texto de cada una de ellas está formado por la glosa o *declaración* de una bella poesía que las encabeza.

También Fray Luis de León, a quien ya hemos conocido como poeta, escribió algunos libros de este género, en los que resplandecen, tanto como en sus poesías, su fina sensibilidad y su dicción castiza.

Entre los demás místicos y ascéticos españoles del siglo XVI, numerosísimos, figuran FRAY PEDRO MALÓN DE CHAIDE († 1589), el P. PEDRO DE RIVADENEIRA (1527-1611), FRAY DIEGO DE ESTELLA (1523-1578), etc., etc.

Aunque no iguales en número ni en brillantez a los españoles, hubo también en otras literaturas escritores de este género. Mención especial merece, en Francia, SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622), autor de los hermosos libros *Introducción a la vida devota* y *Tratado del amor de Dios*, publicados ya en el siglo XVII.

hace un par-
tiario del culto
de los caritativos

La conversión
de magdalenas

SIGLO XVII

CAPÍTULO VII

SIGLO XVII. — PRIMERA MITAD DEL SIGLO. — ESCUELAS CONCEPTISTAS Y CULTERANAS. — PREDOMINIO ESPAÑOL EN LITERATURA — LA LÍRICA Y LA ÉPICA EN ESPAÑA. — OTRAS LITERATURAS. — LA POESÍA DRAMÁTICA. — LOPE DE VEGA. — OTROS DRAMÁTICOS ESPAÑOLES. — CALDERÓN DE LA BARCA. — LA DRAMÁTICA EN OTRAS LITERATURAS. — SHAKESPEARE

El **conceptismo** y el **culteranismo**.—La Literatura del siglo XVII comienza bajo el dominio de las escuelas conceptistas y culteranas, que cifraban sus recursos artísticos en el refinamiento del estilo, abundante en giros desusados y en sutilezas de difícil inteligencia. Era esto una consecuencia natural de los afanes renacentistas, pues el deseo de crear neologismos sabios, de imitar el hipérbaton latino y de idealizar la realidad, llevaba a ese género de expresión más o menos intrincada y barroca. Unas veces se perseguían tales efectos mediante la expresión sutil y profunda de la idea (*conceptismo*); otras, mediante la selección de los vocablos y la estudiada construcción de las cláusulas (*culteranismo*). Frecuentemente el culteranismo y el conceptismo iban juntos.

EL EUFUÍSMO.—Ya a fines del siglo anterior había privado en Inglaterra una de estas escuelas: el *eufuismo*. El poeta JUAN LYLY (1553?-1606) publicó en 1579-80 la novela *Euphues*, dividida en dos partes, y cuyo protagonista es un joven ateniense que viaja por Italia e Inglaterra y describe usos y costumbres en una serie de cartas. Pero lo particular en esta novela es el estilo, repleto de metáforas, antítesis, definiciones alambicadas y extraños juegos de palabras. De aquí el nombre de *eufuismo*, dado a la escuela que de esta novela nació, y que tuvo muchos partidarios. Se ha pretendido, sin mucho fundamento, que Lyly imitó su estilo del prosista español FRAY ANTONIO DE GUEVARA (1481?-1545), autor de la novela *Relox de Príncipes* o *Marco Aurelio* (1529).

EL MARINISMO. — El poeta italiano Juan Bautista Marino (1569-1625) escribió, entre otras cosas, el extenso poema *Adonis* (1623), sobre el asunto mitológico que su título indica. En él derrochaba también los conceptos, las figuras retóricas, las descripciones ampulosas. Este poema, despertando el mayor entusiasmo entre muchos poetas, alcanzó numerosas imitaciones, y así se originó en Italia el *marinismo*.

EL GONGORISMO. — En España, el poeta que llevó a efecto esta innovación fué DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE (1561-1627), nacido en Córdoba, sacerdote y capellán de Felipe II. De aquí que esta escuela recibiera el nombre de *gongorismo*, y también—por el empleo de vocablos y giros cultos—, *culteranismo*.

Góngora fué uno de los más insignes poetas españoles, y aun en aquellas composiciones en que más se deja llevar de su prurito de innovador, muestra la grandeza de su estro. Sus más característicos poemas, dentro de esta tendencia, son la *Fábula de Polifemo* y *Galatea* y las *Soledades*. El primero, compuesto en octavas reales, se refiere a los amores de la ninfa Galatea con Acis, y venganza que toma el gigante Polifemo. El segundo, que está incompleto, tiene un asunto de pura imaginación, en que intervienen pastores y serranas. En muchas de sus poesías líricas, Góngora también aparece culterano, mientras que en otras ostenta la sencillez más elegante, y unas y otras le colocan a la cabeza de los poetas españoles del Siglo de Oro.

Entre el marinismo y el gongorismo no hay influencias recíprocas, ni ninguno de los dos tiene relación con el eufuismo. Todos ellos, con independencia, obedecieron a la causa arriba indicada.

Siguieron a Góngora en su reforma muchos poetas, como el CONDE DE VILLAMEDIANA (1582-1622), el licenciado PEDRO SOTO DE ROJAS, etc. Otros, en cambio, se le mostraron opuestos.

Hubo también, y aun antes de Góngora, algunos poetas conceptistas que encerraron todos sus recursos ideológicos en el juego de palabras y empleo de metáforas farragosas, como el segoviano ALONSO DE LEDESMA (1562-1623).

EL PRECIOSISMO. — La escuela literaria correspondiente a las indicadas, se llamó en Francia *preciosismo*, si bien apareció algunos años después y en su formación tuvieron gran influencia

el marinismo y el gongorismo, especialmente el primero. Se dijo *preciosismo* por el culto a lo *precioso*, a lo selecto y refinado.

El principal representante del preciosismo fué VICENTE VOITURE (1598-1648), que con sus poesías y cartas, sonoras y pomposas, se contituyó en árbitro de los escritores elegantes. En la difusión y triunfo del preciosismo tuvo gran parte el famoso hotel de Rambouillet, propiedad de la marquesa de este título, donde, por los años 1625 a 1645, se reunían los escritores más notorios, así como los hombres políticos de más talla. Aquéllos, por medio de lecturas y discusiones, trabajaron sin descanso por enriquecer el idioma y darle prestancia; pero se excedieron realmente en su empeño.

Predominio español en literatura.—Durante esta primera mitad el siglo, el predominio literario corresponde a España. Así se ve que nuestros autores, y principalmente los dramáticos, son objeto de imitaciones en todas las literaturas.

La lírica y la épica en España.—A más de Góngora, hay poetas tan insignes como Lope de Vega, a quien luego citaremos como dramático, y don Francisco de Quevedo, del cual hablaremos entre los didácticos.

Entre los demás poetas de nota, figuran los siguientes:

Los hermanos LUPERCIO (1559-1613) y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA (1562-1631), aragoneses, de Barbastro. Son poetas clásicos en el más amplio sentido de la palabra, imitadores valiosos de Horacio y Juvenal, admirables por su hondo sentido filosófico y moral, su dicción sobria y precisa y su límpida versificación. Lupercio escribió dos tragedias a la manera clásica, *La Isabela* y *La Alejandra*.

EL LICENCIADO RODRIGO CARO (1573-1647), que escribió, entre otras cosas, su célebre canción *A las ruinas de Itálica*, sentida elegía arrancada por las ruinas de aquella ilustre ciudad romana, próxima a Sevilla.

JUAN DE JÁUREGUI (1583-1641), autor de buenas silvas, elegías y canciones, traductor de *La Farsalia*, de Lucano, y del *Aminta*, del Tasso.

FRANCISCO DE RIOJA (1583-1659), famoso por sus silvas filosófico-morales *A la pobreza*, *A la rosa*, *Al clavel*, etc.

DON FRANCISCO DE BORJA, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE (1581-1658), que si bien escribió poemas extensos, sobre

Epístola moral a Fabio

Epístola moral a Fabio

También se le atribuye a

Tray Autismo de Eudriade

salió mucho más en los romances, romancillos y otras poesías cortas, en que pocos le igualan.

DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS (1589-1669), gran traductor e imitador de Horacio, autor de cantilenas y anacreónticas lindísimas.

Otras literaturas.—La poesía italiana, dominada en gran parte por el marinismo, decae considerablemente en esta primera mitad del siglo. El más famoso poeta de este período es ALEJANDRO TASSONI (1565-1635), autor de un célebre poema burlesco titulado *El cubo robado* (1622). Es una parodia de los poemas heroicos, hecha con gracia y fina intención satírica, en que se cuenta la supuesta ridícula guerra suscitada en el siglo XIII entre los habitantes de Módena y los de Bolonia, sobre la posesión del cubo de un pozo que los primeros conservaban en el campanario de su catedral. *El cubo robado* fué objeto de imitaciones en Francia, Inglaterra y España.

En Portugal no escasearon los poetas líricos y épicos, y entre los mejores figuran FRANCISCO RODRÍGUEZ LOBO († 1622), autor de versos pastoriles muy agradables, y BLAS GARCÍA DE MASCAREÑAS (1596-1656), cuyo poema *Viriato trágico* está deslucido por los excesos culteranos. La poesía religiosa tuvo también cultivadores como SOR VIOLANTE DO CÉO (1602-1693), llamada *la décima Musa*.

En Francia, aparte de Malherbe y los preciosistas, hay poetas de escasa significación; pero algunos años antes de mediar el siglo se inicia un brillante período que había de culminar en el reinado de Luis XIV y constituir el Siglo de Oro de la literatura francesa.

En Inglaterra, siguieron los imitadores de Lyly y de Edmund Spenser. Quien consiguió notable originalidad fué JUAN DONNE (1573-1631), autor de elegías, sátiras, epístolas y otras composiciones líricas de hondo pensamiento y ricas imágenes. Milton publicó en este período algunos de sus preciados poemas; pero hasta el siguiente no había de escribir su obra maestra, el *Paraíso Perdido*.

En Alemania menudean mucho los autores, pero ninguno de ellos alcanza desmesurada altura. Fórmanse muchas academias literarias y escuelas poéticas, y es la más notable de estas últimas la llamada *escuela de Silesia*. Tuvo esta escuela primeramente como jefe a MARTÍN OPITZ (1597-1639), versificador tan co-

recto como inexpressivo, y después a ANDRÉS GRIPHIUS (1616-1664), imitador de los ingleses, y que sobresalió principalmente por sus conmovedoras tragedias y regocijadas obras cómicas. PABLO FLEMING (1609-1640) fué el mejor poeta de todos, por la originalidad con que expresó sus sentimientos e impresiones. La segunda escuela de Silesia, que resultó de una escisión en la primera, introdujo una afectación parecida a la de los conceptistas y preciosistas.

El teatro.—España.—El teatro español de este siglo no tiene igual en Europa. Desde la excelsa figura de Lope de Vega hasta la de Calderón de la Barca, igualmente grande, nuestros dramáticos realizaron una obra preciadísima, que causó doquiera admiración y sirvió de modelo a muchos autores de otras naciones.

Las obras de Lope de Vega, de Guillén de Castro, de Alarcón, de Rojas, de Calderón, de Matos Fragoso y de otros dramáticos españoles, prestaron abundante materia a los autores extranjeros, y especialmente a los franceses. Así se ve en Hardy, Rotrou, Scarron, Pedro y Tomás Corneille, Molière, Lesage y otros muchos autores de la nación vecina. Lo mismo hicieron otros autores de otras naciones, como Colley Cibber, conde de Bristol, Wycherley y Crowne en Inglaterra; Isaac Vos Lingelback, Rodenburg y de Graaf en Holanda; Gozzi, Cicognini y Rospigiosi en Italia; Schouwenbergh en Alemania, etc.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO (1562-1635), el gran dramático español, nació en Madrid; estuvo, como militar, en la Armada Invencible; fué secretario del quinto Duque de Alba; se casó dos veces, y en 1614, al morir su segunda mujer y su hijo Carlos Félix, se hizo clérigo; murió ya próximo a los 73 años, rodeado de la general admiración.

Lope de Vega dió forma propia y estable a la comedia española, sobre todo en las de asunto histórico o legendario y en las de *capa y espada* (esto es, las de asuntos contemporáneos sobre intrigas de honor, amor y celos). La portentosa fecundidad de Lope, pues escribió, según los mejores cálculos, unas 800 comedias, y su talento extraordinario para el desarrollo de la acción y manejo de los resortes teatrales, lograron imponerse sobre todos los autores de su época, de modo que no sólo le siguieron e imitaron los dramáticos españoles, sino muchos extranjeros.

Lope de Vega escribió comedias de todas clases. Las tiene,

pues, históricas y legendarias (ej.: *El mejor alcalde el rey*, *Fuente Ovejuna*); de capa y espada (ej.: *El acero de Madrid*, *El premio del bien hablar*); novelescas (ej.: *La discreta enamorada*, *El castigo sin venganza*); religiosas (ej.: *El Nacimiento de Cristo*, *Barlaam y Josafá*); mitológicas (ej.: *Adonis y Venus*, *El laberinto de Creta*); pastoriles (ej.: *El verdadero amante*, *La Arcadia*), etc. En las relativas a la historia legendaria de España, Lope supo hallar en nuestras crónicas los hechos y episodios más interesantes y que más habían de llegar al alma del pueblo español. Verdadero genio de la dramaturgia, Lope de Vega señaló una época en la historia universal del teatro. No en vano Cervantes le llamó *monstruo de la naturaleza*.

A más de sus numerosas comedias, Lope de Vega escribió con parecida fecundidad obras de todos los géneros: poemas épicos (ej.: *La hermosura de Angélica*, 1602, *La Jerusalén conquistada*, 1609); poemas didácticos (ej.: *Arte nuevo de hacer comedias*, 1609, *Laurel de Apolo*, 1630); novelas (ej.: *La Arcadia*, 1598), *El peregrino en su patria*, 1604); e infinidad de poesías líricas, sonetos, canciones, elegías, romances, letrillas, villancicos, epigramas, etc., etc.

Don GUILLÉN DE CASTRO Y BELLVIS (1569-1631), valenciano, escribió comedias de todas clases, entre las cuales la más notable y famosa es la titulada *Las Mocedades del Cid*. Comprende dos partes, o, por mejor decir, dos comedias, continuación una de otra, de las cuales la primera es muy superior a la segunda. Está inspirada en los romances del Cid, y hace referencia, como el título manifiesta, a las hazañas juveniles del héroe: amores de Rodrigo con doña Jimena, muerte que da al padre de ésta, destierro y triunfos en la guerra, y, por último, después de incidentes varios, feliz terminación con las bodas. De esta obra sacó el famoso trágico francés Pedro Corneille la suya *Le Cid* (1636), más pulcra y ordenada, pero de mucho menos vigor dramático.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ (1583?-1648), mucho más conocido por su seudónimo de TIRSO DE MOLINA, fué madrileño y perteneció a la orden de la Merced. Las más famosas comedias de Tirso de Molina son *La prudencia en la mujer* y *El burlador de Sevilla*. La primera se basa en la varonil entereza con que la reina doña María de Molina, muerto su marido Sancho IV el

Bravo, defiende el reino contra toda clase de ambiciones y rechaza victoriosamente las calumnias de que es objeto. *El burlador de Sevilla*, de carácter legendario, tiene como protagonista a don Juan Tenorio, el famoso libertino, cuyas proezas amorosas se hicieron proverbiales. De *El burlador de Sevilla* proceden, más o menos directamente, infinitas obras con el mismo protagonista, entre ellas *El convidado de piedra*, de Molière, *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, de don Antonio de Zamora, y *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla. Entre las demás comedias de Tirso de Molina, muy numerosas, las de costumbres son las más notables (*Amar por arte mayor*, *Don Gil de las calzas verdes*, *La villana de Valdecas*, etc.).

DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN (1581?-1639) nació en Méjico, si bien pasó en España casi toda su vida, y fué abogado. La deformidad de su cuerpo le hizo objeto de burlas poco piadosas por parte de los poetas sus contemporáneos. Las dos principales notas características en el teatro de Alarcón, son el intento moralizador, o a lo menos el de enaltecer las virtudes, y el perfecto cuidado de la forma. Entre sus mejores comedias figuran *Ganar amigos*, dirigida a encarecer la generosidad y las buenas acciones, *Las paredes oyen*, contra la maledicencia, y *La verdad sospechosa*, donde se condena el vicio de la mentira. De esta última sacó Pedro Corneille su comedia *Le Menteur*.

DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA (1607-1648) fué toledano. Escribió unas setenta comedias, en las cuales mostró poderosa inventiva y cabal dominio de la versificación. Muy celebradas son las dos comedias que se titulan *Del rey abajo, ninguno*, y *Entre bobos anda el juego*. La primera utiliza el conflicto, tan común en nuestras comedias del siglo de oro, de la lucha íntima entre el honor y el respeto al rey, y ofrece caracteres tan relevantes como el de García del Castañar y su mujer doña Blanca. *Entre bobos anda el juego* es una comedia de figurón (así se llamaba la comedia cuyo interés principal se cifraba en la pintura de un tipo ridículo y caricaturesco, que en esta obra de Rojas es don Lucas del Cigarral). Entre las demás comedias del autor toledano, son excelentes *Donde hay agravios no hay celos*. *El catalán Serrallonga* y *Obligados y ofendidos*. Esta última fué imitada por los franceses Scarron, Tomás Corneille y Boisrobert.

DON AGUSTÍN DE MORETO Y CAVANA (1618-1669) fué madrileño y sacerdote. Tiene comedias religiosas—en que se distinguió sobremanera—, legendarias y de costumbres. Sin embargo, las que le han dado fama son *El desdén con el desdén* y *El lindo don Diego*. La primera, inspirada en *La venganza de las mujeres*, de Lope de Vega, tiende a desenvolver una verdadera teoría amorosa, pues nos presenta a una dama indiferente al amor y a los galanes (Diana, hija del conde de Barcelona), escarmentada y convertida mediante sus mismos procedimientos por un caballero (el conde de Urgel), que aparenta hacia ella el desdén más absoluto. Molière inspiró en esta comedia la suya titulada *La princesa de Élide* (1664), y también la imitaron los italianos Rafael Tauro y Carlos Gozzi. *El lindo don Diego* es una comedia de figurón, en que aparece, magistralmente trazada, la figura del elegante o *lindo*, como entonces se decía, que está siempre en ridículo y se hace irresistible por su vanidad y presunción.

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681), madrileño, militar en un principio, sacerdote más tarde, es, después de Lope, la figura más eminente entre los dramáticos de nuestro Siglo de Oro, y aun aventaja a aquél en algunos respectos. Como no en vano había transcurrido medio siglo desde la época de Lope a la de Calderón, éste ahonda más en el pensamiento dramático, da más regularidad a la trama y consigue mayor perfección en la forma; bien que, en cambio, apele a artificios que contrastan con la naturalidad de Lope. Baste citar aquí las obras más famosas de Calderón de la Barca, que son las siguientes: *La vida es sueño*, comedia de índole filosófica, basada en la fantástica historia de Segismundo, hijo de Basilio, rey de Polonia, y encaminada a patentizar que el hombre debe apartarse de sus instintos violentos y reconocer que en la vida humana todo es ficción y sólo en la eterna está la realidad; *El alcalde de Zalamea*, sobre una anécdota histórica ya utilizada por Lope, y cuyo protagonista, Pedro Crespo, alcalde de Zalamea, toma venganza del ultraje inferido a su hija, ahorcando al culpable, el capitán don Alvaro de Ataíde; *El mágico prodigioso*, comedia religiosa, sobre la historia de San Cipriano y Santa Justina, donde el recurso dramático del pacto con el diablo, frecuente en varias leyendas de la Edad Media, y que en la de Fausto tiene tanta importancia, interviene también de modo prin-

cipal. En los autos sacramentales, Calderón es maestro inimitable, y en ellos, mediante el simbolismo e intervención de personajes abstractos, supo encerrar trascendentales problemas de teología y metafísica. Notabilísimas son también sus comedias de costumbres y de intriga (*Antes que todo es mi dama*, *La dama duende*, etc., etc.). Las traducciones e imitaciones que de Calderón se hicieron en otras literaturas, fueron infinitas; y cuando, a principios del siglo XIX, tomaron forma en Alemania las doctrinas del romanticismo, el nombre de Calderón figuró como el de precursor indiscutible de la nueva escuela.

Hubo, a más de los citados, otros muchos autores dramáticos notables en la época de Lope y Calderón; entre ellos el DOCTOR ANTONIO MIRA DE AMESCUA (1574?-1644), LUIS VÉLEZ DE GUEVARA (1579-1644), LUIS BELMONTE BERMÚDEZ (1587-1650?), etc.

La dramática en otras literaturas.—En Inglaterra, después de los ensayos hechos a fines del siglo XVI por CRISTÓBAL MARLOWE (1564-1593), que escribió, entre otras obras dramáticas, *La trágica historia del Doctor Fausto*, surge el gran genio de GUILLERMO SHAKESPEARE.

Nació Shakespeare en Stratford de Avon en 1564, de padres bien acomodados; casado a los diecinueve años y menoscabado su haber, se trasladó a Londres y allí se hizo actor y escritor dramático; de este modo consiguió ahorrar una regular fortuna, y pudo retirarse a su pueblo natal, donde murió a 23 de abril de 1616.

En sus obras dramáticas, Shakespeare supo sondear profundamente el corazón humano. Nadie como él ha conocido los medios de interesar y conmover, penetrando hasta lo más recóndito del alma. Creó en su teatro figuras inmortales, originalísimas, que reflejan todas las pasiones del hombre. En su estilo inconfundible, al lado de una reflexión filosófica se descubre un amargo rasgo humorístico. Por el libre vuelo que dió a su imaginación y valor emotivo de sus dramas, los románticos consideraron también a Shakespeare como un precursor de su escuela.

Shakespeare escribió, a más de varias composiciones épicas y líricas, unas treinta y cinco obras dramáticas. Entre las más famosas figuran las siguientes, enumeradas por orden cronológico: *Romeo y Julieta*, sentida historia de amor, en que los prota-

gonistas son víctimas de los odios de familia; *El mercader de Venecia*, mezcla de trágico y cómico, con la admirable pintura del judío Shylock; *Las alegres comadres de Windsor*, comedia muy regocijada; *Otelo*, magnífica tragedia de celos, en que la inocente Desdémona cae injustamente sacrificada; *Hamlet*, una de las más grandes creaciones literarias, cuyo protagonista, príncipe de Dinamarca, llora y vengá el asesinato de su padre, mientras ve bajar al sepulcro a su amada, la desdichada Ofelia; *El rey Lear*, cuadro sombrío, movido por la fatalidad; y *Macbeth*, llamada con razón *la tragedia del terror*, cuyos principales personajes—Macbeth y Lady Macbeth—, son unos de los más vigorosamente trazados por Shakespeare. Tomó éste muchas veces sus asuntos de los novelistas italianos o de otros autores; pero imprimió siempre su sello peculiar e inimitable.

Después de Shakespeare, el mejor dramático inglés de esta época fué BEN JONSON (1574-1637), que en sus comedias tiende al realismo.

En Italia, la llamada *commedia dell'arte*, iniciada ya a fines del siglo anterior, alcanza ahora extraordinaria popularidad. Las comedias que formaban este género no estaban escritas, sino que sus autores, sobre un simple guión, e interpretando tipos genéricos—*Pantalón, el Capitán, el Doctor, Arlequín*, etc.—, decían sus papeles «all'improvviso», en un diálogo salpimentado de cuantas gracias, máximas o frases ingeniosas se les ocurrían.

Nace también en la escena italiana un género mixto, verdadero drama con música, que se llamó primero *acción musical* o *melodrama*, y que había de engendrar la *ópera*. Solía tomar asuntos de la mitología, y se representaba con gran lujo de decorado.

Desviado el teatro italiano por estas corrientes, se explica que no hubiera autores dramáticos de talla.

En Francia, el dramático que ocupa el primer puesto es JUAN ROTROU (1609-1650). En la mayor parte de sus obras imitó la comedia española de capa y espada, y sembró su teatro de aventuras y lances complicados, de situaciones enmarañadas, de violentos efectismos. Su obra maestra, la tragedia *Venceslas* (1647), está tomada de *No hay ser padre siendo rey*, de Rojas Zorrilla.

CAPÍTULO VIII

LA NOVELA EN ESPAÑA. — CERVANTES. — OTROS NOVELISTAS
ESPAÑOLES.—LA NOVELA EN OTRAS LITERATURAS.—
LA HISTORIA Y LA DIDÁCTICA

La novela.—España.—En este punto surge inmediatamente a nuestra vista la figura inmortal de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616).

Nació Cervantes en Alcalá de Henares; cursó humanidades con el maestro Juan López de Hoyos; estuvo como soldado en Italia y más tarde luchó en la batalla naval de Lepanto, donde quedó inutilizado de la mano izquierda; al regresar a España, fué hecho prisionero por los turcos y permaneció cinco años cautivo en Argel; una vez rescatado, desempeñó algunos empleos administrativos; se estableció más tarde en Madrid, y allí falleció a 23 de abril de 1616. En esta misma fecha, como ya se ha visto, murió Shakespeare; pero en realidad no fué el mismo día, porque en Inglaterra no se había hecho todavía la corrección gregoriana del calendario, y el 23 de abril correspondía allí a nuestro 2 de mayo.

La obra genial de Cervantes es la novela *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605-1615). A modo de parodia de los libros de caballerías, y bajo la ficción de un hidalgo de la Mancha, don Alonso Quijada o Quijano, que toma por escudero a un rústico labrador de su pueblo, Sancho Panza, y se lanza en busca de imaginarias aventuras, Cervantes trazó la más admirable obra novelesca que han conocido los siglos. Todo se junta en el *Quijote*: la amenidad inimitable del relato, que encuentra siempre nuevos incidentes y episodios en que espaciarse; la pintura gráfica y expresiva de los personajes, sobre todo de los dos héroes, que están animados de vida y movimiento; la soltura y gracejo de los diálogos, en que palpita el espíritu de nuestra raza; el ambiente de idealismo que, sobre un fondo eminentemente realista, flota sobre las páginas de la obra; el maravilloso estilo, en fin, donde la lengua castellana, pese a descuidos e incorrecciones gramaticales, se muestra en toda su

gallardía. Ninguna obra literaria del mundo ha igualado en fama y popularidad al *Quijote*. Se han hecho de la inmortal novela miles de ediciones en todos los idiomas.

Además del *Quijote*, Cervantes escribió una novela pastoril, *La Galatea* (1585), por el estilo de todas las de este género, otra de aventuras, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), derivación de la novela bizantina (*Teágenes y Clariquea*, etc.), y las llamadas *Novelas ejemplares* (1613). Estas últimas son doce novelitas, en algunas de las cuales Cervantes adopta el corte italiano y cifra todo el interés en la complicación de la trama (*La fuerza de la sangre*, *La española inglesa*, *Las dos doncellas*, etcétera); mientras que en otras presenta un cuadro realista (*Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño*, etc), o bien desenvuelve ideas de carácter satírico o social (*El Licenciado Vidriera*, *El coloquio de los perros*). La titulada *Rinconete y Cortadillo* es una verdadera novela picaresca, basada en las aventuras de los muchachos Rincón y Cortado entre el hampa de Sevilla, dirigida por Monipodio.

Se conserva de Cervantes una tragedia al modo clásico, titulada *La Numancia*, varias comedias y los siguientes entremeses (1615): *El rufián viudo*, *La elección de los alcaldes de Daganzo*, *El juez de los divorcios*, *La guarda cuidadosa*, *El vizcaíno fingido*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*. En estos entremeses, llenos de gracejo, continúa y perfecciona Cervantes el género iniciado por Lope de Rueda en los *pasos*.

También compuso Cervantes poesías líricas y el poema titulado *Viaje del Parnaso* (1614).

Muchos fueron los novelistas españoles en la primera mitad del siglo XVII, la mayor parte de los cuales prefirió la novela picaresca y más todavía la que con acierto se ha llamado *novela cortesana*. Este género de novela buscaba su escenario en Madrid y en las grandes ciudades españolas, cuya vida de intrigas y amóríos pintaba muy gráficamente. Entre los mejores novelistas figuran ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO (1581-1635), DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES (1585?-1638), ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO (1584-164...) y DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR (1590-1661?).

La novela en otras literaturas.—En Francia, MAGDALENA

SCUDERY (1607-1701) empezó a publicar sus novelas ya bien avanzada la primera mitad del siglo. Las dos más celebradas son *El Artamenes o el Gran Ciro* (1653) y *Clelia, historia romana* (1656), cada una de las cuales comprende varios tomos. Son éstas, con apariencia de históricas, verdaderas novelas de costumbres contemporáneas, bajo nombres antiguos. Mad. Scudery, que fué una de las concurrentes al hotel Rambouillet, escribió ciertamente en un estilo preciosista y afectado, pero tiene páginas de mucha delicadeza.

En Italia, Inglaterra y Alemania, la novela logró escaso relieve durante este período.

Historia y didáctica.—**España.**—El más famoso de los tratadistas de historia general en este tiempo, es el jesuíta P. JUAN DE MARIANA (1535-1624), cuya versión castellana de la *Historia de España*—pues antes la había publicado en latín—, vió la luz en 1601. Esta obra podrá tacharse, desde el punto de vista histórico, de contener errores y tradiciones fabulosas, pero literariamente hay pocas que pueden ponerse a nivel suyo. La meditada imitación de Tito Livio y Tácito, juntamente con el estilo terso y castizo, hacen de la *Historia* del P. Mariana un monumento clásico.

Son sumamente notables algunas historias de sucesos particulares, como la *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* (1623), de DON FRANCISCO DE MONCADA (1586-1635), *Las guerras de los Estados Bajos* (1625), de DON CARLOS COLOMA (1573-1637) y la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña* (1645), de DON FRANCISCO MANUEL DE MELO (1608-1666).

Entre los muchos y muy valiosos escritores didácticos de esta época; citaremos solamente a tres: Quevedo, Saavedra Fajardo y el Padre Gracián.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS (1580-1645) nació en Madrid; estudió en las universidades de Alcalá y Valladolid; estuvo en Sicilia y Nápoles como secretario del duque de Osuna; desterrado por motivos políticos, permaneció cuatro años en el convento de San Marcos, de León; y murió en Villanueva de los Infantes.

Quevedo tiene obras ascéticas y morales, como *La cuna y la sepultura* (1634), *Providencia de Dios* (1641), etc.; filosóficas,

como *Nombre, origen, intento, recomendación y decendencia de la doctrina estoica* (1633), *La constancia y paciencia del santo Job* (1641),; políticas, como la *Política de Dios, gobierno de Cristo* (1626), *Vida de Marco Bruto* (1644). En todas ellas ostenta su erudición vastísima, su profundo sentido filosófico y su dominio absoluto del idioma.

Como escritor festivo, Quevedo no tiene igual en castellano. En sus *Sueños* (1627), en la novela titulada *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos* (1626), en todas sus obras, finalmente, hace un derroche de ingenio y de fina sátira. Los citados *Sueños* (el *Sueño de las calaveras. El alguacil alguacilado, Las zahurdas de Plutón, El mundo por de dentro, La visita de los chistes*), son una serie de ficciones encaminadas a la censura intencionada y humorística de los vicios y corruptelas sociales.

Quevedo es también uno de los más geniales poetas de su tiempo. Tiene poesías serias, de honda y vigorosa concepción, y festivas, llenas de gracejo y donaire. Entre estas últimas figuran las letrillas, rebosantes de gracia, y los romances llamados *jácaras*, en que pinta magistralmente a los rufianes y gente de presidio.

Quevedo, en suma, es una de las más grandes figuras de la literatura española. Fué ciertamente conceptista; pero sus excesos en este punto se explican por la misma sutileza y trascendencia de sus pensamientos.

DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO (1584-1648) escribió, aparte de otros trabajos menos importantes, la *Corona gótica* (1640), obra relativa al imperio visigótico, la *República literaria* (1655), en que, bajo la ficción de un sueño, supone visitar la ciudad de las letras y hace la crítica de diferentes autores antiguos y modernos, y las *Empresas políticas* (1640), que es su mejor obra. En ella, mediante la explicación de *empresas* o dibujos alegóricos, hace un estudio de las cualidades que deben adornar a un príncipe perfecto.

EL P. BALTASAR GRACIÁN (1601-1658), de la Compañía de Jesús, es autor de *El Criticón* (1651-1657), obra de merecida fama. Es una especie de novela filosófica, en que se supone que el español Critilo encuentra en una isla al salvaje Andrenio, y ambos contrastan los conocimientos que el uno ha adquirido por la sola luz de su razón y el otro por la cultura y el trato del

superhombre que cada uno se supera.

mundo. Las demás obras principales del P. Gracián son *El Héroe* (1637), *El político don Fernando el Católico* (1640), *El discreto* (1646), *El oráculo manual y arte de prudencia* (1647) y la *Agudeza y arte de ingenio* (1648). También el P. Gracián fué conceptista, con un conceptismo quintaesenciado, esquemático y lapidario.

Otras literaturas.—Entre los prosistas franceses conviene mencionar a JUAN LUIS GUEZ DE BALZAC (1594-1654), autor de tratados como *El Príncipe* (1631) y el *Sócrates cristiano* (1652). Balzac, que figuró también entre los individuos del hotel Rambouillet, ejerció sobre la prosa francesa una influencia muy parecida a la de Malherbe en la poesía: engalanó cuidadosamente la forma, pulió las frases y los períodos, acordó los pensamientos a cierta ordenación elegante y dedicó todos sus esfuerzos a la consecución de la armonía. Todo ello le llevó a la afectación. Los escritos más celebrados de Balzac son sus *Cartas* (1624).

RENATO DESCARTES (1596-1650) publicó en 1637 su famoso *Discurso del método*, que si desde el punto de vista filosófico ofrece la importancia de encerrar los fundamentos del sistema cartesiano, desde el literario supone una aplicación clara y elegante de la lengua francesa a los asuntos científicos, y, en consecuencia, un paso definitivo para su enriquecimiento.

En Inglaterra la prosa didáctica produjo obras de mérito. El genial pensador FRANCISCO BACON (1560-1626), que instauró en las ciencias el método experimental, escribió sus principales obras en latín, entre ellas el *Novum Organon*; pero las que escribió en inglés, y especialmente los *Ensayos*, son notables por la variedad de asuntos y la lucidez con que están tratados.

En Alemania descuella como prosista JUAN MIGUEL MOSCHEROSCH (1600-1669), que imitó hábilmente los *Sueños*, de nuestro Quevedo. En Italia, TRAJANO BOCCALINI (1556-1613), que en sus *Ragguagli di Parnaso* (1612-1613), esto es, *Avisos del Parnaso*, satirizó a los españoles, y algunos historiadores como FRAY PABLO SARPI (1552-1623) y SFORZA PALLAVICINO (1607-1667).

CAPÍTULO IX

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII. — PREDOMINIO FRANCÉS EN LITERATURA.—EL CLASICISMO.—LA LÍRICA Y LA ÉPICA.—BOILEAU. — POETAS ESPAÑOLES. — OTRAS LITERATURAS. — EL TEATRO. — EL CLASICISMO EN EL TEATRO. — LA PROSA

Predominio francés.—Así como en la primera mitad del siglo XVII es la literatura española la que doquiera impone sus normas, en la segunda mitad del mismo siglo este privilegio pasa a Francia. Es la época de Luis XIV, que se dice Siglo de Oro de la literatura francesa. Y no solamente durante estos años, sino también, y más especialmente, a través del siglo XVIII, la hegemonía literaria francesa se dejó sentir en toda Europa.

Con esta influencia francesa comienza en literatura el dominio del *clasicismo*. Los clasicistas fundaban su doctrina en la imitación de los clásicos; pero no ya, como lo habían hecho los hombres del Renacimiento, llevados del ideal artístico que palpitaba en las creaciones del mundo antiguo, y que encerraba un manantial inagotable de poesía, sino descubriendo solamente la parte formal y externa, y sometiéndose a su imitación del modo más prosaico y rutinario. Por eso exigían como norma incontrovertible los preceptos de los retóricos clásicos, y en especial de Aristóteles y Horacio, interpretados a su modo, y declaraban fuera de toda ley artística a cualquiera obra que no respetase tales principios. El contraste fué tremendo, sobre todo en la poesía dramática. Mientras Shakespeare, mientras los dramáticos españoles del Siglo de Oro, se dejaron llevar de su fantasía e hicieron el uso conveniente de la noble libertad que requiere la ficción poética, los clasicistas se impusieron unos moldes de los cuales no era dable salir. Toda su teoría reconocía como fundamento, a más de la sumisión a los modelos clásicos, la imitación de la naturaleza y la autoridad de la razón. Frenada de este modo la imaginación del poeta, el arte literario quedaba privado de su fuente más fecunda.

La lírica y la épica.—**Francia.**—En relación con lo dicho, vemos que la poesía en este período pierde lo que tenía en el anterior de emoción, de idealismo, de exuberancia imaginativa, para

revestirse de corrección, de fina elegancia, de empaque magistral, y, en una palabra, de todo lo que obedeciera a los mandatos de la razón y a los cuidados de la disciplina. Pierde terreno la poesía lírica, que expresa sentimiento, y le gana la poesía didáctica, que bajo las galas de la rima, más o menos brillantes, envuelve un conjunto de enseñanzas o de reflexiones. Por este motivo, los géneros poéticos cultivados con preferencia en este período son el poema didáctico, la epístola, la sátira, la fábula, todos los cuales daban ocasión al poeta para explayarse en consejos morales o literarios, en censuras sobre los vicios y errores sociales, en bien concertados relatos y en amplias descripciones.

Los más famosos poetas franceses de este período son La Fontaine y Boileau.

JUAN DE LA FONTAINE (1621-1695) escribió obras teatrales, sátiras, odas, epístolas y otras composiciones; pero su fama descansa en los *Cuentos* y sobre todo en las *Fábulas*. Para los primeros, demasiado licenciosos, utilizó fuentes que él mismo indica; para las últimas aprovechó asuntos de Esopo, de Fedro, de los apólogos indios. Pero el gran mérito de La Fontaine está en su manera de decir: su gracia, su desenvoltura, su dominio del lenguaje son inimitables. Las *Fábulas* de La Fontaine estimularon a muchos autores a cultivar el género, y ello originó numerosas colecciones de fábulas en todas las naciones de Europa.

NICOLÁS BOILEAU (1636-1711) es el prototipo de los poetas clasicistas. Fué como el ordenador y codificador de la escuela, pues su *Arte poética* (1674) sirvió durante muchos años de guía indiscutible a los poetas clasicistas franceses y extranjeros.

Escribió Boileau bastantes sátiras y epístolas, bien que unas y otras no difieran más que en el título. Su poema heroicómico *El Facistol* (1674-1683), es, dentro del género, perfecto, en razón a la finura del ingenio y de estilo que en él campean. El nudo de la parodia se basa en la pendencia que, acerca de un facistol, entablan el cantor y el tesorero de la Capilla-Santa de París. Fué objeto *El Facistol* de bastantes imitaciones.

El *Arte poética* de Boileau, fué, como queda dicho, el verdadero código literario de los clasicistas. Comprende cuatro cantos, en versos alejandrinos. Las bases en que se apoya son, en suma, la imitación de griegos y romanos, la observación de la realidad y el imperio de la razón. Para Boileau, la mitología pa-

gana era la única fuente de imágenes y alegorías. El primer canto contiene preceptos generales sobre las condiciones de la obra literaria, así como una breve reseña de la poesía francesa, desde sus orígenes hasta Malherbe; el segundo, trata de los géneros menores (idilio, elegía, oda, soneto, etc.); el tercero, de los géneros mayores (tragedia, epopeya, comedia); el cuarto, comprende una serie de consejos sobre la moral y las costumbres que el escritor debe tener en cuenta.

España.—En la poesía lírica, y en todos los géneros, esta segunda mitad del siglo XVII es de decadencia para nuestra literatura. Los abusos culteranos y conceptistas se exageran aún más, en su parte peor, que es la de los retruécanos alambicados, las metáforas descoyuntadas, los apóstrofes y símiles chabacanos y, en suma, el barroquismo del peor gusto.

Sólo algún poeta merece recuerdo, como DON GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO (1662-1714), versificador amplio y rotundo, autor del poema heroicómico *La Burrromaquia*; y más especialmente SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1651-1695), nacida en Méjico, y llamada la *décima Musa*. Aunque conceptista, porque no había de sustraerse al gusto general, lo fué dentro de la discreción que su talento demandaba, tanto en las poesías amorosas como en las religiosas, muy notables. Escribió también excelentes obras dramáticas.

Otras literaturas.—En Inglaterra hay dos insignes poetas: Milton y Dryden.

JUAN MILTON (1608-1674) había ya publicado antes de mediar el siglo obras tan bellas como los poemas el *Allegro* y el *Penseroso*; pero el *Paraíso perdido* (1667), que le inmortalizó, es ya obra de su edad madura. Es el *Paraíso perdido*, como lo indica el título, un poema religioso, inspirado en el Génesis, si bien Milton dió amplios vuelos a su imaginación. Comienza por la caída de los ángeles malos en el abismo, y termina con la expulsión de Adán y Eva del Paraíso. Está dividido el poema en doce libros y escrito en verso libre. Los caracteres están perfectamente trazados, y acaso mejor que ninguno el de Satán. La parte descriptiva abunda en bellezas.

JUAN DRYDEN (1631-1700) cultivó la poesía dramática, la lírica y la sátira, y siempre se distinguió por su inspiración y por la pureza de su estilo. Como crítico tiene, entre otras obras,

en *Ensayo sobre la poesía dramática* (1668), que contiene ciertas observaciones sobre el particular y expuestas en elegante prosa. Otro poeta de esta época es SAMUEL BUTLER (1612-1680), autor del famoso poema burlesco *Hudibras* (1663-78), en que, mediante la figura del juez Sir Hudibras, satiriza al partido de los puritanos.

En Italia, los mejores poetas de esta época fueron FRANCISCO REDI (1626-1698) y VICENZO DA FILICAIA (1642-1707); y en Alemania, HOEMANN DE HOFFANNSWALDAU (1618-1679) y GASPAR DE LOHENSTEIN (1635-1683).

El teatro.—Francia.—La tragedia clasicista se impone primero en Francia y luego en toda Europa, de modo verdaderamente despótico. Pretendía ser una continuación de la tragedia griega, y al efecto establecía condiciones inviolables, como eran una acción noble y solemne, asuntos de la antigüedad griega y romana, intervención de personajes elevados, como reyes, príncipes o magnates, comedimiento en la expresión de las pasiones, elevación y rimbombancia de estilo, uniformidad del verso, que en Francia fué el alexandrino y en España el endecasílabo, suelto o combinado en romance, y ante todo y sobre todo, rigurosa observación de *las tres unidades*. Estas unidades eran las de *tiempo, lugar y acción*. Por la primera, y fundados en que Aristóteles dijo que la tragedia «procura contenerse dentro de un giro de sol, o excederle en poco», los clasicistas exigían que la acción de la tragedia—e igualmente de los demás géneros dramáticos—, se supusiera ocurrida en el período de un día como máximo. La de lugar demandaba que la acción de la obra teatral se desarrollara en un solo sitio, sin que se permitieran, por tanto, cambios ni mutaciones de escena. La de acción—única justificable, dentro de ciertos límites—, requería que el asunto de la obra estuviera formado por un solo hecho principal. Aunque esta cuestión de las tres unidades se discutía ya desde mediados del siglo XVI, no llegaron a constituir precepto hasta que el autor francés JUAN MAIRET (1604-1686) las observó en su tragedia *Sofonisba* (1629), y el ABATE D'AUBIGNAC (1604-1676), parece que a instancias del cardenal Richelieu, las impuso como regla obligatoria en su *Práctica del teatro* (1669). Como es natural, la observancia de estas reglas constituyó una traba muy dura para

los dramaturgos, y dió lugar a muchas inverosimilitudes y violencias.

En cuanto a la comedia, empieza también a tomar nueva dirección con Corneille. Compuso éste en su juventud algunas comedias de enredo, como *Melito o las cartas falsas* (1629), *La viuda o el traidor castigado* (1633), que encerraban cierta novedad; y luego, encariñado con el teatro español, hizo un arreglo de *La Verdad sospechosa*, de Alarcón, bajo el título de *El Mentiroso* (*Le menteur*). Fué ésta la primera comedia de carácter a la moderna, que Molière había de perfeccionar. Poco después comenzó el tipo de comedia que, como el de tragedia clasicista, había de reinar en Europa durante siglo y medio. Era la comedia de costumbres, frecuentemente acompañada de una enseñanza moral o de un propósito sentimental.

Los principales representantes del teatro francés en este período, son Corneille y Racine como autores trágicos, y Molière como autor cómico.

PEDRO CORNEILLE (1606-1684) supo acomodar la tragedia al gusto de su época, ya acudiendo a los asuntos del teatro clásico, ya utilizando otros de historia más moderna. En esta labor le valió de mucho, con un gran acierto en el juego de pasiones, un perfecto dominio de la versificación. Se ha llamado a Corneille el padre de la tragedia francesa, y aun de todo el teatro francés, no porque él fuese su creador, sino porque fué quien le imprimió carácter y valor propio. Guardó casi siempre las tres unidades. Una de las más célebres tragedias de Corneille es *El Cid* (1636), tomada de *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, y que dió lugar a empeñadas contiendas, no sólo por discrepancias literarias, sino por motivos políticos. Con ciertas concesiones al gusto de la época, el asunto de esta tragedia es en el fondo el mismo que el de *Las mocedades del Cid*. Entre las mejores tragedias de Corneille, a más de *El Cid*, figuran *Horacio* (1640), *Cinna* (1640) y *Polieucto* (1640). De Ruiz de Alarcón, como ya se ha dicho, tomó Corneille *Le menteur*, y para otras obras acudió a Vélez de Guevara, Calderón, etc.

JUAN RACINE (1639-1699) respetó también las reglas clasicistas, y supo hacerlo con cierta naturalidad. Racine no tiene acaso la brillantez externa que Corneille, no consigue en tan alto grado el efectismo, pero es más profundo, más psicólogo. La

acción de sus tragedias es lo bastante sencilla para que pueda predominar el movimiento de pasiones; sus personajes, por otra parte, piensan y sienten como los hombres de la época de Luis XIV. *Británico* (1669), *Fedra* (1677) y *Athalia* (1691) figuran entre sus mejores tragedias.

El verdadero nombre de Molière era JUAN BAUTISTA POQUELIN (1622-1673); pero adoptó aquél por motivos no bien conocidos. No queriendo seguir el oficio de su padre, que era tapicero, se puso al frente de una compañía de cómicos, y como el español Lope de Rueda y el inglés Shakespeare, pudo representar sus propias comedias. Molière es uno de los más ingeniosos autores cómicos de todas las literaturas: habilísimo para buscar el punto flaco de los tipos humanos, a trueque de excitar la risa se vale de todos los medios, desde las situaciones y chistes delicados hasta las chocarrerías y bufonadas. Más que a corregir los vicios y ridiculeces, tiende a pintarlos con la mayor verdad. La naturalidad y viveza del diálogo son en él inimitables. Sus comedias ascienden a treinta, unas en verso y otras en prosa, y en gran parte proceden de fuentes españolas e italianas; pero están perfectamente adaptadas al carácter francés. Entre las más celebradas figuran las siguientes: *Tartufo* (1668), intencionada sátira contra la hipocresía; *El Misántropo* (1666), cuyo protagonista, gran enemigo de la sociedad, cae al fin en las redes del amor; *El Avaro* (1668), en que imitó a Plauto con verdadera originalidad; *El médico a su pesar* (1666), arreglada al castellano por Moratín el hijo. En *Las preciosas ridículas* (1659), una de las primeras que escribió, satirizó a las mujeres que, contagiadas del preciosismo, hacían patente su pedantería. La titulada *Don Juan o el Convidado de piedra* (1665), en prosa, y procedente de *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, da una curiosa interpretación a la figura de don Juan Tenorio.

El mejor continuador de Molière fué JUAN FRANCISCO REGNARD (1655-1709), cuya obra maestra, *El Jugador* (1696), es una comedia de carácter sumamente ingeniosa.

Otras literaturas.—En España siguió Calderón produciendo obras, entre ellas zarzuelas y comedias de espectáculo, hasta el fin de sus días (1681). De los demás dramáticos, los mejores fueron JUAN DE MATOS FRAGOSO (1608-1689), JUAN BAUTISTA DIAMANTE (1625-1687), JUAN DE LA HOZ Y MOTA

El buques
gentilhombre
el enfermo de
aprobación

(1622-1714) y FRANCISCO DE BANCES CANDAMO (1662-1704), todos los cuales siguieron componiendo comedias de capa y espada, históricas, etc., a la manera del siglo anterior, sin que llegara todavía a España la influencia francesa.

En Inglaterra, Dryden y otros dramáticos imitan a Corneille, e igualmente Molière tiene secuaces en la comedia. El más notable de los autores cómicos fué GUILLERMO CONGREVE (1670-1729). En Alemania, el citado Lohenstein escribió varias tragedias de asunto horripilante.

La prosa.—En Francia, también la prosa adquiere amplio desarrollo. No es la novela el género más brillante; pero cuenta con interesantes muestras. PABLO SCARRON (1610-1660) publicó en 1651 su famosa *Novela cómica* (Roman comique), obra burlesca, sobre las aventuras de unos cómicos ambulantes. La Fontaine, en los *Amores de Psiquis* (1669), y FRANCISCO DE SALIGNAC DE LA MOTHE FÉNELON (1651-1715), en sus celebérrimas *Aventuras de Telémaco* (1696), cultivaron la novela con asuntos de la antigüedad clásica. El *Telémaco* es realmente un libro de educación; pero por su amenidad, su trama y su juego de pasiones, reviste la forma de novela.

Prosistas de valía, aunque un poco amanerados, fueron el DUQUE DE LA ROCHEFOUCAULD (1613-1689) y el CARDENAL DE RETZ (1613-1679), autor el primero de un libro de *Máximas* (1665) que encierra una moral *sui generis*, y el segundo de unas *Memorias* (1717), notables por las noticias que proporcionan y por su estilo pintoresco. MADAME DE SEVIGNÉ (1626-1696) escribió unas *Cartas* (1676, etc.) interesantísimas, donde da infinidad de detalles sobre la vida de la sociedad aristocrática en su tiempo. JUAN DE LA BRUYERE (1645-1696), en su obra *Los caracteres* (1688), glosando a Teofrasto, hizo un estudio fino y delicado del hombre social, de sus pasiones, impulsos e ideas, y desplegó en él todas las riquezas de la lengua francesa, en sus más variados matices. La oratoria sagrada francesa tiene por estos años insignes representantes, como son, a más del citado Fénelon, BOSSUET (1627-1704), FLÉCHIER (1632-1710) y MASILLON (1663-1742).

En España, la novela tuvo principalmente cultivo en el género breve, de historietas amorosas, morales o anecdóticas. Hubo notables escritores de costumbres, como JUAN DE ZABALETA

y FRANCISCO SANTOS. El primero publicó, entre otras cosas, *El día de fiesta por la mañana* (1656) y *El día de fiesta por la tarde* (1660), serie de interesantes cuadros en que va presentando la ocupación de las diferentes clases madrileñas en un día festivo. El segundo, autor de numerosas obras, tiene entre ellas la titulada *Día y noche de Madrid* (1663), donde, mediante 18 discursos, presenta las interioridades de la vida madrileña, no sin unir a ello amplias consideraciones morales.

Entre los historiadores españoles de esta época, figuran don ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA (1610-1686), también autor dramático, que en la *Historia de la conquista de Méjico* (1685) desplegó un estilo de gran elegancia, y don LUIS DE SALAZAR Y CASTRO (1657-1734), autor de la *Historia genealógica de la Casa de Lara* (1694-97) y de otras varias obras, que con justicia le han valido el título de *príncipe de los genealogistas de España*.

Italia, entre otros prosistas de nota, tiene en este período a los PP. DANIEL BARTOLI (1608-1685) y PABLO SEGNERI (1624-1694), de la Compañía de Jesús, autor el primero del meritísimo libro *El hombre de letras* (1660), y célebre especialmente el segundo por su elocuencia como orador sagrado.

De Inglaterra, baste citar al famoso pensador JUAN LOCKE (1632-1704), discípulo de Descartes, y de Alemania a GRIMMELSHAUSEN (1624?-1676), que en su *Simplicissimus* (1669), verdadera novela picaresca, relató en forma autobiográfica las aventuras de un vagabundo, soldado en la guerra de los Treinta Años, prisionero luego de los turcos y por último ermitaño.

SIGLO XVIII

CAPÍTULO X

SIGLO XVIII. — EL FILOSOFISMO. — LA POESÍA. — LOS ARCADES ITALIANOS. — LOS POETAS INGLESES DE TIEMPO DE LA REINA ANA. — SU INFLUENCIA. — LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO. — POETAS MÁS IMPORTANTES. — ESPAÑA

Lucha de tendencias. — El filosofismo. — Las exageraciones clasicistas de Boileau y los suyos, originaron en Francia, al terminar el siglo XVII, la llamada *contienda entre antiguos y modernos*. En contra de la desatentada imitación de griegos y romanos, CARLOS PERRAULT (1628-1703) y BERNARDO LE BOVIER DE FONTENELLE (1657-1757), sostuvieron que los escritores del siglo de Luis XIV valían tanto como aquéllos. Fénelon intervino como mediador en la cuestión, que al cabo quedó sin resolver.

Es lo cierto, de todos modos, que durante el siglo XVIII continuó la influencia francesa en literatura. Esa influencia es en un principio de la misma índole que la ejercida al terminar el siglo anterior, esto es, puramente literaria y de sentido clasicista; pero luego se hace extensiva al orden de las ideas. Las luchas filosóficas lo dominan todo. El impulso revolucionario, procedente de Inglaterra, toma forma en los filósofos franceses, principalmente en Montesquieu y Voltaire, y poco después los enciclopedistas, Diderot, D'Alembert y otros, consuman la obra. Triunfa, pues, el espíritu demoledor que combate la tradición religiosa y la política y proclama el absoluto dominio de la razón. Como consecuencia, la misión del escritor deja de ser simplemente estética, para convertirse en docente. Era, en suma, la agitación de ideas que había de conducir a la revolución francesa.

Claro es que este movimiento se refleja principalmente en la prosa; pero ni siquiera los géneros más alejados del terreno combativo, como la lírica, pudieron sustraerse a él. Los poetas ingleses de tiempo de la reina Ana, y más que ellos el francés Rousseau, llevan a la literatura la expresión insistente del sentimen-

talismo y del amor a la naturaleza, y la poesía europea se ve invadida por un diluvio de disertaciones morales, de declamaciones filantrópicas, con frecuencia lacrimosas, de relamidos cuadros descriptivos. Esta tendencia pasa también al teatro y origina las comedias morales y las sentimentales, mientras la tragedia, sin perder su forma clasicista, admite asuntos más variados, y a los de historia antigua agrega otros cuya acción se supone acaecida en tiempos más modernos y en países de Oriente.

La poesía.—A fines del siglo XVII, en 1690, varios literatos jóvenes italianos, entre los que figuraban Crescimbinì y el juriscónsuldo Gravina, fundaron en Roma la Academia de los Arcades. Los individuos de esta academia trataban de imitar, tanto en sus obras literarias como en sus costumbres, la sencillez de los antiguos habitantes de la Arcadia, y al efecto empezaban por tomar el nombre de un pastor griego. Crescimbinì fué *Alfesibeo Cario*, Gravina, *Opico Erimanteo*, etc. Como reacción contra los abusos marinistas, los árcades persiguieron la elegante sencillez del lenguaje y tomaron por modelos a Teócrito, Virgilio y Sannazaro. Pero con ello difundieron en tal formá la égloga tierna y empalagosa, con sus pastorcitos redichos, sus cándidas ovejuelas y sus prados feraces, que durante muchos años, según feliz expresión de un crítico, «sólo se oyeron balidos por todas partes». A ello añadieron otro género de composiciones gratulatorias o de circunstancias no menos falso, dedicado a felicitaciones y albricias por causa de bodas, bautizos, etc.

Aunque ya con anterioridad, a mediados del siglo XVII, había existido en Alemania una entidad análoga, titulada *Sociedad de los Pastores de La Pegnitz*, la que a través del siglo XVIII ejerció influencia en toda Europa, fué esta Arcadia italiana. Todavía en 1756 se fundaba en Portugal, a su imitación, la *Arcadia Lusitana*.

Pasados algunos años, el poeta alemán-suizo SALOMÓN GESSNER (1730-1813) había de dar otro matiz a la poesía bucólica con sus *Idilios* (1758-1762). En estos idilios, no compuestos en verso, sino en la llamada *prosa poética*, pintó Gessner una vida pastoril totalmente ideal, con tonos dulces y agradables, aunque llegando en ocasiones a la sosería. Estos idilios tuvieron muchos partidarios e imitadores en toda Europa durante el siglo XVIII. No menos entusiasmo causó un poema de Gessner titulado

La muerte de Abel (1758), bastante flojo, y en que se advierte la imitación de Milton y Klopstock.

Con el siglo XVIII comienza en Inglaterra una época de florecimiento literario, el llamado *siglo de la reina Ana*, que puede prolongarse hasta 1760. Entonces florecen poetas como Pope, Young, Thomson, Gray, etc.

ALEJANDRO POPE (1684-1744) se impone sobre los demás durante largo tiempo. Influído por Boileau, Pope procuró ostentar en sus obras la mayor corrección y la más exquisita elegancia. Algunos de sus poemas fueron imitadísimos en toda Europa, y en especial el *Ensayo sobre el Hombre* (1732-35) y la *Carta de Eloísa a Abelardo* (1717). El primero es un poema didáctico-moral, en que Pope considera al hombre en sí mismo y en sus relaciones con la sociedad. De ese *Ensayo* nacieron otros muchos *ensayos* y *discursos*, verdaderas disertaciones rimadas, con menos poesía que abundancia de reflexiones triviales, que invadieron todas las literaturas y no escasamente la española. La *Carta de Eloísa a Abelardo*, es una epístola por el estilo de las *Heroidas* de Ovidio, rebotante de poesía melancólica. Muy imitada fué también otra obra de Pope, *El rizo robado* (1712), encantador poema heroicómico que tiene por asunto las discordias surgidas entre dos familias porque un galán de una de ellas corta un rizo a una dama de la otra. Mencionaremos, por último, el *Ensayo sobre la crítica* (1711), poema didáctico en que Pope glosa en verso los preceptos de Aristóteles, Horacio, Boileau, etc.; y *La Dunciada* (1728), poema satírico contra los malos escritores. De *La Dunciada* hizo una adaptación al castellano don Alberto Lista, bajo el título de *El imperio de la estupidez*.

EDUARDO YOUNG (1683-1765) alcanzó celebridad por sus *Pensamientos nocturnos* (1742-46). Es un poema entre moral y religioso, revestido de forma novelesca, un poco declamatorio, lleno de sentimentalismo y abundante en consideraciones sobre las verdades de la religión, la inmortalidad del alma, etc.

JAIME THOMSON (1700-1748), nacido en Escocia, escribió tragedias y poemas varios; pero lo que perpetuó su fama fué el poema descriptivo *Las Estaciones* (1726-1730). Es el primer poema importante en que, con abandono de los patrones clasicistas, el elemento descriptivo informa la obra, con cuadros ya majestuosos, ya conmovedores, y como un canto continuado a las be-

llezas de la naturaleza y a su Creador. A imitación de este poema, se escribieron bastantes en Alemania, Suecia, Dinamarca, etcétera. Los más famosos son los de los franceses JUAN FRANCISCO DE SAINT-LAMBERT (1716-1803) y JAIME DELILLE (1738-1813). El primero se titula también *Las Estaciones* (1769), y en él se mezclan las descripciones con los preceptos filosóficos. Delille escribió varios poemas descriptivos, pero el más conocido es el titulado *Los Jardines* (1782), donde, si bien demuestra ser versificador excelente, no sobresale por su sensibilidad poética.

TOMÁS GRAY (1716-1771) fué un poeta excelente, aunque poco fecundo. Se hizo célebre su *Elegía escrita en un cementerio de aldea* (1751), de sentimiento delicadísimo, y que en todas las literaturas fué objeto de traducciones e imitaciones.

Si Pope había llevado a sus versos las preocupaciones del pensamiento humano, y Thomson el hondo sentimiento de la naturaleza, Young y Gray impregnaron los suyos de íntima melancolía, y en tal sentido fueron verdaderos precursores del romanticismo. En este último aspecto requiere también mención la colección titulada *Reliquias de la antigua poesía inglesa* (1765), en que TOMÁS PERCÝ (1728-1811) reunió gran número de *baladas* o canciones populares inglesas compuestas entre los siglos XIII y XVIII. La publicación de estas baladas, que contenían temas históricos o legendarios, ejerció una gran influencia en la poesía inglesa y en la iniciación del romanticismo.

En Alemania siguió durante el siglo XVIII la lucha de escuelas poéticas, y en ella representan tendencias distintas dos poetas y críticos célebres: JUAN CRISTÓBAL GOTTSCHED (1700-1766) y JUAN JACOBO BODMER (1698-1783). El primero defendió tenazmente el clasicismo a la francesa, y para ello escribió tragedias y tratados de preceptiva literaria. El segundo, ayudado por BREITINGER (1701-1776), representó la *escuela suiza*, que concedía preferencia a los modelos ingleses, por ser más conformes al espíritu nacional, y buscaba asuntos para sus obras en la religión y en la naturaleza. La empeñada contienda que ambos sostuvieron, terminó con el triunfo de la escuela suiza, gracias sobre todo a las poesías del gran polígrafo ALBERTO DE HALLER (1708-1777). Un poema descriptivo de éste, *Los Alpes* (1732), alcanzó fama en toda Europa. Después de esto se abre en Alemania, con Klopstock y otros poetas, la era clásica, así

llamada especialmente como expresión de que la literatura alemana, libre de influencias extrañas, tomaba carácter nacional.

En la segunda mitad del siglo surgen en las diversas literaturas europeas poetas originales y de méritos relevantes, que van preparando la reforma poética del siguiente. Haremos mención de los más importantes.

En Inglaterra, GUILLERMO COWPER (1731-1800) expresó en hermosos versos el encanto de la vida familiar y la indignación que le inspiraban la esclavitud, la crueldad y la tiranía. ROBERTO BURNS (1759-1796), escocés, fué uno de los líricos más insignes de su tiempo, de sin igual ternura en unas composiciones y sumamente brioso en otras de asunto patriótico. Pero lo que por estos años causó la general admiración del público inglés y tuvo repercusión inmensa en toda Europa, fué la publicación, hecha por JAIME MACPHERSON (1738-1796), de los poemas *Fingal* (1762), *Temora* (1763) y otros menores, que su editor atribuía a Ossian, bardo gaélico del siglo III. Eran poemas fundados en las leyendas populares escocesas, envueltos en vagas nebulosidades poéticas, pródigos en descripciones de ensueño y compuestos en estilo recitativo y acompasado. Vivo entusiasmo causaron entre cuantos veían en ellos la manifestación de una poesía primitiva, sencilla, llena de idealismo y de encanto poético; y aunque a la postre resultó que los poemas no eran de Ossian, sino una falsificación de Macpherson, causaron los poderosos resultados de despertar el amor a las tradiciones y leyendas medievales, y dar una de sus fuentes más fecundas al romanticismo que se anunciaba.

En Alemania, FEDERICO GOTTLIEB KLOPSTOCK (1724-1803) publicó su poema religioso *La Mesíada* (1748-1773), al que debe su fama, y cuyo asunto es la Pasión y Resurrección de Jesucristo. Más que grandeza, hay en *La Mesíada* un profundo sentimiento místico, una ternura lírica delicadísima. Dividido el poema en veinte cantos, Klopstock se atuvo en su relato estrictamente al Evangelio; pero flojeó un tanto en el plan y marcha de la acción, y frecuentemente llegó a la monotonía. Klopstock escribió también odas, tragedias y obras didácticas.

CRISTÓBAL MARÍA WIELAND (1733-1813) llevó la poesía alemana por corrientes de sano realismo, en oposición a los excesos de metafísica y abstruso idealismo que, bajo apariencias

de originalidad nacional, reinaban a la sazón. Escribió novelas, dramas, poemas y otras obras, entre las cuales descuella la narración épica *Oberón* (1780), imitada del cantar de gesta francés *Huon de Burdeos*.

GODOFREDO AUGUSTO BÜRGER (1747-1794) secundó el esfuerzo de Wieland para llevar a la poesía elementos más humanos y apartarse de la escuela que tenía a Klopstock por modelo. Entre sus poesías, las mejores son las *baladas*, a modo de los *lieder* o cantos populares de Alemania en la Edad Media. Las más célebres son las tituladas *El cazador fiero* y *Leonora*, sobre todo esta última, traducida a todas las lenguas europeas. Refiere el pavoroso suceso de una joven, Leonora, a quien, como castigo del cielo, traga la tierra en brazos de un esqueleto.

En Portugal, ANTONIO DINIZ DE LA CRUZ Y SILVA (1731-1799) fundó la *Arcadia Lusitana*, imitación de la de Roma y con idénticos fines. Escribió Diniz muchas poesías líricas, una comedia y un poema heroicómico, *El Hisopo*, inspirado en *El Facistol* de Boileau. Versa sobre el conflicto surgido entre el obispo de Elvas y el deán de la catedral, acerca de si éste había de ofrecer o no el hisopo al prelado cuando iba al templo. BARBOSA DU BOCAGE (1765-1805) fué el mejor poeta portugués de este tiempo. De vena poética abundosa, versificador facilísimo, tiene composiciones tan notables como los sonetos, las fábulas, los idilios y algunas de sus sátiras.

En Italia, varios poetas reaccionaron contra la Arcadia, entre ellos JOSÉ PARINI (1729-1799). La obra principal de Parini es un poema satírico titulado *El Día* (1763), en que con ironía muy fina, aunque monótona, dirige sus ataques a la aristocracia lombarda, representada por un joven milanés que se educa a la moda.

El abate JUAN BAUTISTA CASTI (1721-1803) escribió, con el título de *Los animales parlantes* (1802), un poema heroicómico en que, bajo forma alegórica, fustigaba los vicios de la corte. Es obra sólo de regular mérito.

VICENCIO MONTI (1754-1828) acordó los cantos de su musa a las vicisitudes políticas de Italia. En sus poesías, limpiadas y elegantes, elogió primero a los papas, luego a la república, más tarde a Napoleón, por último a los austriacos vencedores. Con igual versatilidad reflejó en su poesía las más variadas in-



fluencias, desde la homérica y bíblica hasta la de los poetas ingleses sus coetáneos; pero fué, en último término, un gran poeta, que cultivó todos los géneros, desde el soneto a la tragedia, y supo dar a su producción un noble tono neoclásico.

Entre los poetas franceses, hubo uno a fines de siglo que acertó a encontrar acentos nuevos y apasionados. Fué ANDRÉS CHÉNIER (1762-1794). Nacido en Constantinopla, de padre francés, murió en el cadalso durante la revolución francesa. Poeta no ya clasicista, sino propiamente clásico, reflejó magníficamente el espíritu de los líricos griegos y romanos, aunque con forma e inspiración propias. Sus poesías no fueron conocidas hasta 1819, y no obstante ese aroma clásico que despedían, eran tales su animación y su ductilidad, que el naciente romanticismo le consideró como cosa propia. De Chénier, a más de numerosos fragmentos poéticos, se conservan preciosas elegías, epístolas, odas y yambos, poemas varios e idilios. Estos últimos—*El ciego*, *La libertad*, *El joven enfermo*, etc.—, son modelos de delicadeza. Un hermano de este gran poeta, M. JOSÉ CHÉNIER (1764-1811), escribió tragedias declamatorias.

España.—En los primeros años del siglo XVII, la poesía española no hizo sino continuar los gustos y procedimientos reinantes en el anterior. Los poetas, pues, tomaron como modelos principales a Quevedo y Góngora, y también a Garcilaso y Herrera. Las prácticas culteranas derivaron en el peor sentido posible, que fué el de las chabacanerías, los equívocos descabellados y el más extravagante barroquismo. La influencia de la Arcadia italiana se unió a la de nuestros bucólicos del Siglo de Oro, y la poesía pastoril cundió por todas partes. Los poetas adoptaron nombres pastoriles. Cadalso fué *Dalmiro*; Jovellanos, *Jovino*; Fray Diego González, *Delio*; Iglesias, *Arcadio*; Meléndez Valdés, *Batilo*, etcétera, etc.

El poeta don IGNACIO DE LUZÁN (1702-1754), educado en Italia, publicó en 1737 su *Poética*, abiertamente clasicista, ya que se basaba en autores italianos y franceses secuaces de Boileau, y en Boileau mismo. Defendía, pues, los preceptos de las tres unidades, del arte docente, de la verosimilitud, etc. Opusieron a Luzán los partidarios de la tradición española, entre ellos don VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA (1734-1787), autor de una famosa tragedia titulada *La Raquel* (1778), y se entabló una

empeñada polémica, en la que al fin vencieron los clasicistas a la francesa. En consecuencia, comenzaron a apoderarse de nuestra literatura las tragedias clasicistas, los poemas didácticos, las fábulas, las epístolas, el poema heroicómico, etc., etc.

Entre los partidarios de esta tendencia, uno de los más notables fué don NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1737-1780). Fué especialmente en sus obras teatrales y en las didácticas, pues en la lírica supo continuar con despejo y soltura la buena tradición española. Famosos son sus romances y sus quintillas de *La fiesta de toros en Madrid*. Perteneció don Nicolás a la Academia de los Arcades de Roma, con el nombre de *Flumiso Thermodonciaco*.

Algo parecido le ocurrió a don JOSÉ CADALSO (1741-1782), cuya tragedia *Sancho García* (1771) está ajustada totalmente a los patrones franceses, pero que en su producción lírica mostró preferencia por las anacreónticas, letrillas y romancillos a la española. Escribió Cadalso varias obras en prosa, entre ellas la titulada *Noches lúgubres*, levemente inspirada en Young, y que autoriza a colocarle en la línea de los prerrománticos.

Don TOMÁS DE IRIARTE (1750-1791) y don FÉLIX MARÍA SAMANIEGO (1745-1801) son conocidos ante todo por sus *Fábulas*. Las de Samaniego (1781-84) proceden en su mayor parte del caudal común de temas que aparece en Fedro, en La Fontaine, en Gray, cosa que no merma su indiscutible valor, mientras que las de Iriarte (1784), de censura literaria en su mayoría, son totalmente originales. Escribió Iriarte el poema didáctico *La Música* (1779), bastante prosaico, y varias comedias al modo de Destouches y sometidas a las reglas clasicistas.

Don JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA (1748-1791), sacerdote salmantino, mostró vena puramente nacional en sus letrillas y graciosos epigramas, mientras que en su poema *La Teología* (1791) y en otras composiciones, siguió ya, aunque con menos fortuna, tendencias más modernas.

Había ya llegado a España la noticia de los poetas ingleses de tiempo de la reina Ana, y en especial de Pope, Young y Thomson. Don GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS (1744-1811), patricio ilustre, literato de gran talla, fué quien en una epístola a sus amigos de Salamanca (1770), los incitó a soltar «el caramillo» y cultivar la «didascálica poesía», cosa que él hizo

también. Este consejo, y los elogios que otros hombres cultos hacían de los poetas ingleses, determinaron a Meléndez Valdés, Forner, Iglesias y otros a cultivar igual género de poesía, que tanta aceptación tenía en toda Europa.

De todos ellos, el de más valía era don JUAN MELÉNDEZ VALDÉS (1754-1817). Catedrático primero y magistrado después, en la invasión napoleónica se mostró afrancesado, y ello le obligó a emigrar a Francia, donde murió. En su primera época de poeta, Meléndez Valdés escribió anacreónticas, letrillas y romances, no sin ostentar una gracia y elegancia que daban cierta novedad a todo ello. Cuando hubo leído a Pope, Young y Thomson, hizo un cambio radical. En vez de esas poesías jugosas y movidas, escribió otras graves, razonadas, como dirigidas al desarrollo de pensamientos trascendentales: *discursos* en verso, como *El orden en el Universo*, *El hombre fué nacido para la virtud*; odas y epístolas filosóficas; el canto en octavas *La caída de Luzbel*, etc. En estas poesías se observa, con la influencia de aquellos poetas, la de Rousseau, en cuanto al elemento sentimental. También se advierte que en Meléndez dejaron alguna huella Saint-Lambert con sus *Estaciones* y Gessner con sus *Idilios*. Como en todo esto la musa de Meléndez estaba fuera de su elemento, esas poesías se resienten de pesadez y monotonía, cosa que, por otra parte, es defecto inherente al género. Con todo, Meléndez Valdés, que era innegablemente poeta de dotes privilegiadas, renovó totalmente la poesía española y la dió nuevo rumbo. Sus romances de *Doña Elvira* y algunas otras de sus poesías, pueden considerarse como prerrománticas.

Don JUAN PABLO FORNER (1754-1797) se distinguió especialmente por sus obras en prosa, como las *Exequias de la lengua castellana* (1795), contra los destructores del idioma, y la *Oración apologetica por la España y su mérito literario* (1786), escrita en defensa de nuestra cultura; pero también fué poeta, y aunque escribió anacreónticas, letrillas y romances, vino a aceptar la tendencia filosófico-social. Tal se ve en sus *Discursos filosóficos sobre el Hombre*, en verso, con ilustraciones en prosa, y que probablemente le fueron sugeridos por el *Discurso sobre el Hombre*, de Voltaire, primera imitación de Pope hecha en Francia.

Don NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS (1764-1809),

gran patriota durante la invasión francesa, desarrolló también en sus poesías de ideas filantrópicas propias del tiempo, pero a la vez supo mostrar un nervio y una vehemencia que presagiaban nuevas formas poéticas, y que con frecuencia le llevaban al desorden. En sus tragedias—*Zoraida* (1798), *La Condesa de Castilla* (1798), *Pitaco*, *Idomeneo* (1815)—, se ajustó a las reglas impuestas por la preceptiva clasicista.

Al llegar los últimos años del siglo XVIII, la poesía española quedaba bajo la rivalidad de los clasicistas, que sostenían sus posiciones, y los partidarios del filosofismo. La norma estética de los primeros se compendia en los *Principios filosóficos de la Literatura*, del francés Batteux, traducidos por García de Arrieta; la de los últimos, en las *Lecciones* del escocés Blair, traducidas por Munárriz. Esta lucha siguió en los primeros años del siglo XIX, hasta que Quintana logró el triunfo de las nuevas tendencias.

CAPÍTULO XI

EL TEATRO EN EL SIGLO XVIII.—LA TRAGEDIA Y LA COMEDIA.
NUEVAS DIRECCIONES DE ÉSTA.—LA COMEDIA LACRIMOSA.—
LA COMEDIA URBANA.—LA COMEDIA MORALISTA.—
PRINCIPALES DRAMÁTICOS EUROPEOS. — ESPAÑA

La tragedia y la comedia.—En Francia, que seguía llevando su influencia al teatro europeo, la tragedia conservaba los mismos caracteres del período anterior. El principal autor trágico, a quien el público de su tiempo tuvo por digno émulo de Corneille y Racine, fué Voltaire. Escribió Voltaire veintisiete tragedias, y en ellas, ayudado en parte por su conocimiento de los dramáticos ingleses, dió al género mayor flexibilidad y movimiento, utilizando como resortes dramáticos, no ya sólo el amor, sino los demás sentimientos humanos, y eligiendo asuntos de cierto exotismo—*Zaira* (1732), *Mahómeto* (1741), *Semiramis* (1748), *Tancredo* (1760), etc.—, sin que por ello abandonara los griegos y los romanos—*Edipo* (1718), *La muerte de César* (1735), etcétera.

Hubo otros trágicos franceses de segunda fila, entre ellos JUAN FRANCISCO DUCIS (1733-1816), que en sus tragedias *Abufar* (1795) y *Fedor y Waldamir* (1801) tomó también el exotismo como medio de atracción. Pero Ducis es más conocido por los arreglos que hizo de las obras de Shakespeare, acomodándolas al gusto del público francés de su siglo, pero cometiendo para ello no pocas adulteraciones.

La comedia francesa de esta época se había apartado un tanto del modelo Molière para prestar más atención al estudio de los caracteres, al realismo de la acción y a la tendencia moralizadora, aunque todo ello no evitara siempre la insulsez. Entre los autores cómicos de este siglo puede citarse a ALEJO PIRON (1689-1773), que tuvo un gran acierto en la comedia *La Metromanía* (1738); a RENATO LESAGE (1668-1747), traductor de comedias españolas, autor de otra original de mucho ingenio, titulada *Turcaret* (1709), y principalmente renombrado como novelista; y a PEDRO DE MARIVAUX (1688-1763), de vena

cómica mucho más fértil. Marivaux hizo en sus comedias un análisis minucioso del amor y sus matices, basándose por lo general en sencillos incidentes, y con un estilo *sui generis*, no faltó de gracia. Sus mejores comedias son *La sorpresa del amor* (1727), *El juego del amor y del azar* (1730) y *Las falsas confidencias* (1736). Inferior a Marivaux fué FELIPE NÉRICAULT, conocido por DESTOUCHES (1688-1754), aunque consiguió cierto valimiento con sus comedias de tendencia moral y educativa.

Otros autores franceses imprimieron a la comedia varias direcciones, que en otros países encontraron no pocos adeptos. Veámoslo en una ligera referencia.

PEDRO CLAUDIO DE LA CHAUSÉE (1692-1754) fué el creador de la que se llamó *comedia lacrimosa* (larmoyante). En esta clase de comedia, el resorte dramático consistía en conmover profundamente el ánimo de los espectadores, mediante la situación aflictiva en que se colocaba a alguno de los personajes, para llegar luego a un desenlace feliz. A ello se agregaba una serie de consideraciones morales sembradas por toda la obra. Aunque La Chaussée no fuese dramático de talento desmesurado, y bien que en sus obras respetara todavía las tres unidades, en la *comedia llorona* está el germen de lo que había de ser el *drama*.

Dionisio Diderot fué más allá en este camino, influido por el teatro inglés. Diderot, para justificar el nuevo género, observaba que el hombre no se halla siempre en el estado de dolor o de alegría en que le colocan, respectivamente, la tragedia y la comedia, sino que hay una situación intermedia mucho más frecuente. Aconsejaba, pues, que se reprodujese fielmente la vida real, con sus conflictos domésticos y sus incidentes cotidianos, y que los personajes de esas obras fueran ciudadanos de la clase media, que es la más abundante. Para predicar con el ejemplo escribió dos comedias, *El hijo natural* (1757) y *El padre de familia* (1758), de regular mérito nada más. Siguió sus huellas MIGUEL JUAN SEDAINE (1719-1797), cuya mejor comedia es *El filósofo sin saberlo* (1766). Otros llevaron los conflictos patéticos no ya sólo a la clase media, sino a las clases populares, como lo hizo LUIS SEBASTIÁN MERCIER (1740-1814) en *El carrucho del vinagrero* (1775).

Por este camino, y merced también a la influencia de las novelas terroríficas, se fué a parar en el teatro a los *melodramas*, que por este tiempo invadieron la escena de Francia y de Europa entera, y que, entendidos de aquella manera, eran un género teatral realmente inferior, por la índole de sus asuntos y los procedimientos de su desarrollo. Giraban por lo general en derredor de un hecho espantable o monstruoso, histórico o no, y que se suponía preparado por una mano criminal contra una víctima inocente, hasta que en el desenlace quedaba frustrado el intento, con el consiguiente castigo del criminal. En un principio, la música intervenía en estas obras para anunciar las situaciones culminantes; pero luego quedó suprimida.

Mención aparte merece, por su originalidad, el autor cómico francés PEDRO AGUSTÍN CARON DE BEAUMARCHAIS (1732-1799), a quien inmortalizaron sus dos comedias *El barbero de Sevilla* (1772) y *El matrimonio de Figaro* (1778). El gracejo, la vivacidad que Beaumarchais despliega en la pintura de todos sus personajes, el travieso barbero Figaro—nombre originado por mala inteligencia de la palabra española *picaro*—, Rosina, Bartolo, Basilio, etc., así como el interés de la trama, no poco inverosímil, explican la fama que alcanzaron estas dos comedias, y más aún la primera después de haberla utilizado Rossini para su inmortal ópera.

En Inglaterra, se escribieron todavía tragedias a la manera francesa, como el *Catón* (1713), de Adisson, mientras que otros autores, como NICOLÁS ROWE (1673-1718), se inclinaban más a la sensiblería. En cuanto a la comedia, RICARDO STEELE (1672-1728) dió al teatro varias del género sentimental, verdadero precedente de las introducidas en Francia por La Chaussée y Diderot. Algo parecido hizo JORGE LILLO (1693-1739). Oliverio Goldsmith, célebre por su novela *El Vicario de Wakefield*, escribió dos comedias muy regocijadas, cosa que también hizo en mayor escala RICARDO SHERIDAN (1751-1816), cuya obra maestra es *La escuela del escándalo* (1777).

En Alemania, Gottsched y Bodmer, ya citados, mostraron también en el teatro su adhesión respectiva a la escuela clasicista y a la suiza, para lo cual el primero escribió tragedias imitadas de Racine y el segundo otras de carácter heroico y nacional. El insigne GOTTOLD EFRAIM LESSING (1729-1781) expuso sus

ideas sobre poesía dramática en los trabajos de crítica titulados *Dramaturgia de Hamburgo* (1767-1769), donde combatía la imitación de la tragedia francesa, rechazaba la regla de las tres unidades, sólo por error atribuida a Aristóteles, y buscaba el tipo del drama trágico en los modelos clásicos, combinados con los de Shakespeare y Calderón, y las doctrinas de Diderot. Como éste, sostuvo la necesidad de cultivar la *comedia patética*, y para dar también el ejemplo escribió la comedia titulada *Minna de Barnheim* (1767). En *Emilia Galloti* (1763) dió forma moderna a la tragedia clásica.

El impulso dado por Herder y Lessing a las letras mediante sus obras críticas, filosóficas e imaginativas, culminó bien pronto en las dos grandes figuras de la literatura alemana: Goethe y Schiller.

JUAN WOLFGANG GOETHE (1749-1832) cultivó todos los géneros literarios, y en todos mostró su portentoso genio. En la poesía lírica tiene encantadores *lieds*, baladas, odas y elegías; en la épica, su poema *Hermann y Dorotea* (1796), relato de amor idílico, respira sencilla emoción; en la novela, su *Werter* constituyó uno de los más sonados sucesos literarios. Escribió además Goethe obras didácticas, libros de viajes, memorias, etc.

El teatro de Goethe, aparte de algunas comedias y obras secundarias, está formado por cuatro dramas magníficos: *Goetz de Berlichingen* (1773), drama realmente shakespiriano, cuyo protagonista, Goetz el de las manos de hierro, encierra un carácter trazado de mano maestra; *Egmont* (1787), sobre las revueltas de Flandes en tiempo del duque de Alba y muerte del conde de Egmont; *Ifigenia en Táuride* (1787), tragedia en verso tomada de la de Eurípides, pero con importantes modificaciones, y notable por lo severo de su tono clásico; *Torcuato Tasso* (1789), tragedia también en verso, basada en el supuesto amor del poeta autor de *La Jerusalén libertada* hacia la princesa hermana de Alfonso de Este. A estos dramas hay que agregar el inmortal *Fausto*, poema filosófico en forma dramática, fundado en la antigua leyenda—que ya el autor inglés Cristóbal Marlowe había llevado al teatro—, del hombre que, ávido de descifrar los misterios de la vida o de conseguir placeres inefables, hace un pacto con el diablo. El *Fausto* de Goethe consta de dos partes. En la primera, obra de juventud, aparecen las notorias figuras de Mar-

garita, la cándida joven seducida y muerta de amor, y de Me-fistófeles, que ayuda al doctor Fausto en sus empresas; en la segunda, correspondiente a los últimos años de Goethe, e inferior a la primera, se desenlaza la acción, contra lo que admitía la leyenda popular sobre el mismo asunto, con el perdón de *Fausto*. Es el *Fausto* una concepción genial: ninguna otra la iguala en originalidad.

JUAN FEDERICO SCHILLER (1759-1805), grande amigo de Goethe, tuvo un temperamento artístico muy diferente al de éste. Schiller representa el idealismo, es un poeta subjetivo de viva efusión; Goethe es realista, y sin que en sus escritos deje de reflejar sus peculiares sentimientos, gusta de iluminarlos con la luz de su razón. En el concepto de lírico, Schiller tiene baladas, himnos y otras composiciones de subido mérito, como *La campana*, universalmente celebrada. Como dramático, sus obras más famosas son: *Los bandidos* (1782), drama tumultuoso cuyo protagonista, Carlos Moor, joven de la nobleza, arrastrado por las circunstancias a la vida de bandolero, pone en obra una enérgica protesta contra las injusticias sociales, *Don Carlos* (1787), sobre los hechos y muerte del desdichado hijo de Felipe II, al cual Schiller pinta caprichosamente; *Wallentein* (1799), trilogía dramática sobre la guerra de los Treinta Años; *Guillermo Tell* (1804), admirable creación referente a la independencia de Suiza y su caudillo, y que ha pasado a ser clásica en el teatro alemán; e *Intriga y amor* (1784), comedia sentimental o drama urbano, en que unos amores contrariados terminan trágicamente. Schiller escribió también obras de historia, de filosofía y de crítica literaria, estas últimas, por lo general, orientadas en el sentido de la estética kantiana.

En Dinamarca la poesía dramática contó en este siglo con un autor de extraordinaria valía, que ejerció especial influencia en otras literaturas. Fué LUIS DE HOLBERG (1684-1754). Escribió Holberg unas treinta comedias en las que, si bien comenzó imitando a Molière, supo dar a los personajes y a los asuntos interés nacional y pintó a maravilla los caracteres y las costumbres.

En Portugal la dramática no pasó de alturas muy modestas. Entre los mejores autores figuran ANTONIO JOSÉ DA SILVA (1705-1737), que en sus piezas cómicas mostró cierta originalidad, DOMINGO DOS REIS QUITA (1728-1780), autor de

tres tragedias y de la pastoral dramática *Licore*, y MANUEL DE FIGUEIREDO (1725-1801), más fecundo que inspirado.

En Italia, por el contrario, el teatro alcanza un período de brillantez, gracias a cinco autores sobresalientes: Maffei y Alfieri en la tragedia, Goldoni y Gozzi en la comedia, y Metastasio en el drama lírico.

El marqués ESCIPIÓN MAFFEI (1675-1755) debió su fama a una sola tragedia, *Mélope* (1713), sobre asunto tratado por Eurípides, pero que el autor italiano rodeó de interesantes y patéticas circunstancias. El mayor mérito de esta tragedia está en la sencillez y naturalidad de la acción y de los caracteres.

El conde VÍCTOR ALFIERI (1749-1803) escribió diez y nueve tragedias, con el propósito de sustraer el teatro italiano al dominio de las traducciones francesas y dar al género cierto carácter nacional. Son tragedias muy sencillas, al modo clásico, con acción lenta y uniforme y escaso número de personajes. Abundan en declamaciones y en alegatos contra la tiranía y en favor de la libertad. El estilo es tan conciso que llega al laconismo. Entre las mejores figuran *Virginia*, *Agamenón*, *Orestes*, *Mirra* (1784) y *Saúl* (1782). En España, como en las demás naciones, la influencia de Alfieri fué grande, y se cuentan en crecido número las imitaciones que sus tragedias alcanzaron.

PEDRO ANTONIO TRAPASSI, conocido por METASTASIO (1698-1782), fué el creador del drama lírico o melodrama, en que la parte musical acompañaba a la hablada en determinadas situaciones. Sus melodramas, aparte de esto, eran verdaderas tragedias, con asuntos y personajes de la antigüedad. Pasan de setenta los que compuso Metastasio, y en ellos mostró, ya que no los rasgos del genio, sí una exquisita gracia y sensibilidad, un delicado sentido de la melodía y una perfecta técnica para dar al músico motivos de inspiración variada. Fué el libretista preferido de Mozart, Händel, Pergolesi y otros grandes músicos. El lirismo de sus cantables hizo que fueran estimados con independencia de la música.

CARLOS GOLDONI (1707-1793), escribió 150 comedias, más algunas tragedias, dramas, etc. Se le suele decir «el Molière italiano», aunque su semejanza con el autor francés sea muy pequeña, y más bien recuerde a Destouches y Sedaine. Goldoni dió a la comedia italiana un carácter propiamente literario, apar-

tándola de aquellas representaciones arbitrarias que formaban la *commedia dell'arte* y poniendo en juego la observación y el estudio de costumbres, con lo cual consiguió la variedad más amena. Entre sus mejores comedias figuran *El adúlador*, *El padre de familia*, *La buena madre*, *El abogado veneciano*, etc.

CARLOS GOZZI (1718-1806) tomó varias de sus comedias (teatro *fiabesco*), de los cuentos populares de hadas, y en otras, al contrario de Goldoni, siguió utilizando los viejos tipos escénicos—Pantalón, Tartaglia, etc.—, y les dió un papel más concreto e intencionado. Esto era en parte una reacción contra la comedia *larmoyante* (*commedia flebile*), importada de Francia a Italia por Goldoni y el abate Chiari. Para muchas de sus comedias, Gozzi tomó los asuntos, y aun gran parte de los chistes y pormenores, de Tirso de Molina, Rojas, Moreto, Calderón y otros autores españoles.

España.—El teatro español del siglo XVIII vivió casi por completo a expensas de lo producido en el anterior, y sólo algunos autores como don ANTONIO DE ZAMORA (16...-1728) y don JOSÉ DE CAÑIZARES (1676-1750) trataron de imitar más o menos mañosamente a Lope, Calderón y demás autores de la buena época.

La tragedia clasicista tuvo no pocos cultivadores, observadores rígidos de las reglas establecidas por Boileau y Luzán. Entre ellos figuraron don Agustín de Montiano y Luyando—*Virginia* (1750), *Ataúlfo* (1753)—, don Nicolás Fernández de Moratín—*Lucrecia* (1763), *Hormesinda* (1777), *Guzmán el Bueno* (1777)—, don Gaspar Melchor de Jovellanos—el *Pelayo* (1769)—, don José Cadalso—*Sancho García* (1771)—, y don Ignacio López de Ayala—*Numancia destruida* (1775).

La comedia *larmoyante*, que aquí se llamó *llorona*, entró también en nuestro teatro, bien que, entre todas las que se escribieron, sólo merezca mención *El delincuente honrado* (1774), de Jovellanos. Aunque, efectivamente, sensiblera y declamatoria, *El delincuente honrado* es una comedia que interesa. Condenado a muerte el protagonista por haber matado en legítima defensa al primer marido de su esposa, hombre provocador y disipado, síguense las tribulaciones padecidas por ésta, por un amigo fiel y por un padre desdichado, quien, para mayor conflicto dramático, actúa como juez en la causa, ignorando que el

procesado fuese su hijo; todo lo cual termina con un oportuno indulto real.

Representábanse también en España comedias de lances sorprendentes y aun descabellados, sacadas por lo general de melodramas franceses y óperas italianas, y de las cuales don Leandro Fernández de Moratín hizo sátira en *La comedia nueva o el Café*.

Hubo un autor que supo llevar a las tablas un género netamente español, y fué DON RAMÓN DE LA CRUZ (1731-1794). Después de escribir tragedias classicistas, comedias, zarzuelas y otras obras dramáticas, don Ramón encontró su natural campo de acción en los *sáinetes*, que le habían de dar la totalidad de su fama. En estas donosas piecitas, verdadera continuación de los entremeses del Siglo de Oro, don Ramón de la Cruz supo trazar primorosamente cuadros de la vida madrileña, y especialmente en los tomados de las clases populares, majas, chisperos, castañeras, etc. Tales son *La Pepa y la Juana*, *Manolo*, *El Muñuelo*, *Las castañeras picadas*, *La maja majada* y otros muchos, pues don Ramón de la Cruz fué muy fecundo. *El fandango del candil*

La comedia española encontró su restaurador en DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1760-1828), hijo de don Nicolás. Propúsose don Leandro llevar a sus comedias «la utilidad y el deleite», mediante «un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas», y entre personajes de «la clase media de la sociedad»; en una palabra, importar a nuestra escena la comedia a la francesa, bajo las normas de Molière, de los autores a él subsiguientes y del italiano Goldoni. Como don Leandro tenía gran talento, aun con miras tan limitadas consiguió escribir dos comedias magistrales, *La Comedia nueva o el Café* (1792) y *El sí de las niñas* (1805), y otras tres aceptables, y con ellas, es innegable, regeneró nuestro teatro. Como poeta lírico, don Leandro se distinguió también por su corrección y transparencia; y como prosista, demostró ser excelente satírico en *La derrota de los pedantes* (1789) y buen erudito en otros escritos. *La mojejado*

CAPÍTULO XII

LA NOVELA EN EL SIGLO XVIII.—PRIMERAS MANIFESTACIONES.
LA NOVELA MORAL Y SENTIMENTAL.—NOVELISTAS INGLESES.
LA NOVELA EN FRANCIA.—ROUSSEAU Y SU INFLUENCIA
EN EL GÉNERO. — OTROS NOVELISTAS EUROPEOS. —
EL *WERTHER* DE COETHE.—LA NOVELA EN ESPAÑA.—
LA DIDÁCTICA. — EL ENCICLOPEDIISMO. —
PRINCIPALES DIDÁCTICOS.—ESPAÑA

En el primer tercio del siglo XVIII aparecen algunas novelas sueltas que bien pronto alcanzaron notoriedad. Una de ellas es la *Historia de Gil Blas de Santillana* (1715-1735), del escritor francés RENATO LESAGE (1668-1747). Es una imitación habilísimamente hecha de las novelas picarescas españolas, para lo cual Lesage buscó elementos y detalles en varias obras de nuestro Siglo de Oro, y especialmente en el *Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel. El protagonista, nacido de padres humildes en Santillana de Asturias, llega, después de muchas aventuras y picardías, a ser un personaje en la corte de Felipe IV, al servicio del conde-duque de Olivares.

Éxito no menos halagüeño tuvo dentro y fuera de Francia la novela *Manon Lescaut* (1731), original del ABATE PREVOST (1697-1763). Aunque demasiado descarnadas en sus trazos, las aventuras de Manon y del caballero des Grieux despiertan vivo interés por su realismo, y ofrecen motivo al novelista para un hondo análisis de pasiones y sentimientos.

Un novelista inglés, DANIEL DEFOE (1661-1731), publicó en 1719 una novela que había de hacerse famosa: las *Aventuras de Robinson Crusoe*. La interesante historia del naufrago habitante en una isla desierta, despertó el entusiasmo de miles y miles de lectores, y fué objeto de infinitas imitaciones, sobre todo en Alemania.

No menos notoriedad alcanzó otro novelista inglés, JONATÁN SWIFT (1667-1745), con sus *Viajes de Gulliver* (1726), que si bien tenían por principal objeto satirizar a la sociedad inglesa de la época, encerraban a la vez un valor puramente novelesco, especialmente en sus dos primeras partes, dedicadas a

la estancia del héroe en Lilibut, país de los enanos, y en Brobdingnag, pueblo de los gigantes. Escribió también Swift otras obras satíricas notables.

La novela moral y sentimental invade al mediar el siglo las literaturas europeas merced a otro novelista inglés: SAMUEL RICHARDSON (1689-1761). Compuso Richardson tres novelas, las tres en forma epistolar: *Pamela o la virtud recompensada* (1741), historia de una humilde joven que triunfa de todos los peligros y asechanzas que la amenazan; *Clarisa Harlowe* (1747), donde aparece la figura, que se hizo proverbial, del taimado seductor Lovelace; *Historia de Sir Carlos Grandison* (1753), donde es el caballero de este nombre quien encarna los nobles sentimientos del alma. Son novelas de análisis psicológico y de minuciosa predicación moral, en que muchos lectores, y sobre todo lectoras, encontraron solaz y emoción. La mejor de las tres es *Clarisa*. Otro novelista inglés, OLIVERIO GOLDSMITH (1728-1774), poeta también y crítico, adquirió popularidad por su novela *El Vicario de Wakefield* (1766), sentimental historia de un cura de aldea, muy hábilmente referida. Agreguemos los nombres de otros dos novelistas ingleses: ENRIQUE FIELDING (1707-1754), autor de excelentes novelas humorísticas, que en la titulada *José Andrews* (1742) hizo una parodia de *Pamela*, y LORENZO STERNE (1713-1768). Este último, uno de los más finos humoristas ingleses, manejó prodigiosamente la transición de sentimientos en *Tristram Shandy* (1759-1767) y en el *Viaje sentimental* (1768).

Los filósofos y enciclopedistas franceses mostraron gusto especial por la novela, y a veces la hicieron vehículo de sus ideas. Voltaire creó el cuento filosófico—*Zadig* (1747), *Micromegas* (1752), *Cándido o el optimista* (1759), *El Ingenuo* (1768), etc.—, en los cuales aparece más artista que en toda su obra, aunque frecuentemente llegue a la crudeza y el cinismo. Diderot escribió también novelas de mucha animación y realismo.

Pero la novela que tuvo resonancia extraordinaria fué *Julia o la nueva Heloísa* (1761), de Rousseau, escrita en forma epistolar e inspirada en las de Richardson. La desventurada historia de Julia d'Étangés y de su preceptor Saint-Preux, que hoy nos parece excesivamente difusa, expresa con vaga melancolía los sentimientos del amor y de la naturaleza; y aunque Rousseau per-

siguió en ella una lección social de moralización, en elogio de la sencillez nativa, la verdad es que ante todo agradó por el lirismo de su estilo y lo conmovedor de su trama. Muchos «corazones sencillos» latieron a compás de aquellos personajes de la novela, y la ola de sensibilidad que se extendió por el mundo entero, y que se reflejó en los libros y en las costumbres, tuvo por causa principal las páginas de *La nueva Heloisa*.

Todavía la literatura francesa de aquel siglo había de producir novelas que serían leídas, admiradas e imitadas en todas partes. En este número se contaron, no obstante su mediana valía, las dos de JUAN FRANCISCO MARMONTEL (1723-1799) tituladas *Belisario* (1767), sobre el desventurado general de Justiniano, y *Los Incas* (1778), relativa a la conquista del Perú por los españoles; y también, con mucha más razón, el *Viaje de Anacarsis a Grecia* (1778), del ABATE BARTHÉLEMY (1716-1795), donde este escritor supo aplicar la erudición al relato novelesco, y en cierto sentido dió forma a la novela arqueológica. También su imitador ESTEBAN LANTIER (1734-1826) alcanzó fama por el *Viaje de Antenor a Grecia* (1798).

Uno de los mayores triunfos de la novela francesa fué alcanzado por *Pablo y Virginia* (1788), de BERNARDINO DE SAINT-PIERRE (1737-1814). A la moción de efectos, agregó Saint-Pierre en su novela un elemento de singular atractivo: el pintoresco fondo del paisaje tropical, con su flora y su fauna exuberantes. Allí, y entre la abigarrada turba de una colonia, germina el amor de los dos adolescentes Pablo y Virginia, de modo bien funesto terminado: Virginia perece en un naufragio, de regreso de un viaje a Europa, y Pablo muere de dolor. Como Rousseau, su maestro, Saint-Pierre trató de probar en su novela que la civilización es dañosa y que solamente la vuelta al estado de sencillez primitiva puede hacer dichoso al hombre. En todo el mundo se leyó ávidamente *Pablo y Virginia*, y España fué una de las naciones donde causó mayor entusiasmo.

A la sazón habíase ya publicado en Alemania la famosa novela *Las cuitas del joven Werther* (1774), que fué un paso firme hacia el romanticismo. Esta novela, como *La nueva Heloisa* y las de Richardson, está escrita en forma de cartas, y termina con el suicidio del protagonista. La admiración que produjo esta novela de Goethe, llegó al fanatismo. En Alemania especialmente,

el héroe de la novela influyó en las ideas y en los sentimientos de toda una generación. Escribió Goethe otras novelas, entre ellas el *Wilhelm Meister* (1807-1821), de amplia y trascendental concepción.

En los últimos años del siglo alcanzan gran difusión las que pueden llamarse *novelas terroríficas*. Estas novelas, en que se hizo célebre la autora inglesa ANA RADCLIFFE (1764-1823), tendían a sobrecoger el ánimo de los lectores con sucesos espeluznantes, ocurridos en tétricos castillos o en otras mansiones misteriosas. El género novelesco, en sus diferentes manifestaciones, alcanzó tal difusión en esta época, que una novela de buen éxito salía bien pronto de su lugar de origen para llegar, traducida a otros idiomas, a los rincones más remotos.

España.—La novela sufre en España una paralización durante el siglo XVIII. La única novela digna de nota es la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes* (1758-1770), original del P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA (1703-1781), de la Compañía de Jesús. Es una novela satírica, en que con mucha gracia pone el autor en ridículo a los predicadores chabacanos que eran rémora de la cátedra sagrada. Encierra además una parte didáctica, y una exacta pintura de tipos y costumbres de Tierra de Campos. El estilo del *Fray Gerundio*, como el de las demás obras del P. Isla, es de gran amenidad.

DON PEDRO MONTENGÓN (1745?-1824) escribió varias novelas a imitación de Marmontel, Lantier y Rousseau, compuestas en estilo un poco premioso. Tales son *El Eusebio* (1786-88), *El Antenor* (1786), y *Eudoxia, hija de Belisario* (1793).

La didáctica.—La didáctica, como es natural, refleja mejor que ningún otro género literario el espíritu filosófico, combativo y demoledor, del siglo XVIII. De Francia, en las obras de Montesquieu, Voltaire, Diderot y otros, sale el impulso inicial, que bien pronto irradió a las demás naciones.

CARLOS DE SECONDAT, barón de MONTESQUIEU (1689-1755), escribió bastantes obras de vastos alcances, aunque algo desordenadas. Son las más notables las *Cartas persas* (1721), en que fustiga las costumbres y las instituciones europeas, bajo la ficción de una correspondencia que un persa, viajero por Francia, sostiene con sus amigos de Oriente; y *El espíritu de las leyes* (1748), de sentido ampliamente democrático. FRANCISCO

*Suma
Cada uno
de las
de Montesquieu*

MARÍA AROUET, por seudónimo VOLTAIRE (1694-1778), que en orden a la literatura compuso, como ya hemos visto, tragedias, poemas, sátiras y otras muchas obras con fecundidad extraordinaria, en las de filosofía, historia y polémica desarrolló descarnadamente sus ideas escépticas y revolucionarias. JUAN JACOBO ROUSSEAU (1712-1778), a quien ya hemos nombrado como novelista, combatió en todas sus obras los sistemas de la sociedad constituida, clamando por la vuelta al «estado de naturaleza». Así lo hizo especialmente en varios de sus discursos y en el *Emilio* (1762), tratado de educación, mientras que en *El contrato social* (1762) proclamó la legitimidad de la soberanía del pueblo. Todo este movimiento filosófico, científico y político del siglo XVIII, vino a reflejarse en la *Enciclopedia*, vasto diccionario cuyos principales autores fueron DIONISIO DIDEROT (1713-1748) y D'ALEMBERT (1717-1783), y en el que se resumen todos los conocimientos humanos y se tratan cuestiones de ciencia, arte, filosofía y política, todo ello con tendencia abiertamente materialista y opuesta al orden establecido. Diderot escribió también, como ya hemos visto, novelas y comedias, y en mayor número obras didácticas, de filosofía y crítica.

Entre los demás didácticos franceses de este siglo, baste citar a JUAN LUIS BUFFON (1707-1788), cuya *Historia Natural* no solamente fué una contribución magnífica a la ciencia de su tiempo, sino un dechado de estilo elegante y armonioso; y a JUAN FRANCISCO DE LA HARPE (1739-1803), que escribió obras de crítica literaria, entre ellas el *Curso de Literatura* (1799). No por sus méritos, pues fué crítico de ideas estrechas, sino por la influencia que en España ejercieron sus *Principios de Literatura* (1777), debemos citar al abate CARLOS BATTEUX (1713-1780).

En Inglaterra, se nos ofrece ante todo la figura de JOSÉ ADISSON (1672-1719), más que por sus libros célebre por haber fundado, en unión de Ricardo Steele, el periódico *El Espectador* (1711-1712), donde dió cabal perfección al *ensayo*, género periodístico iniciado por algún otro escritor inglés. Aunque ya con anterioridad se publicaban periódicos, *El Espectador* fué el primero propiamente literario, y bien pronto mereció imitaciones en todas las naciones.

En la crítica literaria, algunos autores ingleses defendieron

todavía la escuela clasicista, como Goldsmith en sus primeros escritos, y sobre todo SAMUEL JOHNSON (1709-1784), autor de unas *Vidas de los poetas ingleses* (1779-81), de un *Diccionario* (1755) y de otras obras críticas y literarias que en su tiempo gozaron de gran autoridad. Otros, por el contrario, combatieron el clasicismo, como Young en sus *Conjeturas sobre composición original* (1759), y HUGO BLAIR (1718-1801), escocés, en sus *Lecturas sobre Retórica y Bellas Artes* (1783).

De los historiadores ingleses de esta época, mencionaremos a GUILLERMO ROBERTSON (1721-1793), que escribió, entre otras obras, las muy conocidas *Historia del reinado de Carlos V* (1769) e *Historia de América* (1777), y a EDUARDO GIBBON (1737-1794), autor de la notabilísima obra *La decadencia y caída del imperio romano* (1776-88). Entre los demás didácticos, baste mencionar a DAVID HUME (1711-1776), filósofo escocés, y a EDMUNDO BURKE (1729-1797), que en sus obras se mostró hostil al movimiento democrático francés.

Ya hemos visto que en Alemania la crítica literaria y filosófica experimentó un vigoroso movimiento con las obras de Herder, Lessing, Goethe, etc. A ellos pudieran añadirse muchos nombres famosos, entre ellos el de JUAN JOAQUÍN WINCKELMANN (1717-1768), verdadero creador de la crítica de arte, y el de los filósofos MANUEL KANT (1724-1804) y JUAN GOTTLIEB FICHTE (1762-1814), que dejaron honda huella en el campo de las ideas.

Los didácticos italianos de más notoriedad en el siglo XVIII, son: LUIS ANTONIO MURATORI (1672-1750), que a más de obras monumentales en latín sobre ciencia histórica, escribió otras en italiano sobre literatura y materias varias; JUAN BAUTISTA VICO (1668-1744), que en los *Principios de una ciencia nueva* (1725), su obra principal, trató de aplicar la metafísica al estudio de los hechos; JOSÉ BARETTI (1716-1789), que defendió la comedia italiana de Carlos Gozzi contra la molieresca de Goldoni; MELCHOR CESAROTTI (1730-1808), que publicó un *Ensayo sobre la filosofía de las lenguas* (1787) sumamente notable; el marqués de BECCARIA (1738-1794), que hizo célebre su *Tratado de los delitos y las penas* (1764), traducido a todos los idiomas.

De los didácticos portugueses, merecen mención DIEGO BAR-

BOSA MACHADO (1682-1770), autor de la *Bibliotheca Lusitana* (1741-59), meritísima obra que contiene datos biográficos y críticos sobre los escritores de Portugal; LUIS ANTONIO VERNEY (1713-1792), conocido por *el Barbadiño*, que en su *Verdadero método de estudiar* (1746) hizo estudios pedagógicos; ANTONIO RIBEIRO DOS SANTOS (1745-1818), polígrafo de mérito. La *Academia Real de Ciencias* de Lisboa reunió en su seno a los hombres más ilustres, y llevó a cabo una labor científico-literaria de verdadera importancia.

✱ **España.**—Ya hemos visto la influencia que en nuestra literatura ejerció la *Poética* de Luzán. Apoyaron a éste no pocos escritores, y se le opusieron otros, como don Francisco Nieto de Molina, don Tomás de Eurauso y Zavaleta y don Vicente García de la Huerta.

Los didácticos españoles de este siglo, sobre todo en su segunda mitad, son muchos y muy valiosos, por lo cual sólo cabe mencionar a alguno de los principales.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO (1676-1764), de la orden de San Benito, publicó dos extensas obras, el *Teatro crítico universal* (1726-69) y las *Cartas eruditissimas* (1765). Una y otra están formadas por artículos relativos a materias muy diversas: literatura y estética, cuestiones sociales, filosofía, medicina, historia, etcétera, etc. El propósito principal del P. Feijóo fué divulgar entre toda clase de personas los adelantos de ciencias y artes, y combatir los errores, rutinas y supersticiones que corrían por España. Estas obras del P. Feijóo dieron lugar a una larga polémica.

El P. ENRIQUE FLÓREZ (1702-1773), agustino, dió cima en su *España Sagrada* a una obra monumental, en que, a la historia de las diócesis españolas, unió la transcripción de crónicas, escrituras y otros documentos de sumo interés. Publicó además el P. Flórez otros libros importantes.

El P. LORENZO HERVÁS Y PANDURO (1735-1809), de la Compañía de Jesús, autor de varias obras filosóficas, científicas e históricas, es ante todo celebrado por su magnífico *Catálogo de las lenguas* (1800-1805), que le coloca entre los primeros y más insignes fundadores de la filología comparada.

Don ANTONIO DE CAPMANY (1742-1813) publicó obras históricas de valía, aunque más fama le han dado la *Filosofía*

de la elocuencia (1777), tratado de retórica, y el *Teatro histórico-crítico de la elocuencia castellana* (1786-94), buena antología de prosistas castellanos con notable prólogo.

Don GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS (1744-1811), nacido en Gijón, ministro con Carlos IV, es uno de los más insig-nes españoles del siglo XVIII. En numerosos discursos y memorias desarrolló cuestiones literarias, históricas, artísticas, económicas, jurídicas, etc., todas ellas de gran interés nacional, y expuestas en un estilo de elegante sencillez. Ya hemos visto que Jove-llanos, como poeta lírico, abogó por los modelos ingleses, y como dramático logró imponer la comedia *llorona* con *El delincuente honrado*. Escribió también una tragedia, *Munuza*, que luego se llamó *Pelayo* (1815), y en la que respetaba los preceptos clasi-cistas.

SIGLO XIX

CAPÍTULO XIII

COMIENZOS DEL SIGLO.—LOS PRERROMÁNTICOS.—
EL ROMANTICISMO.—SUS INICIADORES.—EL ROMANTICISMO
EN ALEMANIA E INGLATERRA.—LORD BYRON Y WALTER
SCOTT.—EL ROMANTICISMO EN FRANCIA.—VÍCTOR HUGO,
DUMAS Y OTROS.—EL ROMANTICISMO EN ESPAÑA.—
LA NOVELA, LA LÍRICA Y EL DRAMA.—
EL ROMANTICISMO EN OTRAS NACIONES

Comienzos del siglo.—No obstante los chispazos que aquí y allá anunciaban una próxima renovación literaria, en los primeros años del siglo XIX todos los géneros se mantienen fieles a los patrones del anterior en la mayor parte de Europa. Aun en aquellas naciones que ya habían iniciado la transformación, como Alemania e Inglaterra, la mayor parte de los literatos desoyen la voz de los innovadores y se ajustan a las reglas conocidas.

Tal ocurre en España. El más grande poeta de esta época, don MANUEL JOSÉ QUINTANA (1772-1857), madrileño, fué continuador de Meléndez y Cienfuegos, bien que al caudal inspirador de éstos agregara nuevos y valiosos elementos. Cantó Quintana los ideales de patria, gloria y libertad, en odas enérgicas y briosas, no libres de énfasis, como las tituladas *A España después de la revolución de Marzo*, *Al armamento de las provincias españolas*, *Al combate de Trafalgar*, etc. Escribió Quintana dos tragedias a la manera clásica, *El Duque de Viseo* (1801) y el *Pelayo* (1805), y fué también elegante prosista y crítico perspicaz.

De la misma cuerda poética fué don JUAN NICASIO GALLEGO (1777-1853), sacerdote zamorano, especialmente celebrado por su oda *A la defensa de Buenos Aires* y sus elegías *El dos de Mayo* y *A la muerte de la duquesa de Frias*. Su poesía *El Conde de Saldaña* es un esbozo de leyenda de carácter prerromántico.

Entre los demás poetas españoles de este período, descuellan don ALBERTO LISTA (1775-1848) y don FÉLIX JOSÉ REINO-

SO (1772-1841), ambos sevillanos y sacerdotes, autor el primero de bellas odas, romances y sonetos, y el segundo del poema *La inocencia perdida* (1804), sobre el mismo asunto que el de Milton; don JUAN MARÍA MAURY (1772-1845), malagueño, cuyo poema *Esvero y Almedora* (1840) llama la atención por su brillante barroquismo; don MANUEL DE CABANYES (1808-1833), catalán, de elegantísimo apresto clásico, etc., etc.

En el teatro europeo seguían las tragedias clasicistas, aunque con más variedad de asuntos, que recorrían la historia de todas las épocas y de todas las naciones. Seguían también las comedias ciudadanas, no ya sólo con personajes de la clase media, sino también de las populares, y siempre acompañadas del elemento emotivo y de amplias consideraciones moralizadoras. Seguían, por último, los melodramas tremebundos, en los cuales llevaban la palma un autor alemán AUGUSTO KOTZEBUE (1761-1819), y dos franceses, RENATO CARLOS DE PIXÉRÉCOURT (1773-1844) y VÍCTOR DUCANGE (1783-1833). De Kotzebue se hicieron famosos, entre otros melodramas, *El sordomudo o el Abate de l'Epée* y *Misanropía y arrepentimiento* (1789); de Pixérécourt, *Celina o el hijo del misterio* (1801); de Ducange, *Treinta años o la vida de un jugador* (1827). En España gozaron estos melodramas de gran popularidad.

En la novela dominaban también los géneros de menos valor artístico, como eran las misteriosas o terroríficas y las de vulgar sensiblería.

Así estaban las cosas, cuando el romanticismo vino a imponer sus doctrinas.

Los prerrománticos.—Ya hemos hecho notar que algunos de los autores citados pueden ser considerados como prerrománticos o precursores del romanticismo, por virtud de ciertos rasgos contenidos en sus obras. Cífranse principalmente estos rasgos en el predominio del sentimentalismo, en el amor a la naturaleza y anhelos de soledad, en la descripción de escenas conmovedoras o lúgubres, en la evocación de episodios de la Edad Media. No es que cada uno de esos rasgos dejara de mostrarse en tal o cual escritor de otras épocas, sino que todos ellos cobraban ahora forma y virtualidad. La avidez del ideal y la pena oculta del bien malogrado, comenzaban a ser la obsesión de poetas y novelistas.

La *Clarisa* y demás novelas de Richardson, así como *Julia*

o la nueva *Heloise* de Rousseau, eran foco de abundante sensibilidad; los *Pensamientos nocturnos*, de Young, atraían la atención hacia los cuadros misteriosos y sepulcrales; los poemas del supuesto Ossian, evocaban edades pretéritas y poéticas figuras de bardos veladas entre la bruma; el fin desastroso de *Werther* ejemplarizaba los lamentables extravíos de la pasión ciega y avasalladora; la irreflexiva conducta de Carlos Moor, en *Los bandidos*, de Schiller, abría paso a la protesta violenta contra las injusticias sociales. Sin que esas obras y otras de análogas sugerencias, como los espantosos melodramas, las comedias lloronas y las novelas terroríficas, fuesen realmente románticas, iban llevando poco a poco al romanticismo. Menudeaban, pues, en todas las literaturas poesías y relatos de carácter prerromántico, y ya hemos visto que algunos poetas españoles, como Meléndez Valdés, Cadalso, Quintana y Gallego, tienen también alguna muestra.

El romanticismo.—El romanticismo, que flotaba ya en el ambiente, vino a tomar estado en Alemania merced a los dos hermanos Augusto-Guillermo y Federico Schlegel y a Luis Tieck. El adjetivo *romántico*, ya en uso antes de la reforma que tomó su nombre, significaba solamente lo novelesco y maravilloso, y en tal sentido le empleó todavía el propio Luis Tieck cuando dió a uno de sus primeros libros el título de *Poemas románticos*. Había de pasar algún tiempo hasta que se aplicara para designar un cuerpo de doctrina estética opuesto al del clasicismo.

El concepto de *romanticismo*, pues, se fué haciendo muy complejo, y al cabo de algunos años abarcó elementos muy heterogéneos, que coincidían, sin embargo, en romper las trabas formalistas propias del clasicismo. Si éste tomaba sus asuntos de la antigüedad clásica, el romanticismo los tomó de la Europa medieval o de los países orientales; si el clasicismo creía necesaria en sus poemas la intervención de los dioses mitológicos, el romanticismo buscó en la religión cristiana su fuente de inspiración; si el clasicismo hacía escaso aprecio de la literatura popular, el romanticismo utilizó frecuentemente sus cantos y tradiciones; si el clasicismo tenía como modelos dramáticos las tragedias y comedias a la francesa, el romanticismo proclamó supremos maestros del arte a Shakespeare y Calderón; si el clasicismo guardaba respetuosamente las reglas aristotélicas, el romántico rompió con ellas y defendió la libre inspiración del poeta; si el cla-

sicismo regulaba el juego de pasiones, el romanticismo las presentó en toda su espontaneidad y exaltación. En el clasicismo, pues, dominaba el cálculo, la reflexión, el orden; en el romanticismo, el fuego, la pasión, el sentimiento. Y en este punto, preciso es confesarlo, muchos de los románticos llegaron a los mayores abusos.

Dada esa complejidad del romanticismo, se explica que en él tuvieran cabida las reconstrucciones históricas de Walter Scott, los lirismos e ironías de lord Byron, las fantasías humorísticas de Hoffmann, las alucinadoras tramas de Hugo y Dumas, los legendarios relatos de Zorrilla.

El romanticismo en Alemania e Inglaterra.—Los dos hermanos Schlegel, que en Alemania, como ya se ha dicho, estatuyeron el romanticismo, fueron poetas, novelistas y sobre todo críticos. AUGUSTO-GUILLERMO (1767-1845), en sus *Lecciones sobre el arte y la literatura dramáticas* (1809), presentó la poesía romántica como la fusión de dos elementos, germánico el uno y neolatino o cristiano el otro. Sólo el teatro griego, el inglés y el español le parecían originales, en tanto que juzgaba duramente al teatro francés. Las figuras de Eurípides, de Shakespeare y de Calderón eran, a su juicio, las más altas del arte dramático. Su hermano FEDERICO (1772-1829) escribió notables estudios históricos sobre Grecia, Roma y la India, así como poesías de fácil invención. El principal poeta de la escuela fué LUIS TIECK (1773-1853), que se inspiró muy a menudo en las viejas canciones alemanas. En sus últimos años reaccionó contra el romanticismo, para mostrarse realista.

Autor saliente en la dramática alemana de este tiempo fué FRANZ GRILLPARZER (1790-1872), austriaco, gran admirador de los autores españoles del Siglo de Oro, especialmente de Lope y Calderón, de quienes recibió evidente influencia.

TEODORO HOFFMANN (1776-1822) es universalmente celebrado por sus *Fantasías* (1814), *Cuentos nocturnos* (1817), etcétera, donde, desplegando una poderosa fuerza imaginativa, encerró historietas llenas de misterioso atractivo. Conocidos de todos son *El caballero Gluck*, *Maestre Martín el tonelero*, *El consejero Krespel*, etc.

JUAN PABLO RICHTER (1763-1825) fué el estético del romanticismo, bien que con cierto criterio independiente; maestro

sin igual de humorismo, que encerró en obras de variado asunto, como *Procesos groenlandeses* (1783-85), *Extracto de los papeles del diablo* (1788), *Titán* (1800-1803), etc. Al servicio de este fino espíritu humorístico, puso una sensibilidad y una cultura excepcionales.

Dos poetas alemanes de la época romántica, aunque no precisamente de los militantes en esta escuela, merecen particular mención: Körner y Uhland. TEODORO KORNER (1791-1813) escribió vibrantes cantos guerreros inspirados por la lucha de la independencia: se le ha llamado *el Tirteo alemán*. LUIS ULHAND (1787-1862), jefe de la escuela poética de Suavia, reflejó fielmente el espíritu popular de la Edad Media, en baladas y canciones que son un prodigio de dulzura y colorido.

No se llamó romántico, aunque en el fondo lo fué con carácter peculiar, ENRIQUE HEINE (1798-1856). Poeta de humorismo sin igual, en los versos del *Intermezzo* (1823), del *Libro de los cantares* (1827) y de otras colecciones, diluyó su irónico escepticismo en rasgos profundos o delicados que tocan juntamente al corazón y a la inteligencia.

Inglaterra experimentó a fines del siglo XVIII la influencia de la literatura y la filosofía alemanas. Los poetas *lakistas*, así llamados (de *lake*), porque vivieron juntos algún tiempo en la región de los lagos, iniciaron los poemas románticos. GUILLERMO WORDSWORTH (1770-1850) y SAMUEL T. COLERIDGE (1772-1834) publicaron en colaboración las *Baladas líricas* (1807-15), en que rompían con las tradiciones clásicas. El primero fué además el teórico de la nueva escuela, y ambos publicaron separadamente otras obras poéticas. ROBERTO SOUTHEY (1774-1843) cuenta entre sus obras principales *Thalaba el destructor* (1801), poema de asunto árabe, *La maldición de Kehama* (1810), poema sacado de la mitología india, y *La vieja de Berkeley*, balada primorosa.

Pero el gran poeta del romanticismo inglés fué JORGE GORDON, LORD BYRON (1788-1824). Byron es ante todo un lírico fogoso, ardiente, apasionado. Tal se observa en sus geniales poemas: en *Childe Harold* (1812), cuyo protagonista, peregrino por Europa, refleja las inquietudes del propio poeta; en *El Corsario* (1814), sumamente romántico, abundante en colores de un orientalismo convencional; en *Lara* (1814), continuación,

al parecer, de *El Corsario*, que termina con la muerte del misterioso personaje llamado Lara; en *Don Juan* (1819-24), donde lord Byron toma al proverbial personaje español desde su nacimiento, y sucesivamente le hace ser náufrago en una isla, cautivo en Constantinopla, favorito de la emperatriz Catalina en Rusia, galán aventurero en Inglaterra. Tal se ve igualmente en otros poemitas—*La desposada de Abydos*, *Mazzeppa*, *Beppo* (1818)—y aun en sus obras dramáticas, como *Manfredo* (1817). Aun siendo sus obras variadas, lo que aparece siempre en ellas es la personalidad del poeta, ya en hondos rasgos de humorismo, sarcásticos a veces, ya en digresiones sobre moral, política o literatura, ya en amargas y sombrías reflexiones. Otro de los atractivos en los poemas de lord Byron, es la pintoresca y gallarda manera de relatar.

Agreguemos, entre los poetas ingleses de esta época, a TOMÁS MOORE (1779-1852), irlandés, autor de versos sobradamente dulces; a PERCY B. SCHALLEY (1792-1822), gran poeta, aunque de ideas disolventes; y a JUAN KEATS (1795-1821), autor de obras realmente geniales, como el fragmento épico *Hyperion* (1819) y varias odas.

WALTER SCOTT (1771-1832), escocés, fué el novelista romántico por excelencia, no ya sólo en Inglaterra, sino en el mundo entero. Comenzó publicando varios poemas, como *Marmion* (1808), *La dama del lago* (1810), etc., con asuntos del feudalismo escocés; pero luego abandonó el verso por la prosa, y vino a crear la novela histórica romántica. Muchas fueron las que publicó, en las cuales al elemento histórico unía hábilmente relatos del colorido más poético. En un principio pintó la Escocia del siglo XVIII—*Waverley* (1814), *El anticuario* (1816), *Rob Roy* (1818), etc.—; pero luego buscó sus asuntos en tiempos más remotos y en la historia de Inglaterra y de otras naciones—*Ivanhoe* (1820), *El talismán* (1825), *Quintín Durward* (1823), etcétera—. Obras maestras en el género son *Ivanhoe*, referente a la lucha entre las dos razas que, a fines del siglo XII, se disputaban el dominio de Inglaterra, y *Quintín Durward*, en que, a las luchas de Luis XI y Carlos el Temerario, se une la historia amorosa de Quintín Durward e Isabela. Las novelas históricas de Walter Scott fueron traducidas e imitadas en todas las naciones. Tenía este género el inconveniente de crear un mundo ca-

balleresco no poco arbitrario, por mucho que el autor quisiera documentarse y ser fiel a la verdad; pero, admitido ese convencionalismo, acaso en él estribara el mayor encanto de esta clase de novelas.

El romanticismo en Francia.—Las obras del VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND (1768-1848) anunciaron ya en Francia la proximidad del romanticismo. Escritor de una sensibilidad vivísima, embargado siempre por la melancolía y el ensueño, buscó ávidamente la poesía en la fe cristiana y en los encantos de la naturaleza, y los tradujo en bellas páginas de prosa rítmica, con frecuencia afectada. En *Atala* (1801), presenta la triste historia, desenvuelta en tierra americana, de Chactas y de Atala, hija ésta de un guerrero indio; en *René* (1805), el héroe es una especie de Werther cristiano, que, abrumado por la tristeza y la desesperación, en vez de suicidarse se refugia en las soledades de América, en medio de los salvajes; el *Genio del Cristianismo* (1802) y *Los mártires* (1809), poema este último en prosa, tienden a poner de manifiesto que «de todas las religiones que han existido, la religión cristiana es la más práctica, la más humana, la más favorable a la libertad, a las artes y a las letras.» Igualmente bellas son otras obras de Chateaubriand, como el *Itinerario de París a Jerusalén* (1811), abundante en descripciones, y las *Memorias de Ultratumba* (1849-50), interesante autobiografía.

MADAME DE STAEL (1766-1817), escritora de poderosa inteligencia, viajó en 1804 y 1808 por Alemania, y a su regreso en Francia publicó el libro *De la Alemania* (1810), donde daba a conocer el movimiento filosófico y literario que por entonces agitaba los espíritus en el país germánico, hacía el elogio de Lessing y Winckelmann, de Goethe y de Schiller, y explicaba la naturaleza del romanticismo. Este libro contribuyó grandemente al fomento del romanticismo francés. Escribió Madame de Stael dos novelas, *Delfina* (1802) y *Corina* (1807), flojas por su estilo, verdaderos alegatos en favor del naciente feminismo, y cuyas protagonistas, víctimas, según la autora, de los prejuicios sociales, mueren de dolor después de unos amores contrariados.

La escuela romántica francesa quedó realmente constituída hacia 1824, en la tertulia que CARLOS NODIER (1780-1844),

excelente cuentista, reunía en el salón del Arsenal, y a la que asistían literatos jóvenes. En 1827, cuando ya los románticos se juntaban en el llamado *Cenáculo*, Víctor Hugo publicó su prefacio de *Cromwell*, verdadero manifiesto de la nueva escuela, y poco después, en 1830, ésta triunfó plenamente con el ruidoso estreno del drama *Hernani*, del mismo poeta.

Los más notables y caracterizados poetas del romanticismo francés fueron Lamartine, Víctor Hugo, Musset y Alfredo de Vigny. Ni todos ellos tuvieron el mismo matiz romántico, ni permanecieron siempre en su primera actitud, sino que evolucionaron más o menos.

ALFONSO DE LAMARTINE (1790-1869), autor de bellísimas poesías, bebió la inspiración en las eternas fuentes de la fe (*La plegaria*, *El cristianismo moribundo*), del amor (*El lago*), de la naturaleza (*El otoño*). Su primer tomo de poesías fué el titulado *Meditaciones poéticas* (1820), al que siguieron otros varios. Es poeta melancólico y versificador de inefable armonía. En *Jocelyn* (1836) trazó una especie de idilio épico bajo la forma del diario de un cura de aldea, y en *La caída de un ángel* (1838) hizo un ensayo de poesía filosófica.

VICTOR HUGO (1802-1885) fué el poeta francés de más fama en el siglo XIX. En sus primeras colecciones de poesías, *Odas y baladas* (1822-26), sufrió la influencia de Chateaubriand y Lamartine; después, en *Orientales* (1828), trazó cuadros de colorido convencional, pero de suma brillantez, con un verdadero alarde de fuerza imaginativa; y en *Hojas de otoño* (1831), *Rayos y sombras* (1840), etc., poetizó sobre motivos muy diversos. Más tarde, ya en completa posesión de su genio, cultivó la poesía social y política en *Los castigos* (1853), la filosófica en *Las contemplaciones* (1856), mientras que en *La leyenda de los siglos* (1859-1876), vasto fragmento épico, abarcó en varios cuadros simbólicos el proceso entero de la vida humana. En el teatro, pretendió sustituir la tragedia clásica por el drama en verso; pero no lo consiguió por completo. Sus dramas, ricos por su versificación y vehemencia, son pobres en la invención psicológica y en la acción, y a veces se aproximan al melodrama. Los más célebres son *Hernani* (1830) y *Ruy Blas* (1838), inexactas interpretaciones de la España de los siglos XVI y XVII; *El rey se divierte* (1832), donde el elemento trágico llega a su colmo;

Lucrecia Borgia (1833), no menos aterradora; *Marion Delorme* (1831), especie de rehabilitación de una célebre cortesana. Como novelista, las principales obras de Víctor Hugo son *Nuestra Señora de París* (1831), animadísima evocación del París del siglo xv, y *Los miserables* (1862), novela desigual y confusa, de cierto carácter folletinesco.

ALFREDO DE MUSSET (1810-1857) se dió a conocer como poeta en sus *Cuentos de España y de Italia* (1830), profusos en colores, y afirmó su fama con otras colecciones de poesías. Fué Musset un poeta subjetivo, de tendencia elegíaca. En alguna de sus producciones, y especialmente en el poema *Namouna*, imitó a Byron. En el teatro, mostró la misma sutileza y sentimiento poético.

ALFREDO DE VIGNY (1797-1863), de temperamento diferente al de la generalidad de los románticos, fué un poeta filósofo, inclinado al pesimismo. Escribió también la novela histórica *Cinq-Mars* (1826) y varios dramas, entre ellos el titulado *Chatterton* (1835), en el cual, como en tantas y tantas obras románticas, el protagonista se suicida.

En el teatro, el romanticismo francés dió entrada a las mayores falsedades y aun a la inmoralidad descubierta, y para conseguir los mayores efectos adulteró el carácter de los personajes históricos, cometió inverosimilitudes de toda clase, enmarañó desmesuradamente los asuntos y prodigó las situaciones tremebundas o patibularias. Ello se compensó, en cambio, con la vehemencia y el juego de pasiones, recursos infalibles para la atracción del interés. A más de los ya citados—Víctor Hugo, Musset, Vigny—, cultivaron el género otros autores, y en especial ALEJANDRO DUMAS (1803-1870), que extremó como nadie los defectos arriba referidos. Tal se ve en sus dramas más famosos—*Antony* (1831), *La torre de Nesle* (1832), *Catalina Howard* (1834), etc.—, que en su tiempo causaron delirante admiración. Dumas escribió también muchas novelas, en que, si reveló una imaginación prodigiosa y admirables dotes de narrador, saltó por toda clase de miramientos con tal de despertar el interés—*El Conde de Montecristo* (1841-45), *Los tres mosqueteros* (1841), *La reina Margot* (1845), etc.

Algún otro novelista francés de esta época requiere mención. LUCILA AURORA DUPIN, más conocida por su seudónimo de

JORGE SAND (1804-1876), en sus primeras novelas, *Indiana* (1832), *Valentina* (1832) y *Lelia* (1833) elevó una protesta contra las que entendía ser injusticias sociales en perjuicio de la mujer, y glorificó el amor como principio superior de la existencia; mientras que luego escribió otras de tendencia socialista, y por último algunas más de asunto campestre, que son las mejores. PRÓSPERO MÉRIMÉE (1803-1870) escribió las primorosas novelas cortas que se titulan *Colomba*, *Las almas del Purgatorio*, *Carmen* (1847), de asunto español, más o menos auténtico, algunas de ellas. En cuanto a Stendhal y Balzac, si bien vivieron en estos años, cultivaron la novela realista.

El romanticismo en España.—La noticia del movimiento romántico alemán llegó pronto a España, pues don Nicolás Böhl de Faber, cónsul de Alemania en Cádiz, tradujo al castellano en 1814 parte de *Las lecciones de literatura dramática*, de Augusto-Guillermo Schlegel, y con tal motivo hizo el elogio de Calderón de la Barca y de otros autores de nuestro Siglo de Oro; pero como las anteriores doctrinas literarias estaban muy arraigadas en España, esta primera tentativa fracasó, y fué necesario que, años más tarde, viniese de Francia el romanticismo triunfante, para que venciera también en nuestra patria.

Las primeras manifestaciones del romanticismo español, corresponden a la novela histórica, imitada de Walter Scott. La primera publicada fué *Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne* (1830), de don RAMÓN LÓPEZ SOLER (1806-1836), y a ella siguieron otras muchas. Entre las mejores figuran *El doncel de Don Enrique el Doliente* (1834), de MARIANO JOSÉ DE LARRA (1809-1837), relativa a los trágicos amores del trovador gallego Macías; *El señor de Bemibre* (1844), de ENRIQUE GIL Y CARRASCO (1815-1846), en que, con los últimos hechos de los templarios en España, se relaciona una triste historia de amor; y las tres de FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA (1818-1895), *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los Vascos en el siglo VIII* (1877).

Los dos más grandes poetas del romanticismo español son Espronceda y Zorrilla.

JOSÉ DE ESPRONCEDA (1808-1842), nacido en Almendrajejo, compuso encantadoras poesías líricas, entre las cuales sobresalen las canciones (*Canción del Pirata*, *El canto del Cosaco*,

El mendigo, etc.), en que resuenan los gritos de rebeldía tan frecuentes entre los románticos. Dos poemas extensos—aparte de unos fragmentos del *Pelayo*, escritos en su juventud—, tiene Espronceda: *El Diablo Mundo* (1840-41) y *El estudiante de Salamanca* (1840). El primero es un poema filosófico-social, al estilo del *Don Juan*, de lord Byron, y de *Namouna*, de Musset. El problema en él planteado, y que tiende a demostrar la perpetua inquietud humana en busca del «más allá», aparece diluido en una serie de bellísimas digresiones, rasgos de humorismo y sutiles reflexiones. *El estudiante de Salamanca* (1840) es una leyenda basada en la antigua tradición del hombre descreído que presencia su propio entierro. Este personaje es aquí el estudiante don Félix de Montemar, reñidor y desalmado, que sufre el castigo divino entre fantásticas circunstancias. Espronceda presenta en sus obras ligeras reminiscencias de Byron, de Musset, de Barbier, que en nada disminuyen su mérito. Fué un poeta de imaginación poderosa, que derrochó en sus versos la luz y el color, y mostró la incomparable ductilidad de nuestro idioma en la dicción poética.

JOSÉ ZORRILLA (1817-1893), de Valladolid, representa en el romanticismo español la tendencia legendaria genuinamente nacional. Escribió cerca de treinta leyendas, en las cuales recogió, y narró primorosamente, otras tantas tradiciones llenas de interés. Todos los españoles conocen *A buen juez mejor testigo*, *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*, *Margarita la Tornera*, etc. En el extenso poema *Granada* (1852) evocó en brillantes colores el término de la dominación árabe en España, y en *La leyenda del Cid* (1882) trazó una especie de romancero moderno del héroe burgalés. Zorrilla llevó ese mismo venero nacional a sus obras teatrales, y fué el mejor cultivador del drama histórico que, en sustitución del exaltadamente romántico, se creó en España. A ese género pertenecen *El Zapatero y el Rey* (1840-41), *El eco del torrente* (1842), *Traidor, inconfeso y mártir* (1849), etcétera. En *Don Juan Tenorio* (1844) supo aprovechar mejor que nadie la tradición de «el convidado de piedra», que, llevada primeramente al teatro por Tirso de Molina, dió después asunto a muchos autores. Como poeta lírico, Zorrilla se distinguió por su fluidez y musicalidad.

Entre los demás poetas románticos españoles, ocupan lugar

preferente el ya citado Enrique Gil y Carrasco, de inefable delicadeza, NICOMEDES PASTOR DÍAZ (1811-1863), melancólico y pesimista, GABRIEL GARCÍA TASSARA (1817-1875), que por su inspiración robusta es ya poeta de transición, y el P. JUAN AROLAS (1805-1849), que cultivó el *orientalismo* en composiciones fulgurantes, así como también las leyendas.

El teatro romántico español se inició con los dramas *Aben Humeya* (1830) y *La conjuración de Venecia* (1834), de FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA (1787-1862). Antes de estas obras, este poeta granadino había escrito poesías imitadas de Quintana y Meléndez Valdés, varias tragedias clasicistas, comedias moratinianas y una *Poética* (1827) abiertamente clasicista; y ahora, al pasarse al romanticismo, no lo hacía sino tímidamente. No obstante, esos dos dramas, compuestos en prosa, ofrecen innegables cualidades de soltura escénica y fuerza pasional.

Los tres dramas más característicos del romanticismo español son *Don Alvaro o la fuerza del sino* (1835), del duque de Rivas; *El Trovador* (1835), de García Gutiérrez; y *Los amantes de Teruel* (1837), de Hartzenbusch.

Don ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS (1791-1865), cordobés, comenzó también por escribir poesías quintanescas y tragedias clasicistas; pero en el poema *El moro expósito* (1834), basado en la leyenda de los Infantes de Lara, se orientó ya hacia el romanticismo. Su citado drama *Don Alvaro o la fuerza del sino*, con el que hizo irrumpir en la escena española todas las audacias románticas, descuellan por lo conmovedor de su acción, en que el protagonista, víctima de la fatalidad, lleva la desgracia a una familia y muere trágicamente. De las demás obras del duque de Rivas son principalmente célebres los *Romances históricos* (1841), en que con gran amenidad narró interesantes episodios tomados de la historia o de la tradición (*Una antigualla de Sevilla*, *Recuerdos de un grande hombre*, *Un castellano leal*, etc.).

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ (1813-1884), de Chiclana (Cádiz), se dió a conocer por su citado drama *El Trovador*, cuya acción, llena de interés y emoción intensa, se supone acaecida en Aragón en los primeros años del siglo xv. Aunque García Gutiérrez escribió otras muchas obras dramáticas, y algunas muy

notables, como *Simón Bocanegra* (1843) y *Juan Lorenzo* (1865), en *El Trovador* se basa su fama.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH (1806-1880), madrileño, hijo de un ebanista alemán, inspiró su drama *Los amantes de Teruel* en un tradición muy conocida y ya utilizada por otros autores españoles. Los amores de Diego Marsilla e Isabel de Segura, la abnegación de aquél por hacerse digno de su amada, el obligado matrimonio de la joven con don Rodrigo de Azagra, y, últimamente, la trágica muerte de los amantes, dictaron a Hartzzenbusch una de las más bellas producciones del teatro español. Después de este drama, si bien dió algunos toques románticos, prefirió un prudente eclecticismo. Escribió también Hartzzenbusch excelentes poesías líricas y trabajos de erudición muy estimables.

Después de la efervescencia romántica, los dramáticos españoles prefirieron el drama histórico, en que se distinguieron asimismo Zorrilla, Hartzzenbusch y García Gutiérrez.

Hubo en este tiempo un autor cómico español de mérito excepcional, y fué **MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS** (1796-1873), versificador incomparable, observador habilísimo, fecundo en chistes de buena ley. Con asuntos muy sencillos y tomados de la vida y costumbres de la época, escribió más de ciento cincuenta comedias llenas de atractivo, entre las que figuran *Marcela o ¿a cuál de los tres?* (1831), *Muérete y verás* (1837), *El pelo de la dehesa* (1840) y *La batelera de Pasajes* (1841). Las poesías sueltas de Bretón, sobre todo las sátiras en tercetos y octavas y las letrillas, son otras tantas muestras de esa versificación espontánea y fácil hasta lo extraordinario.

El romanticismo en otras naciones.—El romanticismo italiano tuvo en los comienzos del siglo XIX un precursor de tanto mérito como **HUGO FÓSCOLO** (1778-1827). Bajo la impresión que le había producido el *Werther*, Hugo Fóscolo, que, por otra parte, fué adepto al clasicismo, terminó su melancólica y sombría novela *Ultimas cartas de Jacobo Ortis* (1802), cuyo protagonista va arrastrado al suicidio, no ya sólo por el amor, sino también por el fracaso de sus esfuerzos en favor de la libertad de Italia. La obra maestra de Fóscolo, sin embargo, es el poemita *Los sepulcros* (1807), en que hace la exaltación del culto a los muertos.

El triunfo del romanticismo en Italia se debe a **ALEJANDRO**

MANZONI (1785-1873). Era ya conocido este poeta por sus *Himnos sacros* (1810), cuando dió a la escena las tragedias *El conde de Carmagnola* (1820) y *Adelchi* (1823), escritas algún tiempo antes de su representación; basada la primera en la historia de un famoso *condottiere* del siglo xv, decapitado en Venecia, y la segunda en la lucha de Carlomagno con los lombardos. Como fuera objeto de acerbas críticas por el carácter innovador de estas tragedias, contestó con una carta *Sobre la unidad de tiempo y de lugar* (1823), escrita en francés, y que es un verdadero manifiesto romántico. Introdujo también Manzoni en el romanticismo italiano la novela histórica, con la titulada *Los novios* (I promessi sposi.—1827). Su asunto, localizado en Lombardía durante la dominación de los españoles en el siglo xvii, es la sencilla historia de dos prometidos, Renzo y Lucía, que para llegar al matrimonio han de vencer grandes dificultades, suscitadas por el señor de la comarca, don Rodrigo. Desde el punto de vista literario y desde el lingüístico, esta obra es de gran importancia para las letras italianas.

SANTIAGO LEOPARDI (1798-1837), formó contraste con Manzoni, por el tono de su producción. Derramó en sus versos todo el dolor que guardaba su alma, y es por ello un poeta de pesimismo desconsolador. Sus más famosas composiciones poéticas son *A Italia*, *En el monumento a Dante*, *A Angelo Mai* y otra titulada *El amor y la muerte*, en que expresa con vehemencia su deseo de abandonar la vida. En prosa escribió Leopardi notables obras, como los *Opúsculos morales* (1827), y, versadísimo en las lenguas y literaturas clásicas, tradujo a varios autores griegos y latinos.

Más que por sus tragedias y poesías, mejores éstas que aquéllas, SILVIO PELLICO (1789-1854) es famoso por el libro *Mis prisiones* (1832), donde, con tanta sencillez como resignación, refiere la historia de su cautiverio en Austria para «excitar a los corazones bien nacidos—dice—a amar mucho, a no odiar a nadie, a no detestar más que la degradación moral.»

El romanticismo en Portugal revistió una de sus formas más simpáticas, pues huyó por lo general de las exaltaciones para mantenerse en el terreno de la apacibilidad. El verdadero introductor de la escuela fué ALMEIDA GARRETT (1799-1854), que en los poemas *Camoës* (1825) y *Doña Blanca* (1829) dió los

primeros pasos. Fué en el teatro donde realizó principalmente su labor. Sus obras dramáticas principales, son: *Un auto de Gil Vicente* (1838), relativa a la época del rey don Manuel I y al poeta que fundó el teatro nacional portugués; *Doña Filippa de Vilhena* (1840), sobre la revolución de 1640; y *Frey Luis de Sousa* (1844), referente a la vida de este escritor del siglo XVII. Como lírico, la mejor colección poética de Almeida Garrett es la titulada *Hojas caídas* (1853), donde la expresión del amor alcanza finos matices. También inició Garrett la novela histórica al modo romántico.

Fué, sin embargo, ALEJANDRO HERCULANO (1810-1877) quien con más fortuna cultivó en Portugal la novela histórica. En sus *Leyendas y narraciones* (1851) incluyó primorosas novelitas, como *Arras por fuero de España*, *La dama del pie de cabra*, etc. Al mismo género pertenecen otras dos novelas excelentes, *Eurico el Presbitero* (1844) y *El Monje del Cister* (1848), aquélla relativa a la época de la invasión sarracena, y ésta a la de don Juan II. Las poesías de Herculano recuerdan a las de Víctor Hugo y Vigny. Escribió también una *Historia de Portugal* (1846-53), en que abarcó solamente desde los orígenes hasta Alfonso III. Después de Herculano, fueron bastantes los escritores portugueses que cultivaron la novela histórica.

Entre los líricos portugueses de esta época, figuran ANTONIO FELICIANO DE CASTILHO (1800-1875), superior a todos por la armonía y pureza de sus versos, traductor de poetas antiguos y modernos, y JUAN DE LEMOS (1819-1890), director de la revista *El Trovador*, y que en sus colecciones de poesías *Cancionero* (1858-67) y *Canciones de la tarde* mostró sus privilegiadas facultades de colorista.

En otros países sobresalen por esta época notables poetas y prosistas, más o menos entregados al romanticismo. En Rusia, el verdadero jefe de esta escuela fué ALEJANDRO PUCHKIN (1799-1837), muerto en desaffo. Reveló la influencia de Byron, de Hugo, de Musset, pero manteniéndose fiel al genio nacional. Su estancia en el Cáucaso, Crimea y Besarabia, le permitió llevar un orientalismo auténtico a poemas como *El prisionero del Cáucaso* y *Los Zíngaros* (1820-24). Escribió baladas insuperables. Sus obras maestras son el poema *Onieguin* (1830), de asunto

contemporáneo, y el poema dramático *Boris Godunov* (1831), en que evocó la Rusia de otras épocas.

MIGUEL LÉRMONTOF (1814-1841), muerto, como Puchkin, en duelo, es también de filiación byroniana. Cantó la vida del Cáucaso, su naturaleza agreste, sus leyendas y tradiciones. En *Un héroe de nuestro tiempo* (1841), interesante narración en prosa, dió entrada a algunos pormenores autobiográficos.

En Dinamarca, ADÁN G. ØHLENSCHLEGER (1779-1850) introdujo muy a principios del siglo XIX las pautas románticas, tomadas de fuentes alemanas. Compuso, entre otras cosas, poemas y dramas tomados de los tiempos heroicos del Norte. Su poema *Aladino* (1805) es notable por el colorido oriental.

De Suecia merecen especial recuerdo AMADEO ATTERBOM (1790-1855), poeta de gran idealismo y delicadeza, autor de los poemas *La isla de la felicidad* (1813) y *El pájaro azul* (1830), e ISAÍAS TEGNER (1782-1846), que, inspirándose en las leyendas populares, escribió obras de gran originalidad, y en especial el poema *La Saga de Frithiof* (1825).

Un poeta polaco hay de gran renombre, ADÁN MICKWICZ (1798-1855), cuyas baladas iniciaron en Polonia la poesía netamente nacional. Cultivó también el orientalismo poético. La más celebrada de sus obras es la titulada *Pan Tadeusz* (1834), poema en que reflejó tan fiel como poéticamente la vida de Lituania. Escribió una novela histórica, *Conrado Valленrod* (1828).

No es posible omitir en esta rápida enumeración de autores el nombre de cuatro norteamericanos: Cooper, Irving, Longfellow y Poe.

FEMINORE COOPER (1789-1851) adquirió fama universal por sus novelas, en que desenvolvió atrayentes episodios de las razas indígenas de Norteamérica y de la vida del mar. Efectivamente, en novelas como *El último mohicano* (1826), *La Pradera* (1827), *El cazador de ciervos* (1841), trazó un amplio cuadro, un poco idealizado, las costumbres de los pieles rojas, en su decadencia ante la raza anglo-sajona. En otras como *El Piloto* (1824), *El corsario rojo* (1827), *Los dos almirantes* (1842), hizo una gráfica pintura de los trabajos y aventuras de la gente de mar, con abundantes descripciones de batallas, tempestades y naufragios. No fué Feminore Cooper un escritor atildado y ele-

gante; pero supo describir magistralmente y dar a sus relatos el más vivo interés.

WASHINGTON IRVING (1783-1859) compuso preciosos artículos de costumbres y cuentos, entre ellos los contenidos en *La Ahambra* (1832), de asunto español. Irving estuvo mucho tiempo en España y escribió libros de tanto interés como la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* (1828), ilustrada con importantes datos, y la *Conquista de Granada* (1829), donde, sin faltar a la verdad histórica, dió entrada al elemento poético. Es el de Washington Irving un romanticismo encantador.

ENRIQUE W. LONGFELLOW (1807-1882), poeta de notable fecundidad, escribió colecciones de poesías, dramas, etc. Su obra más popular es el poema *Evangelina* (1847), apacible y sentimental idilio, relacionado con el destierro de los franceses residentes en Nueva Escocia. De las famosas *Coplas* de nuestro Jorge Manrique, hizo Longfellow una traducción al inglés, que ha merecido unánimes elogios.

EDGARDO ALLAN POE (1809-1849) fué gran versificador y autor de versos muy emotivos. Su poesía *El cuervo*, sombría y misteriosa, magníficamente traducida a nuestra lengua por el venezolano Pérez Bonalde, ha conseguido popularidad sin límites. No la alcanzó menor Poe como prosista por sus *Cuentos de los grotescos y arabescos* (1840) y otros de asunto fantástico, a la manera de los de Hoffmann, y que mantienen al lector en curiosidad creciente. Conocidísimos en España, como en todas partes, son los titulados *La esfinge*, *Un viaje a la Luna*, *Morella*, así como aquellos otros que se titulan *Doble crimen de la calle Morgue* (1841)—el primer cuento que se ha escrito de asunto policíaco—y *El escarabajo de oro* (1843).

Prosistas varios.—Como la novela, a que ya queda hecha referencia, los demás géneros en prosa lograron amplio cultivo en la época romántica. Muy extendido estuvo el artículo de costumbres, de que por lo general dió la norma el escritor francés VÍCTOR JOSÉ JOUY (1764-1846), con su libro *L'Hermite de la Chaussée d'Antin* (1812-14). En España, RAMÓN DE MESONERO ROMANOS, *El Curioso Parlante* (1803-1882), escribió el *Panorama matritense* (1835) y *Escenas matritenses* (1842); SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN, *El Solitario* (1799-1867),

las *Escenas andaluzas* (1847); y Mariano José de Larra, *Figaro*, ya citado, bastantes artículos insertos en periódicos varios.

El cuento infantil tiene durante este tiempo en Europa tres cultivadores celeberrimos: los alemanes JACOBO (1785-1863) y CARLOS GRIMM (1786-1859), y el danés CRISTIÁN ANDERSEN (1805-1875). Aquéllos recogieron cuentos de la tradición popular alemana, coincidentes en gran parte con los de otras literaturas; éste compuso otros de singular encanto, que bien pronto alcanzaron difusión en todas las naciones.

En la historia, hallamos de un lado las tendencias predominantes en Francia, ya fundadas en la reconstrucción artística de los hechos, ya en las abstracciones y síntesis históricas. Es la historia de THIERRY (1795-1856), de MICHELET (1798-1874), de GUIZOT (1787-1874). De otra parte, la historia objetiva, sometida a la investigación metódica, menos atenta a la brillantez del estilo que a la verdad de los hechos, y es la historia cultivada en Alemania por NIEBUHR (1776-1831), RANKE (1795-1886), etc. Historiadores, críticos y ensayistas fueron en Inglaterra TOMÁS MACAULAY (1800-1859), autor de una *Historia de Inglaterra* (1848-61) amena y precisa, y TOMÁS CARLYLE (1795-1881), cuyas obras más importantes son *Sartor Resartus* (1838), autobiografía humorística, y *Los héroes y el culto de los héroes* (1841), estudio de la misión cumplida en la historia de la humanidad por los hombres superiores. Mencionaremos también, por sus méritos y notoriedad, al crítico francés CARLOS AGUSTÍN SAINTE-BEUVE (1804-1869), que introdujo en la crítica el método psicológico y fisiológico, fundado en la teoría de que la obra artística depende de las circunstancias físicas y morales que en el autor concurren.

CAPÍTULO XIV

LA LITERATURA REALISTA.—LA POESÍA.—LA POESÍA SENTIMENTAL.—LA POESÍA CÍVICA.—LA POESÍA FILOSÓFICA.—LA POESÍA NARRATIVA Y DESCRIPTIVA.—LAS ESCUELAS POÉTICAS MODERNAS.—EN ESPAÑA.—EN OTRAS LITERATURAS.—LA POESÍA DRAMÁTICA.—EL REALISMO TEATRAL.—EL DRAMA HISTÓRICO Y EL NEORROMÁNTICO.—EL TEATRO DE IDEAS.
LA COMEDIA MODERNA

Salvo en algunas literaturas rezagadas, el romanticismo no pasa del año 1850, y ni siquiera a esa fecha llega en su primitiva forma de exaltación. Al mediar el siglo, sobreviene una reacción que da lugar a la instauración y predominio del realismo.

Esta literatura realista, que había de prevalecer, no se presentó con carácter uniforme, sino que tomó tantas direcciones como estímulos solicitaban la atención del hombre, ya en los acontecimientos de la vida individual y colectiva, ya en los fervores patrióticos, ya en los ideales de justicia social, ya, finalmente, en los problemas y aspiraciones de orden práctico. Aun en los casos de expresión subjetiva, los escritores de esta época no dejan oír, como los románticos, palabras de pesimismo, desesperación y hastío, sino que reflejan inquietudes y anhelos más naturales al espíritu sereno. Y no sólo eso, sino que, mucho más amplia y comprensiva la concepción artística, no se mantiene tan sólo en el terreno puramente realista, sino que mezcla y utiliza elementos de toda procedencia, para dar mayor variedad a sus producciones.

La poesía.—De las varias tendencias que en este período adopta la poesía, una es la sentimental. Sus cultivadores, libres ya de la exaltación romántica, expresan sus afectos tranquila y apaciblemente, ya con orientaciones humanitarias, ya moralizadoras, ya simplemente como espontánea efusión del espíritu. El alemán MANUEL GEIBEL (1815-1884), en colecciones poéticas como los *Cantos de Junio* (1847) y otras, mostró sensibilidad delicada, bien que también compusiera poesías bélicas y de circunstancias. La inglesa ISABEL BARRETT (1809-1861), esposa de Roberto

Browning, también poeta notable, se significó por la emoción con que expresaba los sufrimientos y aspiraciones humanas, y que a veces llegaba a la exacerbación. Gran poeta fué el húngaro ALEJANDRO PETOFI (1823-1849), que en sus *Poesías* (1844) y en otros libros posteriores, expresó sus sentimientos con encantador matiz popular. Junto a éstos debe mencionarse al portugués JUAN DE DEUS (1830-1896), cuyo libro póstumo *Canto de flores* (1896) es un dechado de lírica amorosa, tan bella como sencilla. Se le llamó en Portugal «el poeta del amor».

En España hubo dos poetas, JOSÉ DE SELGAS (1822-1882) y ANTONIO ARNAO (1828-1889), que mostraron en sus versos una ternura simpática y consoladora, aunque de cierta flojedad. GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER (1836-1870) fué en esta época el supremo lírico español en el recto sentido de la palabra, pues supo herir las fibras más delicadas del espíritu. Las *Rimas* de Bécquer, que se publicaron también póstumamente (1871), son composiciones muy cortas, en que se desarrolla un solo rasgo lírico, de hondo subjetivismo, queja resignada por el amor desvanecido, la ilusión efímera o la inmaterialidad inasequible. Es Bécquer uno de los poetas que conservan valor inmutable, porque habla el sencillo y eterno lenguaje de la pasión.

A mediados de siglo surgió en Inglaterra la *escuela prerrafaelista*, que, comenzando por la pintura, se extendió más tarde a la poesía. Proclamaban los prerrafaelistas la necesidad de volver a la sencillez y a la sinceridad de los pintores italianos de la Edad Media, y a la observación exacta de la naturaleza. El jefe de esta escuela fué DANTE GABRIEL ROSETTI (1828-1882), que en sus *Poemas* (1870) y en sus *Baladas y Sonetos* (1881), especialmente en la serie de éstos que se titula *La Casa de la Vida*, elevó un canto de amor entre místico y sensual. CRISTINA ROSETTI (1830-1894), hermana de Dante Gabriel, tradujo en un lirismo religioso y moralizador, que tenía ecos de la *Divina Comedia*, su concepción del amor divino. Entre los demás poetas prerrafaelistas figuran GUILLERMO MORRIS (1834-1896), que rindió culto a la Edad Media y fué también excelente novelista, y ALGERNON CARLOS SWINBURNE (1837-1909), de inspiración rica y variada, innovador de la métrica inglesa. Los prerrafaelistas se movían dentro de un espiri-

tualismo complejo, o, como decía Rosetti, en «la esfera infinita del alma», para expresar ideas trascendentes y aun relaciones inaccesibles; y ello los llevaba a sutilezas y simbolismos que ciertamente parecían arrancados a las creaciones artísticas medievales.

Otra tendencia que contó con muchos partidarios en Europa, más por consecuencia del estado político general que por influencias mutuas, fué la representada por la que puede llamarse *poesía cívica*, inspirada en las luchas sociales, en los clamores de independencia, en los ideales de justicia. El alemán FERNANDO FREILIGRATH (1810-1876), escribió poesías patrióticas y políticas de tonos revolucionarios, desiguales en mérito. Gran celebridad adquirió el norteamericano WALT WHITMAN (1819-1892), que en su libro *Briznas de yerba* (1855-60), en medio de no pocas extravagancias y de reformas métricas muy audaces, dejó oír reflexivas palabras, de hondo sentido católico, sobre los ideales del pueblo americano y la fraternidad universal exenta de prejuicios y egoísmos.

Tres poetas cívicos hay que requieren mención especial: el italiano Carducci, el español Núñez de Arce y el portugués Guerra Junqueiro.

JOSUÉ CARDUCCI (1835-1906) reaccionó en la poesía italiana contra Manzoni y el manzonismo, y, después de su primer libro de versos, *Juvenilia* (1857), publicó los titulados *Levia Gravia* (1865) y *Yambos y Epodos* (1882), donde, bajo la influencia de *Los castigos*, de Víctor Hugo, alentó a su patria a ser digna heredera de Roma, clamó por la paz y la libertad, enalteció, en fin, el culto al trabajo y el progreso. Escribió también Carducci poesías de hondo sentimiento lírico, como *Ante San Gúido*, *En la estación*. En sus *Odas bárbaras* (1877-87) hizo una tentativa para escribir versos medidos a la latina, pero cuya prosodia descansa en el acento tónico y no en la cantidad silábica.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE (1832-1906) levantó en sus *Gritos del combate* (1875) una voz enérgica contra los vicios y maldades del siglo, contra los déspotas y prevaricadores, contra aquellos que bastardean los más nobles ideales. Clama, pues, al ver la patria dolorida y exangüe, y siente palpar en sus versos, como él mismo dice, la pasión que ha conmovido su ánimo

en las varias alternativas del combate: la cólera, la ironía, el desaliento; la alegría del triunfo, la amargura de la derrota, y raras veces los arrebatos de la esperanza. Escribió también poemas en que recorrió todas las tonalidades, desde las reconcentradas preocupaciones de *La última lamentación de Lord Byron* (1879) y *La visión de Fray Martín* (1880), hasta los apacibles relatos y descripciones de *Un idilio* (1879), *La pesca* (1884) y *Maruja* (1886). Núñez de Arce, como ocurre también a Carducci y a Guerra Junqueiro, se distinguió por la perfección plástica y rotundidad de sus estrofas, que le aproxima a los *parnasianos* franceses.

ABILIO DE GUERRA JUNQUEIRO (1850-1923), persiguió en sus libros de poesías parecidos ideales que Carducci y Núñez de Arce, aunque en ocasiones exageró o equivocó los medios. Representó, pues, en Portugal, la poesía social revolucionaria. En *La muerte de Don Juan* (1874) acometió rudamente al romanticismo, presentando al legendario personaje en su decadencia y fin, burlado y pobre. En sus libros *Finis Patriae* (1890) y *Patria* (1896) presentó con negras tintas el estado de la nación portuguesa. De otro género es su precioso poema lírico *Los sencillos* (1892), dividido en episodios simbólicos, en que los *sencillos*, colocados frente a las varias ilusiones de la vida, están representados por el labrador, la viejecita, la campesina, etc.

Otra tendencia de la poesía europea en este tiempo, fué la que podemos llamar *filosófica* o *reflexiva*, no ya sólo porque afrontara problemas trascendentales de la vida, sino porque se complacía en forjar pensamientos de hondo alcance y que inducían a la meditación. Bastará citar, en cada una de las literaturas que más nos interesan, a un poeta de los más notables entre los que siguieron esta tendencia, no sin advertir que cada uno tiene fisonomía propia dentro del género, y que ninguno de ellos cultivó éste de modo exclusivo.

En España, RAMÓN DE CAMPOAMOR (1817-1901) comenzó por escribir versos eróticos y sentimentales; pero luego, en las *humoradas*, *doloras* y *pequeños poemas*, dió forma al género de poesía especulativa que le distinguió. Las tres clases de composiciones citadas son en el fondo una misma cosa, por lo que el propio Campoamor dice: «¿Qué es humorada? Un rasgo in-

tencionado. ¿Y dolora? Una humorada convertida en drama. ¿Y pequeño poema? Una dolora amplificada.» En ellas, como en sus cantares y poemas extensos—*Colón* (1853), *El drama universal* (1869), *El Licenciado Torralba* (1888)—, Campoamor hizo gala de su particular humorismo y le envolvió en el tejido de ingeniosas metáforas, símiles y paradojas.

En Inglaterra, **ROBERTO BROWNING** (1812-1889), dramático también de subido mérito, inició con *Paracelso* (1835), poema metafísico, una dicción poética muy original. La obra de Browning, dice un crítico, aparece como una infatigable interrogación psicológica sobre este tema: ¿qué razones y qué instintos han guiado la conducta del hombre en todas las épocas de su vida? Quiere conciliar la religión con la ciencia, y ésta con el amor. La expresión de Browning es con frecuencia oscura, y su versificación descuidada, cosa que suele ocurrir a todos los poetas de esta índole. Entre sus mejores libros de versos figuran *Vispera de Navidad y día de Pascua* (1850) y *Hombres y mujeres* (1855).

En Francia, **SULLY PRUDHOMME** (1839-1907) mostró en sus primeras colecciones de poesías una gran sensibilidad y trató de hacer «la pintura de los afectos oscuros y sutiles del alma»; pero luego, en sus poemas *La Justicia* (1878) y *La Dicha* (1888) aspiró ya a «encerrar en el dominio de la poesía las maravillosas conquistas de la especulación moderna.» Sully Prudhomme fué un gran versificador; pero la índole de sus asuntos le hizo incurrir en prosaísmos. Su poesía *El búcaro roto*—no perteneciente al género filosófico, sino al sentimental—, se hizo popular en Francia.

En Portugal, **ARTURO DE QUENTAL** (1842-1891), que en sus primeros libros de poesías consagró su lira, como él mismo dice, a Dios, al amor y a la libertad, en los titulados *Odas modernas* (1865) y *Sonetos completos* (1864-1874) unió a la poesía el concepto filosófico de la vida, y en este punto recorrió muy opuestas ideas, desde un angustiado pesimismo, que él mismo desautorizó más tarde, a una consoladora teoría optimista. Uno de los principales méritos de Quental fué dar vida al soneto, no sólo reanimando su interioridad, sino sometiéndole a un encadenamiento lógico.

En Italia, **ARTURO GRAF** (1848-1913), autor de *Medusa*

(1880) y de otros tres libros de poesías, unió a finos rasgos espiritualistas otros de pesimismo leopardiano. Fué Graf muy notable crítico, y tiene estudios básicos sobre Fóscolo, Manzoni y Leopardi.

En Alemania, ENRIQUE HART (1855-1906), excelente poeta, que con su hermano Julio, publicó de 1882 a 1884 varios folletos críticos en favor de una nueva escuela poética, comenzó a imprimir en 1886 una *Canción de la humanidad*, en que trataba de presentar el vasto cuadro de la humanidad a través de los siglos; pero sólo pudo terminar tres partes: *Tul y Nahila*, *Nemrod y Moisés*.

La poesía narrativa y descriptiva, que, en más o en menos, fué cultivada por todos los poetas, tuvo a más de eso manifestaciones especiales dignas de recuerdo. En Alemania, DETLEV DE LILIENCRON (1844-1909), que en breves y lindas poesías refirió sus impresiones de la vida militar, en el poema *Poggfred* (1896), dividido en doce cantos, y al que denominó *meli-melo-épico*, pareció imitar el *Don Juan*, de Byron, tanto en la marcha general de la acción como en sus frecuentes digresiones.

Uno de los más eminentes poetas del siglo XIX fué el inglés ALFREDO TENNYSON (1809-1892). En algunas de sus obras poéticas se muestra esencialmente lírico, mientras que en otras presta atención a los problemas sociales, y en los *Idilios del Rey* (1859-1885) narra poéticamente algunas leyendas relacionadas con la Tabla Redonda. En *Enoch Arden* (1864) cuenta en verso libre la historia del marino desaparecido y olvidado, que después de largo tiempo vuelve a su hogar. Escribió también Tennyson algunos dramas, inferiores a las poesías líricas y épicas.

Lugar relevante ocupan en la poesía épica del siglo XIX un poeta provenzal, FEDERICO MISTRAL (1830-1914) y otro catalán, JACINTO VERDAGUER (1843-1902), los cuales escribieron obras en sus idiomas respectivos.

Mistral se ha hecho célebre por su poema *Mireio* (1859), dulce idilio cuya protagonista, Mireio, aldeana provenzal, sencilla, piadosa y diligente, sabe vencer toda clase de obstáculos en aras de su amor puro y firme al gentil cestero Vicente. El poema, por su sentimiento de la naturaleza, exhala el aroma de los campos provenzales. Escribió Mistral otro poema, *Calendau* (1867), que

personifica la Provenza legendaria, así como también primorosas poesías.

La obra maestra de Jacinto Verdaguer es el grandioso poema *L'Atlántida* (1877), basado en la tradición del cataclismo que en tiempos remotos sepultó en el Atlántico las tierras de un gran continente, y la genial empresa de Colón al restablecer la comunicación entre las dos partes del mundo que subsistieron a la catástrofe. Compuso también Verdaguer otro poema, *Canigó* (1886), saturado de encantador lirismo, y otras leyendas y poesías.

Los parnasianos, simbolistas, etc. — En 1866 se publicó en Francia una antología poética titulada *Parnaso contemporáneo*, que dió nombre a los *parnasianos*. Los poetas pertenecientes a este grupo se esforzaban por mostrar la mayor impersonalidad y perseguían la perfección de la forma. Ya antes de esta fecha, TEÓFILO GAUTIER (1811-1872) trató de hacer plástica su poesía, y TEODORO DE BANVILLE (1823-1891) dió igualmente gran esbeltez a sus rimas; pero fué CARLOS LECONTE DE LISLE (1818-1894) quien, en sus *Poemas antiguos* (1853) y *Poemas bárbaros* (1862), inspirándose en los cuadros de la historia y de la naturaleza, los trasladó a sus versos con todos los refinamientos de un artista, cosa que dió lugar a que los parnasianos le reconocieran como jefe. Los más notables entre los poetas parnasianos fueron el ya citado Sully Prudhomme, FRANCISCO COPÉE (1842-1908), que en su libro *Relicario* (1866) hizo profesión de fe parnasiana, mientras que en otros posteriores consagró su poesía a los desheredados de la fortuna, y JOSÉ MARÍA HEREDIA (1842-1905), cubano de nacimiento, que en su libro *Los Trofeos* (1893) dió cabida a los más bellos sonetos compuestos en lengua francesa.

Una reacción contra las formas escultóricas, a veces frías, de la poesía parnasiana, originó en Francia, por los años de 1885, la escuela poética de *simbolistas* y *decadentes*, nombres que en el fondo venían a designar una misma cosa. Su teoría estética consistía en «no guardar más que la sugestión», y en hacer la poesía, en vez de plástica, musical; es decir, que aspiraban a traducir, más que el aspecto exterior de las cosas, su intimidad y esencia, y para ello empleaban una expresión simbólica, ajena

a la anécdota y a la declamación. Al mismo tiempo observaron, en cuanto a la forma métrica, la más absoluta libertad. Precursor de esta escuela fué CARLOS BAUDELAIRE (1821-1867), poeta en quien se juntan los más finos idealismos con las mayores procacidades, y entre sus más famosos representantes figuran PABLO VERLAINE (1844-1896) y ESTÉFANO MALLARMÉ (1842-1898). El primero comenzó por ser parnasiano en *Poemas saturnianos* (1866); pero luego, en *Sabiduría* (1881) y otros libros, mostróse como reformador audaz. Prescindiendo de sus muchos extravíos poéticos y morales, es suficiente un corto número de composiciones para calificar a Verlaine de gran poeta. En cuanto a Mallarmé, que en un principio fué también parnasiano, quiso luego sutilizar tanto en el valor relativo de las palabras, que muchas veces se hizo ininteligible. Fueron también poetas simbolistas ENRIQUE DE REGNIER (1864-1936), ALBERTO SAMAIN (1858-1900), JUAN MORÉAS (1856-1910)—que disintió del simbolismo para fundar la llamada *escuela romana*—, etc., etc.

Después de esto, mientras unos poetas franceses volvieron la vista a la tradición, otros siguieron imaginando novedades más o menos raras, y así hubo poetas *intimistas*, *fantasistas*, *cubistas*, *dadaístas*, *superrealistas*, etc., etc. Entre los modernos, han adquirido extraordinaria notoriedad PABLO CLAUDEL (1868-1937) y PABLO VALERY (1872-1945), que basan su arte en las abstracciones y sutilezas metafísicas, bien que el primero haya roto totalmente con las normas métricas y el segundo procure en cierto sentido continuar la tradición.

En más o en menos, todas estas escuelas poéticas francesas, y en especial el simbolismo, tuvieron repercusión en todas las literaturas europeas.

España.—En la lírica española se observa una fase de transición en que florecen poetas como MANUEL REINA (1856-1905), colorista de gran riqueza y fulgor, ROSALÍA CASTRO (1837-1885), cuyo libro *En las orillas del Sar* (1884) sobresa-
El caballero de
los botas azules
asuel
scad u go
 le por la jugosidad y melancolía, propias ya de una inspiración nueva, y SALVADOR RUEDA (1861-1933). Contribuyó éste de modo singular a la transformación de la poesía española, con su imaginación exuberante, su sentido del ritmo y la armonía, y su acierto en las innovaciones métricas. En cuanto al pensamiento dominante en la producción de Salvador Rueda, es cosa secun-

daría, porque él realizó la poesía por la poesía misma, sin otros adherentes; lo cual no quita para que muy a menudo nos sorprenda con sus conceptos majestuosos y sus audaces construcciones imaginativas.

Varios poetas hispano-americanos, como los mejicanos SALVADOR DÍAZ MIRÓN (1853-1928) y MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA (1859-1895), el cubano JULIÁN DEL CASAL (1863-1893) y el colombiano JOSÉ ASUNCIÓN SILVA (1865-1896), fueron al mismo tiempo contribuyendo a la reforma de la poesía española. Quien plenamente la llevó a efecto, fué el nicaragüense RUBÉN DARÍO (1867-1916). Así nació la que vino a llamarse en España *escuela modernista*.

Los primeros libros de Rubén Darío revelan la influencia de varios poetas españoles; pero en el titulado *Azul* (1888) mostró claramente que sus modelos eran los parnasianos franceses, mientras que en *Prosas profanas* (1896) y en otros posteriores, fueronlo ya los simbolistas. No obstante, como Rubén Darío era un excelso poeta, el estudio de aquellos autores extranjeros sirvióle sólo de estímulo en sus esfuerzos, y le ayudó a modelar y pulir un género de poesía en el fondo española. Enriqueció el ritmo y las combinaciones métricas, a la vez que comunicaba a la estrofa mayor ductilidad y utilizaba la expresión del pensamiento. Famosas son sus poesías *Era un aire suave...*, *Sonatina*, *Blasón*, *Responso a Verlaine*, *Canción de otoño en primavera*, *Marcha triunfal* y muchas más.

Al mismo tiempo, varios poetas españoles aportaban al arte nuevos y valiosos elementos, que dieron mayor variedad a nuestra poesía. Entre ellos figuran FRANCISCO VILLAESPESA (1879-1936), de estro musical y brillante, análogo en varias circunstancias al de Zorrilla; ANTONIO MACHADO (1875-1939), en quien alcanzaron expresión inigualada el sentimiento lírico y el de la naturaleza; y TOMÁS MORALES (1885-1921), poeta del mar, cuyas bellezas cantó magníficamente. Muchos poetas hispano-americanos contribuyeron al mismo fin.

Pasado el dominio del modernismo, y allá por los años de 1918, ciertos poetas españoles iniciaron un movimiento progresivo más o menos relacionado con las escuelas francesas antes aludidas. Así nacieron el *ultraísmo* y el *creacionismo*. De entonces acá, la poesía española ha ofrecido tres manifestaciones prin-

cipales: 1.^a La que se basa en el empleo sutil de la metáfora y la imagen, encerradas en una serie de relaciones mentales más o menos intrincada, y que muy a menudo prescinde de la medida y de la rima. 2.^a La que da forma nueva a los temas populares antiguos, sean o no conceptistas. 3.^a La que, dentro de una expresión moderna, procura dar continuidad a los poetas inmediatamente anteriores, con las naturales diferencias que el paso de los tiempos demanda.

Otras literaturas.—Entre los más ilustres poetas italianos contemporáneos figuran JUAN PASCOLI (1855-1912) y CAYETA NO RAPAGNETTA, más conocido por su seudónimo de GABRIEL D'ANNUNZIO (1864-1938). El primero, gran versificador, cantó la poesía sencilla, rústica y familiar en sus libros *Myrice* (1891), *Poemitas* (1897) y *Cantos de Castelvecchio* (1903); pero otras veces supo evocar los ecos de Homero, de Virgilio y Dante, y entonar, aunque con menos fortuna, himnos épicos y patrióticos. En cuanto a D'Annunzio, no sólo se hizo célebre en la lírica, sino también en la dramática y en la novela. Se le ha considerado como el representante en Italia del *estetismo*, o sea del arte fascinador y voluptuoso que busca el efecto plástico mediante las imágenes vivas y la selección de vocablos. Como lírico, fué en un principio delicadamente subjetivo, y en las varias partes de los *Laudi* (1903-13), su obra maestra, dejó oír acentos variados e impresionantes, mientras que otros libros posteriores le valieron con razón el título de poeta nacional de la Italia imperialista. Como novelista, tiene obras pertenecientes a un ciclo sensual (de la *Rosa*), a otro sentimental (del *Lirio*) y a otro intelectual (del *Granado*); y en las principales de estas novelas—*El triunfo de la muerte* (1894), *Las vírgenes de las rocas* (1896), *El fuego* (1900), etc.—, trató de plantear problemas psicológicos y sociales con un criterio amoral y en una forma que, más que propiamente novelesca, viene a ser un continuo soliloquio. Como dramático, D'Annunzio escribió varios dramas—*La Gioconda* (1899), *Francesca de Rimini* (1902), *La hija de Jorio* (1904), *Fedra* (1909), etc.—, rodeados de circunstancias tremeundas y dirigidos en parte a la restauración de la tragedia griega.

FELIPE TOMÁS MARINETTI (1878-1944), fundador de la

escuela llamada *futurismo*, cuyos primeros manifiestos publicó en 1909, ha escrito en francés sus principales trabajos literarios. El futurismo, aceptado y seguido por otros poetas italianos, proclamaba la «belleza de la velocidad», abogaba por la destrucción de la sintaxis, la abolición de algunas partes de la oración y de los signos de puntuación, etc., etc. Casi todas las modernas escuelas subversoras de la poesía, tanto en Francia como en otras naciones, deben no poco al futurismo.

Portugal, desde fines del siglo pasado hasta la fecha, ha tenido poetas de sumo valor. Citemos en primer término a EUGENIO DE CASTRO (1866-1944), que en *Oaristos* (1890) y en otros libros sucesivos acomodó el simbolismo francés a la esencia portuguesa, que en *Belkiss* (1894) apareció gongorino y en *Sagramor* (1895) hondo y reconcentrado, en *Constanza* (1900)—poema relacionado con doña Inés de Castro—, clásicamente severo, y en *Canciones de esta negra vida* (1922) rebosante de sencillez y ternura. Ha sido Eugenio de Castro un afortunado innovador de la poesía portuguesa. Los poetas portugueses a él posteriores, han formado tres grupos fundamentales: el nacionalista, representado principalmente por ANTONIO CORREIA DE OLIVEIRA y ALFONSO LOPES VIEIRA, y que en los antiguos poetas portugueses, en los cancioneros y en los romances encontró la auténtica vena lírica; el *saudosista*, fundado por TEIXEIRA DE PASCOAES (* 1879), y que en la *saudade*, el recuerdo nostálgico, no sin complejas relaciones, cifró su inspiración; y el independiente, en que figuraron y figuran poetas de diferentes tendencias.

En Alemania, los hermanos ENRIQUE (1855-1906) y JULIO HART (* 1854) iniciaron en 1882 una serie de manifiestos en pro de una poesía nueva, que decían basarse en «lo verdadero, lo natural, lo primitivo», mientras que STEFAN GEORGE (* 1868) proclamó el arte por el arte, mediante el cual el poeta debe reflejar una impresión y sugerirla al lector en la forma más perfecta posible; esto es, algo análogo a lo practicado por parnasianos e impresionistas. Entre los muchos y muy notables poetas alemanes contemporáneos, mencionaremos a RICARDO DEHMEL (1863-1920), en quien se juntan el misticismo y la sensualidad, y RAINER MARÍA RILKE (1875-1926), cuyo lirismo alcanza los más delicados y sutiles matices.

En Inglaterra, por los años de 1908 surgió, bajo el nombre de *imaginismo*, un movimiento parecido al de los simbolistas franceses. De los modernos poetas en lengua inglesa, mencionaremos a JUAN MASEFIELD (* 1874), de realismo a veces un poco crudo, y al irlandés GUILLERMO BUTLER YEATS (1865-1939), que asocia en sus versos las emociones del mar, del campo, de los misterios legendarios y mitológicos.

El teatro en este período.—Una reacción contra las exaltaciones románticas, hizo que en la segunda mitad del siglo XIX se impusiera en Europa el teatro realista de asunto contemporáneo. Ya era la comedia edificante y moralista, encaminada a enaltecer la abnegación y las virtudes; ya la de intriga o enredo, muy a menudo disparatada en sus lances; ya simplemente la de costumbres, cuyo principal objeto es entretener y regocijar a los espectadores. Poco después de mediar el siglo dominaron en la escena francesa tres autores, que dejaron sentir su influencia en las demás literaturas: ALEJANDRO DUMAS el hijo (1824-1896), EMILIO AUGIER (1820-1889) y VICTORIANO SARDOU (1831-1908). Llevaron estos tres autores al teatro las cuestiones sociales de su tiempo, como eran la diferencia de clases y prejuicios de cada una, la lucha económica, las relaciones familiares en su aspecto más perturbador, etc., etc. Entre las obras más conocidas de estos autores figuran *La dama de las camelias* (1852), de Dumas, *El contagio* (1866), de Augier, y *Divorciémosnos* (1883), de Sardou. Tanto en estos dramáticos franceses como en sus imitadores de otros países, este teatro, aunque llamado de *observación*, tenía mucho de convencional, por lo cual bien pronto cedió el paso a otro de realismo más auténtico.

La comedia social o de observación tuvo en España preclaros cultivadores, muy alejados ciertamente de las crudezas francesas. Los más notables son ADELARDO LÓPEZ DE AYALA (1829-1879), autor de *El tejado de vidrio* (1856), *El tanto por ciento* (1861), *Consuelo* (1870) y otras notables obras; y MA-
Locura de amor → NUEL TAMAYO Y BAUS (1829-1898), que escribió *La bola de nieve* (1856), *Lances de honor* (1863), etc. Procuraron estos autores poner al descubierto los errores y defectos sociales y los del individuo en sociedad, y aun deducir la correspondiente enseñanza, y supieron hacerlo en grata forma artística. Tamayo y Baus, sin embargo, es más celebrado por otra obra dramática

El gau galeoto
 de género muy diferente, la titulada *Un drama nuevo* (1867), de mérito verdaderamente excepcional. Después de Ayala y Tamayo, ENRIQUE GASPAR (1842-1902) sacó a plaza, en forma más descarnada, y con fuerte tendencia satírica, otras corruptelas sociales de más monta, en obras como *Las circunstancias* (1867), *La levita* (1868), *Las personas decentes* (1890), etcétera.

En Italia, PABLO FERRARI (1822-1889), que en un principio escribió comedias históricas y otras al modo de Goldoni, compuso en sus últimos años otras de observación, en que reprodujo hábilmente la sociedad italiana de su tiempo, así en las clases elevadas como en las humildes, y planteó delicados problemas. En Alemania, entre otros, cultivó el género GUSTAVO FREYTAG (1816-1895), cuya comedia *Los periodistas* (1852) es una de las mejores de su tiempo. En Inglaterra, OSCAR WILDE (1856-1900), que en otras obras representó más que nadie el *estetismo*, en el teatro tiene comedias de tan encantador realismo como *El abanico de Lady Windermere* (1893) y *Una mujer sin importancia* (1894). *El retrato de Doctorau Grey*

Mas porque la comedia social lograra tal preferencia en Europa, no debe creerse que fuera el único género dramático cultivado. El drama histórico y el neo-romántico tuvieron también sus partidarios. En España, JOSÉ ECHEGARAY (1832-1916) escribió numerosos dramas en que, con asuntos de apariencia legendaria, llegó a la máxima exaltación trágica, merced a la complicación de lances no poco inverosímiles y al juego de inusitados efectismos, sin que por eso dejasen de encerrar cierta grandeza. Tales fueron *La esposa del vengador* (1874), *En el puño de la espada* (1875), *En el pilar y en la cruz* (1878), *En el seno de la muerte* (1879), etc., etc. En Italia, PEDRO COSSA (1830-1881) escribió tragedias históricas a la moderna, como *Nerón* (1870)—su obra maestra—, y *Mesalina*. En Portugal, JUAN DA CAMARA (1852-1908) dió al teatro algunos dramas históricos tan notables como *Alfonso VI* y *Alcazar Kebir*, a más de otros de psicología social. Otros autores portugueses cultivaron también el teatro histórico.

Por los años de 1885 empezó a alcanzar fama en toda Europa el dramaturgo noruego ENRIQUE IBSEN (1828-1906), cuya influencia sería bien pronto extraordinaria. Escribió Ibsen una

uorn por un ideal

veintena de obras dramáticas, caracterizadas por el desenvolvimiento de diferentes tesis en forma sistemática. El imperio de la verdad y la voluntad contra todas las mentiras y convencionalismos; la igualdad de derechos de la mujer y el hombre en la sociedad; la abnegación y el sacrificio como resortes para renovar las costumbres; la execración de la prensa por su influencia nociva como eco de las cobardías e hipocresías humanas; los males causados por la ambición de poder o de riquezas, tan propensa a claudicaciones y delitos: tales fueron, entre otras, las cuestiones planteadas por Ibsen, y que dieron particular boga a su teatro, aunque la manera de plantearlas chocara a veces con la psicología de los pueblos meridionales. Entre las principales obras de Ibsen figuran *Brand* (1865), *Peer Gynt* (1867), *Casa de muñecas* (1879), *Los espectros* (1881) y *Un enemigo del pueblo* (1882).

Mucha notoriedad adquirió también, aunque no tanta como Ibsen, su compatriota BJORNSTIERNE BIORNSON (1832-1910), cuyas obras más conocidas son *Un guante* (1883) y *Más allá de las fuerzas humanas* (1883). La primera tiende a poner de relieve los prejuicios sobre las normas morales, y la segunda gira en derredor a la delimitación entre la ciencia y el misterio.

El ejemplo de Ibsen guió las principales obras dramáticas de dos notables autores alemanes: Hauptmann y Sudermann. GERARDO HAUPTMANN (1862-1946) escribió varios dramas sociales, entre ellos *Antes de ponerse el sol* (1889), dirigido a demostrar la influencia del alcoholismo en la degeneración de las razas, y *Los tejedores* (1892), de carácter abiertamente socialista. Entre las de HERMÁN SUDERMANN (1857-1928) figuran *El honor* (1889), relativa a la lucha de clases y a la diferente manera de entender el honor, según las conveniencias, y *El hogar* (1893), sobre la trascendencia de la educación familiar.

Un dramático sueco, AUGUSTO STRINDBERG (1849-1912), siguió también las huellas de Ibsen, de igual modo que las de Zola en sus novelas naturalistas. No obstante, fué aún más crudo y revolucionario que ellos, y en sus dramas *Mastre Olaf* (1872), *El padre* (1887), etc., sostuvo teorías verdaderamente anárquicas.

Una tendencia socialista y renovadora representa también en el teatro inglés BERNARDO SAHW (* 1856); pero para

sostener sus especialísimos puntos de mira, se vale, no ya de tesis hondas y trascendentales, sino de la ironía, de la paradoja, de las sales cómicas, y así por medio del ridículo combate toda clase de ideas e instituciones, la política, la justicia, el matrimonio, la caridad ostentosa, la medicina, el comercio, etc. Entre sus obras más famosas figuran *Cándida* (1897), *El hombre y el superhombre* (1905) y *Santa Juana* (1923).

Aun después de pasada la moda del teatro de ideas, quedó su huella en el arte dramático; pero éste se diversificó en varios sentidos. Las comedias psicológicas y sociales, las de costumbres, con mayor o menor intervención del elemento jocoso, el drama trágico y el meramente poético, tienen representación en el teatro contemporáneo.

En España, la figura culminante en la literatura dramática contemporánea, no inferior a las más insignes de otras naciones, es la de JACINTO BENAVENTE (* 1866). Ha escrito Benavente más de cien obras dramáticas, en las que recorre toda la gama de asuntos y tonalidades, desde la comedia fina y delicada hasta la tragedia rural. Pero donde ha desplegado especialmente sus poderosas facultades, ha sido en la comedia de análisis, con marcada tendencia a la sátira social y fecunda en sutilezas y discreteos. Más que de las situaciones cuida de los caracteres, a los que muchas veces da cierto alcance simbólico. Entre las mejores obras de Benavente figuran *La comida de las fieras* (1898), *La noche del sábado* (1903), *Los intereses creados* (1907), *La ciudad alegre y confiada* (1916), etc.

Los hermanos SERAFÍN (1871-1938) y JOAQUÍN (1873-1944) ÁLVAREZ QUINTERO son maestros inimitables en la comedia y el sainete regionales de ambiente andaluz. Muy abundante es su producción, y en ella han reflejado con tanta exactitud como gracejo las costumbres y el donaire de Andalucía, mediante asuntos teatrales muy sencillos y basados en incidentes y ocurrencias de la vida cotidiana. Entre sus mejores comedias figuran *El amor que pasa* (1904), *El genio alegre* (1906), *Amores y amoríos* (1910), *Mariquilla Terremoto* (1930), etc.

Muy notables autores han cultivado y cultivan en España el teatro poético, que, con independencia de la trama dramática, trata principalmente de conseguir efectos estéticos. Entre ellos figuran Francisco Villaespesa, ya citado como lírico, y EDUAR-

DO MARQUINA (* 1879), cuyas obras principales son *Las hijas del Cid* (1908), *En Flandes se ha puesto el sol* (1910), *La ermita, la fuente y el río* (1927), *Teresa de Jesús* (1932), etc.

Es innegable que los dramáticos franceses contemporáneos han ejercido no poca influencia sobre los de otros países. Entre los más conocidos figuran PABLO HERVIEU (1857-1915), que muy a menudo basó sus comedias en conflictos familiares; FRANCISCO DE CUREL (1854-1928), penetrante psicólogo y de atractivos tonos líricos; ENRIQUE BERNSTEIN (*1876), cuyo famoso drama *El asalto* (1912)—y algo parecido ocurre con los demás de su pluma—, es una mezcla de literatura y cinismo. El belga MAURICIO MAETERLINCK (* 1862) representa señaladamente el teatro simbolista, con obras como *La princesa Malena* (1890), *La Intrusa* (1890) y *Los ciegos* (1890), llenas de afectación y nebulosidad. Otro autor francés, TRISTÁN BERNARD (* 1866), ha cultivado con mucha fortuna la comedia frívola y placentera, destinada al puro entretenimiento.

En Italia, JOSÉ GIACOSA (1847-1906) ha escrito obras dramáticas de género muy diverso, desde las comedias históricas—*Una partida de ajedrez* (1873), *Hermanos de armas* (1878), etcétera—, hasta las de tema social—*Tristes amores* (1888), *Los derechos del alma* (1894)—. No obstante, la intención dominante en su teatro es la defensa del bien y de la virtud, y su estilo invariablemente sencillo y vivaz. JERÓNIMO ROVETTA (1854-1910), menos correcto que el anterior, sobresale en cambio por sus dotes de observador, que le han permitido escribir buenas comedias de análisis y de costumbres. ROBERTO BRACCO (1862-1943) ha sido un adepto al teatro de ideas, bien que haya sabido dar a los problemas planteados en sus obras cierto carácter nacional—*Perdidos en las tinieblas* (1901), *La fuentecita* (1905), *Santito* (1909)—. El más famoso de todos los dramáticos italianos contemporáneos es LUIS PIRANDELLO (1867-1936). Es Pirandello un gran humorista, que con mucha agudeza y originalidad ha mezclado en sus comedias la realidad y la ficción, en un ingenioso juego de sofismas y contrasentidos, y dando a la vida una interpretación desconcertante. La más conocida de sus comedias es *Seis personajes en busca de autor* (1921), cuyos intérpretes—el Padrastro, la Madre, la Hijastra, el Hijo, el Muchocho y la Nena—, son mezcla de fantasía y de realidad.

Citemos a un dramaturgo alemán, HUGO DE HOFMANNSTHAL (1874-1929), que, a más de escribir algunas obras de carácter simbolista, ha tratado de dar forma moderna a la tragedia griega; y a un portugués, JULIO DANTAS (* 1877), que cuenta entre sus mejores obras la titulada *La cena de los Cardenales* (1902), de mucha finura psicológica y artística.

CAPÍTULO XV

LA NOVELA.—LA NOVELA REALISTA.—EN ESPAÑA.—EN OTRAS NACIONES.—EL NATURALISMO.—OTRAS TENDENCIAS.—LA NOVELA CONTEMPORÁNEA.—CRÍTICOS Y ENSAYISTAS

La novela realista.—La novela realista, instaurada ya en el período romántico por el francés HONORATO DE BALZAC (1799-1850), fué la dominante en el período que ahora nos ocupa. Escribió Balzac cerca de cien novelas, que quedaron comprendidas bajo la denominación de *La comedia humana*, y en ellas trazó variadísimos cuadros de costumbres, en que estaban representadas todas las clases sociales. Aunque no fué muy exacto en sus pinturas y peca de vulgar, trazó algunos caracteres con mucha habilidad, y tiene, sobre todo, el mérito de haber dirigido la novela por este camino.

La novela realista en España.—En nuestra literatura inició la novela realista, en forma muy diferente, y artísticamente superior, a la de Balzac, la escritora doña Cecilia Böhl de Faber, más conocida por su seudónimo de FERNÁN CABALLERO (1796-1877). Buscó asunto para sus novelas en la vida coetánea española, de Andalucía especialmente, y procuró dar a todas una tendencia docente y moralizadora. En su inventiva y en su estilo muestra Fernán Caballero una ingenuidad muy simpática, que frecuentemente llega al candor. Sus mejores novelas son *La Gaviota* (1841), *Clemencia* (1852) y *La familia de Alvareda* (1856).

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN (1833-1891) fué realista en sus novelas, pero muy inclinado a los efectismos románticos. Sabía narrar con una desenvoltura pintoresca y algo inconsútil. Escribió novelas tan dispares como *El sombrero de tres picos* (1874), *El escándalo* (1875) y *El niño de la bola* (1880). La primera, verdaderamente deliciosa, es su obra maestra.

JUAN VALERA (1828-1905), novelista, poeta y crítico eminente, casticísimo en su prosa, tiene novelas como la admirable *Pepita Jiménez* (1874), *Doña Luz* (1878) y *El Comendador Mendoza* (1877). Ideólogo sutil, da extraordinario relieve a los caracteres.

Genio y figura.

*El capitán veneciano
Diversos de un
testigo de la que
nos de africa
el clero*

de tal palo tal astilla
 JOSÉ MARÍA DE PEREDA (1833-1906) fué el más ilustre representante de la novela regional española. En sus novelas—*El sabor de la Tierruca* (1882), *La puchera* (1889), *Peñas arriba* (1893), etc.—, hizo prodigiosamente la pintura de la Montaña, de sus hombres y de sus paisajes. Su estilo, por lo puro y transparente, ha sido justamente calificado de cervantino. *Schleza*

*excepcion
latinas*
 BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920) escribió de una parte las que llamó *novelas españolas contemporáneas* y de otra los *Episodios nacionales*. En las primeras trazó con tonos algo sombríos, aunque llenos de verdad, un conjunto de cuadros de los conflictos familiares y sociales que perturbaban la vida de su tiempo. En los *Episodios* desarrolló en forma novelesca, sumamente amena, la historia española del siglo XIX. Escribió también Galdós obras dramáticas, de hondo pensamiento, y alguna de las cuales revela la influencia de Ibsen. *Sanfalgar
Cádiz
Zaragoza
Gerona*

*Doña
Perfecta
Manuela*
 EMILIA PARDO BAZÁN (1850-1921) escribió novelas de ambiente gallego, como *Los pazos de Ulloa* (1886) y *La Madre Naturaleza* (1887), y otras de tendencia muy variada, incluso simbólicas o místicas, como *La Quimera* (1905) y *La Sirena negra* (1908). En todas se distinguió por su estilo expresivo y fecundo en sugerencias. Como cuentista, nadie la supera en España. *San Juan
visto de
Arto.*

La novela naturalista.—El realismo había tomado mientras tanto en Francia un nuevo colorido, merced especialmente a las novelas de GUSTAVO FLAUBERT (1821-1880), que supo combinar los elementos románticos con los realistas. Del romanticismo tomó lo pintoresco y el cuidado de la forma; del realismo, la observación y la objetividad del relato. Entre las novelas más famosas de Flaubert figuran *Madame Bovary* (1857), con la admirable pintura de una provinciana víctima de su torcida educación, y *Salammbó* (1863), de asunto histórico, y que encierra un magistral estudio de las costumbres cartaginesas.

Exageradas las teorías del realismo novelesco, surgió una nueva escuela, la naturalista, cuyo jefe fué EMILIO ZOLA (1840-1902). Bajo pretexto de que el escritor debe «estudiar al hombre tal cual es, no ya el embeleco metafísico, sino el hombre fisiológico, determinado por el medio», los naturalistas llevaron a sus obras los cuadros más bajos y soeces de la vida humana. No es posible negar, sin embargo, las cualidades de novelista de Zola, cuyas mejores novelas son *La Taberna* (1877), que contiene

una pintura de las clases ínfimas de París, y *Germinal* (1885), sobre la vida de los mineros.

Hubo en Francia, sin embargo, quien opuso resistencia al naturalismo, como OCTAVIO FEUILLET (1821-1891), que en sus novelas presentó los aspectos nobles y elevados del hombre y el lado optimista de la vida, según se observa en *La novela de un joven pobre* (1858), en la *Historia de Sibila* (1862), etc. ALFONSO DAUDET (1840-1897), sanamente realista, supo recorrer desde el fértil gracejo de *Tartarín de Tarascón* (1872) y sus continuaciones, donde creó un héroe que vino a hacerse proverbial, hasta la atenta observación que le dictó *Jack* (1876), *Los reyes en el destierro* (1879) y otras novelas no menos famosas.

De otros novelistas franceses más próximos a nosotros, y ya apartados del naturalismo, baste citar a PABLO BOURGET (1852-1935), pintor de la aristocracia cosmopolita, muy dado en sus novelas al análisis psicológico; PEDRO LOTI (1850-1923), que a melancólicas historias de amor unió la pintoresca descripción de remotos países; y ANATOLIO FRANCE (1844-1924), que en sus originales novelas, y por medio de tres personajes principales, Silvestre Bonard, el abate Coignard y Bergeret, ha hecho alarde de una filosofía escéptica y envuelta en fina ironía.

El naturalismo francés repercutió en todas las literaturas. En España ejerció influencia sobre varios novelistas; pero ninguno de ellos, dicho sea en honor a la verdad, le aceptó más que de modo accidental y sin abandonar su camino propio. Fueron, a más de doña Emilia Pardo Bazán, ya citada, Palacio Valdés, Picón y Blasco Ibáñez. ARMANDO PALACIO VALDÉS (1853-1938) ha practicado un encantador realismo de fondo idealista, realizado por la sencillez y jovialidad en el decir. Sus mejores novelas son *Marta y María* (1883), donde se desenvuelve una interesante historia de amor, *La Hermana San Sulpicio* (1889), que se ha hecho justamente popular, *La espuma* (1891), sátira de la aristocracia madrileña, y *La alegría del capitán Ribot* (1899), autobiografía de un marino pundonoroso y apasionado. JACINTO OCTAVIO PICÓN (1852-1923), elegantísimo como hablista, expuso sus ideas amorosas un tanto atrevidas en novelas como *La honrada* (1890) y *Dulce y sabrosa* (1891). VICENTE BLASCO IBÁÑEZ (1867-1928), de estilo muy gráfico y expresivo, aunque algo incorrecto, sobresalió considerablemente en las no-

Rubens

velas de asunto regional valenciano, como *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900) y *Cañas y barro* (1902); y, sin embargo, las que le han dado fama universal son otras de temas generales europeos, y en especial *Los tres jinetes del Apocalipsis* (1916), relativa a «la gran guerra». *años y novelas*

Muy diferente ha sido RAMÓN DEL VALLE INCLÁN (1869-1936), cuyas novelas llaman ante todo la atención por su estilo preciosista, meticulosamente labrado, y reforzado con arcaísmos y transiciones caprichosas. Por ello resalta más la viveza del fondo, mezcla de crudezas y de refinamientos, hecha, por otra parte, con arte supremo. Las novelas más celebradas de Valle Inclán son las tituladas *Sonata de primavera*, *Sonata de estío*, *Sonata de otoño*, *Sonata de invierno* (1902-1905).

En Portugal, el naturalismo produjo un gran novelista: JOSÉ MARÍA DE EÇA DE QUEIROZ (1844-1900). Antes de él habían sobresalido en la novela CAMILO CASTELLO BRANCO (1826-1890) y JOAQUÍN GUILLERMO GOMES COELLO, conocido por el seudónimo JULIO DINIZ (1839-1871). El primero cultivó principalmente el género amoroso y sentimental, aunque en las *Novelas del Miño* (1875) llevó a sus páginas, en forma un poco desconsoladora, interesantes episodios de la vida aldeana. También Julio Diniz desarrolló sus novelas en un ambiente campesino, pero en forma amable y optimista, convirtiéndolas en idilios apacibles y edificantes, como se ve en *Las pupilas del señor Párroco* (1867) y en *Los hidalgos de la Casa Morisca* (1871), que son las mejores. En cuanto a Eça de Queiroz, el primero, a no dudar, entre los novelistas portugueses, siguió muy de cerca la huella de Zola y sus afines, aunque con el sello de sus propios méritos, en *El crimen del Padre Amaro* (1875), en *El primo Basilio* (1877) y en *Los Maias* (1888); mientras que en otras novelas, entre ellas *La ilustre casa de Ramires* (1897), su obra maestra, toca resortes más variados. Fué un observador minucioso, un artista de la palabra y un sutil humorista.

En Italia, la escuela naturalista tomó el nombre de *verismo*, y su jefe fué JUAN VERGA (1840-1922). Sus primeras novelas fueron románticas; pero luego cambió de procedimiento, y en varias notables novelas, entre ellas las correspondientes a la serie *Los vencidos*, inconclusa, marcó las normas del verismo. Las más interesantes son aquellas cuya acción se desarrolla en Sicilia.

Entre sus novelas cortas figura *Cavallería rusticana* (1880), de donde procede la ópera del mismo título, música de Mascagni.

De muy diferente tendencia fué EDMUNDO DE AMICIS (1846-1908), que en sus novelas persiguió a menudo fines didácticos, con una simpática ternura propensa al sentimentalismo. Tal se ve en *Corazón* (1886), en *Los amigos* (1888), en *El coche de todos* (1899).

ANTONIO FOGAZZARO (1842-1911), uno de los más famosos novelistas italianos, ha procurado presentar en sus obras, según sus propias palabras, «tipos superiores de la humanidad en formación», no sin tratar de conciliar sus teorías políticas, sociales y filosóficas, con el dogma católico. Entre las mejores figuran *Malombra* (1881), *Pequeño mundo antiguo* (1896), y *El Santo* (1905). En cierto modo fué también verista y cultivador de la novela regional.

Notables escritoras han cultivado modernamente la novela en Italia; entre ellas MATILDE SERAO (1856-1927) y GRAZIA DELEDDA (1872-1936). La primera sobresale por su exuberante fantasía, que la lleva a desplegar un estilo quizá sobrecargado. En sus novelas ha reproducido principalmente el ambiente de la vida de Nápoles en sus varias clases sociales, desde la aristocracia al pueblo, y entre ellas es la mejor *El país de Jauja* (1891). Grazia Deledda, en novelas como *Eliás Portolu* (1903), *El camino del mal* (1919), etc., ha pintado habilísimamente el país sardo, con sus paisajes y sus rudas costumbres.

La literatura inglesa contemporánea ha sido muy fecunda en novelistas. Haremos mención de los más importantes.

Es preciso ante todo advertir que ya durante el período anterior, CARLOS DICKENS (1812-1870) había cultivado un género de novela realista que le atrajo multitud de lectores. Fué Dickens ciertamente realista, pero no *real*, porque dió una interpretación especial a los hechos y a la vida, con evidente abuso de lo sentimental y lo grotesco. No obstante, reprodujo con mucha exactitud numerosos tipos de las clases medias y humildes, y puso de relieve ciertas injusticias y bajas pasiones de su tiempo. Con todos sus defectos, Dickens es uno de los más grandes novelistas de las modernas literaturas. Sus más famosas novelas son *Oliverio Twist* (1837), *El almacén de antigüedades* (1839) y

David Copperfield (1850), a más de los *Cuentos de Navidad*, correspondientes a varias épocas.

También GUILLERMO M. THACKERAY (1811-1863) cultivó la novela por aquellos mismos días, y se acreditó de maestro en el estudio de caracteres y en la soltura del estilo. Para sus asuntos prefirió la vida y costumbres de la aristocracia inglesa, y mostró cierta tendencia satírica y pesimista.

Una mujer ilustre, MARÍA ANA EVANS, más conocida por su seudónimo de JORGE ELLIOT (1819-1880), escribió novelas animadas de un sano realismo, en que analizó delicadamente las ideas y sentimientos de las almas sencillas.

Viniendo a fecha más reciente en la novela inglesa, nos encontramos primeramente con ROBERTO LUIS STEVENSON (1850-1894), escocés, que cultivó la novela de aventuras en obras como *La isla del tesoro* (1883), *La flecha negra* (1894), etc. Stevenson sabe dar singular interés a sus relatos, merced a su fecunda imaginación.

HERBERTO JORGE WELLS (1866-1946) ha cultivado la novela científica, de que son muestras notables *La máquina de explorar el tiempo* (1895), *La guerra de los mundos* (1897), etcétera. Tiene también novelas de carácter social y satírico, y otras que encierran hipótesis y profecías sobre el porvenir de la humanidad. En todas se muestra muy original.

RUDYARD KIPLING (1865-1936), nacido en la India, es uno de los escritores que más notoriedad han alcanzado en la literatura inglesa contemporánea. Sus tres obras principales son *La luz que se extingue* (1891), *Los libros de las tierras vírgenes* (1894-1895) y *King* (1901). En la segunda de ellas, que es la más conocida, ha narrado en forma muy original la vida de los animales de la selva india, los lobos, los monos, la pantera, el oso, la serpiente pitón. Sobresale Kipling en las descripciones de todo género.

Citemos, por último, a un escritor norteamericano que figura a la cabeza de los humoristas modernos: SAMUEL L. CLEMENS, más conocido por su seudónimo de MARK TWAIN (1835-1910). No es posible alcanzar los efectos humorísticos con resortes tan ingeniosos como antinómicos, y aunque parezca paradoja, tan lógicos, más cabalmente que Mark Twain lo consigue en *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876), en *Las aventuras*

de *Huckleberry Finn* (1885), en *El Diario de Eva* (1906) y en *El robo del Elefante Blanco* (1882) y otros relatos breves, en que sin ningún asomo de irónica amargura, antes bien con la más sana e infantil jovialidad, busca el lado risible o chusco de las simplezas o las inadvertencias humanas.

En Alemania, cultivaron la novela social CARLOS GUTZ-COW (1811-1878), cuya obra maestra es *Los caballeros del espíritu* (1850), y FEDERICO SPIELHAGEN (1829-1911), que tiene las tituladas *Martillo y yunque* (1869), *Tormenta* (1876) *Nacido en domingo* (1893), etc. JORGE EBERS (1837-1938), ilustre orientalista, compuso novelas históricas tan notables como *La hija del rey de Egipto* (1874). Siguieron la escuela naturalista MIGUEL JORGE CONRAD (1846-1927), MAX KRETZER (* 1854) y otros.

La novela rusa alcanzó durante el siglo XIX un florecimiento extraordinario. Haremos rápida mención de sus cultivadores más notables.

NICOLÁS GÓGOL (1809-1852) pintó en *Taras Bulba* (1835) la vida de los antiguos cosacos de la estepa, mientras que en *Las almas muertas*, su obra maestra, comenzada en 1842 y continuada después, reprodujo en cierta forma picaresca las costumbres, más malas que buenas, de la sociedad rusa. Sus descripciones, las de los países de Ucrania, por ejemplo, están llenas de vida.

IVAN TURGUÉNEV (1818-1883) estudió las costumbres de la sociedad rusa, y especialmente de la nobleza agraria, con plausible intención de justicia y aleccionamiento, en novelas como *Tierra prometida* (1853), *Nido de hidalgos* (1858), *Padres e hijos* (1862), *Humo* (1867), etc., tan notables por su apresto novelesco como por la elegancia del estilo.

I. A. GONTCHAROV (1814-1891) es ante todo conocido por su novela *Oblomov* (1858), en que personificó mordazmente el vicio nacional ruso, la pereza, a vuelta de interesantes cuadros de la vida provinciana.

FEDOR M. DOSTOIEVSKI (1821-1881) prestó en sus novelas particular atención a los humildes y a los desdichados, víctimas de su destino, y ello le permitió ahondar en la psicología del pueblo ruso. En *Recuerdos de la casa de los muertos* (1862) refleja sus impresiones de Siberia, donde estuvo preso, y en

Crimen y Castigo (1866), su obra maestra, analiza el proceso interior mediante el cual la idea del crimen surge en el alma de un estudiante pobre.

El conde LEÓN TOLSTOY (1828-1910) no fué sólo un gran novelista, sino un genial pensador. Las mejores novelas de Tolstoy son: *La guerra y la paz* (1864-69), que tiene parte histórica y se desarrolla entre la aristocracia rusa de tiempos de Napoleón I; *Ana Karenina* (1874-76), cuya protagonista, después de unos amores culpables, se suicida; *La sonata a Kreutzer* (1890), sobre los tristes sucesos a que da lugar un matrimonio mal avenido; y *Resurrección* (1889-1890), vigoroso contraste entre los sentimientos del pueblo ruso y de la nobleza, uno de cuyos miembros, el príncipe Nejludov, comienza una «vida nueva» a impulsos de su amor por una infortunada aldeana. Tanto en sus novelas como en sus obras sociológicas, Tolstoy sostuvo teorías altruistas y renovadoras. Abogó, con perseverancia de apóstol, por la igualdad de todos los hombres, por la práctica de las virtudes y la vida morigerada, por el deber de trabajar en los campos restituídos a la paz primitiva.

ALEJO M. PIESHKOV, conocido por MÁXIMO GORKI (1868-1936), cultivó principalmente el cuento. Ha pintado con pleno conocimiento del ambiente la vida de los vagabundos y de los hambrientos, en forma ruda y desordenada, y con cierto tono doctrinal. Notables cuentistas, aunque cultivaron también otros géneros, han sido igualmente en Rusia VLADIMIRO G. KOROLENKO (1853-1921), ANTÓN CHÉJOV (1860-1904) y LEÓNIDES ANDRÉIEV (1871-1920).

En la novela rusa ha dominado el naturalismo, pero unido a cierta inquietud espiritual y a la obsesión mística. Distingue igualmente a los novelistas rusos la verdad en las descripciones y la impasibilidad con que penetran en la entraña de los hechos.

Citaremos, por último, a varios novelistas de otras naciones, en atención a la fama que han adquirido. JANS PETER JACOBSEN (1847-1885), danés, sólo dejó dos novelas: *María Grubbe* (1875), entre histórica y psicológica, y *Nilo Lyhne* (1889), marcadamente romántica, y que ha sido objeto en Dinamarca de muchas imitaciones. SELMA LAGERLOF (* 1858), sueca, ha escrito novelas sumamente sencillas, algunas de ellas basadas en leyendas populares. La titulada *El maravilloso viaje de Nils*

Holgersson (1906-1907), popularísima en Suecia, refiere la historia de un niño transformado en duende, y que, montado en una oca, recorre todo el país sueco, KNUT HAMSUN (* 1859), noruego, en su novela *Hambre* (1890) y en otras posteriores, muestra su simpatía por los pobres y los afligidos y su desprecio hacia la civilización moderna y la vida ciudadana. VLADISLAO REYMONT (1868-1925), polaco, es principalmente célebre por su novela *Los campesinos* (1903-1909), en que hace una magnífica pintura de la vida rústica en Polonia.

Críticos y ensayistas.—Ya se supondrá, dado el incesante progreso de ciencias, letras y artes, que la didáctica hubo de alcanzar en los últimos tiempos enorme desarrollo. La crítica sufrió continuas influencias, aunque sin perder nunca su consistencia y solidez. Tras el realismo simbolista representado por JUAN RUSKIN (1819-1900), vino la crítica dogmática, que pretendía someter la producción artística a verdaderas leyes, y la crítica evolucionista, según la cual la obra de arte tiene períodos fatales de transformación, y la crítica impresionista, que concede a los juicios un valor puramente personal. Hoy la crítica suele mantenerse en un ponderado eclecticismo. El ensayo ha dedicado su atención a todos los aspectos de la literatura, del arte y aun de la vida entera, y ha dejado sentir su influencia en la opinión y en las costumbres. Géneros son éstos, pues, que por su carácter y amplitud han de quedar excluidos de un resumen histórico-literario como el presente. Reduzcamos la cita a cuatro o seis de los nombres más ilustres.

HIPÓLITO TAINÉ (1828-1893), crítico y filósofo francés, basó sus teorías sobre el determinismo científico. Consideró la *deducción* como el verdadero método de las ciencias históricas. Según Taine, el crítico debía «considerar las obras humanas, y en particular las obras de arte, como hechos y productos de lo que es preciso señalar los caracteres y buscar las causas.» La obra de arte, según esto, obedecerá a leyes inmutables. Aun con todos los errores de su sistema, Taine hizo avanzar a la crítica un paso considerable, y produjo obras de subido valor.

JOAQUÍN PEDRO DE OLIVEIRA MARTINS (1854-1894), novelista, historiador, sociólogo y crítico, fué una de las principales figuras portuguesas del siglo XIX. En su *Historia de la civilización ibérica* (1879), en su *Historia de Portugal* (1879), en

Las razas humanas y la civilización primitiva (1889), en todos los volúmenes, finalmente, de su vasta labor, formó una amplia concepción de la historia, que podrá ser contradictoria en ciertos particulares, pero que ofrece ideas nuevas y luminosas sobre la constitución de las sociedades humanas, sobre la unidad de la cultura hispánica antes del siglo XVII, sobre la misión de Portugal en la historia, etc., etc. Ante todo fué Oliveira Martins, como se ha dicho con razón, un «sembrador de ideas».

MERCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (1856-1912) fué el más insigne crítico español, y uno de los más grandes de Europa. En sus numerosas obras ha llevado a cabo una empresa titánica, que abraza los estudios más variados: de humanismo, de historia general, de historia literaria española y extranjera, de crítica literaria y filosófica, de todo, en fin, cuanto atañe a la cultura antigua y moderna. Dió nueva e inesperada luz al conocimiento de nuestras glorias científicas y literarias, sistematizó los materiales que habían de facilitar en lo sucesivo su estudio, y dió a la erudición una forma moderna, sólida y concienzuda, sí, pero también jugosa y prolífica. Por lo que hace al elemento artístico de su producción, nadie ha sabido dar a la lengua española tanta precisión, tanta elegancia y tanta vida. Sus obras principales son: *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82); *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-89); *Antología de poetas líricos castellanos* (1890-1908); *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-95); *Orígenes de la novela* (1905-1914).

G. K. CHESTERTON (1874-1937), novelista y crítico de los más notables en la literatura inglesa moderna, en su libro *Ortodoxia* (1908) y en otros posteriores ha combatido briosamente, valiéndose a menudo de las armas humorísticas, las doctrinas racionalistas opuestas al catolicismo. Bajo la apariencia de divagaciones llanas y sencillas, Chesterton encierra un caudal dialéctico abundoso y persuasivo. La doctrina católica, viene a concluir, es la salvaguardia del orden, de la libertad y del progreso.

JUAN PAPINI (* 1881), figura sobresaliente en la literatura italiana contemporánea, ha compuesto bastantes obras de crítica, o simplemente literarias, entre ellas *Un hombre acabado* (1912), que es una autobiografía; pero su fama principal descansa en su admirable *Historia de Cristo* (1918). Está formada esta obra

por una serie de cuadros al margen de los Evangelios, interrumpidos a cada momento por consideraciones religiosas, morales e históricas de extraordinario relieve. El estilo de Papini descuella por su sobria esbeltez.

OSVALDO SPENGLER (1880-1936) es uno de los escritores alemanes que gozan hoy de más fama, gracias a su libro *La decadencia de Occidente* (1918). Según Spengler, las edades históricas, como la edad humana, tienen nacimiento, madurez, vejez y muerte, sin que sea posible evitar su cumplimiento; y en consecuencia, como la decadencia de la civilización occidental comenzó a mediados del siglo XIX, está irremisiblemente condenada a morir. Esta teoría se haya expuesta por Spengler con mucho método y abundante erudición, y al mismo tiempo con especial atractivo. Tiene Spengler otros libros igualmente notables.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES Y OBRAS ANÓNIMAS (1)

- Abarbanel (Isaac), 13.
 Abenhábib, 69.
 Abenháyan, 69.
 Abenhazán, 69.
 Abentofál, 70.
 Abenzaidún, 69.
 Abulbeca, 69.
 Accio, 41.
 Acuña (D. Hernando de), 86.
 Adisson, 131, 141.
 Afranio, 41.
 Agustín (San), 57.
 Alarcón (P. A. de), 180.
 Alcmán, 20.
 Alcuino, 60.
 Alejo, 26.
 Alemán (Mateo), 94.
 Alfarabi, 68.
 Alfieri (V.), 134.
 Alfonso (Pedro), 61, 70.
 Alfonso el Sabio, 67, 70.
 Algacel, 68.
 Almotámid, 69.
 Alvarez de Cienfuegos (N.), 127, 145.
 Alvarez de Toledo (G.), 113.
 Alvaro Cordobés, 60.
 Alvaro de Luna (Don), 74.
 Ambrosio (San), 55, 57.
 Amicis (E. de), 184.
 Anacreonte, 21.
 Anaximandro, 27.
 Andersen (C.), 162.
 Andócides, 31.
 Andréiv (L.), 187.
 Annunzio (Gabriel d'), 173.
 Antifanes, 26.
 Antifón, 31.
Antiguo Testamento, 9.
 Apolodoro, 35.
 Apolonio de Rodas, 34.
 Apuleyo, 56.
 Aquiles Tacio, 37.
 Arato, 34.
 Arcipreste de Hita, v. Juan Ruiz.
 Argensola (Bartolomé L. de), 92, 93.
 Argensola (Lupercio L. de), 92, 98.
 Ariosto (Ludovico), 83, 84, 87, 90.
 Aristarco, 35.
 Aristides de Mileto, 37.
 Aristófaes, 25-26.
 Aristóteles, 29-30, 111, 121.
 Arnao (Antonio), 164.
 Arolas (P.), 156.
 Arquiloco, 20.
 Arquimedes, 35.
 Atta, 41.
 Atterbom (A.), 160.
 Aubignac (Abate d'), 114.
 Augier (E.), 175.
 Ausonio, 55.
 Avempace, 69.
 Averroes, 70.
 Avicebrón, 71.
 Avicena, 68.
 Avila (B. Juan de), 94.
 Avila y Zuñiga (D. Luis de), 81.
 Babrio, 36.
 Bacon (F.), 110.
 Balbuena (D. Bernardo de), 87.
 Balzac (H. de), 154, 180.
 Balzac (J. L. Guez de), 110.
 Bances Candamo (F. de), 116.
 Bandello, 93.
 Banville (T. de), 169.
 Barahona de Soto (Luis), 87.
 Barbier (A.), 155.
 Barbosa (Arias), 81.
 Barbosa Machado (D.), 143.
 Baretta (J.), 142.
 Barrett (Isabel), 163.
 Barthelemy (Abate), 139.
 Bartoli (P.), 118.
 Basilio (San), 38.
Batracomimaquia, 20.
 Batteux (Abate), 128, 141.
 Baudelaire (C.), 170.
 Beaumarchais, 131.
 Beccaria, 142.
 Bécquer (G. A.), 164.
 Beda, 60.
 Belmonte Bermúdez (Luis), 104.
 Benavente (Jacinto), 177.
Beowulf (Poema de), 61.
 Berceo (Gonzalo de), 64.
 Bernard (Tristán), 178.
 Berni (F.), 83.
 Bernstein (E.), 178.

(1) Aquéllos van expresados en letra redonda; éstas en cursiva.

- Bibbiena (Cardenal), 90.
 Blón, 35.
 Björnson, 176.
 Blair (H.), 128, 142.
 Blasco Ibañez (V.), 182.
 Bocage (Barbosa de), 124.
 Boccaccio, 74, 90, 93.
 Bocalini (T.), 110.
 Bodmer (J. J.), 122, 131.
 Böhl de Faber (Cecilia), 180.
 Böhl de Faber (Nicolás), 154.
 Boiardo (M.), 83.
 Boileau (N.), 112-113, 119, 121, 124, 125, 135.
 Boisrobert, 102.
 Boscán (Juan), 73, 81, 88.
 Bossuet, 117.
 Bourget (P.), 182.
 Bracco (E.), 178.
 Breitinger, 122.
 Bretón de los Herreros (M.), 157.
 Bristol (Conde de), 100.
 Browning (R.), 164, 167.
 Budé (Guillermo), 82.
 Buffon (J. L.), 141.
 Burke (E.), 142.
 Bürger (G. A.), 124.
 Butler (S.), 114.
 Byron (Lord), 149, 150, 153, 155, 159, 168.
 Cabanyes (M. de), 146.
 Cadalso (J.), 125, 126, 135, 147.
 Calderón de la Barca (D. Pedro), 100, 103-104, 115, 116, 132, 133, 148, 154.
 Callimaco, 34.
 Calino de Efeso, 19.
 Cámara (Juan da), 175.
 Camoës (Luis de), 88-89.
 Campoamor (Ramón de), 166.
 Cañizares (José de), 135.
 Capmany (A. de), 143.
 Carducci (J.), 165.
 Carlyle, 162.
 Caro (Rodrigo), 98.
 Casal (J. del), 171.
 Casiodoro, 59.
 Castello Branco (C.), 183.
 Casti (J. B.), 124.
 Catiglione, 80, 81, 85.
 Castilho (Antonio F.), 159.
 Castillejo (Cristóbal de), 86.
 Castillo Solórzano (A. del), 107.
 Castro (Eugenio de), 173.
 Castro (D. Guillán de), 100, 101, 115.
 Castro (Rosalia), 170.
 Catón (M. P.), 41.
 Catulo, 46.
 Cayo Lucilio, 41.
 Cecilio, 41.
 Celso, 51.
 Cervantes (Miguel de), 92, 106-107.
 César, 46, 49, 50-51, 53.
 Cesarotti (M.), 142.
 Céspedes y Meneses (G. de), 107.
 Cetina (Gutierre de), 74, 86.
 Céso (Sor Violante de), 99.
 Cibber (Colley), 100.
 Cicerón, 28, 32, 35, 41, 49-50.
 Cicognini, 100.
 Cipriano (San), 56.
 Claudel (P.), 170.
 Clemens (S. L.), 185.
 Clemente de Alejandría (San), 38.
 Cneo Nevio, 40.
 Coinci (Gualtero de), 64.
 Coleridge, 149.
 Coloma (D. Carlos), 108.
 Columela, 55.
 Confucio, 5-6.
 Congreve (G.), 117.
 Conrad (M. J.), 186.
 Cooper (Fenimore), 160.
 Copée (F.), 169.
 Corneille (Tomás), 100, 101.
 Corneille (Pedro), 100, 101, 115, 117, 129.
 Cornelio Nepote, 51.
 Correia de Oliveira (A.), 173.
 Cossa (Pedro), 175.
 Cowper (G.), 123.
 Craso (L. L.), 42, 50.
 Crescimbini, 120.
 Crowne, 100.
 Cruz (D. Ramón de la), 136.
 Cueva (Juan de la), 92.
 Curel (F. de), 178.
 Chateaubriand (Vizconde de), 151.
 Chaucer (G.), 75.
 Chéjov (A.), 187.
 Chénier (Andrés), 125.
 Chénier (M. J.), 125.
 Chesterton (G. K.), 189.
 Chiari (Abate), 135.
 D'Alembert, 119, 141.
 Dantas (Julio), 179.
 Dante, 70, 72-73.
 Dario (Rubén), 171.
 Daudet (A.), 182.
 David, 11, 86.
 Décimo Laberio, 48.
 Defoe (Daniel), 137.
 Deledda (Grazia), 184.
 Delille (J.), 122.
 Demetrio Falereo, 35.
 Demóstenes, 31-32, 50.
 Descartes (Renato), 110, 118.
 Destouches-V. Néricault.
 Deus (Juan de), 164.
 Diamante (J. B.), 116.
 Díaz (Nicomedes Pastor), 156.
 Díaz Mirón (S.), 171.
 Dickens (Carlos), 184.
 Diderot, 119, 130, 131, 132, 138, 140, 141.
 Diniz de la Cruz (Antonio), 124.
 Diniz (Julio) V. Gomes Coello.
 Diodoro de Sicilia, 36.
 Diógenes Laercio, 36.
 Dion Crisóstomo, 37, 38.
 Dionisio de Halicarnaso, 36.
 Donne (Juan), 99.
 Dostoiévski (F.), 186.
 Dryden (J.), 113-114, 117.
 Du Bellay (J.), 88.
 Ducange (V.), 146.
 Duclis (J. F.), 129.
 Dumas (A.), el padre, 148, 153-154.
 Dumas (A.), el hijo, 174.
 Dupin (L. Aurora), 154.

- Ebers (Jorge), 186.
 Echegaray (José), 175.
Eddas (Los), 63.
 Elliot (Jorge)-V. Evans.
 Enzina (Juan del), 91.
 Epicarmo de Cos, 25.
 Epicteto, 37.
 Epicuro, 35, 43.
 Erasmo, 79.
 Erauso y Zavaleta, 143.
 Ercilla (D. Alonso de), 87.
 Escipión (P. C.), 42.
 Esdrás, 10.
 Eslava (Antonio de), 93.
 Esopo, 20, 36, 52, 112.
 Espinel (Vicente), 94, 137.
 Espronceda (José de), 155.
 Esquillache (Príncipe de), 58.
 Esquilo, 23.
 Esquines, 32-33.
 Estacio, 53.
 Estébanez (Serafín), 161.
 Estella (Fr. Diego de), 95.
 Estescoro, 21.
 Estrabón, 36-37.
 Euclides, 35.
 Eugenio (San), 60.
 Eulogio (San), 60.
 Eurípides, 24-25, 26, 132.
 Evans (María Ana), 185.

 Fedro, 20, 52, 112, 126.
 Feneion, 117, 119.
 Fernán Caballero-V. Böhl de Faber (C.)
 Fernández (Lucas), 91.
 Ferrari (Pablo), 175.
 Feuillet (Octavio), 182.
 Feyjóo (P.), 143.
 Fichte, 142.
 Fielding (E.), 138.
 Fierenzuola, 93.
 Figueiredo (Manuel de), 133.
 Filiccia (V. da), 114.
 Firdusi, 8.
 Fischart (J.), 89.
 Flaubert (G.), 181.
 Flavio Josefo, 36.
 Flécher, 117.
 Fleming (Pablo), 100.
 Flórez (P.), 143.
 Focildes, 20.
 Fogazzaro (A.), 184.
 Fontenelle, 119.
 Forner (J. P.), 126.
 Fóscolo (Hugo), 157, 168.
 France (A.), 182.
 Francisco de Sales (San), 95.
 Frellgrath (F.), 165.
 Freytag (G.), 175.
 Frinico, 22.
 Froissart, 67.

 Galeno, 37.
 Gallego (Juan N.), 145, 147.
 Gámbara (Verónica), 86.
 García de la Huerta (V.), 125-126, 143.
 García Gutiérrez (A.), 156, 157.
 García de Maseareñas, 99.
 García Tassara (G.), 156.

 Garcilaso de la Vega, 85, 87, 88, 125.
 Garrett (Almeida), 158.
 Gaspar (Enrique), 175.
 Gautier (T.), 169.
 Gayo, 56.
 Gelbel (M.), 163.
 George (S.), 174.
 Gessner (Salomón), 120-121, 127.
 Gil y Carrasco (E.), 154, 156.
Gilgamesch (Poema de), 9.
 Goethe, 132-133, 139-140, 142, 147, 151.
 Gógol (N.), 186.
 Goldoni (C.), 134-135, 136, 142, 175.
 Goldsmith (O.), 131, 138, 142.
 Gomes Coello (J. G.), 183.
 Góngora (D. Luis de), 97, 98, 125.
 Gontcharov (I. A.), 186.
 González (Fr. Diego), 125.
 Gorki (Máximo)-V. Pieskov, 187.
 Gottsched (J. C.), 122, 131.
 Gozál (Carlos), 100, 103, 134, 135, 142.
 Gracián (P. Baltasar), 108, 109-110.
 Gracos, 42.
 Graaf (De), 100.
 Graf (Arturo), 167.
 Granada (Fr. Luis de), 94.
 Gravina (J. V.), 120.
 Gray (T.), 121, 122, 126.
 Gregorio Nacianceno (San), 38.
 Gregorio Niceno (San), 38.
 Gregorio de Tours, 59.
 Grillparzer, 158.
 Grimm (Carlos), 162.
 Grimm (Jacobo), 162.
 Grimmeishausen, 118.
 Griphius (Andrés), 99.
 Guarini (B.), 91.
Gudrun, 62-63.
 Guerra Junqueiro, 165, 166.
 Guevara (Fr. Antonio de), 96.
 Gulciardini, 80.
 Gulzot, 162.
 Gutiérrez Nájera (M.), 171.
 Gutzcow (C.), 186.

 Haller (A. de), 122.
Hammurabi (Código de), 9.
 Hamsun (K.), 188.
 Hardy, 100.
 Hart (Enrique), 168, 173.
 Hart (Julio), 168, 173.
 Hartzenbusch (J. E.), 156, 157.
 Hauptmann (G.), 176.
 Hecateo de Mileto, 27.
 Heine (Enrique), 149.
 Heliodoro, 37.
 Heráclito, 27.
 Herculano (A.), 159.
 Herder, 132, 142.
 Heredia (J. M. de), 169.
 Heródoto, 6, 27, 28.
 Herrera (Fernando de), 74, 86-87, 125.
 Hervás y Panduro, 143.
 Hervieu (P.), 178.
 Hesiodo, 18-19, 44, 47.
Hildebrando (Canto de), 61.
 Hipócrates, 30.
 Hoffmann, 148-149.
 Hofmannsthal (H.), 179.
 Hoffannewaldau, 114.

- Hojeda (Fr. Diego de), 87.
 Holberg (Luis de), 133.
 Homero, 16-18, 30, 44.
 Horacio, 44-45, 82, 86, 98, 99, 111, 121.
 Hortensio, 49.
 Hoz y Mota (J. de la), 117.
 Hugo (Victor), 148, 152-153, 159, 160, 165.
 Hume (David), 142.
 Hurtado de Mendoza (D. Diego), 81, 86.
 Husque (Abraham), 13.

 Ibsen (E.), 175-176.
 Iglesias (José), 125, 126.
 Igor (*Poema de*), 63.
 Idefonso (San), 60.
 Imperial (Micer Francisco), 73.
 Iriarte (Tomás de), 126.
 Irving (Washington), 161.
 Iseo, 31.
 Isidoro (San), 60.
 Isla (P.), 140.
 Isócrates, 31.
 Israel (Menasch b.), 13.

 Jacobsen (J. P.), 187.
 Jachia (David b. Joseph b.), 13.
 Jámblico, 37.
 Jáuregui (Juan de), 98.
 Jenofonte, 28-29.
 Jenofonte de Efeso, 37.
 Jeremías, 11.
 Jerónimo (San), 57.
 Jesús, hijo de Sirach, 12.
 Jiménez de Rada, (D. R.), 60.
 Johnson (Samuel), 142.
 Joinville, 87.
 Jonson (Ben), 195.
 Jorge Sand.-V. Dupin.
 Jouy (Victor J.), 161.
 Jovellanos (G. M. de), 125, 126-127, 135, 144.
 Juan Crisóstomo (San), 38.
 Juan de la Cruz (San), 95.
 Juana Inés de la Cruz (Sor), 113.
 Julián (San), 60.
 Justino (San), 38.
 Juvenal, 53, 54, 98.
 Juvenco, 55.

 Kalidasa, 8.
 Kant, 142.
 Keats (Juan), 150.
 King (*Los*), 5-6.
 Kipling (R.), 185.
 Klopstock, 121, 122, 123, 124.
 Körner, 149.
 Korolenko (V.), 187.
 Kotzebue, 146.
 Kretzer (M.), 186.

 La Bruyère (J. de), 117.
 Lactancio, 56.
 La Chaussée (P. C. de), 130, 131.
 La Fontaine (J. de), 112, 117, 126.
 Lagerlof (Selma), 187.
 La Harpe, 141.
 Lamartine (A. de), 152.
 Lantier (E.), 139, 140.
 Lao-tseu, 5.

 La Rochefoucauld, 117.
 Larra (Mariano J. de), 154, 161.
 Latini (Bunetto), 72.
 Lazarillo de Tormes, 93.
 Leconte de Lisle, 169.
 Ledesma (Alonso de), 97.
 Lefèvre d'Etampes, 82.
 Lemos (Juan de), 159.
 León (Fr. Luis de), 86, 87, 95.
 Leopardi (S.), 158.
 Lérmonof (M.), 160.
 Lesage (R.), 100, 129, 137.
 Lessing (G. E.), 131-132, 142, 151.
 Libro de los Muertos, 14.
 Libros de Caballerías, 75.
 Licofrón, 34.
 Lillencron (D. de), 169.
 Lillo (J.), 131.
 Lingelback, 100.
 Lisias, 31.
 Lista (Alberto), 121, 146.
 Livio Andrónico, 40.
 Locke (J.), 118.
 Lohenstein (G. de), 114, 117.
 Lokman, 68.
 Longfellow (E. W.), 161.
 Longino, 37.
 Longo, 37.
 Lópes Vieira (A.), 173.
 López de Ayala (A.), 174.
 López de Ayala (I.), 135.
 López Soler (R.), 154.
 López de Villalobos (F.), 92.
 Loti (P.), 183.
 Lucano, 53, 98.
 Luciano de Samosata, 37.
 Lucio de Patras, 37.
 Lucrecio, 43.
 Lullio (Raimundo), 70.
 Luzán (D. Ignacio de), 125, 135, 143.
 Lyly (Juan), 96, 99.

 Macpherson, 123.
 Machado (Antonio), 171.
 Maeterlink (M.), 188.
 Maffei (E.), 134.
 Mahabharata, 7.
 Maimónides, 71.
 Mairé (J.), 114.
 Malherbe (F.), 88, 89, 113.
 Malón de Chaide (Fr. Pedro), 95.
 Mallarmé (E.), 170.
 Manrique (Jorge), 161.
 Manú (*Código de*), 7.
 Manuel (D. Juan), 70.
 Manzoni (A.), 158, 168.
 Maquiavelo, 80, 90.
 Marcial, 53-54.
 Marco Antonio, 42, 50.
 Marco Aurelio, 37.
 March (Ausias), 74, 87.
 Margarita de Valois, 93.
 Mariana (P. Juan de), 108.
 Marinetti (F. T.), 172.
 Marino (J. B.), 96.
 Marivaux (Pedro de), 129-130.
 Marlowe (Cristóbal), 104, 132.
 Marmontel (J. F.), 139, 140.
 Marquina (E.), 177-178.
 Martínez de la Rosa (F.), 156.
 Martínez de Toledo (Alfonso), 74.
 Masefield (J.), 174.

- Masillon, 117.
 Matos Fragoso (J. de), 100, 116.
 Maury (J. M.), 146.
 Meleagro, 36.
 Meléndez Valdés (J.), 125, 127, 145, 147, 156.
 Melo (D. Francisco M. de), 108.
 Mena (Juan de), 73.
 Menandro, 26.
 Mendelssohn, 13.
 Menéndez y Pelayo (M.), 189.
 Mercier (L. S.), 130.
 MÉRIMÉE (Prospero), 154.
 Mesonero Romanos (R.), 161.
 Metastasio-V. Trapassi.
 Mickwicz, 160.
 Michelet, 162.
 Milton (J.), 99, 113, 121.
 Mimmerno, 20.
Mío Cid (Cantar de), 63.
 Mira de Amescua (A.), 104.
 Mistral (F.), 168.
 Mocáden de Cabra, 70.
Mocedades de Rodrigo (Cantar de las), 64.
 Modestino, 56.
 Moisés, 10.
 Molière, 102, 115, 116, 117, 133, 136.
 Moncada (D. Francisco de), 108.
 Montaigne (Miguel de), 82.
 Montemayor (Jorge de), 93.
 Montengón (Pedro), 140.
 Motesquieu, 119, 140-141.
 Montl (V.), 124.
 Montiano (Agustín de), 135.
 Moore (Tomás), 150.
 Morales (Tomás), 171.
 Moratin (Leandro F. de), 116, 136.
 Moratin (Nicolás F. de), 126, 135.
 Moréas (Juan), 170.
 Moreto (D. Agustín de), 102, 135.
 Moro (Tomás), 82.
 Morris (Guillermo), 164.
 Mosco, 35.
 Moscherosch (J. M.), 110.
 Muratori (J. A.), 142.
 Murner (Tomás), 89.
 Musaphia (Benjamín), 13.
 Musset (A. de), 152, 153, 155, 159.

 Navarro Villoslada (F.), 154-155.
 Nebrija (Antonio de), 81.
 Nehemias, 10.
 Néricault (F.), 126, 130, 134.
Nibelungos (Los), 62.
 Nicandro, 34.
 Niebuhr, 162.
 Nieto de Molina (F.), 143.
 Nodier (Carlos), 152.
Nuevo Testamento, 12.
 Núñez de Arce (G.), 165-166.
 Núñez Pinciano (Hernán), 81.

 Ehlenschleger, 160.
 Oliveira Martins (J. P.), 188.
 Opiano, 36.
 Opitz (Martín), 99.
 Orígenes, 38.
 Ossian, 123, 147.
 Ovidio, 46-47, 83, 121.

 Pacuvio, 41.
 Padilla (Juan de), 73.
 Palacio Valdés (A.), 182.
 Pallavicino (Sforza), 110.
 Papini (J.), 189.
 Papiniano, 56.
 Pardo Bazán (Emilia), 181.
 Parini (J.), 124.
 Pascoli (Juan), 172.
 Paulo Orosio, 56.
 Pelayo de Oviedo, 60.
 Pellico (Silvio), 159.
 Percy (T.), 122.
 Pereda (J. M. de), 181.
 Pérez Galdós (B.), 181.
 Pérez de Oliva (F.), 92.
 Perrault (C.), 119.
 Persio, 53.
 Petöfi (A.), 165.
 Petrarca, 73-74, 83, 85, 86, 89.
 Petronio, 56.
 Picón (J. O.), 182.
 Pleshkov (A. M.), 187.
 Pindaro, 21.
 Pirandello (L.), 178.
 Piron (A.), 129.
 Pixérécourt, 146.
 Platón, 29, 30.
 Plauto, 40-41, 90, 92, 116.
 Plinio el Joven, 55.
 Plinio el Mayor, 55.
 Plotino, 37.
 Plutarco, 36, 82.
 Poe (Edgardo A.), 161.
 Polibio, 35.
 Pomponio Mela, 55.
 Pope (A.), 121, 126, 127, 128.
 Pratinas, 22.
 Prevost (Abate), 137.
 Propertio, 46.
 Prudencio, 55.
 Ptolomeo, 37.
 Publio Siro, 48.
 Puchkin (A.), 159.
 Pulci (L.), 83.
Puranas (Los), 7.

 Queiros (Eca de), 183.
 Quental (Antero de), 167.
 Querilo, 22.
 Quevedo (D. Francisco), 88, 94, 98, 108-109, 110, 125.
 Quintana (M. J.), 128, 145, 147, 156.
 Quintero (Joaquín A.), 177.
 Quintero (Serafín A.), 177.
 Quintilliano, 41, 54-55.
 Quinto Curcio, 54.
 Q. Fabio Pictor, 41.
 Quinto Ennio, 40.
 Quita (D. dos Reis), 133.

 Rabelais (F.), 82.
 Racine (Juan), 115-116, 129, 131.
 Radcliffe (Ana), 140.
Ramayana, 7.
 Ranke, 162.
 Redi (Francisco), 114.
 Regnard (J. F.), 116.
 Regnier (E. de), 170.
 Reina (Manuel), 170.
 Reinoso (Félix J.), 145-146.

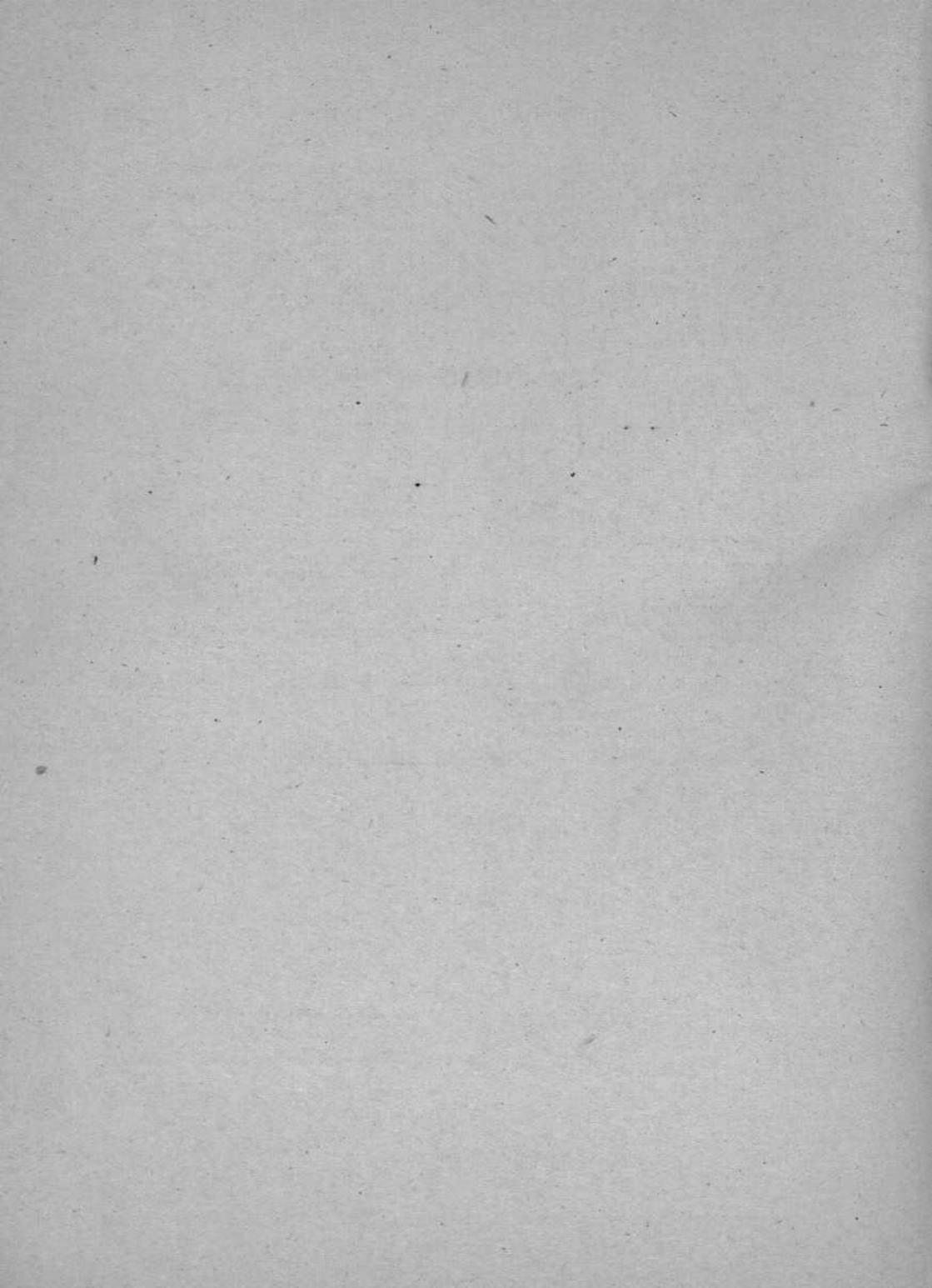
- Retz (Cardenal de), 117.
 Reuchlin (J.), 82.
 Rey de Artieda (A.), 92.
Reyes Magos (Auto de los), 67.
 Reymond (V.), 188.
 Ribeiro dos Santos, 143.
 Richardson (S.), 138, 147.
 Richter (J. P.), 149.
 Rilke (R. M.), 178.
 Rioja (Francisco de), 98.
 Rivadeneira (P. Pedro de), 95.
 Rivas (Duque de), 156-157.
 Robertson (G.), 142.
 Rodenburg, 100.
 Rodríguez de la Cámara (Juan), 74.
 Rodríguez Lobo (F.), 99.
 Rodríguez de Montalvo (G.), 76.
 Rojas (Fernando de), 91.
 Rojas (D. Francico de), 100, 101, 105, 135.
Roldán (Cantar de), 61-62.
Romances, 76.
Roncesvalles (Cantar de), 63.
 Ronsard (Pedro de), 88.
 Rosetti (Cristina), 164.
 Rosetti (D. G.), 164.
 Rospigliosi, 100.
 Rotrou (J.), 100, 105.
 Rousseau (S. J.), 119, 127, 138-139, 140, 141, 147.
 Rovetta (J.), 178.
 Rowe (N.), 131.
 Ruccelai (J.), 90.
 Rueda (Lope de), 92, 107, 116.
 Rueda (Salvador), 170.
 Ruiz (Juan), 65.
 Ruiz de Alarcón (D. Juan), 100, 101, 115.
 Ruskin (J.), 188.

 Sá de Miranda, 88.
 Saavedra Fajardo (D. Diego de), 108, 109.
 Safo, 20.
 Saint-Lambert (J.-F. de), 122, 127.
 Saint-Pierre (B. de), 139.
 Sainte-Beuve, 162.
 Salas Barbadillo (A. J.), 107.
 Salazar y Castro (D. Luis), 113.
 Salomón, 11, 86.
 Salustio, 51, 81.
 Samain (A.), 171.
 Samaniego (José M.), 126.
 Sapiro, 60.
 San Pedro (Diego de), 74.
 Sannazaro (J.), 83, 85, 92-93.
 Santillana (Marqués de), 73.
 Santos (Francisco), 118.
 Sardou (V.), 175.
 Sarpi (Pablo), 110.
 Scarron (P.), 100, 101, 117.
 Scott (Walter), 148, 150-151, 154.
 Scudery (Mad.), 107-108.
 Schiller, 132, 133, 147, 151.
 Schlegel (Augusto G.), 147, 148, 154.
 Schlegel (Federico), 147, 148.
 Schouwenbergh, 100.
 Sebastián de Salamanca, 60.
 Sedaine (M. J.), 130, 134.
 Segneri (P.), 118.
 Selamoh (David b.), 13.

 Selgas (José de), 165.
 Séneca (M. Anneo), 52, 53.
 Sepúlveda (Juan Ginés de), 81.
 Seral (Matilde), 184.
 Sevigné (Mad. de), 117.
 Shakespeare (G.), 104-105, 111, 116, 129, 132, 148.
 Shaw (B.), 176-177.
 Shelley, 160.
 Sheridan (R.), 131.
 Sidney (Felipe), 93.
 Silense, 60.
 Sillio Itálico, 53.
 Silva (A. D. de Cruz y), 124.
 Silva (A. J. da), 133.
 Silva (José A.), 172.
 Simónides, 21.
 Sócrates, 28-29.
 Sófocles, 24.
 Sofrón, 25.
 Solís (D. Antonio de), 118.
 Solón, 20.
 Soto de Rojas (Pedro), 97.
 Southey, 149.
 Spengler (O.), 190.
 Spenser (E.), 89, 99.
 Spielhagen (R. L.), 187.
 Sse-ma-thsian, 6.
 Stael (Mad. de), 151-152.
 Steele (R.), 131.
 Stendhal, 154.
 Sterne (L.), 138.
 Strindberg (A.), 176.
 Sudermann (H.), 176.
 Suetonio, 54.
 Sulpicio Severo, 56.
 Sully Prudhome, 167.
 Susarión, 25.
 Swift (J.), 137-138.
 Swinburne, 165-166.

 Tácito, 54, 81, 108.
 Taine (H.), 189.
 Tamayo y Baus (M.), 174.
 Tasso (Bernardo), 83, 85.
 Tasso (Torcuato), 83, 84-85, 87, 91, 98, 132.
 Tassoni (A.), 99.
 Tauro (Rafael), 103.
 Tagner (Isaias), 160.
 Teixeira de Pascoaes, 173.
 Téllez (Fr. Gabriel), 101-102, 116, 135, 156.
 Tennyson (A.), 168.
 Teócrito (A.), 34-35, 44.
 Teofrasto, 30.
 Teognis, 20.
 Terencio, 26, 41, 90, 92.
 Teresa de Jesús (Santa), 94, 95.
 Terpandro, 20.
 Tertuliano, 56.
 Tespis, 22, 25.
 Thakeray (G. M.), 187.
 Thierry, 162.
 Thomson (J.), 121-122, 126, 127.
 Tibulo, 46, 86.
 Tieck (Luis), 147, 148.
 Timoneda (Juan de), 93.
 Tirso de Molina-V. Téllez.
 Tirteo, 19-20, 149.
 Tito Livio, 51, 81, 108.

- Tolstoy (León), 187.
Torres Naharro (B.), 91-92.
Trapassi (P. A.), 134.
Trissino (J. J.), 90.
Tucidides, 27, 28.
Turguénefv (I.), 187.
Turpllio, 41.
Tuy (D. Lucas de), 60.
Twain.-V. Clemens.
- Ulhand, 149.
Ulpiano, 56.
Urfé (Honorato d'), 93.
- Valera (Juan), 181.
Valerio Flaco, 53.
Valery (P.), 170.
Valmiki, 7.
Valle Inclán (E. del), 183.
Varrón (M. Terencio), 51.
Vedas (Los), 6.
Vega (Lope de), 87, 92, 98, 100-101, 135, 148.
Vélez de Guevara (Luis), 104, 115.
Verdaguer (J.), 168-169.
Verga (Juan), 183-184.
Verlaine (P.), 170.
Verney (L. A.), 143.
Vicente (Gil), 91.
Vico (J. B.), 142.
Vichnu-Sarma, 8.
Vigny (A. de), 152, 153, 159.
Villaespesa (F.), 171, 177.
- Villamediana (Conde de), 97.
Villani, 67.
Villegas (D. Esteban M. de), 99.
Villehardouin, 67.
Virgilio, 43-44, 72, 82, 83, 85, 86.
Vitruvio, 51.
Vives (Juan Luis), 81.
Voiture (V.), 97.
Voltaire, 119, 128, 129, 138, 140, 141.
Vos (I.), 100.
Vyasa, 7.
- Wels (H. J.), 185.
Werely, 13.
Whitman (Walt), 165.
Wieland (C. M.), 123.
Wilde (O.), 176.
Winckelmann, 142, 151.
Wordsworth, 149.
Wycherley, 100.
- Yeast (G. B.), 174.
Yehuda Halevi, 71.
Young (E.), 121, 122, 126, 127, 142, 147.
- Zabaleta (Juan de), 118.
Zamora (Antonio de), 102, 135.
Zayas (Doña María de), 102, 135.
Zendos (Libros), 8.
Zola (E.), 181-182.
Zorrilla (José), 102, 155, 157, 171.
-



ÍNDICE GENERAL

LITERATURAS ANTIGUAS

Capítulos	Páginas
I.—Literaturas orientales	5
II.—Literatura griega.—Himnos primitivos.—Homero y Hesiodo	15
III.—Época clásica de la literatura griega.—El teatro	22
IV.—La prosa en la época clásica de la literatura griega.—La historia.—La filosofía.—La oratoria	27
V.—Época postclásica de la literatura griega.—Sus tres períodos	34
VI.—Literatura latina.—Época anteclásica.—Antiguos monumentos.—La poesía.—La prosa	39
VII.—Época clásica de la literatura latina.—La poesía	43
VIII.—La oratoria y la didáctica en la época clásica de la literatura latina	49
IX.—Época postclásica de la literatura latina.—Sus dos períodos	52

LITERATURAS MODERNAS

LA EDAD MEDIA

I.—Las letras latinas.—Las lenguas modernas.—Poemas épicos.—La épica en España.—La poesía lírica.—Poesía dramática.—La prosa	59
II.—La Edad Media.—Literatura árabe.—Los escritores arábigo-españoles.—La poesía.—La prosa.—Influencia de la literatura árabe.—Escritores hispano-judíos.—Poetas y prosistas	68
III.—La Edad Media.—Siglos XIV y XV.—Los grandes autores italianos.—Dante, Petrarca y Boccaccio.—Su influencia en Europa.—Libros de caballerías.—Los romances españoles	72

EL RENACIMIENTO

IV.—El Renacimiento.—Los humanistas.—El Renacimiento en Italia.—El Renacimiento en España y Portugal.—El Renacimiento en otras naciones	79
V.—La lírica y la épica en el Renacimiento.—Los poetas italianos.—Ariosto y Tasso.—Los poetas españoles.—Boscán, Garcilaso y otros.—Fray Luis de León.—Herrera.—Los épicos.—La poesía renacentista en otras literaturas.—Camões	83
VI.—La dramática en el Renacimiento.—Italia.—La tragedia y la comedia al modo clásico.—España.—Autores principales.—La dramática en otras literaturas.—La novela en el Renacimiento.—La novela pastoril.—Imitadores de Boccaccio.—La novela picaresca en España.—Místicos y ascéticos españoles	90

SIGLO XVII

VII.—Siglo XVII.—Primera mitad del siglo.—Escuelas conceptistas y culteranas.—Predominio español en literatura.—La lírica y la épica en España.—En otras literaturas.—La poesía dramática.—Lope de Vega.—Otros dramáticos españoles.—Calderón de la Barca.—La dramática en otras literaturas.—Shakespeare	96
VIII.—La novela en España.—Cervantes.—Otros novelistas españoles.—La novela en otras literaturas.—La historia y la didáctica	106
IX.—Segunda mitad del siglo XVII.—Predominio francés en literatura.—El clasicismo.—La lírica y la épica.—Boileau.—Poetas españoles.—Otras literaturas.—El teatro.—El clasicismo en el teatro.—La prosa	111

SIGLO XVIII

X.—Siglo XVIII.—El filosofismo.—La poesía.—Los árcades italianos.—Los poetas ingleses de tiempo de la reina Ana.—Su influencia.—La segunda mitad del siglo.—Poetas más importantes.—España	119
XI.—El teatro en el siglo XVIII.—La tragedia y la comedia.—Nuevas direcciones de ésta.—La comedia lacrimosa.—La comedia urbana.—La comedia moralista.—Principales dramáticos europeos.—España	129

XII.—La Novela en el siglo XVIII.—Primeras manifestaciones.— La novela moral y sentimental.—Novelistas ingleses.—La novela en Francia.—Rousseau y su influencia en el gé- nero.—Otros novelistas europeos.—El «Werter» de Goé- the.—La novela en España.—La didáctica.—El enciclo- pedismo.—Principales didácticos.—España	137
---	-----

SIGLO XIX

XIII.—Comienzos del siglo.—Los prerrománticos.—El romanticis- mo.—Sus iniciadores.—El romanticismo en Alemania e Inglaterra.—Lord Byron y Walter Scott.—El romanticis- mo en Francia.—Victor Hugo, Dumas y otros.—El ro- manticismo en España.—La novela, la lírica y el dra- ma.—El romanticismo en otras naciones	145
XIV.—La literatura realista.—La poesía.—La poesía sentimental.— La poesía cívica.—La poesía filosófica.—La poesía narra- tiva y descriptiva.—Las escuelas poéticas modernas.—En España.—En otras literaturas.—La poesía dramática.— El realismo teatral.—El drama histórico y el neorromán- tico.—El teatro de ideas.—La comedia moderna	163
XV.—La novela.—La novela realista.—En España.—En otras na- ciones.—El naturalismo.—Otras tendencias.—La novela contemporánea.—Críticos y ensayistas	180
Índice alfabético de autores	191

Obras de Narciso Alonso Cortés

- LA MÁRTIR. *Leyenda*.—Valladolid, 1894.
- FUTILES. *Poesías*.—Valladolid, 1897.
- RENGLONCITOS. *Poesías*.—Valladolid, 1899.
- CONDICIÓN JURÍDICA DEL EXTRANJERO EN LA EDAD MEDIA. Valladolid, 1900.
- UN PLEITO DE LOPE DE RUEDA. *Nuevas noticias biográficas*.—Valladolid, 1902.
- NOTICIAS DE UNA CORTE LITERARIA.—Valladolid, 1906.
- ROMANCES POPULARES DE CASTILLA.—Valladolid, 1906.
- ELEMENTOS DE PRECEPTIVA LITERARIA.—1.^a edición. Valladolid, 1907.—Luego otras varias.
- RESUMEN DE HISTORIA DE LA LITERATURA.—1.^a edición. Valladolid, 1907.—Luego otras varias.
- MODELOS LITERARIOS. *Literatura española*.—1.^a edición. Santander, 1907.—Luego otras varias.
- MODELOS LITERARIOS. *Literaturas extranjeras*.—1.^a edición. Valladolid, 1907.—Luego otras varias.
- BRIZNAS. *Poesías*.—Valladolid, 1907.
- ROMANCES SOBRE LA PARTIDA DE LA CORTE DE VALLADOLID EN 1606. (*Con notas aclaratorias*.)—Valladolid, 1908.
- LA CORTE DE FELIPE III EN VALLADOLID.—Valladolid, 1908.
- JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS. *Bosquejo biográfico-crítico*.—2.^a edición. Valladolid, 1913.
- LA MIES DE HOGAÑO. *Poesías*.—Valladolid, 1911.
- VIDA Y OBRAS DE CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA, por J. P. Wickersham Crawford. (*Traducción del inglés, con notas*.)—Valladolid, 1911.
- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Primera serie*.)—Valladolid, 1912.
- DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMÍA DE BELLAS ARTES DE VALLADOLID.—Valladolid, 1913.
- LAS ERÓTICAS O AMATORIAS, de don Esteban Manuel de Villegas. (*Edición con prólogo y notas*)—Madrid, *La Lectura*, 1913.
- DON HERNANDO DE ACUÑA. *Noticias biográficas*.—Valladolid, 1913.
- ANTOLOGÍA DE POETAS VALLISOLETANOS.—Valladolid, 1914.
- ARBOL AÑOSO. *Poesías*.—Valladolid, 1914.
- CANTARES POPULARES DE CASTILLA.—París, *Revue Hispanique*, 1914.

- EPISTOLARIO del P. Nieremberg. (*Edición con prólogo y notas.*)—
2.^a edición. Madrid, *La Lectura*, 1934.
- RELACIÓN DEL BAUTISMO DE FELIPE IV. (*Reimpresión con pró-
logo.*)—Valladolid, 1916.
- EL LICENCIADO VIDRIERA, de Cervantes. (*Edición con prólogo y
notas.*)—Valladolid, 1916.
- CASOS CERVANTINOS QUE TOCAN A VALLADOLID.—Madrid, 1916.
- VIEJO Y NUEVO. (*Artículos varios.*)—Valladolid, 1916.
- ESTE ERA UN PASTOR... (*Cuentecillos.*)—Valladolid, 1916.
- LA FASTIGINIA, de Pinheiro da Veiga. (*Traducción del portugués, con
notas.*)—Valladolid, 1916.
- EL LINDO DON DIEGO y EL DESDÉN CON EL DESDÉN, de More-
to. (*Edición con prólogo y notas.*)—3.^a edición. Madrid, *La Lectu-
ra*, 1937.
- VALLADOLID Y LA ARMADA INVENCIBLE.—Madrid, 1917.
- GRAMÁTICA ELEMENTAL DE LA LENGUA CASTELLANA.—1.^a edi-
ción. Valladolid, 1917.—Luego otras varias.
- EJERCICIOS GRAMATICALES.—1.^a edición, Valladolid, 1918.—Luego
otras varias.
- CERVANTES EN VALLADOLID.—Madrid, 1918.
- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Segunda serie.*)—Valladolid, 1919.
- JORNADAS. (*Artículos varios.*)—Valladolid, 1920.
- EL PRIMER TRADUCTOR ESPAÑOL DEL FALSO OSSIAN Y LOS
VALLISOLETANOS DEL SIGLO XVIII. (*Discurso de apertura en
el Ateneo.*)—Valladolid, 1920.
- ROMANCES TRADICIONALES.—París, *Revue Hispanique*, 1920.
- EL FALSO «QUIJOTE» Y FRAY CRISTÓBAL DE FONSECA.—Valla-
dolid, 1920.
- AMARANTO. (*Comedia dramática en verso.*)—2.^a edición. Valladolid,
1921.
- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Tercera serie.*)—Valladolid, 1921.
- EL AMOR MÉDICO, de Molière. (*Traducción castellana.*)—Valladolid,
1922.
- DATOS PARA LA BIOGRAFÍA ARTÍSTICA DE LOS SIGLOS XVI Y
XVII.—Madrid, 1922.
- ÍNDICE DE DOCUMENTOS ÚTILES A LA BIOGRAFÍA.—Santander,
1922.
- ANOTACIONES LITERARIAS.—Valladolid, 1922.
- FÁBULAS CASTELLANAS. (*Selección de los mejores autores.*)—Valla-
dolid, 1923.
- LITERATURA ELEMENTAL.—Valladolid, 1923.
- EL TEATRO EN VALLADOLID.—Madrid, 1923.
- REPRESENTACIONES POPULARES.—París *Revue Hispanique*, 1924.
- POESÍAS, de Zorrilla. (*Edición con prólogo y notas.*)—Madrid, *La Lec-
tura*, 1925.

- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Cuarta serie.*)—Valladolid, 1926.
- PLEITOS Y PLEITISTAS.—Valladolid, 1927.
- POESÍAS, de Quintana. (*Edición con prólogo y notas.*)—2.^a edición. Madrid, *La Lectura*, 1942.
- LA MUERTE DEL CONDE DE VILLAMEDIANA.—Valladolid, 1928.
- MUERETE ¡Y VERÁS! y EL PELO DE LA DEHESA, de Bretón de los Herreros. (*Edición con prólogo y notas.*)—2.^a edición. Madrid, *La Lectura*, 1942.
- QUEVEDO EN EL TEATRO Y OTRAS COSAS.—Valladolid, 1930.
- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Quinta serie.*)—Valladolid, 1930.
- LOS AMORES DE GUTIERRE DE CETINA Y SU FAMOSO MADRIGAL. (En colaboración con Eugenio Mele.)—Valladolid, 1930.
- POESÍAS JUVENILES DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA, 1788. (*Reimpresión con prólogo.*)—Madrid, 1933.
- ARTÍCULOS HISTÓRICO-LITERARIOS.—Valladolid, 1935.
- SUMANDOS BIOGRÁFICOS.—Valladolid, 1939.
- EL PRONOMBRE «SE» Y LA VOZ PASIVA CASTELLANA.—Valladolid, 1939.
- MANUAL DE COMPOSICIÓN LITERARIA.—Valladolid, 1939.
- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Sexta Serie.*)—Valladolid, 1941.
- ESPRONCEDA. (*Ilustraciones biográficas y críticas.*)—Valladolid, 1942.
- HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.—Valladolid, 1943.
- BOSQUEJO DE HISTORIA GENERAL DE LA LITERATURA.—6.^a edición. Valladolid, 1946.
- ZORRILLA, SU VIDA Y SUS OBRAS.—2.^a edición. Librería Santarén, 1943.
- GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA.—13.^a edición. Valladolid, 1943.
- MISCELÁNEA VALLISOLETANA. (*Séptima serie.*)—Valladolid, 1944.
- OBRAS COMPLETAS DE ZORRILLA. (*Edición monumental en dos tomos, con 5.000 páginas.*)—Santander, 1944.
-







Precio: 25 Ptas.

Impreso en Esp^a

G - 6708